
EGOITZ MARTÍNEZ
PROTEGERÁS
A MI HIJA

EGOITZ MARTÍNEZ

# PROTEGERÁS A MI HIJA

Sello: Independently published

Título: PROTEGERÁS A MI HIJA
Egoitz Martínez © 2025

Portada: Sara Hernández
Corrección: Vanesa Paredes
Maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*A mi mujer, Gema.*
*Por muchos años más.*

*«En dinero y en belleza, es raro el que no tropieza».*

Refrán español.

*"Y si hubiera daño, entonces pondrás como castigo ojo por ojo, diente por diente, vida por vida."*

Texto sagrado judío. Éxodo 21:23-25

# CAPÍTULO 1

Asesinar a una persona es sorprendentemente fácil. Y hacerlo con un cuchillo es especial, incluso emocionante. Una puñalada es un golpe con un sonido característico, con un tono de viscosidad final. Se puede notar cómo la hoja del cuchillo se desliza atravesando piel, músculo y órganos internos.

Hay dos situaciones en las que la víctima no sentirá el dolor. La primera es cuando mira a los ojos del agresor y se da cuenta de que va a morir. Esa mirada y el brillo metálico del cuchillo son la chispa que enciende un curioso mecanismo. Dicen que es por la adrenalina, la hormona del miedo. Durante esos segundos, el miedo hace que la víctima pueda ser apuñalada una y otra vez mientras sigue en pie, tratando de defenderse, mirando a los ojos a su asesino, confundida, con una mueca de horror en su rostro. Una, dos, tres, y hasta incluso media docena de puñaladas, antes de que sienta algún tipo de dolor, antes de que sepa que morirá en cuestión de minutos.

En la segunda situación las culpables son las endorfinas, las hormonas que se liberan en estados de júbilo y éxtasis. Al parecer, al igual que la adrenalina, bloquean las vías del dolor en el cerebro.

Pero las hormonas, sean cuales sean, no detienen el acero. Y el afilado metal abre paso a la sangre, ese líquido rojo, brillante, viscoso, que es tan necesario mantener en su sitio para seguir con vida.

Él sabía todo eso. Él iba a apuñalarla y ella ni se daría cuenta. Miró hacia el escenario. La artista, envuelta en esos momentos en una densa niebla artificial, cantaba y bailaba una coreografía difícil de replicar. La música era atronadora; la multitud saltaba y gritaba, envuelta en una combinación confusa de luces y sombras. Los enormes focos del escenario, girando y moviéndose a una velocidad vertiginosa, proyectaban haces de luz de diferentes colores que atravesaban sin piedad la oscuridad del pabellón. Miles de personas

seguirían bailando, coreando el estribillo, ajenas a lo que estaba a punto de suceder.

Apartó su mirada del escenario y la desvió hacia la derecha. Eligió a su víctima. Seguramente era de allí, valenciana, aunque eso le daba igual. Cualquiera le servía. Estaba a unos diez metros, con otras cuatro amigas. Era delgada. Vestía vaqueros y camiseta blanca. Estaba bailando y cantando al aire, con los ojos cerrados; una canción que probablemente se sabía de memoria. Tenía un móvil en una mano y un vaso medio vacío, con algo de líquido oscuro, en la otra.

Él se abrió paso entre la gente, sonriendo y ladeando su cabeza hacia ambos lados, al ritmo de la música, avanzando en ese mar de frenesí. Se situó detrás de ella y siguió sonriendo, moviendo rítmicamente su cuerpo mientras sacaba, del interior de su sudadera, los quince centímetros metálicos de un arma que estaba a punto de desgarrar ropa, piel y carne.

Fueron tres golpes en la espalda, rápidos y violentos, antes de darse media vuelta y caminar, en otra dirección, entre la muchedumbre inmersa en la canción. Él bailó mientras avanzaba, su rostro semioculto en la capucha, riendo y observando las diferentes expresiones de tantas personas en estado de júbilo, cantando, encantadas de estar allí, en ese momento, en ese lugar.

Asesinar a una persona es sorprendentemente fácil.

# CAPÍTULO 2

*Dos semanas después*

—¿Cáncer? —dijo Ariel frunciendo el ceño.

—Sí, es un cáncer de células escamosas —contestó ella. Lo miró a los ojos—. Lo siento.

—Maligno —sentenció él. El semblante de ella lo había dicho todo.

Ella asintió.

—¿Pronóstico? —preguntó él sin poder evitar cierto tono fatalista.

Ella volvió a girar su cuello para contemplar de nuevo la pantalla del ordenador. Desde su posición, él veía una secuencia de fotos abstractas, en blanco y negro. Sabía que eran las imágenes de una resonancia magnética, pero ahora le parecían cuadros de una galería oscura y siniestra, con la firma de la muerte como autora.

—Habría que intervenir —afirmó posando su vista en un pequeño calendario, en la parte derecha de la mesa—, sin dejar que pase más de un mes. Lo más importante es extirpar el tumor, limpiar todo lo que podamos y… —hizo una pausa—, después habría que pasar por un tratamiento de radioterapia para acabar con los restos de células cancerosas y así evitar una propagación que podría ser fatal.

Ariel no dijo nada durante unos segundos. Se limitó a observar el calendario, pero lo hizo como quien mira cualquier objeto sin ninguna intención, sin observar el conjunto de números negros y rojos, la presentación ordenada de los meses o el logo publicitario con la imagen de las huellas de un perro y un gato rodeadas por un círculo.

—¿Por qué? —preguntó levantando su mirada—. Quiero decir…

—Es un tipo de cáncer que suele darse en gatos de pelaje blanco —explicó la veterinaria—, sobre todo si han estado expuestos al sol durante periodos prolongados.

Ariel pensó en su gata. Por supuesto que a Santa le gustaba el sol. ¿A qué gato no le gusta? ¿A qué animal no le gusta tumbarse y

dormitar durante horas en un día soleado? La veterinaria señaló con un bolígrafo en la pantalla.

—El tumor no está extendido, de momento está localizado en la oreja izquierda —entrecerró los ojos, su mirada era profesional, de concentración, de quien sabe de lo que está hablando—. Se trata de extirpar el tejido canceroso, dejando una zona de tejido sano alrededor de la afectada, todo el que se pueda. —Se encogió de hombros—. Cambiará la estética de la gata, pero creo que podremos mantenerla con vida, que es lo importante. Aún no hay diseminación a ganglios linfáticos, lo cual es muy positivo —dijo, y lo miró a los ojos—. Pero no podemos esperar mucho. Este tipo de cáncer avanza rápido y… —Se calló. No había necesidad de añadir nada más.

Ariel desvió su mirada hacia la pantalla del ordenador y, tras unos instantes, asintió.

Ella suspiró. Tocaba la parte más impersonal de la charla, la menos médica, la más fría y distante, la que movía el engranaje del negocio de esa enorme clínica veterinaria de Bilbao.

—Es un tratamiento caro —comentó la veterinaria—. Entre la intervención, las sesiones de radioterapia, la medicación y las cremas tópicas que tendrán que aplicarse… —carraspeó—, bueno, le comentaré a Nuria que te saque el presupuesto de todo y lo valoras, ¿te parece?

Ariel siguió mirando la pantalla del ordenador. Cáncer. Habitual en gatos blancos. Por el sol. Se pasó la mano por el pelo y suspiró. Se levantó de la mesa, asintiendo.

—Ven mañana a por ella, hacia el mediodía. Aún está medio dormida por la anestesia de la prueba. —La veterinaria señaló hacia una puerta con el bolígrafo—. Lo mejor es que descanse. Ya nos dirás con lo que sea que decidas.

Le estrechó la mano y Ariel devolvió el gesto.

—Lo siento —le dijo ella.

Él asintió.

Ariel había aparcado su furgoneta junto al acantilado, en una explanada de hierba donde las vistas eran de auténtica postal. Las nubes plomizas caían sobre el mar en un fascinante juego de negros, grises y azules. Era como ver una interminable, oscura y ondulante sábana líquida aplastada por cúmulos inflados y amenazantes, llenos de una furia sobrenatural, a punto de explotar.

Descendió por el estrecho y pedregoso sendero que, en una sucesión de curvas imposibles a lo largo de una pendiente pronunciada, lo dejó pisando la arena de la playa. Avanzó hasta el lugar donde la arena húmeda facilitaba caminar. Y caminó. Lo hizo sin rumbo ni destino concreto, simplemente por el hecho de desconectar, de calmar su mente, de alejarla de pensamientos tormentosos. Quizás el rumor de fondo de las olas, la brisa golpeando su rostro y el rítmico y característico sonido de sus pisadas sobre la arena ayudaran a ello. Pero fue en vano. La palabra venía a su mente una y otra vez. Cáncer. Santa tenía cáncer. Había decidido llevarla a esa clínica porque llevaba varias semanas actuando raro, comiendo poco y maullando sin motivo aparente. Hacía un par de días, se había fijado en los bultitos y las pequeñas costras de la oreja izquierda. Eso fue lo que le hizo decidirse a llevar a su gata a un profesional. Cáncer de células escamosas. Solo el nombre ya alertaba de que nada bueno estaba creciendo dentro de Santa. Mientras veía cómo a unos cien metros, mar adentro, un solitario surfista trataba de guardar el equilibrio sobre una ola, le azotó el recuerdo del primer día que vio a Santa. De eso hacía ya más de ocho años. Fue su padre quien la llevó a casa aquel día. Esa cosita blanca y peluda enseguida se ganó su corazón. Atrevida, curiosa y experta en ronroneos manipuladores; la gatita fue creciendo hasta convertirse en una felina de porte señorial y

distinguido. Como si hasta ese momento nadie se hubiera dado cuenta de que no había un árbol genealógico gatuno comparable al de ella. No importaba si el vecino les había convencido para que se quedaran con esa gatita, una especie de sobrante de la camada. Mamá gata tenía demasiadas bocas que alimentar y había que ir eliminando comensales. Y claro, ni por asomo podían quedarse con más gatos. O los iban acoplando entre vecinos y amigos, o ya se sabía cuál iba a ser el destino de esas cositas peludas, adorables y maulladoras. Y así llegó Santa, fruto de un escarceo de la mamá gata del vecino del cuarto con algún gato callejero de los muchos que merodeaban ese barrio en Tel-Aviv. Pero, en su actitud, Santa siempre fue una gata aristócrata, de linaje envidiable y maneras exquisitas. Ariel sonrió cuando llegaron a su mente los recuerdos de sus conversaciones con Santa, sus monólogos respondidos con movimientos de orejas, maullidos y algún que otro zarpazo al aire. Mucha gente no entiende la importancia que un animal puede tener en la vida de alguien hasta que no lo vive día a día, mes a mes y año tras año. Ese escuchar problemas con silencios necesarios como respuesta; ese aguantar malos días sabiendo dejar un prudencial espacio; y ese saber apreciar los pequeños gestos, acercándose, ronroneando, para subirse al regazo y dejarse acariciar. Santa había sido un elemento familiar importante en su vida en Israel, y lo estaba siendo en España, en esa ruta sin rumbo, fechas ni destino. Solo Santa, la furgoneta y él.

En eso pensaba cuando volvía hacia la Volkswagen California. Ariel estaba ascendiendo por el sinuoso sendero cuando la vio. Su silueta se recortaba contra el cielo. Estaba en el mismo borde del acantilado. Decidió avanzar de lado, evitando ser visto, con sigilo, oculto entre las rocas, acercándose poco a poco. Era vital llegar a su lado sin que ella se diese cuenta. Porque, por la posición, por el lenguaje corporal y por la manera nerviosa de mirar al vacío, Ariel sabía que se iba a suicidar.

# CAPÍTULO 3

La vio coger aire y mirar de nuevo hacia abajo. Sería una caída de más de cincuenta metros sobre rocas, espuma y sal. Él, que acababa de aparecer a cinco metros de ella, sabía que, en esos casos, los primeros treinta segundos son cruciales. Se trata de conseguir mantener una conversación, por irrelevante y anodina que esta sea. Lo más importante en ese momento es desviar su atención, conseguir que, en esa mente de pensamientos turbios y fatalistas, sus niveles de adrenalina no se hagan con el control de su voluntad.

Por su vida habían pasado muchas personas por las que, en esa misma situación, él no habría hecho el más mínimo esfuerzo por evitarlo. Probablemente, a un buen puñado de ellas las habría animado en la intención, y a más de una, incluso, la habría empujado por ese acantilado.

Pero Ariel no podía permitir que una niña de unos nueve o diez años acabase con su vida.

—A veces estas cosas no salen bien —dijo él mirando hacia abajo, a las rocas—. Conozco gente que, en vez de matarse, se ha quedado en silla de ruedas, o lo que es peor, en una cama para toda la vida.

La niña se sobresaltó al oír su voz. No lo había visto llegar. Era delgada, de aspecto frágil, de piel morena y pelo negro, que llevaba anudado en una coleta. Se giró hacia él y se quedó observándolo. «Unos bonitos ojos negros», pensó Ariel, «pero llenos de lágrimas que empañan una mirada infantil e inocente». Ella negó con la cabeza.

—Sé lo que pretendes, y no te va a funcionar.

—¿Cómo te llamas?

—Déjame en paz. ¡Lárgate! Esta vez lo voy a hacer. ¡Quiero que todo acabe!

Esas últimas palabras salieron de su garganta rotas, con una mezcla de rabia y resignación.

—Solo te he preguntado tu nombre, ¿vale? —La miró y se encogió de hombros—. Tampoco es pedir tanto, aunque sea lo último que hagas.

Ella dejó de observar hacia las rocas. Buscó los ojos de Ariel. Dudó unos instantes y volvió a mirar hacia abajo.

—Vamos —dijo él—. Me gustaría saber el nombre de la chica más desgraciada del planeta.

Ella tenía la respiración acelerada. Estaba con los pies en el borde del acantilado. Se movió un poco y unos pequeños guijarros cayeron al vacío. Ariel contuvo la respiración.

—Cuidado, Vanesa. Vas a resbalar. ¿No prefieres coger carrerilla? El salto siempre es más largo.

Ella se giró hacia él.

—No me llamo Vanesa. Me llamo María.

«Bien. Treinta segundos. Vamos a por los siguientes treinta, chica. Venga, sigue hablando», pensó haciendo una mueca.

—Vaya, lo siento. Tienes cara de Vanesa.

—Muy gracioso. Déjame en paz, ¿quieres? Esto no es asunto tuyo —respondió con los ojos enrojecidos y el ceño fruncido.

Una racha de viento la hizo desestabilizarse. Ella se inclinó hacia la izquierda. Ariel pensó que caería al vacío, pero la niña se enderezó, todavía con los pies justo en el mismo borde del saliente del acantilado. Había faltado poco. Esperó unos segundos antes de hablar.

—Yo me llamo Ariel. Encantado, María.

Se trataba de empatizar, de crear una pequeña conexión, por diminuta que fuera, como un delgado hilo que, de una manera u otra, comenzase a unirles. Y haberse dicho sus nombres era el primer paso. Ella lo observó durante unos instantes, se encogió de hombros y volvió a mirar hacia abajo. Ariel podía escuchar el rítmico y violento golpear de las olas contra las rocas. Necesitaba su atención, y, a veces, lo mejor para conseguirla es romper el patrón, crear confusión.

—María, ¿tienes cáncer? —dijo él tratando de que su voz sonase tranquila—. ¿Te han dicho que te vas a morir por alguna enfermedad?

Ella lo volvió a mirar y, tras unos segundos, negó con la cabeza. Mantenía una respiración acelerada, fruto de la tensión, los nervios y la adrenalina fluyendo por sus venas.

—Tengo una gata que se llama Santa. Tiene cáncer. Me lo han dicho hoy mismo, en una clínica de Bilbao. Si no la operan, morirá.

La niña siguió observándolo, ahora con cierta curiosidad en su cara. «Bien, primer minuto y seguimos hablando. Otro minuto más y quizás tengamos suerte», pensó.

—¿Crees que la debería dejar morir? —preguntó, buscando sus ojos, tratando de conectar con ella.

Ella se mantuvo pensativa. Se encogió de hombros.

—Si ella supiese pedírtelo, porque su vida es una mierda, supongo que sí.

Él asintió.

—¿Es tu vida peor que la de mi gata?

Ella ladeó su cabeza, y puso un gesto desafiante, como ofendida ante la obviedad de la respuesta.

—¿En serio lo crees? ¿Has probado alguna vez la comida para gatos? —dijo él alzando las cejas—. ¿Has olido alguna vez lo que hay dentro de esas latas? —Hizo una mueca.

Ella no respondió.

—¿Te hacen mear en una caja de arena? —continuó Ariel.

Le pareció que la comisura de los labios de la niña se torcía ligeramente, como un intento de sonrisa tratando de salir a flote. Señaló hacia su Volkswagen California.

—¿Ves aquella furgoneta verde? Es mía. Técnicamente, ahora es la casa de Santa. La mayor parte del día no sale de ahí.

La niña observó la furgoneta.

—¿Cambiarías tu vida por la de Santa?

Durante unos segundos, ella se mantuvo en silencio. Después respondió con una voz infantil, medio desgarrada por el llanto.

—No, tú no lo entiendes, no lo entiendes…

Ariel la miró a los ojos.

—¿Qué es lo que no entiendo, María? ¿Qué es lo que no entiendo?

Ella rompió a llorar. Su cuerpo, delgado y frágil, temblaba.

—Todo. En casa, en el colegio, todo… yo… quiero acabar con todo.

Dos minutos. Bien. Se acercó varios pasos hacia ella. Pasos cortos. Lo hizo despacio, con cuidado, sin dejar de observarla.

—María, ¿crees que debería dejar morir a Santa?

Ella se quedó mirándolo, sollozando, con una respiración rápida y entrecortada. Negó con la cabeza.

—Yo tampoco lo creo. Quiero ayudar a Santa. Y me gustaría que tú la conocieses.

La vio girar el cuello y desviar de nuevo su vista hacia el acantilado, como si una maldita voz, desde el fondo del mar, estuviese reclamando su atención, animándola a saltar.

—María. Mírame a los ojos.

Ella lo hizo.

—Déjame ayudarte a ti también.

Ella lo observaba, sin decir nada. Ariel se acercó un paso más, sin dejar de mirarla a los ojos. Ahora estaba a poco más de dos metros de ella.

—¿Y cómo vas a ayudarme? —preguntó ella con una voz rasgada por el llanto—. No puedes, nadie puede, no…

—Déjame intentarlo, ¿vale? Déjame intentarlo.

Ella tenía los ojos rojos, cubiertos por lágrimas que bajaban por sus mejillas y quedaban suspendidas en su mandíbula para después precipitarse a las rocas del saliente del acantilado.

—María, por favor.

—No puedes ayudarme, ni siquiera soy de aquí —dijo, algo más tranquila—. Vivo en Madrid, estoy aquí de paso porque mi madre…

Dejó la frase a medias. Dejó de mirar hacia abajo, hacia esa caída mortal entre aristas rocosas y agua enfurecida. Y eso era bueno. Muy bueno.

—Yo también estoy aquí de paso. Y mira, mi madre también vive en Madrid, como mi hermana. —Ariel levantó las palmas de sus manos, como agradeciendo esa coincidencia.

Ella entrecerró los ojos.

—No es verdad —negó con la cabeza—. Me estás engañando para distraerme. Lo de tu gata, lo de tu madre en Madrid. Todo

mentiras, para que no salte.

Ariel se llevó la mano al pecho.

—No te engañaría, María. Y menos en esta situación. Todo lo que te he dicho es cierto —Se dio dos toques con la palma de la mano a la altura del corazón—. Te lo prometo.

Ella dudó unos segundos. Cerró los ojos. Rompió a llorar. Y, justo en ese momento, otra racha de viento; más fuerte que la anterior. María se desequilibró y su pie perdió contacto con el borde del acantilado, enviando pequeños guijarros al vacío. Y su cuerpo, con un grito desesperado, siguió después.

# CAPÍTULO 4

La vio desequilibrarse y, más por instinto que por decisión planeada, se lanzó en plancha hacia el borde del acantilado. Su mano consiguió agarrar, en el último momento, una muñeca de la niña. María colgaba en el aire. La escuchó gritar. Un grito de pánico, de desesperación. Ariel apretó los dientes. Se concentró en que su mano, cerrada con fuerza alrededor de la muñeca de la niña, no cediese ni un centímetro. Estaba tumbado, con la cara rozando el pedregoso suelo y el antebrazo despellejándose contra el saliente rocoso. En esa posición no aguantaría mucho. Hacía viento y ella se movía, por instinto, en un intento imposible de llegar a la pared de roca. Ese balanceo era lo que menos necesitaba en esos momentos. Sabía que, de seguir así, en cuestión de segundos su mano cedería y la niña se precipitaría al vacío.

—¡María, no te muevas! ¡No te muevas o no podré sujetarte!

Un momento después, notó que el balanceo disminuía. La niña trataba de quedarse quieta, suspendida en el aire, escuchando, a decenas de metros bajo sus pies, las arremetidas de las olas contra las rocas. Luchando contra el instinto natural de moverse, de alejarse del peligro. Viendo de cerca la muerte, pero, en esos momentos, sin ya querer formar parte ella.

Durante unos segundos, Ariel permaneció en esa posición, con su cuerpo en tensión y su brazo derecho soportando todo el peso de la niña. Notaba cómo una quemazón subía por su antebrazo hacia el brazo, hombro y cuello. Apretó los dientes con más fuerza. María lloraba. «Piensa, Ariel, piensa», se dijo en silencio, sin dejar de apretar los dientes, mientras notaba cómo su cuerpo era arrastrado poco a poco hacia el borde del acantilado. Su mano comenzó a sudar. Sabía que ese era el principio del fin. La muñeca de la niña se deslizaría en la palma de su mano y él perdería toda la fuerza de agarre. Necesitaba cambiar de posición, pero eso suponía mover el brazo. La niña caería. Necesitaba cambiar de posición sin mover el brazo. «Piensa, Ariel, piensa». Observó una piedra que sobresalía del

suelo, medio metro delante de él, cerca del borde del acantilado. Le pareció que era lo suficientemente firme para aguantar bastante peso. Había una posibilidad. Muy arriesgada, pero no veía más opciones. Quedarse en esa posición era perder a la niña de un momento a otro.

—¡Aguanta, María! ¡Tenemos que hacer una cosa! —dijo con la cara rozando el suelo, sintiendo cómo pequeños guijarros se clavaban en su piel. Notaba la tierra en sus labios—. Confía en mí, ¿vale?

Ella no contestó, pero él sabía que le estaba escuchando. Atenazada por el miedo, seguramente sin poder hablar.

—¡María, voy a moverme! ¡No te preocupes, no voy a soltarte! —gritó—. ¡Pero no te muevas! ¡Procura no moverte!

Ariel apretó los dientes, tensó la mandíbula y el cuello e hizo un esfuerzo sobrehumano para mover el brazo del que colgaba la niña. Se concentró en no perder fuerza de agarre, en sujetar con firmeza la muñeca. Notaba el sudor, la humedad en la piel, pero todavía podía agarrar con fuerza suficiente para que ella no cayese. Al mismo tiempo que movía el brazo del que colgaba la niña, apretó sus rodillas contra el suelo, arrastrándose, reptando, centímetro a centímetro, hacia la piedra que sobresalía. Fue seguramente menos de un minuto, pero se le hizo eterno. Con la cara magullada, notando piedras incrustándose en el pecho y en los muslos, y el brazo derecho ardiendo, pudo agarrar ese saliente de piedra con su mano izquierda. Más sudor en la mano que agarraba la muñeca. Comenzó a notar el deslizamiento, la pérdida de agarre. Cerró los ojos y apretó los dientes con fuerza. Había que hacerlo. Y había que hacerlo ya.

—¡María! —gritó, su cabeza girada, viendo en esa posición el interminable mar en el horizonte—. ¡Voy a quedarme colgado yo también! ¡Cuando yo te diga me abrazarás la cintura, primero con la mano que tienes libre, y después con la otra, porque yo te soltaré la muñeca!

Un momento de silencio.

—¡No! ¡Me voy a caer! —respondió ella con angustia en la voz.

—¡Confía en mí! ¡No te caerás! ¡Yo te ayudaré para que puedas abrazarte a mí!

—¡No!

Con la mano bien agarrada a la piedra, se arrastró hasta el borde del acantilado y dejó caer sus piernas. Las aristas del saliente de roca se clavaron en su abdomen y ahora notaba aún más el peso de la niña colgando de su brazo. Tenía unos pocos segundos para hacer lo que quería.

—¡María, atenta! ¡A la de tres me abrazas por la cintura! —gritó Ariel—. ¡Una!

—¡No!

—¡Dos!

—¡Me voy a caer!

—¡Tres!

Ariel dejó caer un poco más sus piernas, con el borde rocoso del acantilado rozándole y desgarrando la piel de su pecho y, en un gesto rápido, tiró con fuerza de la niña hacia arriba, acercándola hacia su muslo. Notó cómo la niña le abrazaba con un brazo el muslo.

—¡Más arriba, María! ¡Abrázate a mi cintura!

—¡No puedo!

Notaba una tensión insoportable en su brazo izquierdo, el que ahora soportaba el peso de ambos. Una racha de viento le hizo creer que caerían al vacío. Cerró los ojos. Aguantó. Volvió a tirar con fuerza con el brazo derecho, elevando un poco más a la niña y tratando también de flexionar la cadera derecha para ayudar a María a agarrar su cintura.

—¡Ahora! —gritó Ariel.

En ese momento, notó cómo su mano, deslizándose debido al sudor, fue incapaz de sujetar la muñeca de la niña. Ella se soltó.

# CAPÍTULO 5

María había demostrado buenos reflejos. En el momento en que la mano de Ariel soltó su muñeca, logró agarrarse a la cintura de él con el otro brazo. Las piernas de Ariel, semiflexionadas, ayudaban a soportar el peso de la niña.

—¡Abrázate a mi cintura con los dos brazos! ¡Y rodea mis piernas con las tuyas, abrázalas con tus piernas!

María hizo lo que le dijo, y él notó el cuerpo de la pequeña pegado al suyo, como uno solo. Mucho más cerca del centro de gravedad. Más fácil de soportar. La niña pesaba poco, pero a eso había que añadirle el peso de Ariel. Afortunadamente, él no estaba pasado de peso. Ni le sobraba un gramo de grasa, ni tenía un cuerpo excesivamente musculado. Era de constitución atlética, delgado y fibroso, con extremidades largas. Lo cual era de mucha ayuda en esos momentos. Y también ayudaba que era un buen escalador. Muchas horas de práctica pegado en paredes de roca y todo tipo de superficies irregulares y peligrosas, donde el más mínimo error supone precipitarse al vacío. Pero todo eso no eludía el hecho de que seguía colgando de un solo brazo, soportando mucho peso. La mano izquierda agarraba como podía la piedra que sobresalía del suelo, junto al borde del acantilado. Necesitaba llevar la otra mano a esa piedra. No sabía si le quedarían fuerzas para ese movimiento brusco, para lanzar su mano derecha y alcanzar esa piedra. Negó con la cabeza. Necesitaba un agarre más cercano para, desde una posición más cómoda, tratar de trepar al borde del acantilado. Escuchó gritos en la lejanía. Le pareció que varias personas gritaban el nombre de María. La estaban buscando. Ariel se concentró en localizar un punto de anclaje, un agarre para su mano derecha. Observó, buscando opciones. Una arista rocosa que sobresalía un poco más le pareció una opción viable. Hizo un esfuerzo, un pequeño balanceo, y su mano agarró ese pequeño saliente rocoso. Suficiente. Eso le permitió tener dos puntos de apoyo con sus manos, dos agarres. Lo cual, sin tener que soportar

tanto peso con un solo brazo, le permitió descansar unos segundos, si es que a estar colgado así se podía llamar descansar. Sintió cómo gotas de sudor caían por su frente y llegaban a sus ojos. Le escocían. María lo estaba haciendo bien, abrazada con fuerza; como esas crías de orangutanes hacen con sus madres en las copas de los árboles. Pero Ariel no era un orangután, aquello no era un árbol y María pesaba más de cuatro o cinco kilos. Todo eso, sumado a una caída de más de cincuenta metros, y no precisamente en aguas profundas. Enormes rocas con sus enormes vértices y aristas. Ideales para hacer crujir huesos. Miró hacia abajo para volver a gritar a María, para hacerse escuchar por encima del sonido del viento.

—¡María, necesito que trepes por mi cuerpo! ¿Me oyes? ¡Trepar por mi cuerpo, como si subieras por el tronco de un árbol!

La niña no dijo nada.

—¡María!

—¡Si me muevo me caeré!

—¡No, no te caerás! ¡Sube ayudándote de brazos y piernas! ¡Mantenlos abrazados a mi cuerpo y no te caerás!

Ariel comenzó a notar cómo la niña se movía, poco a poco, abrazando con fuerza su cuerpo, trepando con brazos y piernas, exactamente igual a como lo haría un monito. Él sentía los brazos doloridos y cansados. Los tendones de las manos, agarrando las piedras, pedían abrirse, pedían un descanso. Imposible. Un minuto más, a ver si salían de esa.

—¡Bien María, muy bien! ¡Sigue así, lo estás haciendo fenomenal!

Sintió cómo la niña se colocaba abrazándolo por la espalda, como una mochila. Tenía las piernas rodeándole la cintura. Desde ahí era difícil que ella pudiese subir más. Difícil y muy arriesgado. Pero, en esa posición, él podía intentar un movimiento para poder encaramarse con un pie al borde del acantilado y, de esa manera, subir hasta arriba.

—¡Sujétate con fuerza, María!

La niña no respondió, pero notó que se abrazaba a él con más intensidad. Ariel se balanceó hacia un lado y lanzó la pierna derecha hacia arriba. El pie alcanzó el borde del acantilado. Desde ahí,

haciendo un último y desesperado esfuerzo con los brazos y, gracias al punto de apoyo de ese pie, pudo llevar su cuerpo hacia arriba, con María como mochila. Quedaron los dos tumbados, mirando al cielo, en el borde del acantilado. María lloraba. Ariel respiraba con dificultad, mareado por el esfuerzo. Pero ya estaban a salvo. Volvió a escuchar a varias personas gritar el nombre de María, ahora más cerca. Rodó sobre sí mismo, alejándose del borde, y se puso de rodillas. Le costaba coger aire. Agarró a María del brazo. Ella seguía llorando. Temblaba.

—Tranquila. Ya está. ¿Estás bien?

Ella consiguió asentir entre lágrimas. Luego se arrodilló frente a él y lo abrazó. Él pasó la mano por la espalda de la niña, tratando de calmarla.

—No cuentes nada de esto —dijo ella con congoja en la voz—. Por favor.

—María, esto que ha pasado… tus padres necesitan…

—No. Por favor, Ariel. —Ella hizo una pausa. Las siguientes palabras salieron de su garganta entre sollozos—: Prometiste ayudarme. Lo prometiste.

Más gritos. Más cerca.

—¡María! ¡María!

Cuando levantó la cabeza vio a dos hombres, a unos treinta metros, corriendo hacia ellos. Uno iba trajeado y era enorme, seguramente superaba los dos metros, y era grueso como un buey. El otro, con pantalones cortos y camisa de flores, era más bien bajo y delgado, con el pelo rubio, casi blanco.

—¡Eh, apártate de ella! —gritó el más bajo.

Ariel dejó de abrazar a María.

—¿Familiares? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No, pero casi. Son los guardaespaldas de mi madre —respondió, todavía con angustia en la voz.

Los observó y se fue incorporando. Guardaespaldas. Nerviosos, seguro. Violentos, probablemente. Buscando con desesperación a una niña. A la hija de su protegida. Y él, arrodillado allí, con ella. Un extraño, con arañazos en la cara y en los brazos, abrazando a esa

niña. Y ella llorando. Imaginó la explosión neuronal que esa imagen estaría creando en los cerebros de los dos. Suspiró. Nada bueno estaba por venir en el siguiente minuto.

# CAPÍTULO 6

El primero en llegar hasta donde se encontraban fue el guardaespaldas grande. Parecía King-Kong vestido con ropa para humanos: con las costuras de los pantalones y la chaqueta a punto de estallar. No le importó que Ariel levantara sus manos como pidiendo calma, o que la niña gritara su nombre y le hiciese aspavientos con los brazos, para intentar indicarle que él no era una amenaza. Ese tren de mercancías ya iba sin frenos, con su cuerpo como objetivo a derribar. Para él, Ariel era en esos momentos un peligro desconocido, una amenaza que había que alejar de María. Golpear, reducir y, luego, ya si acaso, preguntar. Y si después hubiera que disculparse con quien ha quedado con un par de huesos rotos, pues ya se disculpará uno.

Ariel no necesitaba ningún enfrentamiento. Estaba agotado y magullado. Pero tenía claro que, lo que no quería, era ser embestido por esa mole y acabar en el hospital. King-Kong había traspasado esa línea en la que de nada servía improvisar unas palabras para tratar de calmarlo.

Se fijó en la postura del guardaespaldas, en la posición de sus brazos, mientras este seguía corriendo hacia él con la intención de embestirlo. Era diestro. Su tendencia sería arremeter, no de forma completamente frontal, sino con cierto componente de derecha a izquierda, porque su brazo dominante guiaría el movimiento, de una forma natural, para aprovechar el giro de su torso. Como cuando un diestro pega un puñetazo: el torso acompaña el gesto del brazo. Por eso, Ariel se movió en el último momento, creando un vacío en el lugar que ocupaba medio segundo antes. Y aprovechó el movimiento para lanzar una patada a la rodilla del gigante, la de la pierna izquierda, que en ese momento era su punto de apoyo. Esa patada habría partido la rodilla de cualquier otro ser humano. Habría roto ligamentos y meniscos. Quizás también parte de la tibia. Pero a ese gorila trajeado solo lo desequilibró, haciéndolo caer de rodillas. Bueno, al menos, de momento, eso le servía. Medio segundo

después, agarraba el enorme pulgar derecho del guardaespaldas y lo retorcía, forzándolo violentamente hacia atrás hasta escuchar un *crac*. Después del crujido, vino el alarido de King-Kong, quien, desde su posición, arrodillado, lanzó el otro brazo, el izquierdo, buscando impactar en su rostro. Ariel vio venir esa especie de mástil en movimiento y se agachó, evitando un impacto que lo habría dejado sin sentido. Mientras se preparaba para lanzar un codazo al rostro de esa bestia, que esperaba que fuese definitivo, vio por el rabillo del ojo cómo el guardaespaldas rubio se acercaba por un lateral, llevándose una mano a la espalda. Ejecutó el codazo, que impactó de forma brutal en la sien del gorila trajeado y le hizo caer al suelo, con la esperanza de dejarlo fuera de combate un par de minutos. En ese momento, escuchó un sonido familiar a su derecha, el *clic* metálico característico de un arma blanca plegable. En ese caso, desplegable. Cuando se giró, el rubio de la camisa de flores lo miraba sonriendo. Tenía los ojos saltones, de un azul intenso. Era la mirada de un loco. Se fijó en cómo empuñaba el cuchillo. Empuñadura inversa. Ese loco sabía manejar armas blancas. Observó su postura. Un pie más avanzado, rodillas semiflexionadas. Los brazos arriba, el izquierdo con el puño cerrado, más adelantado que el derecho, que empuñaba el arma. La postura de un boxeador profesional. La postura de alguien que sabe matar, la de un asesino profesional.

—Te voy a destripar, violador de niñas —le dijo enseñando los dientes, con la sonrisa de quien está disfrutando el momento. La sonrisa de quien agradece la oportunidad de matar.

Ariel no respondió. Entrecerró sus ojos y afinó sus sentidos, concentrándose en la mano derecha, la del cuchillo. Sus oídos zumbaban por la adrenalina, descartando cualquier sonido ajeno a los pocos metros cuadrados de su posición y de la del loco de la camisa de flores. Le pareció oír gritar a la niña, probablemente chillándole al rubio del cuchillo. También algún gruñido a su izquierda, seguramente el King-Kong trajeado volviendo a la vida. Y el rumor de las olas rompiendo contra el acantilado. Todo ello de forma amortiguada y difusa, lejana, como un hilo musical de fondo, extraño, caótico, dramático.

El rubio se abalanzó hacia él, lanzando primero un puñetazo con la izquierda, para después atacar con el cuchillo por la derecha. Era un buen movimiento, confundir con el puñetazo por la izquierda para que el oponente deje espacio por su flanco derecho y poder entrar con el cuchillo por ahí. Pero Ariel lo había visto venir y estaba preparado. Bloqueó con su antebrazo derecho el primer puñetazo, y desvió el brazo del cuchillo golpeando con el canto de su mano izquierda la muñeca del rubio.

Lo vio retroceder un par de pasos y volver a la misma postura. Pie adelantado, rodillas semiflexionadas, brazos en alto. Ahora botaba, dando pequeños saltitos con los pies, igual que hacen los boxeadores. Parecía que los ojos se le iban a salir de sus órbitas. Le brillaban. Sonreía. Estaba disfrutando. María le gritaba, llamándolo por su nombre, o su apodo, o lo que fuese. Frisbi, o Triski, o algo así. Era surrealista que ese loco asesino, de pantalón corto, camisa de flores y cuchillo en mano, se llamara como un teleñeco. Pero él miraba fijamente a Ariel. No tenía intención de hacer ningún caso a la niña. Era su momento, su oportunidad, supuestamente respaldada con argumentos de defender a la niña, de actuar de forma profesional, de eliminar una amenaza. Dio un par de pasitos hacia delante, sin dejar ver con claridad cuál sería su siguiente movimiento.

Ariel tenía clara una cosa. Es muy difícil desarmar a alguien en la larga distancia, la de las patadas. Y mucho menos a un experto en el manejo de armas blancas. Tiene que coincidir que tu patada sea precisa y con la fuerza necesaria para impactar en la mano de tu oponente, que este decida no mover su mano al ver venir la patada y que, en el hipotético caso de acertar, ese golpe le haga soltar el cuchillo. Eso solo pasa en las películas. En las películas malas.

Lo mismo ocurre en la media distancia, la de los puñetazos. Pretender quedarte en esa distancia tratando de pelear a base de bloqueos y puñetazos supone recibir continuos tajos en manos, antebrazos y brazos. Y seguramente alguno en el torso, o en el cuello si tienes mala suerte o tu oponente es un experto. Él sabía que el teleñeco rubio era un experto. Sus movimientos, su lenguaje corporal lo decían. También sabía que no quedaba otra que entrar

en la corta distancia. La de rodillazos y codazos. Tocaba hacer justo lo contrario a lo que dice el instinto de supervivencia cuando el agresor empuña un arma blanca. Lo natural es la huida, retirarse hacia atrás cuando el cuchillo avanza hacia ti. El cerebro primitivo, el reptiliano, activa las alarmas del miedo para huir y prolongar la vida, para asegurar la continuidad de la especie. Cientos de miles de años de evolución no pueden estar equivocados. El miedo es útil. Los valientes conquistan o caen. Los miedosos se retiran y procrean. Ariel no era un valiente temerario. Y tampoco un miedoso irracional. Estaba preparado para esa situación. Entrenado en entornos como ese.

La clave radicaba en la muñeca de la mano que empuñaba el cuchillo. Olvidarse de todo lo demás. Bloquear esa muñeca e intentar desarmarlo. Distancia corta. Rodillas y codos. Por eso, cuando el rubio de camisa de flores lanzó su ataque con el arma, esperando ver en su oponente un gesto de protección con los brazos ante el cuchillo, o incluso un intento de retroceder, en su mirada apareció la sorpresa de lo inesperado. Porque, en vez de eso, Ariel se lanzó hacia delante.

# CAPÍTULO 7

Entró con fuerza contra él, elevando una rodilla y lanzando la mano izquierda hacia su muñeca. En un movimiento combinado muy explosivo, agarró la muñeca del rubio a la vez que lo golpeaba en la ingle con un rodillazo. El rubio no soltó el arma, pero sí agachó instintivamente la cabeza. Es imposible no agachar la cabeza cuando recibes un rodillazo en tus partes. Y esa cabeza en caída libre chocó de forma brutal contra un hueso de Ariel. Concretamente, con uno llamado olécranon, que no es otro que el saliente óseo del codo, duro como una piedra, el cual avanzó a gran velocidad en sentido ascendente hasta que impactó con el tabique nasal del teleñeco de camisa de flores. Ese codazo fue suficiente para dejarlo grogui, tambaleándose como una marioneta. Ariel forzó la muñeca de Trisqui, Friqui, o como diablos se llamase ese elemento; y lo pudo desarmar, haciéndose con el cuchillo. En ese momento, seguía sujetándole la muñeca con su mano izquierda, pero ya empuñaba el cuchillo con la derecha. También con empuñadura inversa, el filo apuntando al suelo, la misma que había usado el teleñeco. Vio que el antebrazo del rubio estaba completamente expuesto. El siguiente movimiento lógico sería abrir en canal, en sentido longitudinal, el antebrazo de ese guardaespaldas tan florido. Desde la muñeca hasta el codo. Se desangraría en menos de cinco minutos. Objetivo eliminado. Era lo que le decía su instinto, su piloto automático del combate cuerpo a cuerpo. Toda la pelea con ambos guardaespaldas hasta ese momento había durado menos de un minuto. Rápida, caótica, sucia. La adrenalina seguía fluyendo de forma frenética por su cuerpo. Seguía escuchando un zumbido sordo en sus oídos. Pero eso no le impidió escuchar un grito que atrajo su atención en aquella dirección.

—¡Suelta el arma o disparo! ¡Ahora!

Tres hombres y una mujer llegaban corriendo. El hombre más avanzado le estaba apuntando con una pistola. Esa postura, esa

forma de empuñar el arma, ese aire militar en la voz, en la orden. Un profesional.

—¡No lo repetiré otra vez! ¡Suelta el cuchillo o disparo!

Ariel siguió observando. Los tres hombres vestían igual. Pantalones técnicos negros con amplios bolsillos y camisetas de manga corta del mismo color. Llevaban fundas sobaqueras para sus pistolas. Hombres de seguridad. Posiblemente exmilitares. La mujer, de unos treinta años, tenía gesto preocupado. Belleza latina en sus rasgos. Su mirada se alternaba entre Ariel y María. La madre de la niña. Ariel giró la cabeza hacia la izquierda. El gigante de traje y corbata se acababa de incorporar, gruñendo algunas palabras y cogiéndose el pulgar roto con la otra mano. Después observó a quien tenía inmovilizado, tumbado en una postura forzada. Con un brazo agarrándole la muñeca y un pie presionándole la garganta. Ese malnacido, de pelo rubio teñido y ojos saltones azules, sonreía. Sangraba por la nariz y la boca. La sangre bajaba en regueros por su cuello, empapando su camisa estampada de flores.

—La próxima vez, violador. Dejaremos este asunto para la próxima vez —le dijo con unos dientes teñidos de rojo brillante y una mirada de psicópata.

Ariel volvió la vista hacia los hombres de negro. En ese momento, los tres lo apuntaban con sus armas. El que llevaba la voz cantante bajó un poco su pistola. Estudiando a ojo la trayectoria, supo que estaba apuntándole a una pierna. Ariel soltó la muñeca del teleñeco loco, plegó con un *clic* el cuchillo y se giró para lanzarlo con fuerza hacia el acantilado. El arma voló y descendió hacia las furiosas olas que seguían embistiendo las rocas, ajenas a lo que ocurría cincuenta metros por encima.

—Acabas de joderme doscientos pavos, violador. Eso también tendrás que compensarlo.

Él no respondió. Vio cómo la mujer se dirigía hacia su hija, pero María era reacia al abrazo, todavía con lágrimas en los ojos. Por su izquierda, el enorme guardaespaldas avanzaba hacia él, pero un nuevo grito del jefe de los hombres de negro le hizo detenerse.

—¡Marcus, no! ¡Atrás, déjalo!

—¿Que lo deje? Este mierda ha intentado…

—Que lo dejes, Marcus —dijo después la mujer, dando espacio a su hija y avanzando un par de pasos hacia Ariel—. Todo el mundo tiene derecho a explicar una situación confusa. ¿Verdad?

La miró a los ojos. Después desvió su mirada fugazmente hacia María. Le pareció advertir un leve gesto de negación en la niña. Luego observó a los hombres de seguridad. El que parecía el jefe había bajado su arma. Los otros dos seguían apuntando, aunque ya sin mucha convicción.

—¿Verdad? —repitió la mujer.

Llevaba un vestido azul, ajustado, como de un material brillante, con lentejuelas. Nada apropiado para un día de playa, desde luego. Pero la mirada de esa mujer transmitía determinación y confianza. Como las de la gente acostumbrada a que todo salga tal y como lo ordenan. Como la de alguien importante o, al menos, que se cree importante. Ariel se encogió de hombros.

—Estábamos charlando —dijo por fin.

La mujer levantó las cejas.

—¿Charlando? —Lo analizó de arriba a abajo. Su rostro y sus brazos tenían tantos arañazos y magulladuras como su camiseta y sus pantalones—. ¿Mientras rodabais por el suelo?

Ariel posó su mirada en la niña. Tenía los ojos llorosos y el rostro sucio. Ella se encogió de hombros. Después miró a la madre, pensativo. Y, finalmente, también él se encogió de hombros. La mujer siguió examinándolo durante unos segundos, sin decir nada. Luego suspiró, asintió y se dirigió, con voz autoritaria, hacia los dos guardaespaldas peculiares.

—Marcus, Briski, llevad a María al set de rodaje.

El rubio fue a decir algo, pero la mujer levantó una mano, sin dejarle hablar.

—¡Ahora!

El rubio asintió, sin quitarle el ojo de encima a Ariel, todavía con bastante sangre en la nariz y en la boca. Sonrió y le lanzó un beso, poniendo morritos. La niña miró a Ariel. Él vio cómo le temblaban los labios. Ella parecía estar a punto de decir algo, pero se giró y comenzó a caminar por un sendero en la hierba que seguramente llevaba al set de rodaje que había mencionado la madre. El King-

Kong trajeado y el teleñeco de camisa de flores la siguieron, caminando varios pasos por detrás.

La madre de la niña carraspeó para llamar la atención de Ariel.

—¿Podemos charlar un rato? Pero como suele hacer la gente que charla, sin revolcarse ni rodar por el suelo.

Él no dijo nada. Posó la vista en los hombres de negro, más relajados, y de nuevo en la madre de la niña. Se encogió de hombros. Ella ladeó su cabeza hacia el acantilado, indicándole que la siguiese, y comenzó a caminar. Antes de seguirla, observó cómo el líder de aquellos *Men in black,* versión militar española, avanzaba también hacia allí; pero un gesto de la mano de la mujer hizo que se quedara donde estaba, contrariado, vigilando en la distancia, con la mirada seria. Ariel comenzó a caminar hacia la mujer. Ella ya había encendido un cigarrillo y fumaba, con gesto nervioso. Le temblaba el labio inferior. Él llegó a su altura. La mujer miraba hacia el horizonte, hacia un mar de plata brillante donde, en esos momentos, unos rayos de sol se colaban entre densos nubarrones. Ariel se fijó en su silueta. Un cuerpo femenino y trabajado, atlético. Las formas en sus brazos y piernas delataban horas de ejercicio; casi con seguridad a base de pesas, o con esas bandas de resistencia de colores y, también seguramente, con algún entrenador personal cubano de cien euros la hora. Tenía una melena morena de rizos largos y ondulados, cuidada, recién peinada, para lo que él imaginó sería alguna sesión de fotos o vídeo. Para posar en lo que ella había llamado «set de rodaje». Sus facciones mostraban claros rasgos latinos. Sudamericana, tropical, salvaje. Ariel diría que venezolana o colombiana.

—¿Vas a contarme la verdad de lo que ha ocurrido aquí? —preguntó ella arremetiendo contra sus pensamientos, sin dejar de mirar hacia el horizonte.

Él siguió su mirada. En la distancia, un pequeño velero se contoneaba entre las olas, dejando una fina estela blanca a su paso. Permaneció en silencio.

—María… —dijo ella al ver que no respondía, y esta vez sus palabras salieron con la voz quebrada—. Mi hija se ha intentado suicidar, ¿verdad?

Y antes de que Ariel pudiera responder, ella rompió a llorar.

# CAPÍTULO 8

Ariel siguió contemplando el mar. El velero avanzaba, con sus velas blancas desplegadas. Lento, pero con orgullo. Como una gaviota con las alas heridas tratando de moverse en un asfalto líquido, en un medio que no es el suyo. Más lejos, mucho más lejos, una diminuta silueta era en realidad un inmenso carguero. Ella se giró hacia él. Ariel se sintió observado y devolvió la mirada.

—Es eso, ¿verdad? Se ha intentado quitar la vida. —Sacó las últimas palabras con un sollozo, como si estuvieran enganchadas en su garganta. Ella avanzó un pasito y se inclinó ligeramente para observar más allá del saliente. Las olas estallaban contra las rocas, lanzando chorros de espuma en todas las direcciones—. ¡Dios mío! Ha querido saltar desde aquí.

Sus ojos negros, vidriosos, incapaces de contener las lágrimas, se posaron con determinación en los ojos de él, de un tono verde y miel. Ariel no apartó la mirada, pero se mantuvo en silencio.

—Y tú lo has evitado —continuó—. Has aparecido de Dios sabe dónde para salvar a mi hija.

Le temblaba la voz. Él permaneció en silencio, observándola. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Esta es la tercera vez —suspiró y dio una larga calada al cigarrillo. Volvió a posar sus ojos en algún punto indefinido del horizonte—. La primera vez la pillamos con unas tijeras en el baño. Unos pequeños cortes en la muñeca. Heridas sin importancia en la piel —su voz se quebró—, pero incurables para su cabeza. Situaciones que dejan huella de por vida.

Sacó un pañuelo de papel de un pequeño bolso blanco y trató de limpiarse las lágrimas sin que se corriese el rímel de sus ojos. Sin mucho éxito.

—La segunda vez fue más seria. Entró en mi habitación a hurtadillas y… —cerró los ojos sin poder contener nuevas lágrimas que bajaban por sus mejillas. Su voz era una mezcla de rabia, impotencia y desesperación—, cuando entré estaba tirada en el

suelo, con un bote de pastillas vacío en una mano… salía espuma por su boquita…

Empezó a sollozar. Volvió a pasar el pañuelo por sus ojos. Respiró hondo y trató de recomponerse. Sin mucho éxito.

—Y ahora esto, ¿verdad? La viste cuando quería saltar y te lanzaste a por ella para evitarlo. De ahí tu ropa, tu cara y tus brazos magullados.

Silencio. Ella soltó lo que parecía una pequeña carcajada, contenida y triste, en un intento de aliviar su ansiedad. Sin mucho éxito.

—Te ha dicho que no me digas nada. Que niegues todo lo que ha pasado, que se lo prometas —dijo mirándolo a los ojos. Él mantuvo la mirada, sin decir nada. Ella asintió—. Ya. Y tú se lo has prometido. Sí, esa es mi María.

—La palabra es la palabra.

—Claro —respondió ella—. Pero algunos silencios hablan más que las palabras.

—Parece buena chica.

—Lo es —dijo asintiendo. Se secó más lágrimas. Poco a poco iba recuperando la compostura—. Una buena chica con algunos problemas aquí —se señaló con un dedo la cabeza—, a los que no podemos llegar. Y no es su culpa. Es mi culpa, la culpa de todo lo que la rodea.

—Hay profesionales que la podrán ayudar; supongo.

Ella soltó una carcajada acompañada de una mueca. Irónica, sarcástica. Después suspiró.

—María está con un psicólogo. Dos días por semana. —Dio otra calada al cigarrillo—. El mejor de Madrid, dicen. —Se encogió de hombros—. Ya puede serlo. Quinientos euros a la semana. —Señaló hacia las rocas—. Y ya ves hacia dónde están llevando esas sesiones con el mejor profesional a mi hija. —Negó con la cabeza—. La muerte de mi padre hace menos de un año. Eso la rompió por dentro. Estaba tan unida a su abuelo, tan unida —dijo, y se volvió a pasar el pañuelo por los ojos—. Y después lo de su amiga, su única amiga. Leucemia. No hace ni tres meses que la enterraron. Pobre niña. Ella era el apoyo de María, pasaban mucho tiempo juntas. Uña

y carne. Y, de repente, en tan poco tiempo, la vida de María da un vuelco. Se vuelve apática, solitaria. —Más lágrimas—. La siento vacía, triste. Muy triste.

Ariel la observaba. Desvió la vista hacia los hombres de seguridad. Seguían mirando en su dirección. Atentos, desconfiados.

—Y después lo del colegio —continuó ella—. Ella no dice nada, pero algo le pasa en el colegio. Niñas que le hacen de menos, algún niño que se mete con ella, ya sabes, esas cosas que pasan y que siempre han pasado en los colegios. Le he preguntado, pero ella no me dice nada. Se encierra en su habitación y la escucho llorar. He llamado varias veces al colegio. —Se encogió de hombros—. No ven nada fuera de lo normal, pero algo tiene que haber, lo sé, lo presiento. Intento pasar tiempo con ella, pero, en mi situación, mi vida… no es fácil. Menos mal que mi hermana y mi cuñado suelen ir mucho a casa. Están con ella, la distraen. Pero no es suficiente. Mi María no es la niña que era antes de todo este terremoto emocional en su vida. Y no sé si lo volverá a ser alguna vez.

Ariel no supo qué decir. Se observó las zapatillas. Sus Salomon negras estaban rozadas y sucias de tierra. Se metió las manos en los bolsillos y se fijó en el velero. Un triángulo diminuto en la lejanía, a su izquierda.

—Bueno —dijo él—, siento todo esto; la situación… lo de la niña… pero creo que tengo que irme, y…

Ella dejó de contemplar el mar para posar sus ojos en los de Ariel.

—¿Cómo te llamas?

Eso lo pilló desprevenido. Tardó unos segundos en responder.

—Ariel.

Ella asintió. Y sacó una sonrisa. Algo forzada. Débil. Triste.

—Ariel —repitió ella. Inspiró profundamente y soltó el aire—. Estoy en deuda contigo. Y perdona mi insolencia. Has salvado a mi hija y te debo mucho.

Él negó con la cabeza.

—No, mira, cualquiera hubiera… —dijo con torpeza.

—Yo no sé lo que hubiera hecho cualquiera. Yo sé lo que has hecho tú.

Él no dijo nada. Ella se acercó un poco, lo observó con detenimiento, sacó una media sonrisa y ladeó unos centímetros su cabeza.

—No me conoces, ¿verdad? Porque actúas como alguien que no me conoce, que no sabe quién soy.

Ariel la observó. Entrecerró sus ojos. ¿Una pregunta con trampa?

—¿Debería? Siento no saberlo, pero llevo poco tiempo en España y…

—No, no, no lo decía por eso —respondió ella haciendo un gesto con la mano—. En realidad es una alegría y un alivio poder charlar con alguien que no me conoce. Como una persona normal. —Miró al cielo y volvió a poner su vista en el horizonte—. Sin fingir, sin actuar, dejando el personaje a un lado.

—¿Personaje? —dijo él, alzando sus cejas.

—Soy Jessie Carter —respondió ella. Otra calada al cigarrillo. Echó el humo en lo que pareció un suspiro rabioso—. Al parecer, según los expertos de las discográficas más importantes, y según decenas de millones de fans, una súper estrella de la música a nivel mundial.

—Vaya. Bien. —Se encogió de hombros—. Felicidades —dijo él sin saber muy bien por qué.

—Felicidades, dice —respondió ella—. A veces daría todo lo que tengo por poder tener una vida normal, anónima, como la de cualquier persona. —Se calló, pensativa. Tras unos instantes, continuó—. Como la que tenía antes de toda la fama, antes de todo el circo que se ha generado a mi alrededor. —Soltó otro suspiro, corto, casi sin fuerza, pero que para ella parecía pesar más que el plomo—. Lo daría todo por María, por… —Cerró los ojos, sin poder continuar. Más lágrimas.

Ariel se quedó callado. No conocía el mundo del que ella hablaba.

—¿Y no puedes? —preguntó—. Salir de ese mundo y… vivir como una persona… normal —dijo, con un tono diferente en la última palabra.

Ella dejó de secar sus ojos con el pañuelo y soltó otra pequeña carcajada, como esas que salen cuando un niño pequeño dice

alguna tontería porque no entiende cómo funciona el mundo de los adultos.

—Este mundo es como una rueda gigante, de esas que giran sin parar —hizo el gesto de girar con el dedo índice—, las de los ratones enjaulados. Es una jaula de oro, en la que, una vez entras y empiezas a hacer girar la rueda, ya no podrás salir. Ni de la rueda ni de la jaula. —Tiró la colilla a la tierra y la pisó con fuerza, con rabia, arrastrándola con la suela del zapato—. La rueda debe seguir girando. La rueda alimenta a mucha gente. Llena muchos bolsillos. La rueda es importante. Es lo más importante. Eso te hacen creer. La rueda no debe parar de girar.

Ariel se mantuvo en silencio, asintiendo, tratando de imaginarse una vida así. Una condena. En una cárcel dorada.

—¿Eres de aquí? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—De Israel. Hijo de padre israelí y madre española.

Ella asintió, interesada.

—Sí. Ahora que lo dices, tienes una curiosa combinación. —Entrecerró los ojos—. Piel morena y cabello oscuro. Rasgos hispanos, sin duda; pero también me atrevería a decir que tus facciones reflejan raíces de Oriente Medio. He viajado bastante por la zona.

Ella no se equivocaba. A sus treinta y cuatro años, en su rostro se leía la calma de quien ha vivido mucho sin perder la esperanza. La serenidad de un hombre que no necesita alzar la voz. Su piel no solo tenía el tono cálido de los campos castellanos, sino el característico aspecto de los habitantes de los desiertos del Negev. Sus ojos, grandes y ligeramente entornados, eran de un verde peculiar y estaban surcados por vetas doradas; ojos atractivos, llamativos, como esas aceitunas maduras que brillan orgullosas en los olivares mediterráneos. Las cejas, oscuras y densas, enmarcaban una mirada enigmática de una intensidad natural, sin esfuerzo. Su barba de tres días no ocultaba una mandíbula fuerte, marcada. Había en él una belleza serena y compleja.

Ella ladeó ligeramente la cabeza.

—Un rostro atractivo, de una belleza especial. Lo que me resulta llamativo son tus ojos, ese brillo, esa tonalidad. ¿Son verdes? ¿Marrones? No sabría decirlo.

Él se encogió de hombros.

—Herencia materna.

—Ya. Tu madre debe ser una mujer muy atractiva.

Él asintió. Trató de no pensar en su madre, intentó apartar de sus pensamientos la maldita y cruel enfermedad. Permaneció en silencio.

—Y tampoco vives en España —continuó ella—. Has dicho que llevas aquí poco tiempo. —Hizo una pausa—. ¿Visitando a tu familia?

—En parte —contestó, sin dar más explicaciones.

Ella se dio cuenta; levantó una mano.

—Perdona, estoy siendo impertinente. Ahora soy yo la que parezco un paparazzi molestándote con preguntas que…

—No, no importa —dijo él. Tragó saliva—. Tengo a mi madre ingresada en una residencia en Madrid, con una especie de demencia senil, y es mi hermana la que se encarga de…, bueno, yo he estado visitándolas hace unos días…

—Y ahora vuelves a Israel —dijo ella.

—En realidad no. Es la primera vez que vengo a España y me gustaría pasar un tiempo por aquí. —Se giró e hizo un gesto hacia la Volkswagen California, aparcada a unos doscientos metros de allí—. Viajando en mi furgoneta, con mi gata.

Ella desvió su mirada hacia allí.

—De aventura en tu segunda tierra.

Ariel asintió.

—Algo así. Sin rumbo, y por tiempo indefinido.

Ella silbó y sacó una sonrisa auténtica, natural, radiante.

—Puede sonar raro, pero te envidio. El poder hacer algo así, sin planes, sin nadie que te lleve una agenda, nadie que te sople en la nuca cada vez que te relajas —dijo, y luego entrecerró sus ojos—. ¿No trabajas?

—Ahora no —fue su respuesta. Corta, seca, sin explicaciones.

—Eres militar. O lo eras.

Él no respondió a esas palabras. Desvió su mirada hacia el mar. Otro carguero aparecía por el horizonte. Ella asintió, sin dejar de

observarlo, como analizando sus gestos, sus respuestas. Y también la ausencia de ellas.

—¿Lo ves? Los silencios dicen más que las palabras.

Él siguió sin decir nada.

—Sé reconocer a alguien con habilidades… digamos… especiales. Vivo rodeada de guardaespaldas, de expolicías, exmilitares. Rodeada de gente violenta. Gente que me protege, gente preparada.

Ariel se frotó un brazo, sin apartar su mirada del horizonte, incómodo.

—Cuando veníamos corriendo vi lo que hacías con Marcus. Y después con Briski. Vi cómo lo desarmabas, cómo lo inmovilizabas. Te vi los ojos cuando empuñabas el cuchillo, y cómo lo mirabas. En otra situación seguramente lo habrías matado, ¿verdad? —Vio que él no reaccionaba a esas palabras. Cambió la conversación en otra dirección—. Me gustaría compensarte por lo que has hecho con María.

Ariel frunció el ceño.

—No hace falta, no… —comenzó a decir. Ella seguía mirándolo a los ojos. Era una mirada intensa, llena de determinación. Llena de esperanza. Y finalmente dijo:

—Me gustaría contratarte.

# CAPÍTULO 9

—¿Contratarme? —dijo sin poder evitar un gesto de confusión—. No entiendo, tú ya tienes —señaló a los hombres de negro que se mantenían en la distancia—, tu equipo de seguridad, profesionales que…

—Te pagaré bien. Lo que pidas —hizo una pequeña mueca—, o casi, vaya —acabó diciendo con una sonrisa.

Él pensó en su gata. Pensó en la factura del tratamiento. Pensó en Madrid, en su madre, en su hermana. Pero luego pensó en su mundo, y también pensó en el de ella.

—No, mira —dijo, negando con la cabeza—, no me muevo por dinero, y… realmente no me necesitas. No necesitas compensarme, de verdad. Con un simple «gracias» me doy por satisfecho.

—Te lo voy a pedir por favor, Ariel. Y te daré un millón de gracias, cada día, si hace falta. —Hizo una pausa y se quedó contemplando el mar—. Soy observadora, ¿sabes? Eso lo heredé de mi madre, en paz descanse. —Miró al cielo y nuevamente al mar—. He visto tu mirada de complicidad con María. He visto cómo ella te miraba, cómo te pedía con un pequeño gesto que no dijeses nada. —Hizo otra pausa para mirarlo a los ojos—. Te has preocupado por mi hija cuando ni siquiera la conocías. Te has puesto en peligro. Por ella. Y ella ahora confía en ti.

Él la observaba, algo confuso. Pensó en Santa, en el cáncer, en la intervención quirúrgica. Dentro de un mes, como máximo. Pensó en los gastos, en lo ajustada que iba su cuenta corriente.

—¿Y para qué querrías contratarme? ¿Quieres que haga de *sparring* de tus dos guardaespaldas? ¿Del gorila y del psicópata? ¿Quizás que trabaje mano a mano con ellos? ¿Otro guardaespaldas exótico en plantilla?

Ella lo observó durante unos segundos, en silencio, y después sonrió.

—Te entiendo, sí, reconozco que no son los guardaespaldas convencionales que uno espera, pero… —Miró en la dirección en la

que se habían ido con su hija, como si pudiesen verlos desde allí—. Marcus y Briski llevan conmigo desde que empecé, por recomendación de un amigo de mi padre y… aunque sus métodos pueden resultar demasiado violentos a veces, no me han fallado nunca. Siempre a mi lado, pendientes de todo, protegiéndome con su propia vida si hiciese falta. Confío en ellos como en nadie más.

—Como dos perros de presa. Lamiendo la mano al amo, pero con los colmillos preparados cuando un extraño se acerca —dijo Ariel.

Ella se quedó pensativa unos segundos y asintió.

—Algo así, sí. Leales y eficientes. —Se mordió el labio, como escogiendo las siguientes palabras, y continuó—: En un mundo como el mío necesitas gente así a tu lado. Es triste, pero es una realidad. Entre miles de fans desesperados por sacarse una foto, por tocarte, por abrazarte… siempre puede haber…

—No me gustan.

—Te entiendo —dijo ella—. Después del incidente, de su reacción hacia ti… te entiendo, Ariel.

—¿Y ellos? —dijo él haciendo un gesto con su barbilla hacia los hombres de negro. Seguían a una distancia prudente, sin quitar ojo, serios. Profesionales.

—Ellos son un grupo de seguridad privada. —Señaló al hombre del centro, el que parecía el jefe del grupo—. Él es Roberto Silva, exguardia civil, trabajó en la Unidad Especial de Intervención. Era jefe de operaciones especiales. Más de veinte años de experiencia en ese cuerpo, al máximo nivel.

—Y ahora está contigo.

—Montó una empresa privada de seguridad.

—Para trabajar para gente rica y famosa. Más dinero y quizás menos riesgos.

—La vida es cara, Ariel.

—La vida es cara en la medida que uno quiere que lo sea. Es esa rueda de la que hablabas. —La miró a los ojos—. Todo el mundo puede tener su propia rueda, su jaula de oro. Chalet, coche de lujo, vacaciones. Hacer girar la rueda, sin parar. Y sin poder salir.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que cada uno decide qué es lo que quiere hacer con su vida, cómo quiere vivir, ¿no crees?

Ariel asintió, sin decir nada.

—¿Trabajarías para mí, Ariel?

Él quedó en silencio. Más de lo que le hubiese gustado. La gata. La clínica veterinaria. El cáncer. Dinero. Al final, quizás ella tuviese razón y la vida era cara. Al menos la de los gatos.

—¿Con ellos? —Desvió su mirada hacia los hombres de seguridad —. ¿A las órdenes del exguardia civil?

Ella negó con la cabeza.

—Roberto y su equipo se encargan de la seguridad en mi casa, en los desplazamientos, en los conciertos y eventos. Veinticuatro horas de seguridad general. Son buenos, muy buenos.

Él no dijo nada. Dejó que ella continuara.

—Marcus y Briski se encargan de mi seguridad personal. Son mi protección más cercana. Como mi armadura. Allá donde voy, van ellos. Salvo que yo ordene lo contrario.

—¿Entonces? ¿Para qué quieres contratarme?

Ella miró en la dirección del sendero que habían tomado su hija y los guardaespaldas. El que conducía al set de rodaje. Unos instantes después, sus ojos se posaron en los de él.

—Quiero que protejas a mi hija.

Ariel levantó las cejas. Quedó en silencio unos instantes.

—¿Proteger a tu hija? ¿Por qué? Puedo entenderlo en tu caso, pero… ¿tu hija?

Entonces fue ella la que quedó en silencio, mirándolo.

—Quieres que haga de amigo, una especie de psicólogo. Quieres que haga compañía a tu hija.

—No es eso. Bueno, reconozco que si confía en ti le vendrá bien pasar tiempo contigo, pero…

—Ya tienes un psicólogo. El mejor de Madrid. Quinientos euros la semana. ¿Para qué gastar más dinero solo para que yo pase tiempo con ella? ¿No hay canguros en Madrid? Seguro que localizas al mejor.

Ella negó con la cabeza.

—Te decía que no es solo eso. He recibido… lo que pueden ser… amenazas —dijo por fin—. De algún fan loco, un tarado que ya ha mandado varias cartas y… tengo miedo. No tanto por mí; por María.

—¿Por qué no asignar uno o varios de tus —hizo un gesto con su barbilla hacia los hombres de la cantante— *Men in black* para proteger a tu hija? Seguro que eso entra en su minuta.

—Lo he intentado. No ha funcionado. María no quiere estar con ninguno de ellos. Dice que es como estar presa. No quiere que la vean con guardaespaldas, no quiere que la vean…

—Diferente —dijo Ariel.

Ella asintió.

—Y crees que yo puedo protegerla y a la vez estar con ella sin que se sienta mal. Crees que no le importará que yo haga de guardaespaldas.

Ella volvió a asentir. Él se quedó pensativo. La gata. El cáncer. Pasar tiempo con María. En Madrid. Su madre en la residencia. Su hermana Carol.

—Necesito pensarlo.

—Bien —contestó ella—. Es un paso. Te lo agradezco, Ariel. ¿Podrías darme una respuesta para mañana? Pasado mañana ya estaremos en Madrid.

Él suspiró. Se giró hacia el mar. Ya no había rastro del pequeño velero. La miró. Asintió.

—Vale, haremos lo siguiente —dijo metiendo una mano al bolso —: mañana doy un concierto en el Bilbao Arena. Es el Palacio de Deportes, un pabellón en el barrio Miribilla. —Sacó la mano del bolso y le entregó una especie de chapa de plástico redonda, más grande que una moneda, con una inscripción—. Entrega esto a cualquier miembro del *staff* que veas fuera del pabellón. Tendrán orden de llevarte a mi camerino.

Él cogió la chapa. Era dorada. En una cara se podía leer VIP, y en la otra había una imagen del rostro de ella, con su nombre debajo: Jessie Carter.

—¿Hora?

—El concierto es a las ocho. Sería perfecto si puedes estar a las siete y media en mi camerino. Vete con tiempo. Habrá mucha gente.

Él asintió. Miró hacia su furgoneta. Junto a ella estaba el guardaespaldas loco, el rubio de camisa de flores. En ese momento hacía unos gestos hacia ellos.

—Es Briski. Vamos justos de tiempo y tengo que seguir con el rodaje para un videoclip. Mañana te veo, entonces —le dijo, y le estrechó la mano.

—No prometo nada —respondió él devolviendo el gesto.

—Lo sé —contestó ella, y después se dio media vuelta e hizo un gesto a los hombres de negro.

Ariel los vio alejarse en grupo por el sendero que conducía hacia aquel set de rodaje. Los vio juntarse con el rubio loco y después descender una pendiente hacia la izquierda, seguramente hacia alguna cala, de esas donde la arena mojada, las olas y algunas rocas harían de escenario perfecto para un videoclip. Se acercó caminando hacia su furgoneta, moviendo la chapa dorada entre sus dedos. Al llegar a la California frunció el ceño. Dos ruedas pinchadas. Miró hacia la izquierda, hacia el sendero. El teleñeco loco se había quedado rezagado y lo observaba. Sonriendo. Desde su posición fue capaz de distinguir cómo ese psicópata ponía morritos y le lanzaba un beso mientras movía en su mano lo que Ariel sabía que era otro cuchillo.

# CAPÍTULO 10

Ariel recogió a Santa el día siguiente, al mediodía. Pagó las pruebas diagnósticas y el tratamiento provisional, a base de varios frascos de pastillas. Un buen zarpazo a su cuenta. Con un pequeño transportín, llevó la gata a la furgoneta. Santa parecía cansada. La sacó del transportín y ella se acurrucó en una esquina de los asientos traseros. Maulló un par de veces y se quedó dormida. Faltaban varias horas para ir al pabellón del concierto, por lo que decidió dar un paseo por la ciudad para despejarse y pensar sobre el tema. Proteger a una niña. Pasar tiempo con ella. La cantante le iba a pagar mucho por ello, probablemente lo que él pidiese. Más de lo que ese trabajo, por llamarlo trabajo, merecía. Se encogió de hombros. La oferta y la demanda. Tú necesitas algo y crees que yo ofrezco lo que tú necesitas. Tú pagas por ello. Una transacción simple, directa. Sacó de un bolsillo el arrugado papel con el presupuesto de la intervención y postoperatorio de la clínica veterinaria. Se lo había entregado la chica del mostrador de la entrada. Un mostrador de diseño, moderno, caro. Una recepcionista joven, guapa, con una sonrisa blanca, de dentadura cara. Un papel arrugado, de tinta barata, pero un presupuesto caro. Miró la cifra y alzó una ceja. Sacó del otro bolsillo la chapa dorada de plástico y se fijó en la imagen de Jessie Carter. Cantante. Famosa. Rica. Ariel se encogió de hombros y siguió caminando por el amplio paseo, junto a la ría de Bilbao donde, al fondo, una enorme estructura de titanio, simulando un barco, reflejaba un brillo cegador bajo los rayos del sol.

Había paseado por las inmediaciones del museo Guggenheim. Había visto decenas de turistas sacándose fotos, posando delante del museo, junto a lo que parecía un enorme perro, hecho a base de arbustos hábilmente recortados, con cientos, miles de flores. Le recordó la camisa del guardaespaldas rubio. El del nombre de teleñeco, el loco, el de ojos azul intenso, amante de armas blancas y seguramente aficionado a clavarlas.

No se hizo fotos. No tenía cámara. Ni siquiera tenía teléfono móvil. No le gustaba estar localizable. Tampoco tenía mucha gente a la que llamar. A su hermana podía llamarla desde cualquier cafetería, restaurante o, en caso de necesitar un teléfono para varios días, siempre podía conseguir uno desechable. Ariel sabía moverse en el mercado negro, y para él no era difícil hacerse con un terminal de ese tipo. Eso sí, soltando una generosa cantidad de euros. Pero era preferible a tener que dejar los datos personales al firmar un contrato. «¿Cómo está mamá, Carol?». «Mamá está… bien, bueno… como siempre. ¿Cómo estás tú?». «Yo estoy bien. Vamos hablando. Un beso, Carol». «Un beso, Ari». Ya está. Fin de la conversación. Él pensaba que para eso no hacía falta un teléfono, dar tus datos a empresas, estar geolocalizable, poder ser rastreado. No. No con él.

Siguió caminando, sin rumbo fijo, y atravesó un parque enorme, «el parque de los patos», le dijo una señora. Dejó el parque atrás y llegó a lo que parecía un estadio deportivo. La estructura era colosal. Miles de figuras triangulares, que le hicieron recordar el pequeño velero en el mar del día anterior, adornaban el estadio con un diseño blanco y moderno. Preguntó a un anciano, que tenía una boina en la cabeza y un bastón en una mano, si ese era el pabellón de deportes, si allí iba a dar un concierto la cantante Jessie Carter. El hombre lo miró como quien mira a un loco. Ese era el estadio del Athletic Club, «La Catedral», lo llamó. Luego señaló con su bastón hacia la derecha y dijo que, realmente, la verdadera catedral, el antiguo estadio, con su arco de lado a lado, estaba exactamente allí. Sin que nadie le dijese nada, empezó a relatar que el fútbol ya no era lo que había sido años atrás. Habló indignado de pagar por ver partidos en televisión, algo sobre negros en el equipo, que si un tal Sabino Arana levantara la cabeza, y que con todo lo que cobraban esos cabrones, ninguno le llegaba a la suela de la bota a un tal Zarra. Ariel no entendió nada. Se veía que el anciano no tenía prisa, seguía con sus explicaciones y no tenía ganas de escuchar cosas que para él carecían de sentido. Pudo cortarlo para preguntarle por el barrio de Miribilla y se alejó de aquella extraña catedral.

Ariel llegó a las inmediaciones del pabellón a las siete y veinte de la tarde. Había gente por todas partes. Cientos de personas entrando con pancartas y camisetas, personal de seguridad del evento y también coches de la policía autonómica vasca, la *Ertzaintza*, con las barras de luces azules estroboscópicas encendidas. Había visto varios de esos coches patrullando por la ciudad. Se acercó a un joven que tenía una camiseta negra donde podía leerse «*Staff*». Le enseñó la chapa dorada de la cantante y le dijo que quería llegar al camerino. El joven se quedó mirando la chapa.

—¿Quién te ha dado esto?

—Ella —dijo señalando la cara de la chapa donde se veía a la cantante.

—¿Jessie Carter te lo ha dado? ¿Ella, personalmente?

Ariel asintió.

—Y no tienes entrada para el concierto.

Negó con la cabeza. El otro lo observó de arriba a abajo, sin disimulo.

—Tampoco eres un fan de Jessie.

Volvió a negar con la cabeza.

El chico *staff* se quedó observando la chapa, con el ceño fruncido. Cogió un *walkie-talkie* que colgaba de una funda en su cinturón. Se giró y habló unas palabras con alguien. Ese alguien le respondió algo, y unos segundos después se giró hacia Ariel.

—Sígueme. Junto a mí, no te separes. Hay mucha gente ahí adentro.

Caminaron por unos pasillos con mucho movimiento de personas, tras unas gradas. Ariel escuchaba el bullicio del interior del pabellón. Gente entrando y saliendo del recinto, yendo a los baños, a los puestos de comida y bebida. Gente haciéndose fotos en todos los rincones. Gente contenta y ansiosa. Fans nerviosos por ver a su ídolo musical. Pasaron varias puertas y ya solo se veían personas con las camisetas negras de *staff.* En unos minutos estaban frente al camerino de Jessie Carter. Reconoció al que estaba en la puerta, de unos cincuenta años, porte musculoso, pelo corto al estilo militar y mirada seria. Estaba con sus hombres. Los hombres de seguridad

del día anterior en el acantilado. El que custodiaba la puerta era el jefe, el exguardia civil de operaciones especiales. El que había montado la empresa de seguridad privada.

—Aquí te dejo a este —le dijo el chico de la camiseta *staff*—. Traía esto —le entregó la chapa dorada, la del VIP, la que al parecer le convertía en importante comparado con otra gente de ese evento.

El jefe de seguridad de Jessie Carter observó la chapa y después a él. Con descaro. Y durante demasiado tiempo, para su gusto. Ariel le sostuvo la mirada, sin inmutarse. El exguardia civil se giró hacia el chico *staff* y asintió.

—Todo en orden. Yo me encargo.

El otro asintió también y se fue por donde había venido. El exguardia civil, exjefe de operaciones especiales, exfuncionario de sueldo bajo para su nivel de vida, lo volvió a mirar y le hizo un gesto con la cabeza.

—Por aquí.

Y abrió la puerta.

# CAPÍTULO 11

Cuando se abrió la puerta, lo primero que vio fue al guardaespaldas trajeado, el gorila, que se acercaba hacia ellos. Tenía la mano derecha vendada. Ariel recordó el crujido del pulgar al forzárselo en una posición no apta para esa articulación. Pensó que probablemente sería mejor una escayola para ese pulgar. Pero, seguramente, esa bestia no notaba el dolor y le daba igual escayola que venda, o que pañuelo de seda. El gorila frunció el ceño al verlo. El exguardia civil levantó una mano y le hizo un gesto para que se relajase, indicando que él se hacía cargo del visitante. Ariel escuchó un bufido al pasar al lado del King-Kong trajeado y avanzó siguiendo al jefe de seguridad de la cantante. Pasaron junto a un grupo de personas, entre las que él intuyó que había algún miembro de la banda, ya que vio alguna guitarra, y también lo que parecían personas de control de cámaras, luces y sonido. Uno tenía unos enormes auriculares colgando de su cuello y otro le enseñaba algo en un cuaderno. Un biombo separaba el camerino en dos ambientes. Sortearon el biombo y pudo ver a la izquierda a la niña, jugando con lo que parecía un cubo de Rubik, en un enorme sofá de cuero negro. A ella se le iluminó la cara al verle.

—¡Has venido! ¡Lo sabía, has venido! —dijo levantándose del asiento.

Él sonrió al verla y asintió. El exguardia civil hizo un gesto a la niña para que esperase en el sofá y después señaló hacia la derecha. Ariel vio lo que parecía una peluquería de estilo minimalista. La cantante estaba sentada en una silla giratoria de respaldo alto, frente a un espejo que ocupaba todo el ancho de la pared. Hablaba con dos chicas de camisa blanca. Las chicas de maquillaje. Una de ellas, más bajita, manejaba una pequeña brocha dando toquecitos en el rostro de la cantante. La otra, más alta y delgada, trabajaba la melena con peine y secador. A la izquierda de la cantante, apoyado en la pared, estaba el guardaespaldas de pelo rubio de bote, casi blanco. No llevaba la camisa de flores, ni el

pantalón corto del día anterior. Había optado por unos pantalones largos, negros, y una camiseta negra, demasiado apretada. En el pecho de la camiseta pudo leer una frase en inglés, con letras blancas que parecían apoyadas sobre una tela de araña: «*Hard to kill*». El rubio lo miró con aquellos ojos azules, saltones. Ojos de psicópata de película de terror. Chasqueó la lengua y dio una palmada.

—Vaya, vaya, mira quién llega por aquí —se separó de la pared, irguiéndose—. Nuestro chico-camping, el karateca al que le gusta abrazarse a niñas, retozar con ellas por el suelo…

—Briski, vale —dijo la cantante girándose en la silla giratoria para enfrentarlo.

El rubio miró a la cantante, levantó las manos, obediente, y volvió a posar sus ojos en Ariel. Avanzó un par de pasos hacia él. Lo observó de pies a cabeza. Volvió a posar sus ojos azules en los de él.

—Cariño, al menos podrías haberte cambiado de ropa. —Hizo un gesto con su cabeza, despectivo, hacia la vestimenta de Ariel—. ¿Dónde has lavado eso? ¿En la fuente de algún camping barato, deprisa y corriendo?

—Briski, vale ya —volvió a decir ella.

Pero Briski continuó.

—¿Vienes de esa guisa al concierto de una súper estrella? —dijo, y avanzó otro paso, quedando apenas a un metro de él.

Ariel no se movió. Continuó mirándolo, a los ojos.

—¡Briski, basta! —dijo la cantante levantándose del asiento. Hizo un gesto a las chicas de camisa blanca para que se retiraran.

Briski mantuvo su mirada en la de él unos segundos, asintió, sonrió y se hizo a un lado.

—Creo que me daré una vuelta por los alrededores del escenario. Presiento que los fans están un poco alterados y… nunca se sabe.

—Perfecto. Date una vuelta, sí —dijo ella señalando hacia la puerta con el gesto serio.

El rubio pasó al lado de Ariel, chocando ligera e intencionadamente hombro con hombro. Caminó hacia la puerta, hizo un gesto al gorila de traje y ambos salieron del camerino.

Jessie observó cómo salían por la puerta. Luego se giró hacia el jefe de seguridad.

—Gracias Roberto, puedes volver con la seguridad.

El exguardia civil se quedó observando a Ariel, después miró a Jessie, asintió y se fue caminando hacia la puerta.

—No le gusta mi presencia —dijo Ariel—. Está tenso y lo noto contrariado.

Jessie desvió su mirada hacia la puerta.

—He hablado con él. Le he dicho que te voy a ofrecer trabajo: estar pendiente de María.

—Y se ha opuesto.

Ella se encogió de hombros.

—Es mi decisión. Roberto es un profesional, y en temas de seguridad le gusta tenerlo todo bajo control.

—Y no se fía. Cree que no estoy preparado —respondió Ariel.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Es mi decisión —repitió—. Creo que, para lo que yo quiero que hagas, estás preparado. Y creo que tu presencia le puede venir muy bien a María —dijo mirando hacia el sofá, donde la niña seguía sentada, sin quitarles ojo.

Él también miró hacia allí.

—¿Le has dicho algo? Sobre tu intención de contratarme para estar con ella.

Jessie frunció los labios. Se quedó pensativa un momento.

—Le he dicho que tenías que pensártelo. Que no había nada definitivo.

Él la miró a los ojos. Unos ojos negros, con brillo. Puros. Ancestrales. De la selva colombiana.

—Le has dicho que yo voy a aceptar. Que estaré con ella.

Jessie arqueó una ceja y sacó una media sonrisa que dejó al descubierto la punta de un colmillo.

—Bueno, puede que le haya dado esperanzas, sí… pero también le dije que…

Él observó a María. La niña permanecía expectante, sin poder tocar el cubo de Rubik. Después pensó en Santa, en la operación, en las palabras de la veterinaria. Volvió a mirar a Jessie.

—Un mes.

—¿Eso es un sí? —respondió Jessie sin poder ocultar su alegría.

—Eso es un sí de un mes.

Ella sonrió. Extendió la mano. Él devolvió el gesto, sellando el apretón. Una mano firme, de mujer decidida, de mujer fuerte. Jessie miró hacia María y le indicó con la mano que se acercara. La niña se levantó como un resorte y corrió hacia ellos.

—Hola Ariel —dijo poniéndose a su lado, con una sonrisa en sus labios.

—Hola María —respondió él sacando unos hoyuelos en sus mejillas, heredados de su madre, que le daban a su sonrisa un toque enigmático y atractivo.

—Ariel va a estar con nosotros. Se va a encargar de tu seguridad, María —dijo Jessie.

La niña asintió, conforme. Lo miró y su sonrisa se hizo más grande.

—Al menos por un mes —dijo él asintiendo. Después carraspeó, incómodo. Se dirigió a la cantante—. En cuanto al tema del dinero…

Jessie asintió. Se giró hacia su hija.

—María, ¿quieres dejarnos un rato a solas, por favor?

La niña lo entendió al momento, asintió y volvió al sofá.

Jessie le hizo un gesto para que continuase. Ariel se llevó la mano al bolsillo y sacó un papel arrugado. Ella frunció el ceño.

—En cuanto a lo que cobraré… —dijo entregándole el papel.

Jessie lo examinó sin poder evitar cierta confusión en su rostro.

—Pero, esto es….

—El tratamiento de mi gata. Está enferma.

—Por eso lo del mes —siguió leyendo en el papel—. La intervienen en un mes.

Ariel asintió. Ella dobló el papel y se lo devolvió.

—No hay problema. Puedes hablar con Joseph —señaló a un hombre elegante, trajeado, de unos sesenta años, que estaba junto a la puerta—. Es mi *manager*. Él se encargará de que te pasen el contrato firmado para que tú también lo puedas…

—No necesito firmar nada.

Ella frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Necesito tu palabra —dijo él.

La cantante asintió.

—La tienes —respondió, y le estrechó la mano. Después miró a su hija y nuevamente a Ariel—. ¿Tengo yo tu palabra?

Ariel asintió.

—Protegerás a mi hija —dijo ella.

—Protegeré a María.

Ella volvió a clavar sus ojos en los de él. Mantenían las manos estrechadas.

—Ariel, quiero que esto quede claro. No te contrato como un simple canguro, ni para hacer reír a María. —Hizo una pausa y bajó la voz—. Ya te conté que he recibido cartas amenazantes, hay un fan, un loco que…

—Protegeré a María —repitió él.

—Con tu vida si fuese necesario —dijo ella, mirándolo con determinación a los ojos.

Su mano presionó con un poco más de fuerza la de Jessie. Ariel asintió.

—Con mi vida si fuese necesario.

# CAPÍTULO 12

Después de soltar sus manos tras el acuerdo verbal, el gorila trajeado entró por la puerta y avanzó a grandes zancadas hacia ellos.

—Ya está todo listo. Ya puede salir a escena.

—Gracias Marcus —respondió ella—. Puedes darle la bienvenida a Ariel. Empieza a trabajar con nosotros.

Marcus lo miró como quien mira una maceta. No dijo nada. Luego volvió a mirar a Jessie.

—¿Dónde está Briski? —le preguntó ella.

—Va por libre, como siempre. Dice que se quedará entre el público, en las primeras filas, para tener controladas a las personas más cercanas al escenario.

Jessie asintió.

—¿Está todo en orden?

—Todo en orden —respondió Marcus asintiendo—. No hemos visto gente rara… quiero decir, sospechosa… pero Briski dice que prefiere asegurarse a pie de pista, por si las moscas.

Jessie volvió a asentir.

—Vale, perfecto.

—¿Suele haber problemas con los fans en tus conciertos? —preguntó Ariel.

—No, pero… —Se calló, como buscando palabras para acabar la frase y continuó—: tuvimos un incidente en un concierto en Valencia, hace un par de semanas.

—¿Incidente? —Ariel arqueó una ceja—. ¿Qué clase de…?

—Luego te explico, después del concierto —dijo ella. Se miró en el espejo, se retocó el pelo y trató de estirar sin éxito la minifalda inextensible del diminuto vestido—. Tengo que salir ya. Le diré a Joseph que te entregue una acreditación de acceso libre. Él estará con María en el palco VIP. Tú puedes ir allí también, o ir a la grada, o a la pista. Donde quieras. Disfruta del concierto, Ariel. Baila, canta, mueve el esqueleto. —Le guiñó un ojo—. Nos vemos al final.

La vio caminar hacia la puerta y hablar con el tal Joseph mientras lo señalaba a él. El *manager* lo observó y asintió.

Ariel se giró y miró al enorme guardaespaldas que seguía a su lado. El King Kong trajeado. El del pulgar roto. Marcus.

—Un incidente… —murmuró Ariel en voz baja.

Marcus se giró hacia él. Tenía los ojos pequeños en relación a su enorme cráneo, con los huesos de la frente protuberantes, al estilo neandertal. Hizo una mueca.

—¿Incidente? —soltó una carcajada—. Es una forma de decirlo. En Valencia apuñalaron a una mujer entre el público. Bienvenido al caos. A Briski le encantará tenerte de compañero. Será divertido —le dijo dándole un toque en el hombro con su pulgar sano. Y avanzó a grandes zancadas hacia la puerta para después salir del camerino.

Subió a las gradas. El *manager* de Jessie le había facilitado una acreditación que le daba acceso a cualquier zona del recinto. El concierto había comenzado. En el enorme escenario, un espectáculo de luces y sonido envolvía a Jessie Carter, quien, junto con tres bailarinas, cantaba y ejecutaba una coreografía rápida y precisa. Sugerente, atractiva, incluso erótica en ciertos movimientos. La canción tenía un ritmo moderno, latino. Él no era aficionado a la música, al menos a ese tipo de música, por lo que no sabría decir si aquello era *reggaeton*, *hip-hop*, *bachata, pop urbano*, o un poco de todo. O algún otro estilo con nombre moderno, raro y pegadizo para los más jóvenes. Se movió por las gradas tratando de hacerse una idea de la distribución del recinto. Había gente sentada en sus asientos, pero también muchas personas estaban levantadas, cantando, bailando de pie sin moverse del sitio y, la gran mayoría, grabando con sus móviles.

Fue moviéndose entre la gente hasta llegar a una zona donde el escenario quedaba a su izquierda, relativamente cerca. Jessie Carter

empezaba otra canción. Al parecer una bastante conocida, porque ella señaló con el micrófono hacia la pista, hacia los miles de fans, y fueron ellos los que cantaron el inicio de esa canción. La gente estaba eufórica, cantando, gritando, bailando, haciendo fotos, grabando el espectáculo. Habían colocado unas vallas entre la primera fila de fans y el escenario. En el espacio que quedaba vio hombres de seguridad, moviéndose, controlando que nadie saltara esas vallas. También vio más personal de seguridad, estos con unos chalecos amarillos, en los accesos desde la pista a las gradas. Personal del recinto, no de la cantante, supuso. Calculó cuántas personas podría haber allí dentro. No menos de ocho mil, eso seguro. Miró hacia su derecha, encima de las gradas. Había una zona acristalada, lo que en ese tipo de eventos llamaban palcos VIP. Distinguió varias siluetas a través de los cristales. Allí debían estar personalidades importantes, directivos de empresas que harían de sponsors del evento. Con sus amigos, probablemente ejecutivos, gente de dinero con entradas especiales para que sus hijos e hijas pudiesen ver el concierto a otro nivel. A un nivel superior. Por encima de la plebe. Allí también tendría que estar María con el tal Joseph, el *manager.*

De repente, algo captó su atención. Abajo, en la pista, a unos veinte metros del escenario. Gente empujándose. ¿Una pelea? No. Gente haciendo espacio. Entrecerró los ojos y se concentró en observar esa parte de la pista. Un par de chicos estaban haciendo hueco, tratando de apartar a la gente. Vio a una chica hacer aspavientos con sus brazos, hacia el personal de seguridad. Pidiendo ayuda. Alrededor todo seguía como si nada pasara: Jessie Carter cantando; los focos lanzando haces de luz de todos los colores; los altavoces al máximo rendimiento; miles de personas bailando, ajenas a aquel pequeño círculo que se abría en la zona delantera de la pista del pabellón. Dos hombres del personal de seguridad del recinto, con sus llamativos chalecos, llegaron allí. Vio a uno agacharse y, después, al levantarse, hablar por su *walkie-talkie*. El otro hombre de seguridad apartó a más personas y el hueco se hizo más grande. Y fue cuando Ariel entendió lo que ocurría: había una persona tumbada boca abajo, en el suelo de la pista. Desde su

posición pudo ver que se trataba de un hombre, algo calvo y pasado de peso. Tenía una camisa de un color claro, puede que gris, o verde. Y varias manchas oscuras, negras, en la espalda. Él sabía lo que eran esas manchas. Sangre. Al parecer otro incidente, como lo había llamado Jessie. Un apuñalamiento. En su concierto. Otro más. ¿Casualidad? Él no creía en las casualidades. Fue analizando otras zonas del pabellón. Empezó a ver movimiento en el resto del personal de seguridad. Estaban avisados. Y fue en ese momento cuando sucedió. Primero escuchó un fuerte sonido, como un disparo, y después vio cómo una nube de humo rojo empezó a ascender desde las primeras filas. Unos segundos después el caos estalló en el recinto.

# CAPÍTULO 13

La gente comenzó a empujarse para huir, para salir de aquello, de aquel peligro, fuera lo que fuese. Los de las primeras filas tumbaron las vallas. Ariel vio hombres de seguridad atrapados entre el escenario y las vallas, con personas pasando por encima, tratando de escapar por cualquier sitio. La música seguía, las luces seguían, pero Jessie dejó de cantar. Estaba confundida. Estaba paralizada. Varias personas del público habían subido ya al escenario. Vio cómo por un lateral del escenario aparecía Marcus, empujando a todo el que se le ponía por delante. Como un tren de mercancías descontrolado. Varias personas salieron volando por los aires al paso de ese gigante con traje. Marcus cogió a Jessie y la llevó en volandas hacia la parte trasera del escenario, desapareciendo tras las enormes cortinas negras. El humo, de un rojo denso e infernal, ocultaba a la vista lo que estaba ocurriendo en esa zona del pabellón. Una bengala incendiaria, casi con seguridad. Ariel, que estaba apoyado en la barandilla de la primera fila de esa zona de las gradas, empezó a sentir empujones, gente pasando a su lado, corriendo, queriendo salir cuanto antes de aquel pabellón. La música paró. Una voz por megafonía dijo algo que no pudo entender. Seguramente, instrucciones para evacuar el pabellón con calma, con indicaciones de números de puertas de salida, siguiendo algún protocolo que, obviamente, los fans de Jessie Carter desconocían. En ese caos de «sálvese quien pueda» los instintos primitivos se hacen con el mando del comportamiento humano. Correr, empujar, pisotear gente tirada si hace falta. Huir de disparos, de una bomba, de un incendio, de lo que sea. No hay oídos ni razonamiento para protocolos por megafonía. Solo huir. Solo sobrevivir.

Ariel comenzó a avanzar hacia la salida de esa grada. En esa zona la gente salía con relativa fluidez, pero él sabía que en la pista, cerca del foco de peligro, la cosa sería completamente diferente. Salió por la puerta de la grada que daba acceso a un pasillo del pabellón. A su izquierda un par de agentes de la *Ertzaintza* trataban,

como podían, de dirigir a esa parte de la grada hacia la puerta de salida correspondiente. Giró hacia la derecha. Empezó a ver más hombres de seguridad en el pasillo, que no dejaban que la gente accediese a esa zona del pabellón. Él quería llegar hasta el camerino, pero sabía que en esa situación la acreditación de «pase libre» podía no ser suficiente. Se agazapó tras una columna, junto a un baño para caballeros y, cuando vio que uno de los miembros de seguridad no tenía esa parte controlada, se escabulló entre varios fans que salían corriendo, nerviosos, mirando hacia atrás y gritando. Fue como avanzar a contracorriente, la masa humana queriendo salir de ese recinto y él queriendo acceder a una de las estancias interiores. Un par de minutos después llegaba al camerino de Jessie Carter. Al menos media docena de hombres de seguridad de la cantante estaban en la puerta, impidiendo el acceso. Quiso llegar allí, pero uno de ellos, a pesar de la acreditación, a pesar de saber quién era, le puso la mano en el pecho, impidiéndole pasar. Era uno de los dos hombres que acompañaban al exguardia civil el día anterior, en el acantilado. El jefe, el tal Roberto, estaba plantado delante de la puerta y había visto cómo su hombre le impedía el paso. Cruzó la mirada con Roberto unos segundos. Lo vio serio, tenso. Lo vio negar con la cabeza. No le iba a dejar entrar. Pero, justo en ese momento, la puerta del camerino se abrió y Marcus salió para hablar con Roberto.

—¿No ha llegado Briski? —le preguntó Marcus.

Roberto miró a su alrededor y negó con la cabeza.

—¡Maldita sea! —dijo el gigante trajeado. Ariel podía ver regueros de sudor en su frente—. ¿Dónde coño se habrá…? —iba diciendo Marcus para sí, antes de girarse para volver a entrar en el camerino.

Cuando Marcus abrió la puerta para entrar, Ariel pudo ver que Jessie miraba hacia fuera desde el interior. Estaba sentada en una silla, rodeada de varias personas. Sus miradas se cruzaron un segundo. La puerta volvió a cerrarse cuando el enorme guardaespaldas entró. Pero unos segundos después, volvió a abrirse. Jessie Carter. Ella le hizo un gesto para que entrase. Roberto miró a Jessie, frunciendo el ceño. Ella no le hizo caso, repitió el gesto. Y Ariel, tras sostener la mirada del exguardia civil, entró tras ella.

Dentro del camerino el nerviosismo era palpable. Gente yendo y viniendo. Discusiones, voces, lamentos. Ariel vio al *manager*, Joseph, acercarse a Jessie.

—Qué desastre. Querida, habrá que devolver el precio de las entradas, reorganizar agenda, lidiar con la prensa…

Jessie lo miraba dando la sensación de no poder escuchar, de estar sobrepasada. El *manager* continuó hablando.

—Pero, espera, buenas noticias. Acabo de hablar con Ramón, le he contado… —hizo una pausa intencionada, teatral—, y quizás podamos repetir el concierto mañana, en este mismo recinto. No haría falta devolver el dinero de las entradas. Dice que con el código de…

—Nos volvemos a Madrid —le cortó ella negando con la cabeza—. Nada de concierto mañana. Y quiero cancelar los siguientes… —hablaba muy rápido, le costaba respirar—, hasta que esto se aclare.

—Pero… querida…

—No hay más que hablar.

—¿Tú sabes lo que eso puede suponernos? ¿Eres consciente de las pérdidas que…?

—Déjame en paz —respondió ella apartándolo hacia un lado—. Volvemos a Madrid mañana a primera hora —dijo, y avanzó por el camerino para sentarse en el largo sofá de cuero, junto a su hija.

Ariel la siguió y se quedó de pie junto al sofá. Junto a ellas.

—Tengo miedo, mamá —dijo María—. ¿Es el mismo?

Jessie abrazó a su hija.

—No sabemos nada, cariño. La policía tendrá que investigar. —La frotó suavemente la espalda con una mano—. Tranquila, estaremos bien. Mañana vamos a casa.

Jessie miró a Ariel.

—Ocurrió lo mismo en mi último concierto. Una chica, en Valencia. Murió al día siguiente, en el hospital.

Él asintió.

—No sé, pensé que… —continuó ella—, que fue algo puntual, que sé yo, un loco. En todos los sitios hay locos, ¿no? —dijo mirándolo. Él no respondió—. Pero… ahora esto, otra vez… no, no es casualidad.

—En el acantilado me dijiste que habías recibido varias cartas, amenazantes… que creías que podía ser algún fan desequilibrado.

Ella asintió. Agachó la cabeza, mirando al suelo. Unos segundos después alzó la vista hacia él.

—La primera era una carta escueta, directa, agresiva. —Hizo una pausa, como para recordar—. Tengo esas palabras grabadas en mi memoria. Decía: «Quiero que te desnudes. En tu próximo concierto, en la primera canción». —Otra pausa. Cogió aire y siguió hablando —: «Si no lo haces, alguien morirá».

Ariel permaneció en silencio un momento antes de hablar.

—No lo creíste. Nadie creyó esa amenaza.

Ella hizo un gesto con sus manos, y miró hacia arriba, poniendo sus ojos en blanco.

—¿Cómo íbamos a creerlo? ¿Sabes la cantidad de locos diciendo tonterías que puedes encontrar en este mundo? —Se movió incómoda en el sitio, nerviosa—. Pero después llegó la segunda carta. Dos días después del concierto.

Él siguió mirándola, con gesto serio, invitándola a continuar.

—En esa carta decía que estaba decepcionado. Que una persona había muerto por mi culpa —negaba con la cabeza, como horrorizada ante semejante aberración—. Pero decía que confiaba en mí, que todo el mundo merece segundas oportunidades. Y mi siguiente oportunidad sería en mi siguiente concierto. —Le costó continuar—. Aquí. Y que la vida de otra persona dependía de… —su voz se quebró—, de mi decisión.

Jessie pronunció esas últimas palabras casi sin fuerza, con resignación, y después calló. A él le pareció ver correr una lágrima por la mejilla de la cantante.

—¿Habéis contactado con la policía?

—Sí —respondió ella—. Cuando ocurrió lo de Valencia la Guardia Civil se puso a investigar el caso. Roberto tiene contactos, por el tiempo que pasó en el cuerpo. Les enseñamos las cartas de ese loco. Están en ello, al parecer. Pero no sé más.

—¿Huellas en las cartas?

Jessie negó con la cabeza.

—¿Imágenes de las cámaras del concierto?

—No concluyentes —dijo ella.

Miró a su hija, se levantó del sofá y le hizo un gesto a él para que la siguiera. Caminaron unos pasos hasta la zona de maquillaje y ella se quedó de pie, frente al espejo, mirando el reflejo de Ariel.

—Después de lo de hoy he decidido cancelar la gira hasta que den con ese asesino. —Pasó un pañuelo por sus mejillas—. Pero si cancelo la gira, temo que ese loco pueda tomar represalias directas contra mí o incluso… —dijo mirando hacia el sofá, donde María se distraía con un móvil—, no, no quiero ni pensarlo.

Al otro extremo del camerino, junto a la puerta, pudieron escuchar la voz de Marcus.

—¿Dónde cojones estabas, Briski?

Ambos se giraron y vieron cómo el guardaespaldas rubio avanzaba hacia ellos. Caminaba sonriendo. Marcus iba tras él.

—¿Hay algo gracioso en esto, Briski? —le preguntó Jessie.

—Nada en especial, cariño, pero ya sabes que yo soy más de reír que de llorar —se encogió de hombros—, y no me preguntes por qué.

—¿Dónde estabas? —dijo ella, su gesto serio.

—Por ahí, en diferentes zonas de la pista, controlando. El incidente me pilló algo alejado, en un lateral, junto al acceso de la grada B.

—¿Pudiste ver algo?

Briski chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—He estado hablando con el responsable del operativo que la policía vasca ha destinado para el evento —dijo, e hizo un gesto hacia la puerta—. Roberto está hablando ahora con ellos, a ver qué saca en claro.

—¿El estallido? ¿Algún disparo? —preguntó ella. Le temblaba el labio.

Briski negó con la cabeza.

—Al parecer un petardo atado a una bengala —dijo.

—¿Y la víctima? —preguntó Jessie.

—Un hombre de unos treinta años. Una ambulancia lo acaba de llevar a un hospital cercano.

—¿Es grave? —dijo Jessie con voz nerviosa—. ¿Se sabe si…?

—De momento nada. Varias puñaladas. Pronóstico reservado, como suelen decir —aclaró Briski. Después posó su mirada en Ariel, mostrando una nueva sonrisa—. ¿Qué tal lo está pasando nuestra canguro en su primer día?

Él no le hizo caso. Se giró hacia Jessie.

—La bengala y el petardo han sido la estrategia de distracción —dijo—. Poner la atención en un lado, mientras escapas por otro. Sembrar el caos, generar un movimiento descontrolado de la gente para mezclarte con la masa y salir como uno más.

Briski estalló en una carcajada.

—¿Pero qué cojones tenemos aquí? ¿Se ha convertido Mary Poppins en el puto Sherlock Holmes?

En ese momento Roberto caminaba hacia ellos con la mirada seria, zancadas firmes y un balanceo de brazos que a Ariel le recordó un paso militar. El jefe de seguridad. Exjefe de operaciones en el cuerpo de élite de la Guardia Civil. Un profesional. Llegó a ellos y se quedó callado, frente a Jessie.

—¿Y bien? —preguntó ella—. ¿Sabemos algo?

Roberto no dijo nada. Miró a Ariel con descaro. Jessie hizo un gesto con su mano.

—Está al tanto de todo, Roberto —le dijo—. De lo de Valencia, de las cartas de ese loco… —Lo señaló con un dedo—: Y ya hemos hablado de esto —dijo, mirando a Roberto, pero también a Marcus y a Briski—. Ya ha empezado a trabajar para mí. Forma parte del equipo. —Hizo una pausa para mirar a Ariel, y nuevamente a Roberto—. Todo lo que tengas que decir puedes decirlo con él presente.

Roberto no dijo nada, simplemente se quedó observándolo. Ariel le devolvió la mirada. Vio cómo la mandíbula de Roberto se tensaba. Lo vio coger aire y suspirar. No estaba a gusto, no confiaba en un extraño entrando en ese círculo privado de seguridad.

—He hablado con el jefe del operativo de la *Ertzaintza* —explicó finalmente Roberto—. Van a pedir las imágenes de las cámaras, pero doy por hecho que será muy complicado ver algo. Les he comentado lo del apuñalamiento en Valencia. Se pondrán en contacto con el operativo de la Guardia Civil asignado al caso para cruzar

información y cotejar datos. —Se encogió de hombros—. Más no podemos hacer, de momento.

Jessie Carter negaba con la cabeza, apretando los dientes.

—Solo esperar —dijo ella. Necesitó unos segundos para poder continuar. Unos segundos de rabia contenida—. Esperar a un nuevo apuñalamiento en el próximo concierto. —Miró hacia María—. O a que ese hijo de puta consiga acercarse demasiado y… —su voz se quebró—, que esa mente perturbada entre como un huracán de sangre en mi familia.

# CAPÍTULO 14

Llegaron a Madrid al día siguiente. Ariel entró a la urbanización de La Moraleja conduciendo su furgoneta, tras los tres Mercedes negros donde iban Jessie, María y el equipo de seguridad. Observó las enormes viviendas de lujo, las grandes extensiones de terreno rodeadas por muros, cámaras de seguridad en las puertas de acceso… una burbuja de lujo, exclusividad y seguridad dentro de la capital española.

Los Mercedes se detuvieron frente a una propiedad con una puerta de acceso para vehículos, de unos ocho metros de ancho por tres metros de alto. Robusta, metálica, negra. Entraron los dos primeros Mercedes. El tercero se desvió y aparcó a unos cincuenta metros, con tres hombres de seguridad en su interior. Vigilancia exterior de la propiedad, supuso Ariel. La Volkswagen California entró después, avanzando por un camino ancho y bien asfaltado, donde cuidadas jardineras con flores de todos los colores lo flanqueaban hasta la misma vivienda. Se fijó, mientras conducía, en los jardines, con un césped de un verde vivo, bien cortado. Había árboles aquí y allá, algunos de ellos enormes, de diferentes especies, seguramente traídos de países exóticos, tropicales. Calculó que, solo el espacio que tenía a la vista, ya tendría una extensión de más de veinte mil metros cuadrados. Había una especie de edificación anexa a la vivienda principal, apartada, hacia la derecha, a unos treinta metros. Seguía una línea arquitectónica mucho más simple que la del edificio principal, y de menores dimensiones. Supuso que podía ser la vivienda para el personal de servicio. Vio a un par de hombres, equipados con escaleras y herramientas de jardinería, arreglando unos setos junto a ese edificio anexo.

La vivienda principal era un alarde de lujo y glamour. De un tamaño considerable, seguía una línea de diseño moderno, casi futurista. De formas cuadradas y rectangulares, como enormes módulos que encajaban unos sobre otros, la edificación destacaba por sus espectaculares cristaleras, tanto en la planta superior como

en la inferior. El tono blanco de las placas de revestimiento de la fachada contrastaba con las estructuras metálicas, de un negro brillante. Se fijó en que había muchas macetas, ánforas y jardineras con frondosas plantas dando un toque natural a la edificación. Como si la naturaleza, más que acompañar adornando, quisiera echar un pulso a ese mastodonte de granito y metal.

Aparcaron en la zona delantera de la mansión, junto a una preciosa fuente de piedra donde, en un pedestal elevado, destacaba la estatua de alguna diosa griega, portando una especie de ánfora en sus manos. El chorro de agua brotaba de la inclinada ánfora para caer en los niveles inferiores de la fuente. Ariel calculó que en esa zona podían estacionar perfectamente de ocho a diez coches. Aparcaron los dos Mercedes, junto a un lujoso Bentley negro, y él dejó su furgoneta unos cuantos metros más alejada, como tratando de evitar que su más que trotada California se contagiase de tanto lujo y opulencia.

Con las manos todavía en el volante, Ariel vio cómo Jessie y María se bajaban de uno de los Mercedes. Roberto salió del asiento del copiloto y el otro hombre de seguridad, el que había conducido, hizo lo propio unos segundos después. Del otro Mercedes negro bajaron tres hombres y se acercaron a Roberto. Les dio unas instrucciones y todos fueron caminando hacia otra pequeña edificación de la propiedad. Imaginó que sería para los hombres encargados de la vigilancia dentro de los muros de la finca.

—Hablamos luego —le dijo Roberto a Jessie.

Ella suspiró y asintió levemente.

El jefe de seguridad se dio la vuelta y avanzó en la dirección que habían tomado sus hombres.

Ariel bajó de la furgoneta y se acercó a la cantante y a su hija. Observó la fuente, la casa principal, la vivienda anexa y la amplitud de los jardines.

—Bienvenido a nuestra casa, Ariel —dijo Jessie.

Él asintió. María sonreía.

—Coge tu maleta y vamos dentro —dijo la cantante—. Te enseñaré la casa para que te vayas familiarizando y te presentaré al personal de servicio.

Jessie Carter se encaminó hacia la puerta de entrada. María la siguió y miró hacia atrás, para asegurarse de que Ariel hacía lo mismo. Cuando llegaron a la puerta, una mujer de unos cincuenta años los estaba esperando, sonriendo. Dio un beso en la mejilla a Jessie e hizo lo mismo con María.

—Buenas tardes, Manuela —dijo Jessie—. Te presentamos a Ariel —hizo un gesto con su cabeza, señalándolo—. Se encargará más específicamente de la seguridad de María. —Lo miró y señaló con un gesto a la mujer—. Ariel, Manuela es la gobernanta de la casa. La que dirige todo el personal de servicio.

Estrechó la mano de la mujer y ella hizo lo mismo, sonriendo con una pequeña reverencia.

—Por cierto —dijo Jessie—. ¿Y tu maleta?

—No tengo maleta.

Jessi alzó las cejas.

—¿Y tu ropa?

—La que llevo encima —hizo un gesto con su mano. Vestía un pantalón vaquero negro, una camiseta verde oliva y unas deportivas Salomon negras—. Y un recambio de cada prenda en la furgoneta —dijo.

Jessie se mantuvo unos segundos en silencio y después soltó una carcajada.

—Y entiendo que en la furgoneta no tienes lavadora —le dijo.

Ariel hizo una mueca.

—Tengo agua y jabón, y… mis manos —dijo mostrándoselas, y guiñó un ojo a la niña, que lo miraba fascinada.

—Minimalismo en estado puro —dijo Jessie.

—Yo lo llamo comodidad. Y eficacia.

—Está bien —dijo ella asintiendo—, y no te juzgo, cada uno plantea su vida como mejor le parece. —Hizo un gesto con su cabeza hacia el interior de la casa—. Vamos, María y yo te vamos a enseñar toda la casa, que es un poco más grande que tu furgoneta.

Jessie, acompañada de una María que se mostraba ilusionada, fue enseñándole estancia tras estancia. La planta baja tenía una superficie abrumadora, era diáfana en su mayor parte y muy luminosa por la cantidad de luz que entraba a través de las enormes

cristaleras. El mobiliario era moderno, seguramente con mucha marca de diseñador famoso, y estaba claro que seguía las ideas y el proyecto de algún decorador o decoradora de presupuesto caro y de nombre conocido. Subieron a la primera planta por una amplia escalera con un diseño que jugaba con las formas de unos escalones de madera y una barandilla metálica negra que penetraba en unas placas de vidrio, formando extrañas formas geométricas. María le enseñó su habitación, llena de peluches y muñecas, y les dijo que ella se iba a quedar allí, jugando un rato. Jessie continuó mostrándole la casa. Él contó hasta nueve habitaciones y cuatro cuartos de baño entre la planta baja y la primera planta. Se fue haciendo un mapa mental de la casa en su cabeza. Subieron a la parte más alta del edificio donde, en una espectacular terraza, una piscina estaba rodeada de hamacas, de camas balinesas con cortinas blancas para el sol y la intimidad, y de jardineras de piedra con frondosas plantas que daban un toque de vida y color a tanto blanco, vidrio y metal.

—Y esa es la zona *chill out* —dijo Jessie señalando un lugar de la terraza. Había sofás y mesas bajas a un lado. En el otro lado, había taburetes altos, con mesas también altas, del tipo a los que él había visto en las terrazas de algunas cafeterías—. Aquí puedes subir a darte un baño, leer, relajarte…

Ariel echó un vistazo. Asintió. Caminó unos pasos hasta el muro de la terraza, apoyó sus antebrazos y contempló los jardines de la propiedad. Hizo lo mismo desde el otro lado de la terraza. Se hizo una idea de la superficie del terreno y los elementos distribuidos por las zonas verdes. Vio una edificación en la zona norte de la finca, relativamente cerca de la puerta de acceso principal. La zona hacia donde habían caminado los hombres de Roberto. Jessie siguió su mirada.

—Allí es donde está instalado el equipo de Roberto —dijo—. Tienen monitores, cámaras, una sala de reuniones y varias estancias para dormir. Ellos lo llaman «puesto de control».

—¿Cuántos hombres de seguridad?

—Al principio, cuando contraté a Roberto, antes del apuñalamiento de Valencia, él se trajo a un par de hombres. —Hizo

una pausa—. Pero después de aquello, decidió formar un equipo de diez, con él al mando.

—Aparte de Marcus y Briski.

—Sí. Ellos duermen aquí, en la casa. Veinticuatro horas con nosotras.

—Como de la familia —dijo él.

—Sí. Algo así. Son muchos años juntos ya.

—¿Y Roberto?

—No, Roberto no. Él tiene un piso en el centro, duerme allí. Vive solo, no tiene pareja. Pero siempre deja a cinco de sus hombres haciendo guardia de noche. Dos controlando las cámaras y tres vigilando la propiedad.

Él asintió. Seguía observando el terreno, las diferentes zonas del alto muro que rodeaba la propiedad. La escuchó suspirar.

—Tengo que contarte algo que aún no te he contado. Algo importante —dijo ella.

Él se giró para mirarla a los ojos.

—Antes de recibir las cartas amenazantes de ese loco recibí otra carta. Una carta muy diferente.

Ariel permaneció en silencio, esperando. La notó tensa.

—Una carta de extorsión —continuó ella. Hizo una pausa—. Desde Colombia. Del Ejército de Liberación Nacional.

# CAPÍTULO 15

Antes de que Ariel pudiese decir nada, el teléfono de Jessie sonó. Era Roberto. Quería hablar con ella. Jessie le dijo que estaba en la terraza, con Ariel, pero que en un momento bajaría para hablar en la planta baja, en el salón, junto a la puerta principal.

Roberto ya estaba en el salón, esperándola, cuando ellos bajaron. Estaba de pie, serio, con un teléfono móvil en una mano y una especie de *walkie-talkie* en la otra. La línea de comunicación interna entre los hombres de seguridad, supuso Ariel.

—Tenemos que hablar —dijo Roberto—. Es importante.

—Claro que sí, hablemos —contestó Jessie.

El exguardia civil miró a Ariel.

—Esta vez prefiero hablarlo a solas.

Jessie frunció el ceño, se quedó pensativa y se giró hacia Ariel. Él asintió, miró a Roberto, se dio la vuelta y caminó hacia el exterior de la vivienda. Aprovecharía para darse un paseo por los jardines y poder hacerse una idea *in situ* de la propiedad. Quería ver los posibles accesos, la altura del muro circundante en todo el perímetro, y cualquier otra pequeña edificación o caseta que pudiera encontrarse. Antes de hacer el reconocimiento se acercó a su furgoneta, abrió la puerta lateral y comprobó que Santa estaba despierta. La gata había comido algo de pienso de su cuenco, y unas gotitas de agua en el suelo eran la evidencia de que también había dado varios lametazos para combatir la sed. Acarició a Santa y, con un gesto de su mano, la invitó a salir para que fuese familiarizándose con el nuevo entorno. La gata, tan blanca y elegante como la fachada de la mansión, saltó de la furgoneta al exterior, se acercó a él como de puntillas, con la cola tiesa como un mástil, y se frotó en sus pantalones un par de veces. Después observó con calma a uno y otro lado y decidió caminar hacia la zona ajardinada como lo haría una candidata a «Miss Gata del Año» sobre la pasarela de algún certamen internacional.

Desde esa posición, Ariel miró hacia la vivienda. A través de las cristaleras vio cómo Roberto y Jessie continuaban hablando. El lenguaje corporal de ambos le indicó que era una conversación tensa, incómoda. Vio a Roberto señalar en su dirección un par de veces, como si estuviese hablando de él, con evidente tono de enfado. Vio a Jessie replicar varias veces a esos comentarios, a la defensiva, haciendo gestos con las manos, señalando al propio Roberto y, según intuyó Ariel, hacia el puesto de control de los *Men in black*. Observó cómo Roberto negaba con la cabeza, frustrado, se despedía secamente de Jessie y salía por la puerta para dirigirse, con grandes zancadas, al puesto de sus hombres. No dijo nada al pasar junto a él, ni siquiera se dignó a mirarlo. Ariel lo vio alejarse. Unos momentos después, Jessie llegaba a su lado con algo en la mano.

—No tan agradable como la señora Manuela —dijo Ariel todavía mirando cómo Roberto se alejaba. Hizo un gesto con la cabeza, señalando hacia el salón—. La conversación ha sido acalorada ahí dentro.

Ella asintió.

—Le costará adaptarse… démosle unos días. Roberto es un profesional que lleva muchos años en esto. Es jefe de un equipo, dueño de una importante empresa de seguridad. Y ya te dije que le gusta tenerlo todo bajo control.

—Y yo soy un desconocido, un extraño que ha irrumpido aquí por casualidad. Alguien que considera no apto para proteger a la hija de su clienta.

—Le he dicho que te he contado lo de las extorsiones del Ejército de Liberación Nacional. No le ha gustado. Dice que es información sensible y que a un recién llegado, a un desconocido del que no sabemos… —calló y negó con la cabeza antes de continuar—, bueno, es igual. Es mi decisión. Roberto acabará aceptándolo, ya lo verás.

Ariel se pasó la mano por el pelo. Se rascó la barbilla, pensativo.

—Eres colombiana.

—En parte —respondió ella—. Madre colombiana, padre español.

—Carter no parece un apellido muy español.

Ella rio.

—Todo es marketing en este mundo, Ariel. Mucho envoltorio, mucha mentira.

Él alzó las cejas, sin comprender.

—Mi nombre es Jessica María. Hija de Antonio Cárdenas y María Terreros.

—Cárdenas. Terreros —dijo él—. Car-Ter.

Ella asintió.

—Mi *manager* dijo que, con un nombre más comercial, más pegadizo, el dinero entra mejor en la cuenta.

—Vale, entonces tenemos a una artista internacional, hija de madre colombiana. ¿Es práctica habitual en Colombia que un grupo paramilitar extorsione a alguien como tú?

Ella volvió a asentir.

—Empresarios, futbolistas, artistas… —dijo Jessie—, para esa gente todo colombiano con mucha plata debe hacer una aportación patriótica, un signo de apoyo a la revolución.

—¿Y si te niegas?

—Puede haber consecuencias. Puede que un día tu propiedad sufra un inesperado incendio, o peor aún, que un familiar desaparezca de repente, como si la selva colombiana se lo hubiese tragado.

Ariel se quedó pensativo unos momentos.

—¿Exigían una cantidad concreta?

—No —respondió ella negando con la cabeza—. De hecho, la primera carta llegó hace tres meses. Era más bien una petición formal y educada a una compatriota, sin amenazas directas evidentes. Casi una súplica de apoyo. Como si yo debiera ser quien decidiese cuánto debía aportar a la causa.

—¿La primera? —Frunció el ceño—. ¿Has recibido más cartas?

Ella asintió.

—Una carta más. Dos en total.

—Porque no reaccionaste a la primera, claro. Insistieron.

Jessie lo miró, sonrió y negó con la cabeza.

—Eso es lo frustrante —dijo—. Reaccioné. Pagando. Roberto me lo recomendó. Me dijo que conoce ese mundo, de su época en

operaciones especiales… y que conviene no enfadar a ese tipo de gente. —Inspiró y soltó el aire—. Y probablemente tenga razón.

—Pagaste —dijo Ariel—. ¿Cantidad?

—Cien mil euros. Roberto me sugirió esa cantidad. Dijo que podía ser suficiente para quitárnoslos de encima.

—Pero no fue suficiente.

Ella apretó los labios. Cerró los ojos. Frustración.

—No, al parecer no lo fue. Hace un mes recibimos otra carta. El mismo logotipo del ELN, firmada por el mismo comandante, Eliécer Chamorro.

—Pero ya no era el mismo tono; pedían más —dijo él.

Ella asintió, apretando los labios.

—Era una carta completamente diferente. Ya no era un tono cordial y educado. Era autoritario, exigente, agresivo. —Jessie se giró al escuchar pasos a su derecha. Era Manuela, la jefa de servicio, caminando hacia el edifico anexo con un enorme cesto de ropa. Jessie volvió a mirarlo y continuó—: Aseguraban que no volverían a aceptar limosnas. Que los ricos de Colombia debíamos tributar acorde a nuestras ganancias. Que ellos administrarían ese impuesto revolucionario pensando en lo mejor para el pueblo de Colombia. Pedían veinte millones de euros.

Ariel frunció el ceño.

—¿Veinte… millones? —consiguió decir.

—Sí, un disparate. Un auténtico disparate. Había indicaciones precisas de transferir ese dinero en un plazo máximo de diez días, a una cuenta diferente a la de la primera carta. Esta vez era una cuenta en las Islas Caimán. —Hizo una pequeña pausa y continuó—: Y ahora había una amenaza, y muy clara: «Manda la plata, y tú y tu familia dormiréis tranquilos. Podréis olvidaros del asunto, como si nada hubiera pasado».

—¿Pagaste? —preguntó. Había visto la mansión, los coches, el lujo… Jessie Carter era un producto que probablemente facturaba una barbaridad cada año.

—No. Roberto me recomendó pagar, sin miramientos. Me dijo que si piden eso es porque están desesperados, porque necesitan militarizarse de forma rápida y contundente. —Jessie encendió un

cigarrillo. El tema la ponía nerviosa. No era para menos, pensó Ariel —. Quizás el ejército colombiano los está jodiendo de lo lindo.

—Pero no pagaste.

Ella dio una larga calada. Se giró para echar el humo.

—No. No he pagado y me niego a hacerlo. Y no es por la cantidad de dinero que piden, que es una salvajada; no me fío, hay algo raro.

—¿Algo raro?

—En esa segunda carta. Mi intuición me dice que… —Calló, pensativa. Otra calada al cigarrillo—. Es como si alguien diferente, al margen de las intenciones y motivaciones del ELN, me estuviese pidiendo ese dinero. Para su beneficio personal.

—Alguien diferente —repitió Ariel.

—Puede que alguien, seguramente dentro del propio ELN, algún teniente o alto mando, haya visto negocio en esto de enviar cartas a una colombiana famosa. —Dio una calada rápida y soltó el humo, con un suspiro de rabia—. Una forma de enriquecerse de forma rápida, sin riesgo, sin balas, sin días aguantando hambre y lluvia en la selva. —Apretó los dientes. Su mandíbula se tensó—. Algún hijo de perra codicioso. No creo que ese sea el espíritu del ELN, del comandante Chamorro. En su primera carta pidió, pero de forma diferente, casi rogando…. —Hizo una pausa—. Y yo pagué ese impuesto revolucionario.

Él asintió. La fama atrae al dinero. El dinero atrae problemas. Y a veces son problemas complicados de resolver.

—La segunda carta te amenazaba a ti y a tu familia. ¿Ha ocurrido algo?

—No. Afortunadamente no me queda familia en Colombia. Mi madre falleció hace tres años, de cáncer, y su hermano, el tío Antonio, la siguió seis meses después. Un infarto al corazón. —Miró al cielo y se quedó así, observando, varios segundos. Después continuó—: Eran los únicos que vivían allí. El resto de mi familia, tíos y primos, viven en Miami. Los avisé, saben lo de las cartas.

Ariel se quedó pensativo un momento.

—¿Y aquí, en España?

—Aquí, aparte de nosotras, vive mi hermana Mariela. En Sevilla, junto a su marido, que es futbolista profesional. Los conocerás mañana, tienen previsto venir.

Ariel pensó en María. Pensó en la segunda carta, la de la amenaza a la familia. Empezó a entender la actitud hostil de Roberto, el máximo responsable de la seguridad familiar. No estaba de acuerdo en que un extraño, alguien ajeno al mundo de la seguridad, pudiera encargarse de la protección de la niña. Y no se lo reprochaba. Seguramente él, en la situación de Roberto, actuaría igual.

—Esta no es la misma situación que la de un loco pidiéndote que te desnudes —dijo él mirándola a los ojos—. Un psicópata cuyas víctimas no son tus familiares. Estamos hablando de que es un grupo paramilitar quien amenaza a tu familia.

Ella asintió.

—Lo sé, y debería haberte advertido de todo esto, Ariel. Y perdóname por ello pero… —Hizo una breve pausa—, lo que hiciste por María, lo que ella está pasando, ver cómo ella te miraba… y después presenciar cómo saliste airoso de ese enfrentamiento con Marcus y Briski. —Se encogió de hombros—. Mi intuición me dijo que ahora mismo eres la persona perfecta para estar cerca de María.

Él no dijo nada. Se mantuvo mirándola a los ojos. Fue ella quien finalmente habló.

—Roberto me ha dicho que, a través de sus contactos, tratará de solucionar lo de Colombia. Está moviendo algunos hilos. Es un mundo oscuro, pero Roberto conoce a mucha gente. Pasó las cartas a un departamento de la Guardia Civil especializado en este tipo de extorsiones. Dice que al ser un asunto internacional todo es más lento y complicado, pero conoce al mando que se encarga del caso y… —Se encogió de hombros y continuó—, no sé, ya veremos. Nos irán informando.

Ariel desvió su mirada hacia la derecha. A unos cincuenta metros, un jardinero subido en una escalera podaba una palmera. El característico chasquido de las afiladas hojas de metal cerrándose, cercenando ramas, llegaba hasta ellos.

Ella lo vio pensativo. Justo cuando iba a preguntarle qué opinaba de todo aquello, él rompió el silencio.

—Esperemos que, a quien sea que mandó esa segunda carta, no se le agote la paciencia.

# CAPÍTULO 16

Antes de retirarse para atender a Joseph, el *manager*, que la requería para hablar de la situación de la gira de conciertos, Jessie le dio un teléfono móvil. Para ese mes, para llamar en caso necesario, para contestar cuando ella lo necesitase para algo. Con unos números ya grabados en la agenda, los indispensables para el trabajo que iba a desempeñar. Ariel nunca llevaba teléfono, pero entendía que la situación era diferente. Cogió el móvil y se despidió de ella, diciéndole que iba a aprovechar para dar un paseo por la propiedad e ir familiarizándose con el entorno.

Santa salió de entre unos arbustos para seguir sus pasos. Ariel comenzó a caminar por un caminito de losas que, atravesando el jardín, conducía hacia la zona sur de la finca. Fue haciéndose una idea de la distribución de la enorme propiedad. Llegó a un pequeño lago artificial, donde una docena de patos nadaban con gracia, sorteando nenúfares que flotaban en la zona central. Había una especie de rampa de acceso al lago, con una barandilla metálica que descendía hasta la misma orilla. Junto al lago, a unos treinta metros, Ariel vio un cenador de robustas vigas de madera y con un techado de tejas rojas. Bajo ese techado había una larga mesa de madera y unas veinte sillas, a juego con la mesa, junto a una estructura de ladrillos, con una enorme parrilla colocada en unos soportes. La zona de barbacoa. Cultura latina, pensó. Música, carne y bebida, mucha bebida. Miró de nuevo hacia el lago, la rampa, la barandilla. Para el chapuzón después de la barbacoa. Pobres patos.

Siguió avanzando por el camino de losas y continuó por una bifurcación a la derecha. Ese desvío llevaba hasta otra edificación, una planta baja de estilo moderno, que él ya había visto desde la terraza. Se acercó y observó a través de las cristaleras. Desde donde se encontraba, pudo distinguir un piano, y también una guitarra apoyada en una pared, junto a un sofá de cuero blanco. A la derecha había una cabina cerrada, con unos cascos de música apoyados sobre un teclado y un pie metálico con lo que supuso que

sería un micrófono. El estudio de grabación de Jessie Carter. O al menos, el que ella tenía en su casa.

Durante los siguientes diez minutos estuvo caminando por los amplios jardines, observando las diferentes zonas de la propiedad, el muro circundante. No había más puertas de acceso, solo la principal, la de entrada de vehículos y, junto a esa, una puerta peatonal, justo al lado del puesto de control de los hombres de seguridad. Bien, esa parte, controlada. Santa lo seguía, olisqueando una flor aquí, una planta allá, rezagándose un momento para después adelantarlo con un caminar ligero y elegante. Cuando ya se encaminaba hacia su furgoneta, cuando estaba a unos cincuenta metros de la edificación principal, se percató de que por otro camino de losas, a su derecha, venían caminando Marcus y Briski. Charlaban. Briski gesticulaba, Marcus avanzaba mirando al frente, con gesto serio e impasible. Llegaron su la altura. Briski sonrió.

—Vaya, vaya. Mira lo que tenemos aquí, Marcus. Parece que la niñera anda un poco perdida. Quizás podamos ayudarla. Quizás… —entrecerró los ojos sin quitar la sonrisa de sus labios—, quizás esta niñera necesite saber quién manda dentro de estos muros.

A Ariel le pareció ver algo que podría llamarse sonrisa, o al menos, un intento de ello, en la boca de Marcus. Observó el pulgar derecho del guardaespaldas, el roto. Todavía vendado. Luego miró el pulgar izquierdo. Sano, de momento. A Marcus no se le escapó la mirada de Ariel a su mano izquierda y la línea de sus labios volvió a ser completamente horizontal. Después vio a Briski llevarse una mano hacia la parte trasera del pantalón. Ariel se mantuvo relajado de cintura hacia arriba para no dar signos visibles de reacción, pero comenzó a tensar sus piernas para abalanzarse como un resorte en el próximo segundo. Su primer movimiento sería un explosivo codazo a la mandíbula de ese loco con ojos azules y pelo casi blanco. Y después a por el pulgar del gorila. Pero en el siguiente segundo, la mano de Briski volvía desnuda, sin empuñar nada metálico y afilado.

—Vaya, lástima —dijo Briski con una sonrisa aún más amplia—, me pillas sin nada encima. De todas formas, tampoco queremos movidas con la jefa. —Desvió su mirada hacia la vivienda—.

Últimamente anda un poco más alterada y no conviene darle otro disgusto. Es tu día de suerte, Mary Poppins.

Él no dijo nada. Escuchó un sonido gutural saliendo de la garganta de Marcus. ¿Un intento de carcajada? Se quedó inmóvil, frente al rubio loco, manteniéndole la mirada.

—No me mires así, niñera —dijo Briski—. Verás que, al final, tú y yo acabaremos llevándonos bien. Quizás podamos empezar desde cero, una bonita relación de amistad o… —Hizo una pausa. Pasó la lengua, en un movimiento intencionadamente lento, por su labio superior—, quizás surja algo más, si tú lo deseas.

Otro sonido gutural desde la garganta del espalda plateada. Briski se acercó un poco más. Provocador, intimidatorio. Ariel no se movió.

—Mira —continuó Briski, acercando su rostro al suyo—, hoy es domingo, es mi noche libre. La jefa sabe que de vez en cuando necesito salir, distraerme, divertirme. —La sonrisa se amplió—. ¿Por qué no te vienes conmigo al centro? Conozco unos garitos muy especiales, una movida… diferente. Chicos jóvenes, desenfrenados, con ganas de divertirse. Yo te invito a algo y dejamos la cosa fluir. Vemos hacia dónde nos lleva la noche.

Lejos de apartarse intimidado, Ariel acercó un par de centímetros su rostro al de Briski.

—Eres un puto loco degenerado —le dijo—. Estamos en el extremo opuesto de la evolución humana.

En ese momento, Santa apareció tras un pequeño seto de hojas verdes y amarillas y se acercó, quedándose entre sus piernas, mirando a ese extraño tan cercano a su amo. Malas vibraciones. Un maullido. Ariel se agachó para coger a Santa y sujetarla entre sus brazos. Briski alzó las cejas sorprendido. Sonriendo.

—Guau, mira Marcus, si nuestra Mary Poppins tiene un lindo gatito —dijo, girándose hacia Marcus. El gigantón se encogió de hombros—. Como en las putas películas de Disney. La niñera con su gatito para distraer a la niña.

Briski hizo ademán de acariciar a la gata. Santa bufó, erizando el pelo de su lomo. Ariel se echó un paso hacia atrás y ladeó su cabeza, con el gesto serio.

—¿Sabes, niñera? Siempre me han gustado los gatos —dijo Briski —. Supongo que es algo que viene de familia. Un tío mío tenía más de veinte gatos en su casa. Recuerdo que la mayoría eran cojos. Mi tío decía que los gatos le daban buena suerte. —Soltó una pequeña risita—. Bueno, en realidad, decía que las patas de los gatos daban buena suerte. Por eso se hizo un collar enorme con patas de gato. Quizás yo debería buscar mi suerte, quizás yo…

Hizo otro ademán de acariciar a la gata. Santa volvió a bufar y lanzó un rápido zarpazo al aire como aviso.

—Si le ocurre algo a mi gata en el tiempo que yo esté aquí, te mato.

Briski hizo una mueca y se echó hacia atrás, entre sorprendido y divertido.

—Pero bueno, tranquilo canguro, que los gatos y yo…

—Te mato.

Briski se calló. Ahora su gesto era serio. Miró a los ojos de Ariel durante un buen rato. Y una nueva sonrisa precedió a una carcajada.

—¿Sabes lo que es esto, colega? —le dijo, casi sin parar de reír —. Tensión sexual no resuelta. Así lo llaman. Y tiene solución. Esta noche, tú y yo.

Ariel le mantuvo la mirada. Unos ojos azules, saltones, expresivos. Los ojos de un loco. Tensó la mandíbula.

—Te mato —volvió a decir.

Briski levantó las manos, en un gesto inocente, como en son de paz.

—Está bien, está bien. Nada de gatos y nada de fiesta, de momento. Tranquilo, karateca, estamos en el mismo equipo, ¿recuerdas? —Se giró hacia Marcus—. Vamos, dejemos que nuestros invitados de honor continúen con su agradable y relajante paseo.

Ariel los vio alejarse hacia la vivienda principal. Cuando habían caminado unos veinte pasos, vio a Briski darse la vuelta.

—Una pena lo de esta noche, karateca —le dijo dibujando una mueca de decepción en su rostro—. Presiento que va a ser una noche movidita.

# CAPÍTULO 17

Estaba siendo una noche movida. Pero bien planificada, que era lo importante. Porque planificar es importante. Para que todo salga bien, sin errores. Apartó la sábana blanca y contempló durante unos instantes el cuerpo desnudo que tenía a su lado. Estaba boca arriba, con los ojos cerrados. Un chico joven, de entre veinte y veinticinco años. Moreno de piel, labios carnosos y un pelo negro y rizado, con algunos caracolillos que caían por su frente. Era guapo, eso no se podía negar. El nombre no era importante, pocas veces lo es. Lo importante era que ya no respiraba. Eso haría el trabajo más fácil. Un muerto da menos guerra que un vivo. Lo que iba a hacer, habría sido más divertido habérselo hecho con vida, pero necesitaba que no se moviera, que se portase bien. Y, en casos como este, un vivo nunca se porta bien. Se mueve mucho, forcejea, le da por gritar. Sacó el cuchillo de una funda de cuero marrón. La empuñadura de madera se adaptaba perfectamente a la mano, la brillante y afilada hoja metálica, las bellas filigranas grabadas en el acero… era una preciosidad de cuchillo. Se colocó a horcajadas sobre su víctima desnuda. Hacía algo de frío, pero él tenía la frente perlada de sudor. Sintió un escalofrío por su espalda, acompañado de una sensación de placer. Eso era por el chute de dopamina. Por la excitación del momento, por lo que estaba por venir. Empuñó el cuchillo con su mano izquierda, con suavidad, «dulzura» sería la palabra exacta. Y con su mano derecha manipuló con destreza la jeringuilla. Una solución de bicarbonato sódico que inyectó a ambos lados de la boca del joven, hacia el ángulo de la mandíbula, en los músculos maseteros. Esperó un rato. Lo bueno se hace esperar. Satisfecho, abrió con una mano la boca de su víctima y con la otra, la del cuchillo, se puso a trabajar. Asesinar a una persona es sorprendentemente fácil. Pero lo que iba a hacer en ese momento requería de pericia, calma y paciencia.

# CAPÍTULO 18

Ariel estaba con María en la furgoneta. La había movido de sitio el día anterior, por la noche, y había decidido aparcarla en una amplia zona asfaltada, bajo las ramas de un enorme árbol que se alzaba imponente cerca de la edificación anexa, la que hacía de vivienda de la familia que trabajaba como personal de servicio para Jessie Carter. La familia de Manuela, la gobernanta. Ahí vivían también su marido y su hijo. Ariel había decidido que, durante ese mes de trabajo, dormiría en su furgoneta, con Santa, pese a la insistencia de Jessie en que durmiese en una de las habitaciones libres de la planta inferior de la vivienda principal. No. Él estaba cómodo en su furgoneta. Era como su casa. Y prefería estar cerca de Santa. Era la familia de su día a día, su compañera de batallas. Esa mansión, por sus características y por el personal de seguridad contratado, era como una fortaleza. Era imposible que un fanático psicópata pudiera entrar allí y hacer daño a Jessie o a su hija.

—Me dijiste la verdad, no me mentiste —dijo María.

—¿Cómo dices? —respondió él, alzando las cejas, sin comprender.

—En el acantilado… lo de que tenías una gata —comentó ella acariciando a Santa en el asiento de atrás. La gata, estirada todo lo larga que era, dejaba que esa cachorra de humano le rascase el lomo, la garganta, el pecho—. Mi madre me ha dicho lo de la enfermedad, que la tienen que operar dentro de un mes y todo eso… —Lo miró, sonriendo—. No me mentiste.

Ariel le devolvió la sonrisa.

—¿Por qué iba a mentirte?

—Es lo que hace la gente en esas situaciones. —Se encogió de hombros—. Engañar, para intentar convencer a alguien de que cambie de opinión. Pero tú no lo hiciste. —Hizo una pausa—. Dijiste la verdad.

Ariel estiró las piernas. Estaba relajado, con los brazos cruzados, sentado frente a María, en el asiento de copiloto, girado ciento

ochenta grados para estar cara a cara con la niña.

—Yo creo que, en esos casos, es mejor ir de frente. Con la verdad —dijo él—. Si funciona, bien, y si no, pues…

—Ya. Si no funciona, pues uno menos —respondió ella. Calló un instante antes de soltar, con una sonrisa pícara—: Mi madre dice que se pilla antes a un mentiroso que a un cojo.

—No siempre —indicó Ariel—. Hay gente que miente muy bien. Profesionales de la mentira.

Ella se quedó unos instantes mirándolo, sin decir nada, como sin comprender muy bien lo que él había querido decir con aquello. Luego puso su vista en la gata. Santa maulló de placer. María sonrió y siguió acariciándola detrás de las orejas. Unos instantes después, se puso seria y volvió a mirarlo.

—No me has preguntado por qué quise tirarme, por qué quise… —Dejó la frase sin acabar. Ariel se mantuvo observándola unos instantes. Apretó los labios y asintió.

—Eso es algo que tú decidirás si quieres contarme.

María se quedó pensativa, como dudando, con la mirada en el suelo. Después suspiró y la levantó hacia Ariel.

—Me he sentido muy sola —se tocó el pecho—… como con un vacío, un dolor aquí, que a veces no me deja respirar. Cuando murió el abuelito no pude soportarlo. Yo sabía que se iba a morir, mi madre trataba de ocultármelo, me decía que al final se curaría, que encontrarían algo. Pero yo sabía que se iba a morir. —Su voz se fue quebrando—. Yo lo veía apagarse, poco a poco. Mi madre no quería que fuese al hospital a visitarlo. No quería que lo viese… así, tan… enfermo, tan delgado. No parecía él. Pero yo iba y lo abrazaba. Llorábamos juntos.

María se puso a llorar. Ariel no dijo nada. Sabía que, a veces, es necesario que ese tipo de lágrimas no se queden dentro. Es bueno que salgan, porque las que quedan dentro, sin salir, acumuladas, son las que generan la presión que acaba reventando la presa. Y Ariel sabía que la presa emocional de María era frágil.

—Hace unos meses murió Leire —continuó, entre sollozos—. Era mi mejor amiga. La única que quería estar conmigo. Siempre estábamos juntas. Hasta que empezaron a ingresarla en el hospital.

—Se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. La operaron. Un trasplante de médula que no funcionó. Se fue. —Su voz se volvió a quebrar—. Y me dejó sola.

Ariel seguía mirándola a los ojos, asintiendo, escuchándola, dejando que María liberase sus demonios.

—Y luego está lo del cole —dijo, y su tono adquirió un matiz de rabia contenida—. El resto de las niñas, cómo me miran, las cosas que me dicen, cómo se ríen de mí, imitando canciones de mi madre. Todo por envidia. Porque yo sé que es por envidia. Y ese abusón, cada día que voy y… para hacerse el chulo, para hacerse el guay delante de las chicas… —dijo, y se calló, sin querer continuar.

—¿Eso lo has hablado con tu madre?

—¿Para qué? ¿Para empeorarlo más? Si se enteran de que me he chivado…

—Pero eso es algo serio, lo tiene que saber tu madre y los profesores, tienen que…

Ella negaba con la cabeza y lo cortó, cambiando de tema.

—Echo de menos a papá. —Miró por la ventanilla de la furgoneta, como si pudiera verlo desde allí—. Suele estar mucho tiempo fuera, rodando pelis y eso. Cuando yo era pequeña todo era más fácil, todo era… mejor. Mis padres estaban juntos, se querían, pero… —Se calló unos segundos, como incapaz de soportar unos recuerdos felices, recuerdos de tiempos pasados que ahora se tornaban afilados y peligrosos—, se separaron y… yo… no pude, no… —dijo con labios temblorosos, con lágrimas cayendo por sus mejillas.

Ariel permaneció en silencio. Ella seguía llorando, sin poder continuar. Él se sentó a su lado sin decir nada. Pasó una mano por detrás de la espalda de María y la acercó a él. La niña apoyó la cabeza en su hombro y continuó llorando.

—A veces pienso que si acabo con todo será mejor. Acabar con los problemas. —Se sorbió los mocos y continuó, entre sollozos—: Juntarme con Leire, con el abuelito. Los echo de menos, los echo de menos.

Ariel suspiró.

—Eso nunca, María. Eres una niña, tienes la vida por delante y gente que te quiere. Tu abuelito y tu amiga no quieren que hagas

eso.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó ella, sin mirarlo.

Él no supo qué responder; pero, en ese momento, como para rescatarlo de esa situación, la voz de Jessie Carter sonó a unos veinte metros, fuera de la vivienda principal.

# CAPÍTULO 19

—¡María! ¡María!

Ariel se incorporó y sacó la cabeza por la puerta lateral, que estaba abierta. Vio a Jessie acercarse caminando hacia la furgoneta.

—Vaya, mi madre —dijo María frotándose los ojos y tratando de recobrar la compostura.

Unos momentos después, Jessie llegaba a la furgoneta. Se quedó fuera, de pie. Se inclinó para mirar de frente a su hija. Frunció el ceño.

—Tienes los ojos rojos. ¿Has estado llorando?

La niña negó con la cabeza, sin mucho convencimiento. Jessie se giró hacia Ariel. Él apretó los labios y se encogió de hombros. La cantante suspiró y volvió a mirar a María.

—María, es lunes, ya lo sabes. Tienes sesión de psicólogo. —Señaló su reloj—. Leonardo ha dicho que estará aquí en quince minutos, que estés puntual en el despacho.

La niña puso morros y los ojos en blanco.

—Mamá, por favor, no quiero…

—María, esto ya lo hemos hablado —dijo Jessie—. Y no es negociable. Y menos después de… —calló, como arrepentida, sin querer seguir por ahí—. María, vete preparándote y no llegues tarde. Ya conoces a Leonardo y su manía con la puntualidad.

—¡Estoy harta, mamá! —gritó María. Santa saltó del asiento trasero al suelo de la furgoneta, y de ahí al asiento del conductor—. Ese hombre no me pregunta más que mierdas de cuando yo era una niña de cuatro o cinco años, de si tengo recuerdos de sentirme abandonada, sola, con frío… —Se inclinó hacia su madre, con un gesto de rabia en la cara—. No estoy loca, ¡y esas sesiones no me valen para nada!

—¡María! —dijo Jessie señalándola con un dedo—. Soy tu madre, no te atrevas a…

En ese momento, un claxon sonó y cortó el enfrentamiento de madre e hija. Jessie miró hacia el camino que llevaba a la puerta de

entrada. María asomó su cabeza y una amplia sonrisa apareció en su cara.

—¡Sí! ¡Los tíos! ¡Han llegado, ya están aquí! —dijo, y saltó como un leopardo fuera de la furgoneta.

Ariel también salió de la furgoneta. Vio un Ferrari rojo bajar por la suave pendiente y a María correr en esa dirección. El Ferrari avanzó despacio, y quedó aparcado junto al Bentley, cerca de la fuente de la entrada principal. Vio bajar de la plaza de piloto a una mujer de unos treinta años. Alta, morena, con un cuerpo esbelto y atlético. Llevaba unos espectaculares zapatos de tacón y un vestido largo y ajustado. Una indumentaria que realzaba sus curvas, pero probablemente no muy cómoda para conducir ese tipo de deportivo. Cuando se giró para abrazar a María, Ariel pudo ver sus facciones. Compartía la misma belleza latina que Jessie. Su hermana, sin duda. Del asiento del copiloto salió, ayudándose de una muleta, un hombre de más o menos la misma edad, de media melena cuidada, peinada hacia un lado, con efecto de pelo mojado. Llevaba unas gafas de sol y tenía barba de dos o tres días. Ariel vio cómo cojeaba, apoyando con esfuerzo la muleta, mientras se acercaba a la hija de Jessie, a su sobrina. Llevaba una bolsa de plástico en la mano. Se agachó y María lo abrazó con ímpetu, dándole varios besos. El hombre sacó algo de la bolsa. Un balón de fútbol. María lo cogió y volvió a abrazar a su tío. La niña era la máxima expresión del éxtasis, de la felicidad. En cuestión de minutos había pasado de sentirse hundida y depresiva a sentirse emocionada y contenta. Una montaña rusa emocional en la cabeza de una niña de diez años.

—Mi hermana y mi cuñado —dijo Jessie.

Ariel asintió.

—Lo suponía. Os parecéis mucho.

—Herencia colombiana de mi madre. Vienen para quedarse varios días. Le conté a mi hermana todo el asunto de las cartas de ese loco, lo que está pasando en los conciertos… —Hizo una pausa—. También sabe lo de las cartas de extorsión desde Colombia. Viene para estar conmigo unos días, para intentar distraerme… —Otra pausa. Más larga. Más meditada—. Estamos muy unidas y… la

necesito a mi lado. Junto a María, es la sangre familiar más cercana que me queda.

Él no dijo nada. Siguió observando la escena de abrazos y besos que tenía lugar junto al Ferrari. La pareja miró hacia donde estaban ellos. Los saludaron con un gesto desde allí y comenzaron a acercarse. Ella con un andar elegante, él con una cojera evidente. María los seguía, lanzando el balón hacia arriba para cogerlo después. Llegaron a su altura y Jessie dio un fuerte abrazo y dos besos a su hermana. Hizo lo mismo con su cuñado.

—Mariela, Gabi, os presento a Ariel —dijo señalándolo—. Ya os comenté ayer, estará con nosotros un mes. Bueno, eso de momento, para ayudar con la seguridad de María.

Intercambiaron apretones de manos.

—Mi hermana me ha hablado de ti —indicó Mariela—. Al parecer, la dejaste impresionada apaleando a esas dos bestias que tiene por guardaespaldas.

Su pareja soltó una carcajada.

—Tenías que haberlo grabado, Jessie. Daría lo que fuese por ver a un humano derribar a Marcus —comentó Gabi, y se dirigió a Ariel —. Tuvo que ser épico, como David contra Goliat.

Él se encogió de hombros.

—Dudo que Marcus sea filisteo, pero coincide que yo sí soy israelí. Y no acabé con él, más bien… tuve suerte de que tu cuñada pudiera llegar a tiempo para detener aquello.

—No seas modesto —dijo Jessie—. La suerte la tuvieron ellos, tal y como se estaba desarrollando aquello. Pero bueno, eso pasó, Ariel está con nosotras —miró a María—, y lo suyo es que vaya conociéndoos a todos. —Se giró para mirarlo mientras señalaba a su hermana y a su cuñado—: Viven en Sevilla. Mi hermana, que tengo que decir con orgullo que ganó el título de Miss Colombia, es una reputada profesional que tiene una agencia de modelos en Sevilla y, mi cuñado, Gabi Vázquez, es, nada más y nada menos, que un futbolista profesional. Jugaba en el Real Madrid, pero hace un par de años le salió una buena oferta y fichó por el Sevilla.

El futbolista asintió, con una sonrisa que dejaba ver una dentadura demasiado blanca, poco natural. Dio un pequeño toque a

su rodilla izquierda con la muleta.

—Pero ahora me esperan varios meses en el dique seco. Rotura de ligamentos. De seis a ocho meses, me han dicho.

—Un deporte de riesgo —dijo Ariel mirando hacia la rodilla.

—Bueno, lo curioso del caso es que no me lesioné en el terreno de juego. —Puso una mueca que Ariel no supo si era de alivio o de disgusto—. Una caída por las escaleras de casa. ¿Te lo puedes creer? —Soltó una risita—. Mira, no hay mal que por bien no venga. Esto me permitirá pasar más tiempo aquí, con la familia —sonrió, mirando a su sobrina—, con todo lo que está pasando…, además, me han confirmado en el club que también puedo avanzar con mi rehabilitación aquí en Madrid, con mi médico de confianza, el de la selección española, el doctor Jiménez.

Ariel no dijo nada. Asintió sin saber muy bien por qué. No estaba puesto en temas de fútbol, del Real Madrid, del Sevilla, ni tenía el gusto de conocer al tal doctor Jiménez. De todo aquello solo entendía de ligamentos. Sobre todo, de cómo romperlos.

Gabi revolvió el pelo de María en un gesto cariñoso.

—Así que podré recuperarme a caballo entre Sevilla y Madrid. Y por eso, de momento, hemos traído una maleta para pasar la semana.

—¡Sí! ¡Bien! —gritó María, levantando el balón—, y podremos practicar con el balón, tío Gabi.

—Bueno, María, tranquila, ya hablaremos —dijo Jessie—. Deja a tu tío tranquilo, que bastante tiene con pensar en recuperar esa rodilla cuanto antes. —Miró a su cuñado, frunciendo el ceño—. Y ya hablaré yo contigo sobre eso de regalar balones a la niña. —Volvió a mirar a su hija—. Venga, rápida, que Leonardo estará a punto de llegar.

María fue a abrir la boca para quejarse, para tratar de alargar el momento allí, con sus tíos, pero su tía la cogió cariñosamente por el brazo.

—Vamos, cariño, mamá tiene razón. Anda, acompáñanos a la casa, que tenemos que meter las maletas.

María aceptó a regañadientes, sin soltar su balón.

—Tenéis vuestra habitación preparada —les indicó Jessie—. Manuela os está esperando en el *hall* para recibiros.

—Genial, luego nos vemos —dijo Mariela—. Hasta luego, Ariel.

—Claro, hasta luego —respondió él antes de verlos avanzar con María hacia la vivienda. Ella como una modelo sobre una pasarela, él como un lisiado volviendo de una batalla.

Jessie se giró hacia Ariel.

—Hacen una pareja de revista —dijo. Él no contestó—. Y por cierto, aún no me has preguntado si yo tengo pareja, si estoy casada o separada o…

—Divorciada. Desde hace varios años. De un actor famoso —comentó él, todavía mirando cómo la pareja y la niña entraban en la casa.

Jessie alzó las cejas, entre sorprendida y divertida.

—A ver, a ver… divorciada —dijo ella—, vale, ¿y por qué no separada, o madre soltera?

—Ya no hay rastro de tu ex ni en los salones de la casa, ni en tu habitación, tu zona más íntima. Pero sí hay una foto de tu ex en la habitación de María. Los tres, sonriendo. Ella no tendrá más de cuatro años en esa foto. Tiempos felices, pero tiempos pasados. Hay otra foto de María con su padre en su habitación. Ella tendrá unos siete años. Tú ya no estás en la foto.

Jessie se mordió un labio y ladeó la cabeza.

—Vale, eso puede indicar que hace años que ya no estamos juntos, te lo compro. Pero ¿por qué divorciados y no separados?

—Por varias razones —dijo él—. No llevas anillo que indica que tienes pareja. Probablemente lo llevarías si tuvieses alguna esperanza de volver, o como sistema práctico y visual para espantar nuevos pretendientes.

Una carcajada salió de la boca de Jessie. Natural, sincera.

—Eso es una tontería. Mucha gente se quita el anillo sin necesidad de haberse divorciado, incluso gente casada. Simplemente porque no les gusta llevar anillos.

—Pero a ti sí te gusta —señaló sus manos—. Te gustan esos adornos. Llevas otros anillos, y pulseras, y collar… pero no el anillo de casada en el dedo correspondiente.

—¿Y las otras razones?

—Es una etapa cerrada para ti. No hay signos recientes de tu relación con tu ex, ni siquiera apareciendo en fotos más recientes con la niña. Divorciarse es cerrar la puerta. Separarse es cerrarla, pero no hasta el final, dejándola un poco entreabierta.

Jessie se quedó pensativa, mirándolo. Se llevó los dedos a la barbilla, con una media sonrisa que realzaba su atractivo.

—Vaya, muy observador para los pocos segundos que has tenido mientras te enseñaba la casa —le dijo—. Vale, aclárame, ¿por qué dices que estuve casada con algún famoso? De hecho, has dicho actor famoso. —Puso énfasis en la palabra «actor».

Ariel asintió.

—Ahí entran teorías evolutivas, de supremacía de la especie. Selección natural, lo llaman —explicó él. Ella frunció el ceño—. Hembra guapa atrae a macho guapo. Guapa con dinero atrae a guapo con dinero. Guapa, famosa y con dinero atrae a guapo, famoso y con dinero. —Se encogió de hombros, sin darle mucha importancia—. Funciona así, y en general así seguirá funcionando en la gran mayoría de los casos. Y no pasa nada, solo es cuestión de entender que la biología funciona de esa manera.

—¿Perdona? —dijo ella, ofendida—¿Estás diciendo que yo solo he mirado… que a mí solo me importa…?

—¿Estoy equivocado? —la cortó él. Ella no dijo nada—. Acabamos de ver el mismo ejemplo entrando por esa puerta. Ariel señaló hacia la puerta de entrada de la vivienda—. La biología sigue su curso lógico, no suele hacer cosas raras.

Jessie suspiró, negó con la cabeza y volvió a mirarlo.

—Bien, ¿y por qué actor y no futbolista como mi cuñado?

Ariel se encogió de hombros.

—Podría haberlo sido, desde luego, pero a los futbolistas no les dan un trofeo con el busto de ese pintor español del siglo XIX. Y menos si en el pedestal pone «Mejor Actor 2017».

Ella soltó otra carcajada, acompañada de un aplauso.

—La estatuilla del Goya en la habitación de María, qué cabrón. Muy observador, confieso que estoy impresionada.

Quedaron unos instantes en silencio.

—¿Cómo la ves a ella? A María, me refiero…

Ariel miró a Jessie, y después hacia la puerta principal de la vivienda, por la que había entrado la niña unos minutos antes.

—Tengo que pasar más tiempo con ella para responderte. Se la ve buena chica. —Ariel vio cómo Jessie asentía a eso—. Pero creo que no está siendo capaz de gestionar su entorno, todo lo que le ha ocurrido en poco tiempo y… todo lo que está sucediendo ahora. También veo que actúa como forzada, como si hubiese un choque entre lo que ella quiere hacer y lo que le dicen que debe hacer.

Jessie chasqueó la lengua, y negó con la cabeza.

—Tiene diez años, Ariel. Si por ella fuese no iría al colegio, no asistiría al psicólogo y estaría todo el día dando patadas a un balón. No me hagas sentir mal como madre cuando simplemente aplico el sentido común.

En ese momento, un Mercedes negro pasaba junto a ellos y aparcaba en la zona delantera de la vivienda, junto al Ferrari rojo. Del asiento del copiloto salió un hombre de unos sesenta años, con el pelo canoso, alborotado, y un maletín en su mano. Vestía un traje negro, con un abrigo gris por encima. El psicólogo, supuso Ariel.

—Puede que las patadas al balón le hagan mejor que las charlas de ese tipo —hizo un gesto con su mandíbula, como señalando al tipo del traje y maletín—. Un tratamiento mucho más barato.

—Bueno, no sigamos por ahí —dijo ella—. Hay cosas que tengo decididas, que sé que hoy no le gustan a María, pero que le ayudarán en el futuro. Ha pasado por mucho y necesita ayuda profesional. —Levantó un dedo para puntualizar—: Necesita que le digan qué le conviene y qué no.

Ariel se mantuvo en silencio. Esa no era su guerra.

—Hoy ha sido tu primer día con María. La llevaste y la recogiste del colegio, ¿qué tal? —le preguntó.

—Bonito —respondió él—. Un colegio caro.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Es algo que quería hablar contigo. Porque, en realidad, no la llevé yo. La llevó uno de los hombres de Roberto. —Hizo una mueca —. Yo simplemente fui con ella en el asiento de atrás.

Jessie ladeó ligeramente la cabeza y entrecerró los ojos. Después de unos instantes, asintió.

—Sí. Eso es cosa de Roberto. No se fía, y prefiere que uno de sus hombres…

—Mira —dijo Ariel—, a mí me contrataste para proteger a tu hija. Dijiste que confiabas en mí.

—Sí, claro… —comenzó a decir ella; pero Ariel continuó:

—Nunca he hecho algo así, con una niña, me refiero. —Hizo una pausa, para mirarla a los ojos—. Pero he hecho cosas mucho más difíciles y arriesgadas. —Miró hacia el puesto de control de los hombres de seguridad—. No tengo problemas en trabajar en equipo. Nunca los he tenido. Es algo que he hecho muchas veces, durante años. Pero no voy a permitir que me ninguneen, que se interpongan en mi trabajo. —Volvió a mirarla—. Eres tú quien me ha contratado. A mí.

En ese momento Santa saltó de la furgoneta, se estiró, desperezándose, y se colocó entre las piernas de Ariel. Como apoyando su argumento, como una verdadera compañera de equipo. Jessie observó a la gata, divertida, y después puso sus ojos en los de Ariel. Asintió. Se giró hacia la edificación donde Roberto y sus hombres planificaban la seguridad.

—Quizás eso sea trabajo en equipo, igual los hombres de Roberto y tú…

—Ni siquiera se presentó. No sé cómo se llama. Ni el de esta mañana, ni ninguno. —Su mandíbula se tensó—. No se dignó ni a mirarme, como si yo no estuviera allí.

Ella volvió a asentir. Le tocó el brazo.

—Mañana llevarás tú a María. Y la recogerás. Hablaré con Roberto, tienes mi palabra. A partir de ahora te encargarás de todo lo relacionado con la seguridad de mi hija. —Lo miró a los ojos—. Como dijimos.

Ariel observó los ojos de Jessie. Negros, brillantes. Una mirada con determinación.

—Voy a la casa —dijo ella, y se dio la vuelta—. Mis invitados van a pensar que no son bienvenidos.

En ese momento, Briski aparecía por la derecha, como si viniese de la casa del personal de servicio. Vestía una camiseta de tirantes blanca, con el dibujo de un corazón sangrante en el pecho. Unos pantalones de colores chillones, formando dibujos de cuadros entrelazados, caían por debajo de sus rodillas, dejando parte de sus tibias al descubierto. «Una vestimenta estrafalaria, acorde a su personalidad», pensó Ariel; «la perfecta combinación para su estado mental». Jessie lo vio llegar, vio la dirección que tomaba y le hizo un gesto con la mano.

—¡Briski! ¿Se te ha perdido algo por ahí? —le preguntó, señalando hacia la furgoneta de Ariel.

Briski se paró en seco y mostró una sonrisa. Alguien podría decir que bromista y pícara. Ariel diría que perturbada y peligrosa.

—No, cariño —dijo a su jefa—. Solo quería decirle a mi nuevo compañero de trabajo que ayer se perdió una noche increíble. —Puso los ojos en blanco y después lo miró fijamente—. Como quien no acude a una cena de empresa y resulta ser la más divertida que se recuerda.

—A nadie le interesa tus escarceos nocturnos, Briski —le dijo Jessie—. Y menos a él. Vente conmigo a casa.

Ariel no intervino. Se quedó quieto. Briski avanzó varios pasos, acercándose a él hasta quedarse apenas a un par de metros. Santa bufó. Ariel no se movió.

—¡Briski! —gritó Jessie.

Briski se inclinó, levemente, con una sonrisa maliciosa, un colmillo asomando bajo el labio superior. Como para susurrarle un secreto.

—Ayer te perdiste una noche única, compañero —dijo en una voz baja, rasposa—. Triunfé con un jovencito. —Los ojos azules se clavaron en los de Ariel—. Lástima que no supiera moverse, era bastante… parado. —Apretó los labios y lanzó un pequeño besito al aire, en dirección a Ariel—. Tú lo habrías hecho mejor.

# CAPÍTULO 20

Sonó el teléfono. Ariel miró la pantalla del móvil que había dejado en la consola de la furgoneta. Era Jessie. Lo cogió y pulsó el botón de contestar la llamada.

—Dime.

—¿Dónde estás? —le preguntó ella.

—En la furgoneta, al volante. Esperando.

—¿No ha salido todavía?

—No, supongo que estará al salir. Pero tranquila, todo en orden por aquí. Estoy viendo el patio y ya veo que empiezan a salir algunos alumnos.

—Vale, acuérdate de pasar por la librería a por los libros de texto. Ya están reservados, son dos, uno de inglés y…

—Lo sé, lo sé, y ya los dejaste pagados —la cortó Ariel—. Tranquila, pasamos a por ellos y de ahí a casa.

—Vale, os veo aquí.

—Sí, te dejo, ya veo a María venir hacia la furgoneta —dijo, y colgó.

Jessie le había encargado pasar por una librería cercana al colegio, a tres calles de allí, a menos de diez minutos andando. Irían caminando, dando un paseo, no compensaba mover la furgoneta y tratar de buscar un nuevo aparcamiento. María llegó, lo saludó y acarició un rato a Santa.

Bajaron de la furgoneta y se pusieron a caminar. Era una calle arbolada, con vehículos aparcados en el lado derecho de la carretera. La niña, que iba cargada con su mochila, empezó a contarle algo sobre la clase de gimnasia, algo sobre tratar de encestar unos balones desde una línea amarilla. Ariel iba concentrado. Una papelera a unos treinta metros delante, por su misma acera. Probaría allí. Él no creía en las casualidades, simplemente no se fiaba de ellas. No en su mundo. Metió la mano en su bolsillo y sacó el arrugado ticket de *parking* que había salido del parquímetro cuando aparcó al llegar al colegio. María seguía

hablando, emocionada. Pasaron de largo la papelera, un par de metros, y Ariel dejó caer con disimulo el papel al suelo. Se paró en seco, se giró para recogerlo y, en el segundo en que levantó la vista, lo vio. El de la gorra y las gafas. El mismo que había pasado dos veces por la acera de enfrente mientras él esperaba a la niña en la furgoneta. Venía caminando, a unos cincuenta metros. Ariel, sin inmutarse, sin hacer ningún gesto que pudiera delatar sorpresa, se acercó a la papelera y tiró el papel. Siguieron caminando, como si nada. Doblaron la esquina para seguir por la calle perpendicular, el camino más corto hasta la librería. No habían recorrido ni cien metros cuando volvieron a saltar las alarmas en su radar visual. Un tipo de barba, apoyado en la pared, junto a un portal, en la acera de enfrente. Vestía una chaqueta de cuero marrón, unos jeans desgastados y unas zapatillas blancas. Ariel se fijó en cómo los miraba y después, rápidamente, miraba la pantalla de su móvil, disimulando. La niña seguía hablando, algo sobre un compañero un poco torpe, y cómo ella había conseguido acertar tres veces seguidas. Ariel aprovechó la luna tintada de una furgoneta aparcada para ver, a través del reflejo, cómo el de la gorra y las gafas seguía tras ellos. Algo más cerca, a unos treinta metros. Hizo como que miraba los números de los portales de esa calle y aprovechó para girarse un poco y mirar a la acera de enfrente. El de barba y jeans desgastados ya caminaba, ya se había olvidado de su móvil. Ariel no creía en las casualidades. Desde luego, no en su mundo. Dos hombres siguiéndolos, caminando en paralelo. Supuso que habría algo más y, a unos doscientos metros por delante, muy cerca de la entrada a la librería, la vio. Una furgoneta negra, de las de portón lateral deslizante, aparcada en el lado de la acera por el que caminaban. En doble fila. Sin las luces de emergencia, para no llamar la atención. Allí estaba el final de la emboscada. Calculó otros dos hombres dentro, tres contando al conductor. Los dos hombres que los seguían, que ahora estarían acelerando el paso, para encargarse de él, y dos en la furgoneta para meter a la niña. Todo rápido, menos de veinte segundos.

—¿Me estás escuchando, Ariel? —dijo María.

—María, busca en tu mochila y dame un bolígrafo, o un lápiz, lo más afilado que tengas.

—¿Cómo? ¿Para qué…? —comenzó a decir ella.

—Hazlo, rápido —la cortó. Ella lo hizo, un poco nerviosa, sin rechistar. Un lapicero largo de unos quince centímetros, con una pequeña goma en un extremo. Muy afilado. Bien.

—¿Qué pasa, Ariel? —preguntó ella. Le temblaba un poco la voz —. ¿Por qué…?

—Nos persiguen dos hombres —dijo sin dejar de mirar al frente.

La furgoneta negra estaba cada vez más cerca, a unos cincuenta metros. Sin movimiento en el portón lateral. De momento. Siguieron caminando. Cuarenta metros. María lo miró, asustada, sin decir nada. Ariel vio una enorme tienda de ropa, de una famosa cadena internacional, a tan solo veinte metros, en su misma acera. Podía servir. Calculó que los dos hombres que los seguían estarían a no más de veinte metros, seguramente ya los dos juntos, en su misma acera.

—Tranquila —le dijo—. Tú haz lo que yo te diga y no te ocurrirá nada, ¿entendido?

María no fue capaz de contestar. Tan solo hizo un leve asentimiento con su cabeza. Estaban a tan solo diez metros de la tienda.

—Bien, a la de tres, entramos corriendo en esa tienda de ropa. Tú corres hacia el fondo, buscando los probadores. Te metes en uno de ellos, cierras la puerta, o la cortina, y si hay alguna silla o algún taburete dentro, te subes encima y me esperas. No sales hasta que yo llegue, ¿entendido? Y tranquila, porque alguien de esa tienda llamará a la policía. —Se colocó un poco por detrás de ella, para dejarle espacio para correr. Cinco metros. —Una, dos, y ¡tres!

Y echaron a correr hacia el interior de la tienda.

# CAPÍTULO 21

Ariel vio cómo María se alejaba, corriendo entre varias hileras de expositores de ropa. No habría más de seis o siete personas, mirando prendas, en esa zona de la entrada. Empuñando el lapicero con la mano derecha, se acercó a un expositor de abrigos y chaquetas a su izquierda y se parapetó tras él, ocultándose a la vista de los dos hombres que, en ese momento, entraban también corriendo a la tienda. Miró a través de un hueco entre las prendas. De momento no podían verlo. El de gafas y gorra llevaba algo en la mano, como una porra. Pero no era cualquier porra, Ariel sabía lo que era: un bastón extensible automático, un arma contundente como las usadas por las unidades de intervención policial. El de barba entró después. Llevaba un puñal en su mano derecha. Ambos dejaron de correr, para no llamar la atención dentro de la tienda. Miraban hacia los lados, a los mostradores. Ariel sabía que debía actuar con rapidez; no iba a dejar que avanzasen hasta los probadores. Movió con cuidado una chaqueta del expositor que lo ocultaba. Perchas de madera, rígidas. Bien. Sacó la chaqueta, la dejó caer y se quedó con la percha en su mano izquierda. El tipo de barba, a unos dos metros de él, estaba mirando hacia otro lado, pero al parecer captó algo por el rabillo del ojo, porque se giró rápidamente, abalanzándose sobre el expositor. Demasiado tarde, porque Ariel ya estaba preparado, en posición de ataque. Lanzó su mano izquierda, con la percha, hacia su oponente, buscando la mano que empuñaba el puñal, la que por inercia estaría más avanzada para atacar, para apuñalar. Esa mano del puñal entró por el hueco triangular de la percha y Ariel hizo un movimiento brusco hacia abajo, obligando a descender el brazo de su rival. Simultáneamente, cosa que ese tipo no esperaba, la mano derecha de Ariel surcó el aire, casi silbando por el afilado lápiz que acabó entrando en un lateral del cuello del barbas. Y quedó ahí clavado, como un dardo en una diana. Máxima puntuación. Antes de que el barbas soltase un grito ahogado, él ya estaba forzando la mano que

tenía el puñal y una molesta percha enganchada en el antebrazo. En menos de dos segundos Ariel tenía el pulgar del barbas bien agarrado. Un *crac* bastante feo le dijo que era el segundo pulgar que rompía en apenas tres días. Pero eso sirvió para que el tipo no solo soltase un alarido, sino también para que soltara el maldito puñal, que era lo importante. Cuando Ariel se incorporó, ya empuñando el cuchillo en su mano derecha, no pudo esquivar completamente el bastonazo que le había lanzado el de la gorra. Sintió un dolor fuerte en su hombro izquierdo, seguido de un calambre que le bajó por el brazo. Un golpe duro, pero no lo suficiente para inutilizarle el brazo. Escuchó gritos en la tienda, de mujeres. Clientas o empleadas. Seguramente llevarían tiempo gritando, pero él lo escuchó en ese momento. La adrenalina del combate filtra estímulos, enmudece el entorno. Y a él le ayudaba a enfocarse en lo prioritario en esa situación. Eliminar la amenaza. Matar.

Cuando vio que el de la gorra echaba de nuevo el brazo hacia atrás, movimiento previo para lanzar el siguiente bastonazo, Ariel se lanzó a por él. Vio venir el bastón, pero él ya estaba muy encima, en la distancia más corta. El bastón pasó de largo, por encima del hombro izquierdo de Ariel, quien, con un rodillazo en las partes nobles del tipo de la gorra, lo hizo inclinarse y lo dejó en una posición desprotegida para el siguiente movimiento. Un gesto rápido y brutal, con el puñal, tras la rodilla, desgarrando músculos, tendones y, con seguridad, varios vasos sanguíneos, por toda la sangre que comenzó a brotar. Herida fea, bastante fea, pero eso es lo que tiene el combate cuerpo a cuerpo con armas, especialmente si alguien quiere raptar a una niña.

Cuando levantó la vista, un tercer y un cuarto hombre entraban por la puerta. Los de la furgoneta, los que hubieran metido a María dentro. En ese momento, el caos ya se había desatado en esa zona de la tienda. Mujeres gritando y corriendo, tirando algún expositor de ropa tratando de alejarse de aquello, cabezas que asomaban por el mostrador de la caja registradora. Dos hombres en el suelo, uno sangrando del cuello y agarrándose la mano, gruñendo. El otro, tumbado, desangrándose, apretándose la rodilla. El tercer hombre, que ya avanzaba hacia él, llevaba una pistola. Palabras mayores.

Pero fue el cuarto hombre, el que había entrado el último, el que paró todo aquello. Con una orden suya, el de la pistola bajó el arma. Algo familiar en aquella voz, en aquella orden. Cuando el cuarto hombre avanzó y pudo verle el rostro, lo comprendió todo: Roberto, el jefe de seguridad de Jessie. Y aquello había sido un simulacro, un falso intento de raptar a la niña, pero un verdadero intento de dejar a Ariel como un incompetente en la protección de María. Roberto observó la escena, el charco de sangre, y a sus hombres en el suelo, hombres que Ariel no había visto en la casa de Jessie. Luego lo miró a él, pero no dijo nada. Su rostro mostraba confusión, sorpresa. Ariel le mantuvo la mirada, sin poder ocultar un gesto de rabia. Dejó caer el cuchillo al suelo y se dio la vuelta. Caminó hasta los probadores, llamó a María y la niña salió, asustada, para abrazarlo. Volvió con María hacia la zona de la entrada, donde Roberto estaba arrodillado, asistiendo a uno de los hombres, al que estaba tumbado en medio de un enorme charco de sangre. Ariel se paró a su altura, con gesto serio.

—Hazle un torniquete si no quieres perder un mercenario. Y rápido, antes de que tengas que explicar a la policía la puesta en escena de tu teatrillo —dijo, y salió de la tienda, con María de la mano.

# CAPÍTULO 22

Salió de la vivienda dando un portazo. Jessie iba tras él.

—¡Ariel, por favor! Déjame explicarte, ¿vale?

Él se dio la vuelta.

—¿Explicar? ¿Hay algo que explicar? Yo lo veo muy claro—. Volvió a girarse y siguió caminando hacia su furgoneta. Ella aceleró el paso y llegó a su altura.

—Escucha —le dijo—. Fue idea de Roberto, como una prueba que él quería que pasases. Ariel, no pude negarme. —Señaló hacia el puesto de control de los hombres de seguridad—. Me lo planteó desde un punto de vista profesional. Para poder confiar en ti, en tu capacidad para…

—¡Podía haber matado a esos hombres! —gritó mirándola de frente, a la cara, con rabia.

Ella no dijo nada. Él suspiró y negó con la cabeza.

—No ha sido buena idea, no quiero continuar. —Se dio la vuelta y abrió la puerta de la furgoneta.

—Ariel, por favor, lo siento… —le rogó ella.

—No me necesitas.

—Sí te necesito. María te necesita. —Unos instantes de silencio y continuó—: Por favor, Ariel. Está claro que ya no es simplemente lo que tu compañía puede ayudar a María. Ahora sí creo que eres lo mejor que he conocido nunca para nuestra protección.

Él no dijo nada. Se quedó en silencio, mirando el interior de su furgoneta. Santa lo observaba desde el asiento de atrás, tumbada, relajada. Pero con un cáncer que la amenazaba desde dentro. Un enemigo contra el que él no podía combatir. No sin dinero.

—Ariel, espera, por favor —la escuchó decir a su espalda—, lo siento. Lo siento de verdad. Te voy a rogar, de rodillas si hace falta, que reconsideres tu decisión. —Un silencio largo seguido de unas palabras que sabía que a ella le estaba costando horrores sacar de su boca—. Tengo miedo. Por mí. Por mi hija. No nos dejes ahora.

Has sido como un ángel que ha llegado en el momento exacto. Mi madre creía en esas cosas, y yo también lo creo.

Él se sentó junto a su gata, acariciándola, mirando a través de la luna delantera. Desde ahí vio cómo Roberto salía de la caseta destinada a sus hombres de seguridad y bajaba por el camino asfaltado, hacia la furgoneta.

—Mira, esta vez tu *rottweiler* viene solo. Parece que no necesita mercenarios de apoyo —dijo tranquilo, con gesto impasible.

Jessie giró su cabeza en aquella dirección. Observó cómo Roberto se acercaba y volvió a mirar a Ariel.

—He hablado con él, después de lo que pasó —le indicó—. Se ha hecho una idea muy clara de lo que eres capaz de hacer. Quiere hablar contigo.

Ariel soltó una risita. Irónica.

—Por favor —continuó ella—. Habla con él. Su postura ha cambiado completamente. Me ha dado la razón. Ya no te ve como un amateur, como un capricho mío.

No dijo nada. Siguió acariciando a Santa. La gata estaba lamiéndose, limpiando su patita con la pericia de un joyero.

—Voy a casa. María se ha encerrado en su habitación. No quiere hablar conmigo. Te ha escuchado decir que te vas —dijo Jessie—. Ariel, antes de arrancar esta furgoneta y desaparecer para siempre, habla con Roberto. Por favor. —Estuvo mirándolo unos segundos antes de darse media vuelta y dirigirse a la casa.

Roberto llegó a la furgoneta. Ariel seguía dentro. El jefe de seguridad se asomó para mirarlo.

—Hola, Ariel. —Era la primera vez que le llamaba por su nombre —. ¿Podemos hablar?

—Habla —dijo, todavía mirando al frente. Lo escuchó suspirar.

—¿Podemos dar un paseo? —Hizo un gesto con el brazo—. Por aquí, por los jardines. Nos vendrá bien para coger aire, para despejar un poco la cabeza.

Ariel no se movió.

—Suelo tener la cabeza muy despejada —le contestó—. Es lo que me ayuda a analizar ciertas situaciones, a identificar amenazas. Y a

eliminarlas.

Roberto asintió con la cabeza.

—Doy fe. Mira, lo siento. Pero, joder… ponte en mi situación. Dirijo una empresa de seguridad, con profesionales del sector, expolicías, exmilitares… —Hizo una pausa, tragó saliva—. Tengo la responsabilidad de proteger a un cliente de repercusión internacional, y a su familia. Amenazadas, y desde varios frentes. Jessie me dijo que te contó lo de las cartas desde Colombia.

Ariel permaneció callado. Miró a Roberto y de nuevo al frente. El jefe de seguridad continuó:

—Lo de hoy, viéndolo ahora, lo reconozco, ha sido una irresponsabilidad. Pero necesitaba… no te conozco de nada y… ella a veces es caprichosa y… —Paró unos segundos, como buscando las palabras—. Vio un chico que salvó a su hija, que dejó a sus guardaespaldas personales en ridículo, un chico atractivo… y, ya sabes.

—Hoy yo podía haber matado a esos hombres —respondió él cortante, mirándolo a la cara. Lo vio asentir.

—Lo sé, ahora lo sé y… de haberlo sabido antes…

Ariel suspiró. Prefirió quedarse callado.

—Escucha, Ariel. Quiero empezar desde cero contigo. Tienes mi confianza. Toda mi confianza. Encárgate de la niña. No volveré a… —Un silencio. Largo, de arrepentimiento—. Compartiré contigo la información que me pidas. Tienes mi palabra.

Roberto tendió la mano hacia Ariel. Él se quedó mirando el gesto. Dos, tres segundos.

—Yo me encargo de la protección de la niña —dijo Ariel—. No vuelvas a hacer nada parecido o… —Una pausa pensada, calculada —, te aseguro que entonces me lo tomaré como algo personal.

Roberto seguía con su brazo extendido, ofreciéndole la mano. Asintió.

—Tienes mi palabra.

Ariel estrechó la mano del jefe de seguridad. Sintió un apretón fuerte, pero no demasiado. Un apretón que mostraba confianza, pero también respeto hacia él. Un apretón profesional. En ese momento vieron cómo uno de los hombres de seguridad de Roberto

caminaba hacia la vivienda principal, con algo en la mano. Algún paquete que habría traído un mensajero. El hombre saludó con su cabeza a su jefe, quien devolvió el gesto. Roberto volvió a mirar a Ariel.

—Tengo que decirte algo. Cuando Jessie te contrató, moví varios hilos para sacar información sobre ti, sobre tu pasado. Quería saber a quién estaba contratando mi cliente.

No hubo respuesta. Roberto continuó.

—No encontré prácticamente nada, lo cual, con los medios y contactos de los que dispongo, me pareció muy extraño. —Chasqueó la lengua, como decepcionado—. Por tu nombre y apellidos, y conociendo tu nacionalidad israelí, la ficha que me pasaron debería ser más…, digamos, informativa. Pero solo indicaba que habías sido funcionario del gobierno israelí, como tu padre, Jacob Shemesh.

Roberto no consiguió ver reacción alguna en el rostro de Ariel. Serio, tranquilo, impasible.

—Pero yo reconozco habilidades militares cuando las veo. Y no son precisamente lo que pudiste aprender en los tres años de servicio militar obligatorio de tu país. Es algo más —dijo, y calló para ver si él decía algo. Nada—. Es mucho más. Has combatido en el ejército profesional, ¿verdad? —preguntó, sabiendo que a esas alturas Ariel no iba a soltar palabra—. Y la manera en que reaccionaste a nuestra emboscada… —asentía mientras hablaba, reforzando sus palabras—, sabes desenvolverte solo, en terreno hostil. Lo cual me dice que has trabajado como activo en operaciones especiales. Pero, ¿por qué hay semejante vacío en tu historial? Es como si durante años no hubieras existido. Y entonces lo he visto claro. Operaciones especiales encubiertas. La punta de lanza del Mossad. La élite de la élite israelí.

El rostro de Ariel permaneció imperturbable. Miró a Santa. Acarició a la gata detrás de la oreja. A ella le encantaba. Maldito cáncer.

—Me vale —dijo Roberto—. Tomaré esos silencios como las respuestas a mis preguntas.

Y fue en ese momento cuando escucharon el grito. Desgarrador, angustioso. Un grito de pánico. Era Jessie.

# CAPÍTULO 23

Echaron a correr hacia la casa. Un sprint explosivo. Como dos soldados a la carrera en una situación de vida o muerte. Ariel llegó primero, empujó la puerta, que estaba entreabierta, y siguió corriendo por el interior de la casa. Se escuchaban ruidos arriba, en la planta superior. Subió las escaleras de dos en dos, impulsándose con una mano en la barandilla. Había alboroto en la entrada de la habitación de Jessie. Vio al cuñado, el futbolista, tratando de llevarse de allí, como podía, a María. La niña lloraba y luchaba para que no la llevaran a su habitación, lejos de su madre. Roberto llegaba en ese momento a la altura de Ariel, con la respiración acelerada. El cuñado les hizo un gesto de que él se encargaba de la niña, y con la cabeza señaló hacia la habitación de Jessie. Manuela, la gobernanta, salía en ese momento de la habitación, santiguándose. Ellos entraron. Marcus estaba allí, junto con el hombre de seguridad que habían visto pasar con un paquete. Estaban mirando hacia la mesa, hacia un papel. Leyendo lo que parecía una carta. Y al lado, también sobre la mesa, algo parecido a un estuche. Una caja de madera abierta. Ariel desvió su mirada hacia el otro lado de la habitación. Jessie estaba sentada en el borde de su cama, llorando. Su hermana la abrazaba y le estaba susurrando algo, tratando de tranquilizarla. Briski estaba agachado junto a la cama, mirando algo con curiosidad. Se giró y le guiñó un ojo a Ariel. Roberto fue el primero en decir algo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, a nadie en particular.

Su hombre señaló la carta.

—Otra carta. De ese loco. No hemos querido tocarla, por el tema de las huellas. Solo la ha tocado la jefa.

Roberto se acercó hasta la mesa. Su hombre se apartó para dejarle leer la carta.

—No encontraremos huellas. Igual que en las otras —comentó Roberto—. ¿Cómo ha llegado?

—Un repartidor profesional, de no más de veinticinco años. Nuevo en esa empresa —respondió el otro—. Le hemos tomado datos, como siempre. El paquete venía sin remitente, solo el nombre y la dirección de la jefa en el remite. Pero dijo que se lo dio un chaval joven en el centro, y le dio veinte euros por entregarlo aquí. Eso me mosqueó.

Roberto asintió.

—Y a ese chaval, que probablemente es un yonqui —indicó Roberto—, se lo habrá entregado ese hijo de puta, o incluso otro intermediario más, para no dejar rastro. —Miró a su hombre—. ¿Lo pasasteis por el detector de sustancias?

El hombre de seguridad asintió.

—Cuando vi que no había restos o indicios de contener elementos explosivos en el interior, fue cuando se lo traje a la jefa. —Hizo un gesto hacia Jessie—. No pensé que… bueno, llegan muchos paquetes y cartas sin remitente, inofensivas, de cientos de fans.

—No pasa nada —dijo Roberto. Y se puso a leer la carta.

Ariel se acercó a la mesa. El hombre de seguridad frunció el ceño, pero Roberto le hizo un gesto para que se apartara, para que le dejase sitio. Ariel se puso a leer. Era una carta escrita a máquina. Una hoja limpia, muy blanca. Tan solo la negra tinta sobre el impoluto papel.

*«¿Te gustó lo de Bilbao? No te desnudaste para mí, y alguien merecía morir. Pero elegí mal, porque ese gordo no murió. Saldrá adelante. A veces ser gordo ayuda. Parece que la grasa hizo de escudo seboso. Pero soy un hombre de palabra, y alguien debía morir. Y aquí te dejo la prueba de quien ha ocupado el lugar del gordo.*

*Desnúdate Jessie Carter. En tu próxima actuación, en tu primera canción. Desnúdate para mí o alguien morirá».*

Ariel acabó de leer. Miró a Jessie. Seguía llorando. Volvió a mirar hacia la mesa, hacia el pequeño estuche de madera. Era una caja de madera, alargada, de tono oscuro, de caoba quizás. Estaba abierta.

El interior era de un color azul claro, parecía forrado de terciopelo. En el fondo, una tapa estaba levantada, como sacada de su sitio. Un doble fondo. Vio unas manchas negras, con algunos trazos rojos. ¿Era eso sangre? Y entonces lo entendió. Roberto seguía leyendo la carta, pensativo, negando con la cabeza. Ariel caminó unos pasos hacia donde estaba Briski, que continuaba agachado. Briski lo vio llegar, le sonrió y se hizo a un lado. Ariel se agachó para observar aquella cosa pálida, casi blanca, con evidentes tajos por todos sus bordes. Una lengua humana.

# CAPÍTULO 24

Entraron tres hombres de la UCO. Según lo que le explicó Roberto, La Unidad Central Operativa es el órgano central del servicio de Policía Judicial de la Guardia Civil en España, encargada de la investigación y persecución de las formas más graves de delincuencia y crimen organizado, tanto a nivel nacional como internacional. Los tres hombres que acababan de entrar, con el teniente Sánchez al mando, pertenecían a la sección de homicidios, secuestros y extorsiones. Roberto había llamado inmediatamente al teniente, que ya estaba llevando el caso de Jessie Carter en lo relativo a las cartas del psicópata, el homicidio en Valencia y el intento de homicidio en Bilbao. Y ahora esto, un nuevo homicidio del que, de momento, se desconocía la identidad de la víctima. El teniente se identificó, presentó a los hombres que lo acompañaban, cargados con maletines y equipo forense, y se pusieron a trabajar. Pidieron que todos salieran de la habitación. Ariel, desde el umbral de la puerta, los vio ponerse unos guantes azules de vinilo y unas gafas de esas que ocupan media cara. Observó cómo sacaban fotos a la carta, a la caja de madera y a la lengua. Después sacaron de un maletín una especie de mesita negra plegable, y colocaron encima, primero la carta y luego la caja. Se pusieron a trabajar en ellas, utilizando pequeñas brochas, polvo blanco, linternas con luz ultravioleta y algunos otros instrumentos que Ariel no pudo identificar desde su posición. Tras más de veinte minutos trabajando, los dos guardias civiles metieron la carta y la caja en sendas bolsas de plástico transparente. Después introdujeron la lengua en lo que Ariel supuso era una pequeña nevera portátil, para su conservación y análisis en el laboratorio correspondiente. El teniente Sánchez hizo un gesto de aprobación a sus hombres y estos salieron de la casa, portando sendos maletines. El teniente, ya en el salón, pidió a Roberto que lo acompañase fuera. Roberto hizo un gesto a Ariel para que los siguiera. Cuando estaban fuera, el teniente Sánchez lo miró, sin saber si podía hablar del caso delante de ese extraño. Ariel

observó al teniente. Unos cincuenta años, pelo cano, corto, y un tupido bigote bajo una nariz que tenía la marca de una cicatriz antigua, una línea blanca que atravesaba diagonalmente el apéndice nasal del veterano guardia civil. Tenía un curioso tic en su ojo derecho, un parpadeo rápido, espontáneo, cada varios segundos.

—Ariel, este es el teniente Sánchez. Está llevando el caso. No hay problema —dijo Roberto mirando al teniente—, puedes comentarnos lo que quieras. Ariel forma parte del operativo de seguridad de mi clienta.

El teniente Sánchez asintió.

—En realidad pocos avances puedo darte, Roberto. Seguimos cotejando imágenes del concierto de Valencia con las del concierto de Bilbao que nos cedió la policía autónoma vasca. —Se encogió de hombros y torció el gesto. Su ojo derecho no paraba de parpadear, sin un patrón de tiempo predecible—. De momento, nada que llame la atención para identificar a algún sospechoso. Aunque mañana recibiremos otras grabaciones desde Bilbao, de otras cámaras que aún no hemos chequeado. Te avisaré si hay algo nuevo.

Roberto asintió. Se estrecharon las manos. El teniente Sánchez se giró y esta vez sí estrechó su mano a Ariel. Se despidió y se metió en el coche donde lo estaban esperando sus dos hombres. Ariel vio alejarse el coche por el camino asfaltado que llevaba a la ancha puerta de acceso para vehículos. Incluso le pareció ver movimiento de gente en la entrada, fuera, en el tiempo que tardó en abrirse y cerrarse la puerta.

—Putos *paparazzis* —dijo Roberto—. Ya están otra vez ahí, como las moscas a la mierda. Esa gente huele la mierda desde lejos.

Ariel volvió su mirada hacia Roberto.

—Conoces al teniente Sánchez —afirmó. No era una pregunta.

—Sí, coincidimos hace ya bastantes años en el cuerpo. Y es una suerte, porque de otra forma no podría sacar ni la mitad de lo que van descubriendo. —Hizo un gesto con su cabeza hacia la puerta por donde había salido el coche, que ya estaba cerrada—. Dan la información con cuentagotas, los cabrones. Pero bueno, en mi caso tengo… digamos… cierta manga ancha en ese tema.

—¿No informan a Jessie directamente?

—Lo hablé con ella. Desde el principio he preferido mantenerla al margen. Sé la presión que se siente en casos de extorsión y amenazas. Y más siendo una figura pública. —Se pasó la mano por el pelo y suspiró—. Está habiendo homicidios en sus conciertos, eso no es cualquier cosa.

Ariel asintió. Imaginó la presión y el miedo al que estaba sometida la cantante. Un grupo paramilitar amenazándola a ella y a su familia, y, por otra parte, un asesino suelto matando a personas inocentes en sus conciertos, con la estrafalaria demanda de pedirle que se desnudara. Y haciéndola sentirse, de alguna manera, cómplice en esos asesinatos.

—Entremos —dijo Roberto, señalando hacia la casa—. Creo que vamos a tener días complicados por delante.

# CAPÍTULO 25

En la mesa del salón había una jarra de agua, varios refrescos y algo de picoteo. Manuela había preparado varias tazas de infusiones. «Le he preparado una tila, señora, le ayudará a descansar», le había dicho la gobernanta a su jefa. Jessie aceptó la taza, y también su hermana. Las estaban tomando, a pequeños sorbos, sentadas juntas en el enorme sofá de cuero blanco. Roberto había hablado con Jessie, informándola sobre su conversación con el teniente Sánchez. Hacía varios minutos que el jefe de seguridad había salido de la vivienda, para comprobar que todo estaba en orden en el puesto de control de sus hombres y para después irse a su apartamento, en el centro de Madrid.

Ariel, que sujetaba un vaso de agua sentado en una silla, no había abierto la boca. Tampoco había mucho que decir en esas situaciones. Jessie necesitaba más el abrazo de su hermana que palabras vacías para llenar el incómodo silencio. Vio que el futbolista bajaba del piso superior. Había estado un rato con María, en la habitación de la niña. Saludó, cogió un refresco y un par de aceitunas y se sentó en otra silla, también sin decir nada. Jessie le hizo un gesto con la cabeza a Ariel, señalando hacia las escaleras. Quería que subiese con María, hablar con ella, distraerla. Él asintió, se levantó, dejó el vaso de agua en la mesa y ascendió por las escaleras hasta el piso superior.

María estaba tumbada en su cama, mirando al techo de la habitación. Ella giró su cabeza cuando él entró por la puerta, pero un instante después volvió a poner la mirada en el techo. Ariel alzó la vista y se fijó en que había como pegatinas, de un tono blanco verdoso, con forma de estrella. Supuso que eran de esas que se iluminan un poquito cuando se apaga la luz.

—Cuando era muy pequeña mi madre me decía que, cuando una persona se muere, esa misma noche aparece una estrellita en el cielo —dijo ella—. En verano, en días de calor, subíamos a la terraza

y me enseñaba las estrellas. Señalaba una, la que más brillaba, y me decía que era la abuelita de Colombia.

María seguía contemplando el techo, como si de alguna forma también pudiera ver esa misma estrella ahí, junto al resto de pegatinas. Ariel no dijo nada, siguió en pie, junto a la cama, sin saber qué decir. Asintió.

—Mi abuelo se fue hace ocho meses —explicó la niña—. Un cáncer. En los pulmones. —Comenzó a temblarle la voz—. Mi madre no me habló de estrellas, no me subió a la terraza. Me habló de la muerte.

María calló. A él le pareció ver alguna lágrima caer por su rostro. Unos instantes después, continuó, con su voz rozando el llanto.

—Seguía siendo una niña —dijo arrastrando las palabras—. Pero ya no hubo cuento de estrellas juntas en el cielo, de seres queridos que nos ven todos los días desde ahí arriba, sonriendo, brillando. —Hizo una pausa. Se sorbió los mocos por la nariz—. Y todavía soy una niña —acabó diciendo.

Ariel se quedó unos instantes donde estaba, sin moverse, sin saber muy bien qué decir. Después, se acercó a María. Se sentó en el borde de la cama.

—Tu madre trata de hacerte fuerte, María. Ella intenta que veas la vida como lo que es. La realidad no es tan bonita como en los cuentos y… —trató de buscar las palabras adecuadas—, a veces no queda otra que crecer más rápido de lo que se debería. Entender el mundo de los adultos.

—Yo no soy una persona adulta —protestó ella, todavía mirando al techo, todavía con voz temblorosa. Fruncía el ceño.

—Lo sé —respondió Ariel—. Y te entiendo. A veces la vida no es justa, y toca madurar antes de tiempo. Yo también tuve que madurar antes de tiempo. La situación en mi país… —dijo, pero prefirió no seguir por ahí. Bastante tenía la niña con lo que estaba sucediendo en su entorno como para tratar de entender eventos geopolíticos a miles de kilómetros de distancia.

—Eres un judío —dijo la niña. Él asintió—. Se lo escuché decir a Briski. Bueno, con alguna palabrota también. Creo que a Briski no le gustan los judíos. Y me parece que a mi padre tampoco —dijo,

girando su cabeza para mirarlo—. Mi padre dice que no hacéis otra cosa que matar pobres palestinos. Que sois unos… —trataba de hacer memoria, de encontrar la palabra—, unos gezonidas o algo así. ¿Qué es eso? ¿Es verdad que matáis a familias enteras de palestinos? A mujeres, ancianos, niños…

Ariel se quedó mirando fijamente a la niña a los ojos. No conocía al padre de la niña, pero era innegable que María había heredado los ojos de su madre. Ojos negros, colombianos, de Jessica María Cárdenas Terreros.

Por un momento, fugaz como una ráfaga de balas, doloroso como la metralla entrando en carne y tocando hueso, la mente de Ariel viajó a su pasado. Una riada de recuerdos inundó sus pensamientos. Una riada imparable, destructora, cruel. Le vino el doloroso recuerdo del atentado de Hamás en Tel-Aviv, en la terraza de aquella cafetería, donde él casi pierde la vida y donde le arrebataron la de su prometida, Hadar… su querida Hadar. Después otro recuerdo, no menos sangriento. Se vio saliendo de aquella trinchera en la frontera con el Líbano, disparando mientras gritaba como un poseso tras haber visto saltar por los aires los sesos de su amigo y compañero de escuadrón, Efraím, justo a su lado, a menos de medio metro. También se vio tumbado, tras su rifle, con la cara sucia de polvo y magullada por cascotes, en la azotea de aquel viejo hotel, medio en ruinas por los bombardeos, en aquella ciudad del sur de Siria, con aquel terrorista en su punto de mira. Le asaltó el recuerdo de sentirse traicionado por su superior, por el jefe del Mossad. Cómo habían dejado abandonado a su suerte a su padre, Jacob, en aquella operación con los rusos. Y después, la vívida imagen de él mismo, empuñando la pistola, encañonando en la frente a su jefe, quien lo miraba asustado y arrodillado en la habitación de su mansión en las afueras de Tel-Aviv, en medio de aquella fría noche. Noche que había marcado la situación actual de Ariel.

Recuerdos, demasiados recuerdos. Permanentes. Como huellas en la arena que las olas, cuando se retiran, son incapaces de borrar. Bombardeos, ruido, humo, sangre. Disparos, gritos, llantos, muerte. La historia de su nación, la historia de su vida. Miró a María. Una

niña de diez años. ¿Cómo tratar de explicar a una niña un conflicto que ni siquiera él entendía?

—He visto morir a gente, María. Algunos en mis propios brazos. Gente que quería con toda mi alma. —Suspiró—. Y también he matado a gente. Siguiendo órdenes, instrucciones de personas que supuestamente quieren lo mejor para su país. —Miró a la niña, a los ojos—. Sé que he matado a personas que se lo merecían. Asesinos con decenas de muertes a sus espaldas. Pero también sé que, seguramente, habré matado a algunas personas que no lo merecían. —Hizo una pausa, apretó los labios—. Daños colaterales inevitables, así lo llaman en una guerra. Algún día seré juzgado por el Señor —miró al techo estrellado—, y aceptaré con entereza mi absolución… o mi condena.

La niña lo había escuchado con suma atención, y ahora lo miraba fijamente. Se incorporó y lo abrazó. En voz baja, casi susurrando, le habló al oído, como si esa habitación estuviese llena de personas, de miembros de un jurado deliberando una sentencia.

—Yo sé que eres una buena persona, Ariel. Sé que no eres ningún gezonida.

Él sonrió, y la abrazó más fuerte. Todavía en esa posición, ella le volvió a susurrar al oído.

—Yo también sé disparar una pistola —le dijo como quien confiesa un pecado inconfesable.

Él se separó de ella y alzó las cejas. Ella captó el gesto y continuó.

—Sí, pistola de las de verdad. Lo he hecho unas cuantas veces, con Briski. En realidad, yo se lo pedí, sabía que tenía una pistola y… bueno, es divertido.

«Briski, ese loco», pensó Ariel; «cómo no».

—¿Divertido, María? Es peligroso. Muy peligroso para una niña como tú.

La niña dejó ver una sonrisa pícara.

—Esas tardes le decíamos a mi madre que íbamos a un centro comercial, al cine. Pero Briski me llevaba en el coche a un descampado, cerca de la montaña, donde nadie podía escuchar los disparos.

Ariel negaba con la cabeza. No se lo podía creer. La niña, emocionada, se puso de pie en la cama.

—Briski me lo explicó todo. Lo de cómo sujetar la pistola con las dos manos, extender los codos pero no completamente —dijo, adoptando la posición—, y las piernas un poco abiertas, a la altura de los hombros. —Cerró un ojo, como si estuviese apuntando a un objetivo—. Entonces, apuntas y aprietas el…

—¿Lo sabe tu madre?

—No —dijo ella mirándolo con cara de disgusto, como a un aguafiestas que estropea la función—. No hemos vuelto a hacerlo desde hace semanas.

Ariel se llevó una mano a la frente y suspiró. En esa casa el psicólogo de quinientos euros por semana necesitaría hacer terapia con, al menos, media docena de personas. O quizás el propio psicólogo también estaba enseñando a la niña a matar con arco y flecha, a escondidas. Ariel se esperaba ya cualquier cosa.

María se volvió a sentar junto a él, y le cogió la mano.

—Necesito que me ayudes —le dijo.

Él puso su otra mano sobre la de la niña. Sonrió y asintió.

—Tú dirás.

Ella dudó, trató de buscar unas palabras que no le salían.

—En el colegio… ese niño, el abusón. Todos los días me… —consiguió decir.

—Te insulta. Se ríe de ti.

Ella asintió. Parecía incapaz de hablar. Él vio el miedo en sus ojos.

—¿Te pega? —preguntó Ariel.

Volvió a asentir.

—Ya te dije que es algo que debes hablar con tu madre. Y con los profesores de tu colegio.

María negó con la cabeza.

—Me dijo que si abría la boca me iba a…

La niña no pudo continuar.

—No te preocupes, María. Se lo explicaré a tu madre y ella hablará con…

—¡No! ¡No! —le cortó—. No quiero que mi madre se entere. No, Ariel, por favor.

—Pero María, estas cosas son graves en un colegio, es importante que…

—Enséñame a defenderme. Tú puedes enseñarme, he visto cómo…

Pero entonces fue él quien no la dejó terminar.

—No, ni hablar, María.

—Por favor, Ariel, por favor. —Lo abrazó de nuevo—. Haz eso por mí. Por favor.

Él negaba con la cabeza.

—Mira María, yo no soy como Briski, y lo último que yo quiero ahora son más problemas. Con tu madre, con el colegio, con…

Ella se separó un poco para mirarlo a los ojos. Sus infantiles ojos, brillantes y negros como la obsidiana de sus ancestros maternos, se clavaron en los de él. Una mirada limpia, transparente. Unos ojos que pedían ayuda y que, a la vez, delataban esperanza. Esperanza en él.

—Te prometo que si ese abusón vuelve a hacerme daño se lo contaré a mi madre. Se lo contaremos juntos, si quieres. —Vio que Ariel no decía nada, pero que ya tampoco negaba con la cabeza. El pequeño gesto del inicio de una sonrisa comenzó a aflorar en la comisura de los labios de María—. Por favor, Ariel, dame una oportunidad, solo una. Una oportunidad para defenderme. Nada de pistolas, con puños, y patadas. Enséñame, por favor.

La mente de Ariel viajó a su propia infancia, a sus diez o doce años, al patio de su colegio, a las peleas con otros niños, a aquella paliza que le dieron aquellos tres chicos mayores un día al acabar las clases, por haber intentado defender a una amiga. Le vino el recuerdo de labios partidos, del sabor metálico de la sangre, de las lágrimas contenidas, ninguna delante de quienes lo sacudían. Todas después, estando solo, y ninguna por el dolor de los golpes. Lágrimas de rabia, lágrimas hechas de un líquido diferente a las otras. Lágrimas que destilaban venganza. En aquel momento él no dijo nada en casa. Pero un rostro tan golpeado es incapaz de ocultar verdades. Su padre se enteró. No habló con el colegio. No habló con los padres de aquellos niños. Su padre le enseñó. Y se acabaron los problemas, al menos, esos.

—Una oportunidad —acabó diciendo Ariel, con su mirada clavada en la de María—. Solo una oportunidad, María. Yo te enseñaré alguna cosa, pero si este asunto va a más, si ese niño…

Ella lo abrazó, con más fuerza.

—Gracias Ariel. Eres el mejor. Gracias.

La niña volvió a tumbarse en la cama, volvió a mirar las estrellitas del techo. Él se incorporó y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Pasa buena noche, María, hasta mañana.

Tras un par de segundos sin respuesta, la niña contestó.

—Tengo miedo.

Se paró y se giró para mirar a la niña. La voz de ella mostraba un tono diferente. Temblorosa, con una ansiedad atrapada en las palabras.

Él volvió a acercarse a la cama, y se quedó de pie, mirándola.

—Es normal tener miedo, María. Cuando alguien mayor que tú te amenaza y te…

—No es eso —contestó ella con un llanto contenido—. Tengo miedo por mi madre —dijo, ya entre sollozos—. No quiero que la mate.

Ariel miró hacia el techo de la habitación. Las estrellitas pegadas. Los seres queridos que se van. Nuevas estrellitas a las que mirar, que nos ven, nos sonríen, nos protegen desde allí arriba. Pero ya no, no en el complicado mundo de los adultos. No en la nueva realidad de María. Las cartas, los conciertos, los asesinatos, aquella lengua cortada. Su madre, su protectora, gritando, llorando como una niña asustada. El miedo más profundo y primitivo, el miedo más negro y peligroso, avanzando y extendiéndose como el pegajoso petróleo en las aguas limpias y cristalinas de una niña de diez años.

—No le pasará nada a tu madre —dijo él, volviendo a sentarse en el borde de la cama.

María no contestó. Seguía mirando al techo, con sus pequeños labios apretados, sollozando, incapaz de decir palabra. Ariel le cogió la mano, se la apretó.

—María, mírame —le dijo con voz firme. Ella giró la cabeza para encontrar su mirada—. No le pasará nada a tu madre. —Le apretó la mano más fuerte—. Te lo prometo.

La niña asintió, sin dejar de mirarlo. Y siguió asintiendo un buen rato, antes de volver con su mirada de niña a su techo estrellado.

# CAPÍTULO 26

Al día siguiente, ya por la tarde, Ariel salió por la puerta del puesto de control de los hombres de Roberto. Había notado un cambio. No lo trataban como a uno más, pero al menos notaba respeto hacia él. El jefe de seguridad le había puesto al tanto del plan para esa noche. Caminó por el jardín, por el caminito de losas que conducía a la vivienda principal. Vio a lo lejos a María jugando en el césped con sus tíos. Chutaban el balón, pasándoselo entre ellos. La hermana de Jessie no parecía pegarle mal a la pelota. Su marido, el futbolista, hacía lo que podía, cojeando, tratando de atizar al balón con la muleta. Ariel escuchaba las risas de la niña. Disfrutaba con sus tíos.

Ese día, por la mañana, antes de llevar a María al colegio, le había enseñado varios movimientos de defensa personal. Simples, directos, y un poco sucios; pero ¿qué puedes mostrarle a una niña para que pueda defenderse de un abusón mayor que ella? Sobre todo, le había hecho entender la importancia de canalizar el miedo, de ser impredecible, de reaccionar como nunca se lo esperaría su agresor. La importancia de no retroceder, de golpear primero.

Cuando la recogió del colegio, afortunadamente, la niña le dijo que ese día no había habido ningún altercado con nadie. Ariel había suspirado aliviado. Tras dejar a la niña en casa con sus tíos, había aprovechado para visitar a su madre en la residencia donde estaba ingresada, en la calle Arturo Soria de Madrid. Allí se encontró con su hermana, Carol. Hermanos de misma madre y diferente padre. Alicia de Vivar se había casado primero con el empresario financiero Adolfo Campos y habían tenido una niña, Carolina. Pero años después, Alicia conoció al padre de Ariel, Jacob Shemesh y, tras divorciarse de Adolfo, se había ido a vivir a Israel, donde nació Ariel.

En la residencia se había abrazado con su hermana Carol, que había acudido allí cuando él la llamó y, tras una charla para ponerse al día, habían pasado un buen rato con su madre. Ya solo quedaban trocitos de Alicia en el dañado cerebro de su madre. No lo reconoció. Lo trató como a un empleado de servicio, echándole en cara lo

ásperas que estaban las sábanas y lo insípida que estaba la maldita sopa de ese hotel. Lo amenazó con no pagar la habitación, con poner una reclamación y con irse a otro hotel, uno con piscina y cerca de la playa. Ariel simplemente sonrió, con esa sensación de angustia y de pena que le subía por la garganta al ver a su madre así. Pero era algo que tanto Carol como él habían aceptado. El cerebro de su madre se estaba apagando por esa maldita enfermedad degenerativa y, ante ese enemigo invisible e intocable, el único tratamiento paliativo era la aceptación. Después de despedirse de su hermana, había vuelto a la casa de la cantante para escuchar el plan de acción de Roberto para esa noche, el protocolo de protección de Jessie Carter. Cuando Ariel llegó con su furgoneta, allí seguían todos esos periodistas, arremolinados en la entrada de la propiedad, atentos y preparados cada vez que un vehículo entraba o salía por aquella puerta. Se les veía nerviosos, con sus cámaras y micros, haciendo preguntas que él no conseguía escuchar a través del cristal de la ventanilla. El motivo de haberse reunido con Roberto y sus hombres era el evento al que Jessie Carter debía asistir esa misma noche: un concierto benéfico, compartiendo cartel con otros artistas. Joseph, el *manager*, había hablado con ella. Por indicaciones de Jessie, había cancelado ya los próximos seis conciertos de la gira, y eso estaba llevando a una situación insostenible con sus patrocinadores y con la discográfica. Amenazas y demandas por incumplimiento de contrato. Un desastre financiero, sin duda, le había dicho Joseph. Pero Jessie no había cedido a las presiones. Su familia era lo primero y su salud mental era más importante que ese contrato, que los ingresos de esa gira. «Lo que no he podido cancelar es un evento benéfico que tengo con otros artistas, mañana por la noche», le había dicho Jessie a Ariel la noche anterior, cuando él salió de la habitación de la niña. Al parecer, su ausencia afectaría también al contrato común firmado por el grupo de artistas, y eso les crearía problemas también a ellos. Jessie no solo tendría que hacer frente a una indemnización importante con la empresa promotora del evento, sino que se crearía enemistades con otros compañeros de profesión. «La puta jaula de oro. La maldita rueda que gira sin parar, que no te deja salir, y que si

decides saltar, te aplasta», le había dicho ella. También le comentó que dentro de aquello podía haber algo positivo. Ella había hablado con Roberto del tema y él lo vio como la oportunidad de atrapar al asesino de los conciertos. «En la carta decía que te esperaba en tu próxima actuación; que otra persona moriría si no accedías a sus peticiones. Puede ser nuestra ocasión para emboscarlo y atraparlo», había sido la explicación de su jefe de seguridad. Ella se lo pensó y accedió. Roberto hablaría con el equipo del teniente Sánchez para actuar en coordinación y cazar a ese psicópata en el evento benéfico. Ariel la había escuchado, sin intervenir, sin preguntas. Había pensado que ella le diría que, al ser un evento por la noche, tendría que quedarse en casa con María. Que tendría que dormir en la vivienda principal, y no en la furgoneta. Pero no fue eso lo que la cantante le había pedido. Él recordó las palabras de Jessie Carter antes de retirarse a descansar a su habitación: «Mañana, en ese concierto, quiero que tú seas quien esté más cerca de mí. Quiero que te encargues de mi protección. Roberto está de acuerdo, y te pondrá al día de todo el protocolo de seguridad para el evento». Ariel había intentado replicar a eso, pero ella había hecho un gesto con su mano, impidiéndole continuar. «María estará bien. Roberto dejará seis de sus hombres en la casa. También le he dicho a Briski que él será quien se quede en casa con María. Yo solo me sentiré cien por cien segura si eres tú el que está cerca de mí». Él sabía que el bueno de Briski no estaría nada contento con esa decisión de su jefa. Era como haber sido degradado de su puesto en favor de Ariel. Tras esas palabras, la había mirado a los ojos y, con un leve asentimiento, había accedido a ser el elemento de protección más importante de Jessie Carter. De canguro a guardaespaldas personal de una de las artistas con mayor repercusión a nivel internacional. En tres días.

# CAPÍTULO 27

El lugar del evento era el Wizink Center, un enorme pabellón multiusos situado en el distrito Salamanca de Madrid. Seis artistas diferentes iban a actuar esa noche en un espectacular escenario, con más de doce mil asistentes abarrotando tanto la pista como las gradas del recinto. Eran ya casi las diez y media de la noche. Faltaban menos de cinco minutos para la actuación de Jessie Carter. Saldría al escenario en tercer lugar y cantaría cuatro canciones de su repertorio.

El pabellón estaba lleno, todo vendido. Ariel podía escuchar el alboroto, el gentío, desde el camerino. Habían llegado varias horas antes, y Roberto y el teniente Sánchez habían reunido a sus hombres en una enorme sala, llena de sillas y con varias mesas sobre una tarima. Supuso que era una sala para ruedas de prensa tras eventos deportivos. Contó veinticuatro hombres en total, entre los hombres de la seguridad privada de Jessie Carter y los guardias civiles del teniente Sánchez. Todos sin uniforme ni distintivo de seguridad, todos vistiendo ropa de calle, con el objetivo de mezclarse entre fans y asistentes por las diferentes zonas del evento. Con la intención de dar caza a ese asesino que probablemente intentaría matar esa noche. Después de las instrucciones pertinentes, tras dividirse en parejas y pequeños grupos y asignarse las correspondientes zonas numeradas del recinto, todos los agentes salieron de allí para dirigirse a sus puestos.

Ariel y Marcus serían los encargados de estar cerca de Jessie continuamente, sin separarse de ella. En el momento de la actuación se colocarían uno a cada lado del escenario, como si fuesen técnicos de iluminación y sonido. Desde allí tendrían visión completa de los laterales y de las primeras filas. Ocho hombres del *staff* del propio evento estarían en la pista, en la parte delantera del escenario, para controlar que nadie de esas primeras filas pudiese acercarse demasiado a los artistas.

Había pasado casi media hora, el evento había comenzado y el segundo artista ya entonaba su última canción.

—Está acabando —dijo Marcus—. El rapero está acabando.

—Tiene ritmo, pero no he llegado a entender nada de lo que dice —respondió Ariel.

—No te pierdes nada —comentó Jessie—. Es un imbécil, un baboso que se cree que por ganar un Grammy puede llevarme a la cama. Y ahí sigue, babeando a mi lado en cada gala o fiesta en la que coincidimos. —Hizo una mueca de asco mientras dos maquilladoras seguían moviéndose a su alrededor, dándole los últimos retoques con peine, polvos y brochitas.

Ariel se llevó el dedo al oído cuando escuchó el ruido de la conexión del pinganillo que Roberto y el teniente Sánchez habían entregado a todos los hombres del operativo. La voz del jefe de seguridad llegó limpia a través del canal de radio de sus aparatos.

—Jessie, en dos minutos en el escenario. Todos en sus puestos. —Una pausa—. Vamos a cazar a ese hijo de puta.

—Vamos —dijo Marcus mirando a su jefa.

Ariel asintió, mirando también a Jessie Carter. Ella cerró los ojos y cogió todo el aire que pudo. Suspiró, abrió los ojos y avanzó hacia la puerta de salida del camerino. Acompañaron a Jessie Carter por varios pasillos donde pudieron ver a diferentes hombres del *staff* del evento, todos con camisetas rojas con el logo de la empresa promotora. Marcus iba delante, como una máquina quitanieves, atento y dispuesto a apartar a cualquiera que se cruzara en su camino. Jessie le seguía los pasos. Llevaba un vestido plateado, muy corto, con cientos o miles de pequeñas piezas brillantes que ocultaban lo justo, dejando muy poco a la imaginación. Su forma de caminar trasmitía decisión y confianza. Ariel, que iba detrás de ella, supuso que toda la confianza que ella mostraba hacia fuera era una coraza temporal, ensayada, para ocultar el pánico que debía estar sintiendo por dentro. Era muy probable que ese asesino estuviese allí, entre el público, dispuesto a cumplir su sangrienta promesa. Y si había sido capaz de introducir un cuchillo en los dos conciertos anteriores, seguro que se las habría ingeniado para hacer lo mismo en este.

Doblaron la esquina del último pasillo y vieron el acceso a la zona trasera. Desde ahí el sonido del escenario se mezclaba con el griterío y los silbidos del público. Miles de personas cantando y bailando las canciones de sus artistas favoritos. Gente en un estado de júbilo y éxtasis. Vio a Marcus adelantarse unos metros y asomarse por una amplia puerta donde dos hombres del *staff* se apartaron cuando lo vieron acercarse. Lo vio hablar al micro. Las palabras llegaron al oído de Ariel a través de su pinganillo.

—Jessie en zona de acceso a escenario. Preparados para entrar.

—Tenéis vía libre por aquí —dijo otra voz, que Ariel supuso que sería alguno de los hombres del operativo asignado a esa zona.

Marcus hizo un gesto para que Jessie y él lo siguieran. Atravesaron la puerta y llegaron a una amplia zona donde el personal de luz y sonido trabajaba entre docenas de cables, cámaras y mesas con ordenadores y monitores. Ariel vio cómo Marcus saludaba al hombre de seguridad que había respondido unos momentos antes, y los tres avanzaron hasta unas escaleras metálicas que daban acceso al escenario. Justo en ese momento bajaba el artista rapero. El baboso del Grammy, según Jessie. Llevaba puesta una gorra, una camiseta negra de tirantes y tal cantidad de cadenas de oro en el cuello como para influenciar en la subida o bajada de ese metal en el mercado de valores. Marcus subió el primero, y casi tira al del Grammy por encima de la barandilla de las escaleras.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí —dijo el rapero una vez recuperado el equilibrio—, el mayor bellezón que uno pueda…

—Aparta de aquí, pesado —lo cortó Jessie subiendo con cuidado, mirando hacia abajo para ver dónde colocaba los altos zapatos de tacón en aquellos escalones.

El del Grammy se apartó, confundido, para dejarla pasar, y chocó con Ariel.

—¡Aparta, imbécil! —le dijo el artista mientras intentaba empujarlo a un lado para pasar.

Ariel paró la mano de Mr. Rapero Baboso antes de que esta lo golpease en el pecho. Su mano agarraba el pulgar del cantante. Hizo unas cuentas rápidas en su cabeza. Sería el tercer pulgar roto en

apenas cuatro días. Todo un récord. Probablemente más difícil que ganar un Grammy. El rapero lo miró, sorprendido. No se esperaba la reacción tan rápida con la que él había bloqueado su mano. Ariel le devolvió la mirada. Fueron un par de segundos. Negó con la cabeza. No. No merecía la pena. No quería que Jessie tuviese ahora otro problema, una guerra entre artistas, *managers* y demás especímenes que vivieran en aquellas jaulas de oro. No era su guerra. Soltó la mano de Mr. Rapero Baboso y subió las escaleras tras la cantante. En el escenario, los maestros de ceremonias estaban hablando, despidiendo al rapero y presentando a Jessie Carter. Marcus y Ariel se encontraban ocultos tras las enormes cortinas. Marcus avanzó para situarse en el otro extremo del escenario. Ariel permaneció dónde estaba, junto a Jessie Carter. La vio cerrar los ojos y hacer varias inspiraciones. Supuso que en la cabeza de la cantante estaban las palabras de la última carta de ese asesino:

«*Desnúdate Jessie Carter. En tu próxima actuación, en tu primera canción. Desnúdate para mí o alguien morirá».*

En el escenario seguían hablando del lanzamiento del último álbum de la cantante y de los discos de oro y de platino. Ariel desconocía si Jessie Carter tenía más discos de oro que Mr. Rapero Baboso, pero desde luego no más kilos encima. Vio cómo ella lo miraba. Él asintió, le tocó el brazo e hizo un gesto con su cabeza hacia el escenario. Ella lo abrazó un par de segundos.

—Todo está controlado. Si está aquí, lo atraparemos —dijo él susurrándola al oído.

Jessie asintió, se dio la vuelta y Ariel la vio poner una sonrisa, una máscara ensayada, mientras atravesaba las enormes cortinas y salía al escenario entre un ruido atronador de gritos, aplausos y vítores. En un momento comenzaría la primera canción de Jessie Carter. Ella no se desnudaría. Y un asesino entraría en acción.

# CAPÍTULO 28

Ariel podía sentir la tensión a través de su pinganillo. Roberto y el teniente Sánchez no hacían más que confirmar las posiciones de sus hombres y preguntar por la situación: «Todo normal por aquí, jefe». «Zona dos controlada, estamos pendientes». «Acceso a gradas en sección tres sin problemas». «Puertas exteriores del recinto vigiladas». Todo eran mensajes donde se mezclaban la tranquilidad y la tensión a partes iguales. Hombres profesionales, con sus zonas vigiladas y controladas, pero sabiendo que en cualquier momento algo podía pasar. Y en ese momento, Jessie Carter acabó su primera canción. Desde su posición, pudo ver cómo ella lo miraba durante un instante fugaz. Un acto reflejo, involuntario. Un acto de miedo, de saber que a partir de ese momento la vida de alguien que estaba en el concierto pendía de un hilo. Ella comenzó la segunda canción acompañada por tres bailarines en una espectacular coreografía.

—¡Quiero a todos atentos! —escuchó Ariel decir a Roberto por el pinganillo—. ¡Si ese cabrón actúa, lo hará en los próximos minutos!

Agachado, en el extremo izquierdo del escenario, Ariel podía ver todo el lateral de esa zona y también las filas delanteras. Marcus cubría el otro lado, tanto las filas delanteras como el lateral derecho. Ariel miró hacia la pista. Miles de personas bailando, moviendo los brazos, grabando con sus móviles, usándolos como linternas. Miles de luciérnagas blancas, artificiales, moviéndose al son de la música de Jessie Carter. Era imposible tratar de ver algo que no encajase en todo aquello. Una cara que desentonase, un gesto fuera de lugar, algo que llamase la atención como para actuar. Imposible.

Observó las gradas. Estaban abarrotadas. Gente de pie, algunos quietos, otros bailando. Gente sentada, observando, cantando, disfrutando. Miles de personas. Imposible.

Después desvió su mirada hacia la zona superior de las gradas, hacia unos reservados acristalados, los palcos VIP. Gente muy importante. Sería en el mundo de otros, no en el suyo. Ahí debía estar ahora Gabi Vázquez, el cuñado futbolista de la cantante. La

hermana de Jessie, Mariela, había preferido quedarse en casa acompañando a María.

Volvió a mirar hacia el escenario. Jessie acabó la segunda canción. Comunicaciones por el pinganillo. «Todos atentos»; «los que estáis en pista, confirmad posiciones»; «afirmativo, jefe»; «todo en orden por aquí».

No ocurrió nada en la segunda canción. Ni en la tercera. Pero sí en la cuarta. Y Ariel no supo cómo diablos aquel tipo pudo subir al escenario. Pero vio cómo avanzaba hacia Jessie Carter. Empuñando algo en su mano derecha.

# CAPÍTULO 29

Ariel se lanzó hacia el hombre con un movimiento explosivo. Se abalanzó por detrás mientras el otro avanzaba hacia la cantante. Jessie dejó de cantar. Estaba con la boca abierta, paralizada. Él, en pleno *sprint,* escuchó unas palabras aceleradas por el pinganillo. Le pareció la voz de Roberto, pero no llegó a entender nada. Marcus también inició lo que para él debía ser un *sprint*. Pero eso era como pedirle a una excavadora la aceleración de un Ferrari. Ariel agarró al hombre por detrás, desestabilizándolo y haciéndolo caer de bruces. En la caída pudo inmovilizarle el brazo derecho, el de la mano que empuñaba el objeto. Quedó tumbado sobre el hombre, que trataba de soltarse, pero le forzó el brazo hacia atrás hasta que escuchó un *crac.* Vio cómo el tipo soltaba con un grito de dolor lo que llevaba en la mano. Lo que había sonado a roto era un codo, y lo que salió de la mano del agresor, rodando por el escenario, era un rotulador. La música no había parado, seguía el bullicio del público. Ariel, con el sujeto ya inmovilizado, vio cómo Marcus apartaba a Jessie hacia el otro lado del escenario. En ese momento varios hombres llegaban y se echaban también sobre el atacante. Alguno llevaba la camiseta del *staff* del evento y Ariel también pudo reconocer a un miembro del equipo de seguridad de Roberto. Otra vez la voz del jefe de seguridad por el pinganillo. Esta vez más clara:

—¡Sacad a ese cabrón del escenario! ¡Lo quiero en el *backstage*; ahora! ¡Voy para allá!

Ariel dejó que se hiciesen cargo de él y vio cómo lo bajaban a empujones, sujeto por tres hombres. Se fijó en el tipo. De unos treinta años, pelo negro peinado hacia atrás, camiseta de tirantes blanca, pantalones negros y unas zapatillas de tipo botín con puntera de goma blanca. Seguía gritando de dolor y trataba de llevarse la otra mano a su codo roto. Ariel miró al suelo del escenario, al objeto. Un rotulador rojo. No. Aquel tipo podía ser un fan borracho o drogado que, en pleno éxtasis, había conseguido burlar a los hombres del *staff* y encaramarse al escenario. Pero aquel

tipo no era el asesino. Volvió a mirar el rotulador. Negó con la cabeza y avanzó hacia el lateral del escenario para bajar por las escaleras al *backstage*.

Mientras bajaba, escuchó por los altavoces la voz del presentador del evento diciendo algo sobre un pequeño incidente que ya estaba solucionado y pedía, por favor, que la gente se comportara y dejara actuar a los artistas. Comenzó a presentar al siguiente artista, por lo que Ariel supuso que Jessie ya había dado por concluida su actuación y estaría en ese momento con Marcus.

Ya en el *backstage,* vio que mantenían al agresor sentado en una silla. Había media docena de hombres a su alrededor. Tanto Roberto como el teniente Sánchez estaban ya allí. El hombre, que de cerca parecía más joven, se inclinaba hacia delante, agarrándose el codo derecho con la otra mano entre visibles gestos de dolor.

—¿Un autógrafo? —le gritaba Roberto—. ¿Pensabas que ella iba a firmarte un puto autógrafo en la camiseta, así, en mitad de una canción, en un escenario? —El jefe de seguridad hacía aspavientos —. ¿Nos estamos volviendo locos? —dijo, girándose, y soltando juramentos que Ariel no consiguió descifrar.

El teniente Sánchez hizo un gesto a tres de sus hombres que se habían acercado allí, y después habló por su micro a través del canal de seguridad.

—Falsa alarma. Seguimos igual. Todo el mundo en su puesto. Quiero máxima tensión hasta el final del concierto.

Ariel vio cómo, tanto los hombres del teniente como los de Roberto, abandonaban la zona de *backstage* para volver a sus puestos.

—¡Te va a caer un puro, chaval! ¿Cómo cojones se te ocurre? —le estaba diciendo Roberto al tipo, inclinado hacia él, intimidándolo. Este no hacía más que gemir y sollozar. Roberto se giró hacia un chico joven con la camiseta del *staff*—. Avisa a los de Cruz Roja, que vengan a ver qué pueden hacer con este. Supongo que tendrán que trasladarlo al hospital.

Ariel vio pasar a Marcus con Jessie. Atravesaron la puerta de salida del *backstage*. Supuso que irían al camerino. Siguió sus pasos y los alcanzó en uno de los pasillos. Jessie caminaba con paso

acelerado, con un taconeo nervioso. El enorme guardaespaldas tenía dificultades para seguir ese ritmo. La excavadora y el Ferrari. La cantante se giró al escuchar los pasos de Ariel.

—¿Es él? —le preguntó. Su rostro no podía esconder el miedo.

—No —dijo Ariel—. Un chaval, demasiado emocionado. Parece ser que quería que le firmaras la camiseta.

—Lo que llevaba en la mano… —comenzó a decir Jessie.

—Un rotulador.

Ella cerró los ojos. Marcus soltó un juramento. Ariel se encogió de hombros. Los tres entraron en el camerino. Jessie se sentó en una silla. Nadie dijo nada. Las conversaciones que le llegaban por el pinganillo indicaban que nada estaba pasando en el recinto. Todo normal, todo controlado. No habían pasado ni cinco minutos cuando el cuñado de Jessie entraba por la puerta. Venía con su muleta, caminando todo lo rápido que podía.

—¿Pero qué ha sido eso? —dijo, caminando hacia ellos, cojeando — ¿Estás bien, cariño? —Llegó a su lado y le dio un abrazo.

—Sí, sí, estoy bien. Solo un susto. Necesito una tila, o un whisky, ya no sé.

Gabi miró a Marcus, y después lo miró a él.

—En cuanto vi que ese tipo subía al escenario y… —dijo, haciendo un gesto hacia Jessie—, me temí lo peor. Me quedé tranquilo cuando lo redujiste —le dijo a Ariel—, y lo inmovilizasteis entre varios. —Suspiró—. He bajado para ver si todo está bien. Casi me mato bajando las escaleras.

—Gracias, Gabi —dijo Jessie, todavía con un temblor nervioso en su voz—. Parece ser que todo está bien. Era un fan bastante alterado que… —Hizo una pausa y se dirigió a Ariel—. ¿Se sabe cómo ha podido subir al escenario?

—Eso lo tendrán que explicar los de seguridad contratados por la organización del evento, que son los que cubrían esa zona —dijo él encogiéndose de hombros.

En ese momento entró Roberto por la puerta, algo más calmado. Parecía que todo estaba bajo control en el recinto. Hizo un gesto con la cabeza hacia Marcus y Ariel, a modo de saludo, y se acercó a Jessie.

—¿Estás bien?

Ella suspiró, y después asintió.

—Roberto, ¿cómo ha podido pasar? ¿Cómo ha…?

El jefe de seguridad levantó la mano, no le dejó acabar.

—De eso nos ocuparemos después. De momento necesito saber que esta noche no vamos a tener que…

El sonido de su móvil dejó su frase a medias. Sacó el teléfono de un bolsillo de su chaleco negro.

—Dime, Alexander —dijo contestando la llamada. Era uno de los hombres de seguridad que se había quedado en la casa.

Roberto frunció el ceño.

—¿Cómo?

En el camerino se hizo el silencio. El jefe de seguridad escuchaba. Su rostro evidenciaba algún problema. Jessie se levantó de la silla.

—¿Ahora? —volvió a preguntar Roberto.

—¿Qué pasa? ¿Qué…? —empezó a decir Jessie.

Roberto le hizo un gesto para que esperase. Seguía escuchando.

—¿Habéis llamado a una ambulancia? ¿Habéis comprobado personalmente si…?

Jessie cogió del brazo a su jefe de seguridad.

—¡Roberto! ¿Qué ha pasado? ¿Está María…?

—No toquéis nada. Dejadlo todo como está. Hablo con el teniente y salimos para allá —dijo a su hombre, y colgó.

Jessie estaba hiperventilando, no podía hablar. Ariel miró a Roberto. Algo malo había pasado en la casa. Finalmente, tras tensar la mandíbula y soltar un suspiro, Roberto habló.

—Ese hijo de puta ha degollado a Manuela.

# CAPÍTULO 30

Ariel podía ver a través del cristal las luces de los coches patrulla y de una ambulancia. Había observado durante unos instantes la escena del crimen, antes de que el teniente Sánchez, con su equipo de policía científica, pidiese a todos despejar el lugar para ponerse a trabajar. La vivienda anexa a la principal, la casa para el servicio, era un continuo entrar y salir de policías uniformados. También habían llegado el médico forense y el juez para certificar la existencia del cadáver y su defunción. Una muerte fácil de certificar cuando ves a una mujer tumbada sobre un enorme charco de sangre, con los ojos abiertos y el cuello rebanado de oreja a oreja. Manuela estaba en la cocina cuando el asesino la sorprendió. Ariel concluyó que el asesino había entrado sin ser escuchado, se había colocado tras la gobernanta y, en un gesto rápido y brutal, mientras con su mano izquierda inmovilizaba la cabeza y la forzaba para dejar el cuello más expuesto, con la derecha hundía el cuchillo en la garganta de la mujer y desgarraba con fuerza, de izquierda a derecha. Por la forma, tamaño y profundidad del tajo mortal, más profundo en la zona izquierda, Ariel sabía que el asesino era diestro. No había huellas de pisadas con sangre por el suelo. En los pocos segundos que pudo ver la escena, se fijó en que un armario estaba muy manchado de sangre, como si alguien hubiese lanzado un gran chorro. Sabía por qué. Cuando la arteria carótida es seccionada, la sangre es expulsada a chorro por el empuje de los latidos del corazón. Y seguramente el asesino también lo sabía. Había evitado mancharse con la sangre de la víctima aprovechando esa posición, degollando y controlando la dirección del chorro que salió del cuello de Manuela. No encontrarían ni una pisada del asesino en la sangre de su víctima en esa casa.

Ariel vio cómo un par de chicas del personal de emergencias trataban de tranquilizar al hijo de Manuela. El chico, de unos trece años, estaba sentado en una silla plegable que habían sacado de la ambulancia. Le habían puesto una sábana de aspecto metálico por

encima. Ariel no sabía si era puro protocolo o si aquello, que parecía un enorme pedazo de papel de aluminio, realmente protegía del frío. Pronto mandarían a algún psicólogo para encargarse de la cabeza del chico. A unos diez metros de la ambulancia, el teniente Sánchez y otro policía de su equipo hablaban con el marido de Manuela. Por lógica, por sentido común y por manual básico para principiantes de la Guardia Civil, era el primer sospechoso. Supuso que estarían interrogándolo, sin evidenciar ningún tipo de sospecha hacia él. Toda la información que saliese de la boca de ese hombre en esos momentos, y que ellos pudieran registrar, era oro molido. Pero Ariel también sabía que ese pobre viudo no era el asesino, por mucha mano que tuviese con sus herramientas cortantes de jardinería. Y no precisamente porque lo hubiese visto tan afectado y hundido cuando llegaron, llorando y gimiendo como un niño pequeño y llevándose continuamente las manos a la cabeza. Ese hombre no era una mente diligente, fría y calculadora que sabe manejarse en esas situaciones. Ese pobre hombre no era un asesino profesional.

Ariel dejó de observar por las enormes cristaleras y se giró. En el salón estaban Gabi y Mariela sentados en un sofá, con la mirada perdida, sin decir nada. Un par de hombres de Roberto charlaban en voz baja en una esquina y, al fondo, en otro ambiente del salón, Briski hablaba con Marcus, ambos sentados en unas sillas junto a una pequeña mesa redonda de cristal. El guardaespaldas rubio gesticulaba mientras le hablaba a Marcus, señalando a través de las cristaleras, hacia el jardín. Jessie, tras un ataque de ansiedad, se había tomado un par de calmantes y había querido retirarse a dormir a su habitación. María ya estaba dormida cuando llegaron. Jessie le había dicho a su hermana que estuviera con ella hasta que se quedara dormida, que no le contara nada en ese momento. «Al día siguiente, con todo más calmado», había dicho la cantante. «Otro golpe de realidad para la niña», pensó Ariel. Otra muerte. De una persona cercana, como de la familia. Y sin estrellita en el cielo.

# CAPÍTULO 31

Ariel se había retirado a dormir a su furgoneta a eso de las tres de la madrugada. El equipo de la científica había concluido su trabajo y el teniente Sánchez había interrogado a los seis hombres de seguridad de Roberto encargados de la vigilancia de la casa, a Mariela y a Briski. Nadie había visto nada, nadie había escuchado nada. Hasta que llegaron los gritos de auxilio desde la casa de Manuela. El marido, que estaba en la cama y había bajado de la planta superior a la cocina a beber un vaso de agua, se había encontrado a su mujer tirada en el suelo, ya sin vida.

Ariel se tumbó en el colchón de la furgoneta y cerró los ojos para tratar de dormir. Santa, tras un maullido de bienvenida, se acurrucó a su lado, frotando su lomo contra el pecho de su amo. Santa. El cáncer. Un mes. La muerte acechaba en la vivienda de Jessie Carter, pero también en la furgoneta de Ariel. Dos asesinos, pero muy diferentes. Él no temía a ningún enemigo capaz de empuñar un arma. Confiaba en su preparación, en sus habilidades. Pero el enemigo que estaba dentro de Santa era diferente. Invisible y haciéndose cada vez más fuerte. Más letal.

No podía dormirse, su cabeza daba vueltas sin cesar. El asesino había cambiado la estrategia. Más arriesgada para él. Más aterradora para Jessie Carter y su familia. Había atravesado una línea de seguridad profesional, había roto una barrera de protección que parecía inquebrantable. Acceder al interior de la propiedad, deslizarse sin ser visto, acechar a una víctima. Matar. El asesino había dejado un mensaje tan claro como escalofriante: puedo llegar hasta donde quiera. Puedo llegar hasta Jessie Carter. Y sé matar.

¿Cómo había entrado? Cierto era que, con el material adecuado, era posible saltar el muro que rodeaba la finca y acceder a la propiedad. Había que eludir las cámaras de vigilancia, pero eso era cuestión de estudiar los puntos ciegos, y en una propiedad tan grande con un muro circundante tan extenso, Ariel sabía que debía haber varios lugares por donde escalar y saltar sin ser visto. Pero

luego estaba el desplazarse por el interior de la finca, con dos hombres de seguridad patrullando la propiedad, otros dos en el puesto de control vigilando cámaras y otro par de hombres en la vivienda principal, uno apostado en la entrada delantera y el otro en la trasera. Mariela le había dicho al teniente Sánchez que había mirado varias veces por la ventana, hacia el jardín, hacia la casa del personal de servicio. Todo normal, nada raro. Briski le había comentado que había salido un par de veces a tomar el fresco, a darse una vuelta por la propiedad. Había charlado un rato con los hombres de seguridad. Él tampoco había visto nada fuera de lugar. Ninguna silueta deslizándose entre las sombras. Todo normal, nada raro.

La percepción que tenía Ariel de ese asesino ya no era la de un fan loco, un psicópata con ganas de llamar la atención, un amateur con un cuchillo asesinando personas en conciertos. Ese tipo era un asesino profesional, y él empezaba a dudar del verdadero objetivo que ocultaba aquella mente perversa y desequilibrada. ¿Que Jessie se desnudase en un concierto? ¿Y entonces, qué? ¿Entonces dejaría de matar? No. Ariel aún no lo sabía, pero intuía que debía haber algo de más envergadura detrás de esas cartas, de esas amenazas. Detrás de esas muertes.

Eran casi las cuatro de la mañana cuando el sonido del teléfono móvil lo despertó. No llevaría ni veinte minutos durmiendo. Miró la pantalla del teléfono: Era Jessie. Descolgó e intentó poner, sin mucho éxito, voz de persona despierta y alerta.

—Te he despertado —dijo ella.

—Bueno, digamos que… —bostezó—, algo así.

—Necesito que vengas. Ahora.

—¿Ah…? ¿Ahora? ¿Pasa alg…?

—Entra por la puerta trasera de la casa —le cortó ella—. Ya no está el hombre de Roberto. Le mandé retirarse. Acabo de dejar la llave en el macetero de la izquierda —dijo. Y colgó.

Ariel se desperezó, se incorporó y abrió la puerta de la furgoneta. Santa maulló, como reprochándole qué era eso salir de casa a esas horas. Caminó hasta la parte trasera de la vivienda y cogió la llave del macetero. Abrió la puerta, entró y cerró con cuidado de no hacer

ningún ruido. La luz de algunos farolillos del jardín entraba por las grandes cristaleras. Tenue, pero suficiente para atravesar el enorme salón sin tropezarse con nada y llegar hasta las escaleras que subían a la primera planta. Cuando estaba a punto de subir el primer escalón, una voz a su espalda le erizó el vello de la nuca. Se giró con rapidez, de forma instintiva, primitiva.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

Una sombra sentada en un pequeño sofá de la esquina del salón. Era Briski. El débil resplandor desde el jardín no llegaba a iluminar esa esquina, y Ariel solo era capaz de distinguir un bulto negro que le hablaba. Vio cómo se ponía en pie. Después percibió un destello, un brillo que lo puso en alerta. Llevaba algo en una mano. Ariel notó como la adrenalina comenzaba a fluir por sus venas. Mantuvo la calma y se hizo una idea mental, rápida, del entorno. Giró su cabeza a un lado y a otro. Sabía que a su izquierda, a menos de dos metros, debía haber un florero sobre una repisa de mármol. Romper cerámica contra mármol daría como resultado pedazos afilados que podrían ser usados como arma cortante. Rápido, eficaz. A su derecha había un par de sillas de madera maciza. Robustas, pesadas. Bien podían servir como obstáculo a modo de escudo o como arma arrojadiza. Ariel levantó ligeramente sus brazos, buscando una posición de guardia. Al parecer, Briski supo interpretar todo aquello, porque soltó una pequeña carcajada.

—Tranquilo, karateca —dijo levantando su mano derecha para mostrar lo que llevaba—. Es un botellín de cerveza. No podía dormir. Un pequeño paseo a la nevera y un lugar silencioso y tranquilo en el salón. Unos sorbos de esto suelen ayudar.

Ariel no dijo nada. Briski salió de la oscuridad y él pudo ver medio rostro del guardaespaldas loco. Media sonrisa. Briski se quedó donde estaba, a menos de dos metros de él.

—Te ha llamado, ¿verdad?

El silencio fue la única respuesta. Otra carcajada del guardaespaldas rubio.

—Tranquilo. No eres el primero, ni serás el último —dijo, e hizo un gesto con la cabeza hacia arriba—. Sube, anda. No hagas esperar a la jefa. Seguro que es importante. Sobre todo para ella…

Se dio la vuelta antes de soltar otra risita y volver a sentarse en el sofá. Ariel subió las escaleras hasta la primera planta. La habitación de Jessie era la última del largo pasillo de la derecha. Caminó hacia allí. A través de una de las puertas escuchó ronquidos. El futbolista, o su mujer, uno nunca sabe. La siguiente puerta era la de la habitación de María. Estaba entornada. Él se paró unos segundos ahí. Podía escuchar la respiración de la niña. Relajada, tranquila. Una respiración ignorante de lo que había ocurrido apenas a unos treinta metros de allí. Siguió caminando hasta la puerta de la habitación de Jessie Carter. Fue a tocar suavemente con los nudillos, pero se dio cuenta de que la puerta, que parecía cerrada, no lo estaba. Entró a la habitación. La única luz era la de una lámpara pequeña en una mesa, una especie de tocador, a un costado de la habitación. Una luz tenue, de tono anaranjado, que iluminaba esa parte de la habitación de forma leve y sutil. Jessie estaba allí, de pie, observando algo en la mesa. Ariel pudo ver que llevaba una especie de batín, corto, por encima de las rodillas, de un tono crema. El tejido brillaba con el débil resplandor de la luz. Probablemente de seda. Una pieza de noche, provocadora, que dejaba ver unas piernas atléticas e intuir unas curvas sugerentes.

—Acércate —le dijo ella sin darse la vuelta.

# CAPÍTULO 32

Ariel se acercó hasta el tocador. Ella seguía mirando algo que estaba sobre la mesa. Unos papeles, dos folios. Tenían una especie de logo circular en la esquina superior izquierda, en rojo y negro. En la derecha se podía ver una bandera, también con una franja roja y otra negra, y las siglas ELN en el centro. Eran las dos cartas de extorsión del Ejército de Liberación Nacional. Él supuso que serían copias, y que las originales estarían en poder de la Guardia Civil.

—Pensé que esto iba a ser mi mayor quebradero de cabeza —dijo ella, todavía sin volverse hacia él. Seguía mirando las cartas—. Extorsiones a una compatriota con dinero. Solidaridad con el frente revolucionario, lo llaman. Ayuda de una hermana para con sus hermanos colombianos. —Soltó una risa contenida, irónica, rabiosa.

Ariel se quedó en silencio. Mientras ella hablaba, él desplazó la mirada hacia una de las esquinas del tocador. Una botella de whisky medio vacía, un bote de pastillas y restos de polvo blanco.

—Y ahora lo que más me preocupa es un loco. Un maldito asesino que empezó apuñalando en mis conciertos y que ahora ha decidido meterse en mi casa. —Golpeó con el puño la superficie del tocador—. Para matar. A mi gente.

Él no dijo nada. Ella estaba soltando su rabia, su frustración. Su miedo. Él sabía que esa era mejor terapia que el psicólogo de pelo gris, maletín y traje oscuro. El de quinientos euros por semana.

—Si mi padre estuviese aquí… —continuó ella—, él se encargaría de… él me aconsejaría y… —Su voz comenzó a temblar. Las palabras salían con torpeza desde su garganta—. ¿Por qué, papá? ¿Por qué? —Otro golpe en el tocador—. ¿Por qué nos dejaste? —Ahora las palabras salían acompañadas por lágrimas, que descendían por sus mejillas—. Ese maldito cáncer… Dios mío… te llevó, en tres meses… —Rompió a llorar—. Por favor, por favor…

Se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. El consuelo del tacto. Una muestra de afecto, de compañía. Un simple gesto para tratar de suavizar un torbellino de acontecimientos

precipitados. Imposible tratar de parar esa metralla de pensamientos en la mente de Jessie. Ella sintió la mano y levantó la cabeza para mirarlo. Clavó los ojos en los de Ariel, por primera vez desde que él entró en la habitación. Unos ojos vidriosos. Llenos de lágrimas, drogas y alcohol. Unos ojos llenos de desesperación.

—Tengo miedo.

Él no respondió. La siguió mirando. Sus ojos, de un tono verde y miel, transmitían templanza y serenidad, como la superficie de un lago en calma, pero en cuyas profundidades se escondían monstruos dormidos que él deseaba no volviesen a despertar jamás. Imágenes grabadas a fuego en unas retinas que habían visto demasiada maldad. Cicatrices de heridas pasadas que eran como puñaladas de fuego en la carne. Ariel sabía lo que era enfrentarse al terror. Porque su vida había tratado de eso.

—Tengo miedo y… no sé… —continuó ella.

Él le puso un dedo en la boca. Asintió, y después la abrazó. Ella le apretó con fuerza y empezó a sollozar. Él sintió su cuerpo contra el suyo. Ella no paraba de temblar. Estuvieron un rato así, abrazados. Hasta que ella retiró un poco la cara, lo miró a los ojos y le buscó los labios con los suyos.

Fue un beso apasionado, lleno de emociones contenidas que necesitaban salir del cuerpo de Jessie. Ariel sabía que todo ese miedo, esa rabia y frustración, creaban una tensión que iba creciendo como una burbuja interior, agobiante, asfixiante. Y esa burbuja estaba a punto de estallar en Jessie. Esa tensión estaba a punto de ser liberada.

Ella despegó sus húmedos labios y se echó ligeramente hacia atrás, sin dejar de mirarlo a los ojos. Su respiración era agitada. Dejó caer su batín de seda al suelo, que se deslizó por la piel de su cuerpo de forma sutil y sugerente. El tenue resplandor de la lámpara creaba un juego de luces y sombras en el cuerpo de Jessie. Él observó las curvas de sus hombros, sus pechos, sus caderas. El fuego de excitación interior que había sentido con el beso comenzó a propagarse por su cuerpo de forma arrolladora, imparable. Estaban de pie, uno frente al otro, mirándose. Deseándose. Ella le levantó los brazos para quitarle la camiseta. Él se dejó hacer. Un

momento después, sus pantalones y calzoncillos estaban en el suelo de la habitación. Ella se quedó observando su cuerpo. Él sabía por qué.

Jessie comenzó a deslizar un dedo por la piel de Ariel. Por las cicatrices. Por su pasado. El índice se posó con dulzura bajo su clavícula derecha y rozó con suavidad la cicatriz en forma de estrella. A él le vino el recuerdo de aquel balazo. Beirut. El dedo de Jessie avanzó lentamente hasta pararse en el pectoral izquierdo. Aquel puñal de combate. Nápoles. El dedo siguió descendiendo, rozando su piel, cosquilleando el trazado hasta llegar a su costado izquierdo, sobre la cadera. La metralla de aquella bomba que tanto le arrebató, la que desprendió un pedazo de su ser para siempre. Tel-Aviv. Demasiados recuerdos, demasiado dolor. Ariel le cogió esa mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Llevó su otra mano a la nuca de Jessie y acercó la cabeza para besarla de nuevo. Otro beso largo, lenguas insaciables tratando de explorar un mundo nuevo para ellas.

Un momento después ya estaban en la enorme cama, que pronto se hizo pequeña para aquella batalla carnal. Respiraciones agitadas. Caricias y gemidos. Embestidas y gritos ahogados. Ella, hija de padre español y madre colombiana. Él, hijo de padre israelí y madre española. La ferocidad colombiana atacando. La templanza hebrea controlando. Dos continentes diferentes, dos mundos distantes tomándose la medida. Pero la sangre española, que ambos poseían, los fundía como a dos piezas de un mismo elemento. Cuerpos entrelazados, como las raíces de antiguos guerreros íberos batallando con pasión por un mismo objetivo. Pieles perladas de sudor que se rozaban con un ansia infinita. El golpeteo rítmico de embestidas con pasión animal dio paso a unos gemidos de excitación final que salieron de sus bocas de una forma irrefrenable, sin poder ser contenidos. La burbuja de tensión acumulada explotando en un éxtasis de placer en expansión, como estrellas siendo lanzadas vertiginosamente a todos los confines del universo.

Llevaban un buen rato desnudos, relajados, mirando al techo. Sobre el tocador, la pequeña lámpara seguía siendo un testigo mudo que intentaba, sin mucho éxito, penetrar la oscuridad de aquella estancia con olor a sexo, sudor y pasión. Luces y sombras. «Como la

vida de Jessie», pensó Ariel. Y también como su propia vida, pero de otra manera, con otros lugares y personajes. Ella se levantó, se puso el batín de seda y caminó hasta el tocador. Encendió un cigarrillo y se quedó observando los papeles. Las cartas desde Colombia. Veinte millones de euros. Y la amenaza. «Manda la plata, y tú y tu familia dormiréis tranquilos». Ella daba caladas largas, y expulsaba después el humo con largos suspiros. Su cabeza volviendo al presente, rumiando de nuevo una situación agobiante, con varios frentes abiertos que amenazaban con derribar los cimientos de una familia. Ariel se incorporó, recogió su ropa del suelo y se vistió.

—Será mejor que me vaya —dijo.

Ella no respondió. No volvió la mirada. Él la vio asentir. Y salió de la habitación.

# CAPÍTULO 33

La niña había estado jugando al balón con su tío. El futbolista se apoyaba en la muleta para poder chutar con la pierna sana. Ariel los había visto jugar en ese lado del jardín durante más de media hora. Los vio hacerse fotos con el móvil. Después, su tío le había dado un abrazo y varios besos antes de despedirse de ella. Al pasar junto a Ariel, le dijo que se iba unos días a Sevilla. Algo de una revisión de la rodilla con los médicos de su club. Antes de irse quiso hacerse una foto con Ariel y la niña, un recuerdo de los tres. Él no era de hacerse fotos, y menos en teléfonos de otros, pero la niña quiso hacerse la foto y no supo negarse. Después de ese *selfie*, el futbolista se despidió de ellos. Ariel lo vio alejarse caminando con su muleta. Se metió en el Ferrari y salió de la propiedad. Ariel esperaba que no atropellase a alguno de los muchos *paparazzis* que se agolpaban en la puerta de entrada a la finca. Como ese refrán que decían en España de montar un circo, y que de repente los enanos se ponían a crecer. Después se había acercado a la niña y se había ofrecido para jugar con ella a la pelota. Ella se había encogido de hombros. Él lo tomó por un sí.

María chutó otra vez la pelota, fuerte, con rabia. La lanzó lejos, fuera del alcance de Ariel. Jessie había decidido no llevarla al colegio. Pero sí le había contado lo ocurrido la noche anterior, lo de Manuela. Él no sabía qué le había explicado la cantante a su hija. No podía imaginar cuál sería la mejor forma de explicarle a una niña el asesinato de una mujer que era como una más en la familia, alguien a quien quería como a una tía. Dentro de la propiedad, en su propia casa, destrozando la intimidad familiar y dejando una huella psicológica que Ariel dudaba mucho que alguien fuese capaz de borrar. Ni siquiera el fulano de pelo gris, traje oscuro, maletín y tarifa de quinientos euros a la semana. Una niña de esa edad debería tener miedo de brujas y monstruos que no existen, no de un asesino que le envía cartas amenazantes a su madre, burla todo un sistema

de seguridad para entrar en la casa y mata a sangre fría a un ser querido.

Ariel chutó la pelota hacia María, pero el balón quiso seguir una trayectoria diferente, pasando a más de diez metros de la niña. «Mucho más fácil acertar con un pequeño proyectil en una cabeza a un kilómetro de distancia», pensó. Un rifle, una bala y ese maldito asesino a un kilómetro. No necesitaba más. Pero el fútbol no era lo suyo. María vio la pelota pasar y no hizo ni el gesto de ir a por ella. Casi no había hablado. Después de la charla con su madre, había salido de la casa con gesto serio. No había llorado y Ariel, que no tenía ni título de psicólogo ni traje oscuro ni maletín, sabía que aquello no era bueno. Se supone que una niña de diez años debe llorar, gritar y patalear cuando escucha algo así. Debe sentir miedo y angustia, pedir la protección de sus padres. Sentirse querida, arropada y protegida. Dejar esos sentimientos dentro, sin sacarlos, es crear un cóctel Molotov de emociones peligrosas. Una bomba que puede estallar en cualquier momento. Como el día del acantilado. Y si aquello no cambiaba, habría otro momento. Otro acantilado, otro bote de pastillas o un camión a toda velocidad por la carretera.

—No quiero jugar.

Ariel la miró. Esperó a que ella llegase a su altura. Asintió y pasó su mano por el pelo de la niña, despeinándola.

—Soy demasiado malo, ¿verdad? —dijo él, frunciendo el ceño y mirando hacia la puerta de entrada por donde había salido el Ferrari —. ¿Peor que el de la muleta?

Le pareció ver el inicio de una sonrisa en la comisura de los labios de la niña, pero pronto desapareció.

—Vámonos. No tengo ganas de nada —dijo María.

—¿Quieres ir a la furgoneta?

—¿Con la gata? —preguntó ella, mirándolo—. Sí, vale.

Caminaron hasta la furgoneta. Ella seguía seria, cabizbaja, sin decir nada. Él no quiso forzar ninguna conversación. Nadie como Santa para distraer a la niña, dejándose acariciar, ronroneando y frotando su lomo contra todo aquel dispuesto a satisfacer sus exigencias gatunas. Estuvieron así un buen rato, sin hablar, María

acariciando a Santa y Ariel observando cómo ellas iban congeniando cada vez más.

—No se va a morir, ¿verdad? —dijo la niña de repente, mirando a la gata.

—No si yo puedo evitarlo. Ya sabes, necesita una cirugía y un tratamiento y…

—Sí. Y eso vale mucho dinero.

Ariel asintió. No solo era el dinero. Eran otros factores; la suerte entre ellos. A él no le gustaba que nada en su vida dependiera de la suerte. Y esperaba, con ingenuidad consciente, que fuese cierto eso de que los gatos tienen varias vidas.

—Eres como un padre para ella, ¿no? Siempre con ella. La cuidas, la proteges.

—Bueno, sí, eso trato al menos. Digamos que es algo mutuo. Yo lo veo así. Santa cuida mucho de mí. No se fía de cualquiera que entra en esta furgoneta —dijo él, guiñándole un ojo—. Tú le has caído muy bien.

María estuvo un rato callada, acariciando a la gata, pensativa.

—Mi padre me ha llamado esta mañana. Mi madre le ha contado todo lo que ha pasado. Todo lo que… está pasando. — Negaba con la cabeza mientras frotaba el pecho de la gata, que se dejaba hacer —. Está en Argentina, rodando alguna película. Lleva allí tiempo, hace mucho que no lo veo. Me suele llamar alguna vez cada semana, pero… —dijo, y se calló.

Él no dijo nada. ¿Qué decir en ese momento? Una niña pasando por lo que estaba pasando, y su padre a miles de kilómetros. Probablemente durante semanas, o meses. Rodando una película. «La jaula de oro, la enorme rueda que gira», pensó Ariel recordando las palabras de Jessie. Sin poder dejar de correr para moverla y, si quieres salir, te aplasta. Contratos, *managers*, eventos, productoras. Dinero y más dinero que no puede dejar de salir de un grifo donde la fama, la gloria y los premios son envoltorios bonitos a la vista, pero con ingredientes tóxicos en su interior. Debilitando familias, disolviéndolas hasta hacerlas desaparecer.

—Anoche me desperté. Tuve una pesadilla y me desperté. Te escuché. Os escuché. —Levantó la mirada hacia él—. En la

habitación de mamá.

Ariel mantuvo la mirada y trató de que ella no notase cómo tragaba saliva. Conversación difícil. Intentó buscar palabras para una respuesta rápida y con cierta lógica para una niña de diez años. No lo consiguió. María siguió hablando.

—Ariel, lo tuyo con mamá… yo sé que tengo padre, pero… a mí no me importaría…

—Mira, María —dijo por fin—, hay situaciones que… a veces… entre adultos… —Las palabras no llegaban en el orden que a él le hubiera gustado—, tú todavía eres muy joven para entender que…

Unos gritos desde la vivienda lo dejaron con ese intento de frase a medias. Al asomar la cabeza vio a Briski salir corriendo de la casa. Lo vio correr hacia un lateral, hacia un lado de la propiedad, cerca de la casa de servicio, donde había un cortacésped y varias herramientas de jardinería junto a unos setos que el marido de Manuela no había seguido cortando. Detrás de Briski salía Jessie, gritando, y detrás de ella, Marcus. El Ferrari y la excavadora. Salió de la furgoneta y comenzó a caminar hacia allí mientras su cabeza trataba de encontrar una explicación a esa escena. Vio a Briski coger algo del jardín. Una escalera. Le vio apoyarla contra el muro y comenzar a subir, con prisa, casi sin acertar con sus pies en los peldaños. Jessie seguía corriendo, gritando. Le estaba llamando «asesino». Ariel echó a correr. Vio aparecer a uno de los hombres de seguridad también corriendo, seguramente alertado por los gritos. Era uno de los dos que había visto patrullar por la propiedad mientras jugaba a la pelota con María. Cuando Ariel estaba a menos de veinte metros, vio cómo Briski, ya en lo alto del muro, retiraba la escalera, subiéndola con dificultad. Para que nadie pudiera seguirlo. Para poder colocarla en la otra parte y descender por ella fuera de la propiedad. Para escapar. Cuando Ariel llegó, Jessie estaba allí, mirando la zona del muro por donde había escapado Briski. Estaba agachada, tratando de coger aire, soltando varios juramentos. En ese momento llegaron también el hombre de seguridad y Marcus, que jadeaba como un rinoceronte después de cruzarse corriendo media sabana africana. Ariel observó el muro por donde había saltado el guardaespaldas rubio. Más de cuatro metros de muro liso,

sin posibilidad alguna de poder escalarlo. Se dio la vuelta y vio al hombre de seguridad hablar por el *walkie-talkie* con Roberto; para que enviase de forma urgente a sus hombres tras los pasos de Briski. En esos momentos también llegaba María, con cara de evidente preocupación.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Ariel a Jessie.

Ella enderezó su cuerpo, lo miró e hizo un gesto con su cabeza hacia la vivienda principal.

—Mi hermana —dijo—. Al pasar por la puerta de la habitación de Briski lo vio con algo en la mano. Él lo estaba observando con fascinación. —Ariel la vio tensar la mandíbula antes de continuar—: Era un cuchillo. Completamente ensangrentado.

# CAPÍTULO 34

Ariel estaba con los brazos cruzados y su espalda apoyada contra la pared. Jessie daba vueltas por el salón, nerviosa, negando con la cabeza, sin parar de susurrar. Roberto hablaba con Mariela. Trataba de averiguar qué era lo que había ocurrido exactamente.

—Sí, eso es, cuando pasé por delante de su habitación su puerta estaba abierta y… —Mariela volvió a dar un sorbo a su vaso de agua. Le costaba hablar. Shock, miedo, la boca seca—. Algo me llamó la atención. Ahí estaba, un poco girado, observando un objeto en sus manos. Como fascinado. Vi que era un cuchillo con sangre y…

—Entraste a pedirle explicaciones —dijo Roberto.

Ella asintió. Le temblaban las manos. Otro sorbo de agua.

—¿Cómo reaccionó él?

Mariela tardó unos segundos en responder.

—Se sorprendió de que yo estuviese allí. Se dio cuenta de que yo lo había visto con ese cuchillo ensangrentado y… supongo que… se sintió acorralado y… —Cerró los ojos y volvió a abrirlos—, vino hacia mí.

—¿De forma amenazante? ¿Con intención de…?

—Sí. Grité, eché a correr por el pasillo… yo solo quería escapar… —dijo con su voz temblando, a punto de echarse a llorar—. Dios mío, ese monstruo… Manuela… y habíamos estado con él, aquí en la casa. —Se llevó la mano a la frente, cogió aire con dificultad, como en dos tiempos—. María y yo estábamos con él aquí, ese asesino podría haber…

—Todavía no se sabe nada —dijo Marcus. Estaba de pie, junto a una estantería de libros que, a su lado, parecía más pequeña de lo que realmente era—. Hasta que no se hagan las pruebas al arma, no podemos…

—¡Basta Marcus! —gritó Jessie—. ¿No crees que está todo bastante claro? ¿Por qué demonios tratas de defenderlo?

El gigantón no respondió a su jefa. Agachó la cabeza y permaneció callado. Ariel posó su mirada en la bolsa de plástico

transparente que Roberto sujetaba en una de sus manos. Allí estaba la prueba: el cuchillo de Briski. Se podía ver la hoja manchada de una sangre coagulada y oscura. Roberto, tras ponerse unos guantes, había cogido el cuchillo del suelo de la habitación de Briski. ¿Por qué había tirado el cuchillo ahí, la prueba que lo incriminaba? Ariel supuso que, cuando ya te han cazado con las manos en la masa, de nada sirve negar la evidencia, tratar de ocultarlo o deshacerte de ello. Y si has decidido huir, un enorme cuchillo no deja de ser algo molesto en la mano a la hora de coger una escalera para escapar por un muro, por ejemplo. Y además, escapar corriendo por la calle con un cuchillo cubierto de sangre, es algo demasiado llamativo.

—¿Hizo ademán de atacarte? —preguntó Roberto.

—Yo me di la vuelta y eché a correr —respondió Mariela—. Solo el hecho de que ese asesino, con ese cuchillo, pudiese perseguirme… —Cogió aire y lo soltó—. Grité, corrí, no sé… luego apareció mi hermana… —Miró a Jessie y rompió a llorar.

Jessie se acercó a ella y se sentó en el sofá, a su lado. La abrazó y comenzó a pasar la mano por la espalda de su hermana, tratando de tranquilizarla.

—Tranquila, cariño. Ya pasó. Lo encontrarán, ya verás… Van a encontrar a ese hijo de… —Se contuvo, sin querer continuar.

En ese momento dos hombres de Roberto entraban en la casa con gestos serios. El jefe de seguridad les hizo un gesto con la cabeza, como preguntando.

—Nada, ni rastro —indicó uno de ellos—. Tenemos ahora mismo a dos coches patrullando por las inmediaciones.

—¡Mierda! —contestó Roberto—. No puede haber ido muy lejos, joder. —Apretó los dientes. Negó con la cabeza y volvió a mirar a sus hombres—. Continuad buscando. He llamado al teniente Sánchez para ponerlo en alerta de la situación. Ha activado varias unidades de su equipo para una búsqueda en todo el distrito.

Los dos hombres asintieron y salieron por la puerta.

—No lo dejes escapar, Roberto, no lo dejes… —suplicó Jessie.

—Lo sé, lo sé… —la cortó—. Hago todo lo que puedo. Y no es fácil, puede haber cogido un autobús, un taxi y… a estas alturas… vete a saber dónde…

—Hay que encontrarlo, por Dios, hay que encontrarlo —dijo Mariela, algo más calmada.

Roberto miró a las dos hermanas. Asintió, pero no muy convencido.

—Conozco a Briski —aseguró—. Sé en qué tipo de barrios se meterá para evitar ser visto. Zonas peligrosas, complicadas, donde ni siquiera la policía quiere patrullar. —Volvió a apretar los dientes. Tenía un puño cerrado, los nudillos blancos—. Entre drogadictos y delincuentes. En barrios de chabolas, garajes y pisos abandonados. Será como perseguir una rata en un laberinto de tuberías y alcantarillas.

—Utiliza más recursos —propuso Jessie—. Pon más hombres en la calle. Entre tus hombres y los del teniente… hay que detenerlo, por Dios —su voz salía con una mezcla de rabia y frustración—. Es el asesino, joder, y lo teníamos en casa. Pero… ¿por qué? —preguntó, a todos y a nadie en particular—. ¿Por qué ha hecho esto? No… no le encuentro ningún sentido.

—Seguramente para crearte la necesidad de tener continuamente una escolta, tener guardaespaldas a tu lado. Sus servicios como algo imprescindible en tu vida —dijo el jefe de seguridad.

—No tiene sentido —contestó Jessie—. Lleva años conmigo, y no tenía razón para prescindir de él. Estaría conmigo durante muchos años más sin necesidad de…

—De momento ya lo dejaste en casa —dijo Roberto. Señaló a Ariel—. El nuevo ocupó su lugar.

Jessie negó con la cabeza.

—No. Quizás pudo sentirse algo herido en el orgullo, pero Briski sabía que lo de Ariel es temporal.

Roberto la miró con gesto serio.

—Bueno, lo que sea, pero hay algo que no podemos pasar por alto —Se llevó un dedo a la sien—: Briski es un desequilibrado; eso salta a la vista. Fiel a ti, y todo lo que quieras, pero alguien con unas tendencias psicológicas poco… convencionales.

—No te sigo —dijo Jessie.

Ariel sabía por dónde iba el jefe de seguridad. En los pocos días que llevaba allí, había analizado el perfil psicológico de Briski. Le

gustaban los cuchillos, le gustaba utilizarlos. Y Ariel intuía que a ese psicópata le gustaba matar. Es más, probablemente, le divertía. Asesinos hay en todos los lados, y en todas las profesiones. Él había conocido a varios en el ejército. Asesinos utilizando una profesión para satisfacer sus instintos más primitivos. Matar. Teóricamente mataban bajo las órdenes de un mando superior, pero Ariel había vistos sus ojos; conocía esas miradas. La misma mirada de Briski. Mataban por placer, y alimentaban así una necesidad interna. Verdaderos asesinos en serie disfrazados de soldados, de guardaespaldas; de profesiones donde las armas, el deber y una mente retorcida bailaban una canción de enajenación y muerte.

—Le gusta matar, le divierte —dijo en voz alta. Jessie se giró hacia él. Ariel continuó—: Lo vi el primer día, en el acantilado. Vi su mirada. La mirada de un psicópata. Le excita lo extremo, alimenta su ego, su sensación de poder. Verte con miedo, traumatizada, y a la vez que necesites tenerlo cerca de ti, protegiéndote. El asesino protegiendo a su víctima. —Marcus quiso intervenir, probablemente para discrepar, pero Jessie levantó la mano y el guardaespaldas se quedó con la boca abierta, sin decir nada. Ariel siguió hablando—. Le gusta jugar. Los juegos peligrosos, las cartas amenazantes. Le gusta tener el poder, sentirse el más listo, burlarse de las autoridades. Manejaba los hilos desde dentro, con toda la información de tus protocolos de protección, campando a sus anchas en tus conciertos. Para divertirse, para matar. ¿Quién va a pensar que tu guardaespaldas es tu amenaza?

Jessie negaba con la cabeza, pero no muy convencida, como quien no quiere creer algo, pero la evidencia es demasiado pesada.

—No, pero él… —comenzó a decir.

—¿Dónde estaba en el concierto de Bilbao cuando ocurrió el apuñalamiento? —Ariel hizo un gesto con su mano, como señalando diferentes direcciones—. Campaba a sus anchas por el recinto, por la pista. Llegó al camerino de los últimos, cuando ya estaban evacuando.

En el salón se hizo el silencio. Roberto asentía, seguramente después de lo de Manuela, su cabeza también había empezado a colocar las piezas del puzle en su sitio.

—La noche previa al episodio del paquete con la lengua me comentó que tenía esa noche libre, que saldría a divertirse por Madrid, que conocía unos garitos… diferentes. Incluso me invitó a acompañarlo —dijo Ariel, recordando las palabras de Briski en el jardín—. Salió a matar. A disfrutar de una forma… diferente. ¿Y quién mejor que él para saber cómo hacer llegar paquetes hasta aquí sin ser visto? Conoce tu sistema de seguridad…

—¡Y ayer salió varias veces de la casa! —dijo Mariela con los ojos muy abiertos—. Dijo que iba a darse una vuelta por el jardín, a estirar las piernas. Ese hijo de puta aprovechó una de sus salidas para matar a Manuela. Y volvió… tan tranquilo.

—Y sin restos de sangre —dijo Ariel—. Porque sabe matar.

Jessie miraba a su hermana. Cerró los ojos y suspiró. Demasiadas pruebas, demasiadas evidencias. En ese momento uno de los hombres de Roberto entró en el salón.

—Jefe —le dijo—, acaba de llegar el teniente Sánchez. Tiene noticias importantes. Han cotejado las imágenes de los conciertos. Hay coincidencias. Y un sospechoso.

# CAPÍTULO 35

—Mira, ese de ahí, el de sudadera negra con capucha —dijo el teniente Sánchez poniendo un dedo en la pantalla.

Estaban en el puesto de control. El teniente de la Guardia Civil había llevado en un *pendrive* las imágenes de los conciertos de Valencia y Bilbao.

—Al principio no le dimos importancia, parece uno más siguiendo las indicaciones de evacuación —continuó el teniente. Su ojo derecho seguía con ese tic, ese parpadeo espontáneo, frecuente, aleatorio—. Pero al cotejar las imágenes de ambos conciertos vimos que aparece en ambas.

Pulsó un botón y la imagen de otro archivo ocupó la pantalla. El mismo hombre, la misma sudadera negra. Con el rostro prácticamente oculto por la capucha.

—Hay fans que van a varios conciertos, no solo al de su ciudad —dijo Roberto. Estaba con las manos apoyadas en la mesa, inclinado hacia la pantalla, con los ojos entrecerrados, analizando la imagen del hombre con la sudadera.

—Es verdad, pero fíjate en su actitud —contestó el teniente. Una ráfaga de tres o cuatro tics de su ojo y pulsó otra vez el botón del ratón. Después de un *clic,* las imágenes cobraron movimiento.

—Conoce la posición de las cámaras. Gira su rostro al pasar por cada una de ellas —dijo Roberto, asintiendo.

—Y no solo eso. Fíjate, esto es en el concierto de Bilbao. El equipo de la *Ertzaintza* asignado al caso se dio cuenta de este detalle. —El teniente amplió la imagen con el zoom para mostrar la mano del sospechoso.

—¿Qué es…? ¡Joder, el mango de un cuchillo! —dijo Roberto—. Hijo de puta. Lleva el cuchillo en la mano, escondiendo el filo por dentro de la manga.

Ariel se fijó en la imagen. Efectivamente, se podía ver parte del filo metálico del arma, que no estaba totalmente oculta por la manga.

—Y espera, que llega la guinda del pastel. —El teniente avanzó el vídeo. Las imágenes se veían a velocidad aumentada. Un torrente de gente, con rostros serios y preocupados, avanzando por los pasillos del recinto—. Mira, aquí —dijo, pausando el vídeo—: Esta es una cámara situada en el techo de uno de los pasillos. Cuando está llegando a esa puerta de ahí, donde hay policías, se quita la capucha para no generar sospechas.

En el vídeo se veía a la gente de espaldas, avanzando hacia una ancha puerta con las hojas abiertas, y a dos policías dando indicaciones para evacuar a la gente. Ariel observó cómo el de la sudadera, ya de espaldas a la cámara, se quitaba la capucha. En las imágenes parecía un hombre de pelo cano, pero él sabía lo que estaba viendo. Era un pelo rubio, teñido, casi blanco. Estaba viendo a Briski. Evitando las cámaras, pasando como uno más frente a los policías. Para después, ya fuera del alcance de las cámaras, girar por algún otro pasillo y presentarse en el camerino de su jefa. Sonriente, como si nada.

Roberto le había entregado al teniente la bolsa de plástico con el cuchillo ensangrentado en su interior, para que analizaran tanto las muestras de sangre como posibles huellas dactilares. El teniente Sánchez pidió a Mariela y a Jessie que se acercasen al puesto de control, para hacerse una idea más clara de la huida del sospechoso. Ya había interrogado a Ariel y al hombre de seguridad que llegó corriendo cuando Briski saltó el muro. Ariel poco le pudo contar: «Lo vi salir de la casa, corriendo, directo hacia el muro. Cogió una escalera del suelo, la apoyó en el muro, subió, quitó la escalera y desapareció». El teniente tenía especial interés en todo lo que pudiese recordar Mariela del momento en que vio cómo Briski observaba el cuchillo, cómo fue sorprendido y en su reacción posterior.

Cuando Jessie y Mariela entraron por la puerta, Ariel fue a la vivienda principal para estar con María. Jessie le dijo que la niña estaba en su habitación, y que no quería hablar con nadie. Se había negado a asistir a la cita con el psicólogo que tenía esa misma tarde. «Y sé que me la cobrará. Cancelar así, de repente. Tal y como tiene

la agenda ese hombre…», le había dicho Jessie a Ariel cuando le propuso que fuese a ver si María quería, al menos, hablar con él.

Ariel tocó con los nudillos en la puerta. No hubo respuesta. Lo hizo de nuevo, tres toques. Nada. Si María no quería hablar con nadie tampoco iba a invitar a pasar al primero que llamase a su puerta. Decidió entrar.

—¿Se puede? —dijo asomando la cabeza con prudencia—. No tengo el pelo gris, ni cara de estreñido. No llevo traje ni maletín. Y tampoco me paga tu madre un dineral para revolver traumas en tu cabecita. —Se encogió de hombros—. Bueno, a ver, técnicamente sí me pagará, pero te prometo que irá todo para Santa.

María giró la cabeza hacia la puerta y sonrió. Estaba tumbada en la cama con el balón en sus manos. Lo estaba lanzando hacia el techo para volverlo a coger cuando caía.

—Está bien, pasa. Pero te aviso que no estoy con ganas de mucha conversación.

Ariel pasó, se quedó de pie a un metro de la cama y señaló a un muñeco de peluche.

—Si me lo propongo soy capaz de hablar menos que ese perro.

María giró su cabeza para mirar hacia la balda de la pared.

—No es un perro, es un oso —le dijo, y volvió a lanzar el balón al aire.

—¿Un oso? ¿Quién fabrica algo así pensando que un niño creerá que es un oso? Ah, vale, que los niños de ciudad no habéis visto nunca un oso.

María frunció el ceño y volvió a mirar hacia el muñeco.

—Se ve claramente que es un oso, Ariel.

—¿En serio? ¿Tú crees que el de traje y maletín será capaz de ver la diferencia?

La niña se quedó pensando, observando el peluche. Una sonrisa maliciosa comenzó a aparecer en sus labios.

—Ese pesado. Si mi madre le dice que eso es un delfín, él jurará que es un delfín con tal de que le pague.

Ariel soltó una carcajada. No se esperaba esa respuesta. Se acercó y se sentó en borde de la cama.

—¿Qué tal estás?

Ella no contestó. Se encogió de hombros. Él trató de mirarla a los ojos. María rehuía su mirada. Demasiadas cosas en muy poco tiempo. Su mundo, ya de por sí complicado, se estaba poniendo patas arriba. Miedo, ansiedad, angustia, incertidumbre. Un cóctel de emociones que no deberían formar parte de los pensamientos de una niña de diez años. Al menos, no a ese nivel. Eso también lo sabía él sin necesidad de una factura de quinientos euros por semana.

—Briski no es un asesino —acabó contestando ella.

Ariel alzó las cejas. Eso también le sorprendió.

—Bueno, María, las pruebas que hay contra él…

—No es un asesino —le cortó ella—. Yo lo conozco. Briski será lo que sea —hizo una pausa—, pero no es un asesino.

Él no contestó. Sabía que la noticia de Briski como principal sospechoso de los asesinatos, de las amenazas a su madre, había caído como una losa, haciendo añicos el frágil mundo de María. Eran muchos años con él, viviendo en la misma casa, compartiendo momentos, intimidades. Como uno más de la familia. La cabeza de María no era capaz de aceptar la nueva situación. Negar lo evidente entraba dentro de la lógica. Ariel no iba a contradecirla.

—Mañana por la tarde iré con mi tía Mariela de compras. Me lo ha prometido.

—Muy bien, eso está bien. Quieres mucho a tus tíos, ¿eh?

La cara de María se iluminó por unos instantes.

—Son los mejores. Siempre se preocupan por mí, juegan conmigo, me hacen sentir bien. —Se mordió el labio inferior, pensativa—. Y no me tratan como a una niña pequeña. Mi madre, a veces…

—Tu madre hace lo mejor para ti, María. Ya lo sabes. Está soportando mucha presión y… —buscó las palabras adecuadas—, hace lo que puede.

Ella no dijo nada. Seguramente era su manera de estar de acuerdo con eso. Dejó la pelota a un lado, sobre la colcha. Se acercó a él y lo abrazó.

—Tú también eres el mejor, Ariel. Gracias por querer estar conmigo.

Él alzó las cejas, sorprendido ante esa súbita reacción de la niña. Sonrió y devolvió el abrazo, envolviéndola con sus brazos. Haciéndola sentirse protegida. Como un padre haría con su hija.

# CAPÍTULO 36

Ariel estaba apoyado en el muro, junto a la puerta de entrada del colegio. Como cada tarde, había ido a recoger a María. La vio salir entre otras cuatro o cinco chicas, con la mochila colgando de uno de sus hombros. Iban hablando con ella, comentando algo divertido. Las niñas se reían y le daban palmadas en la espalda, como felicitándola. María vio a Ariel a lo lejos, le hizo un gesto con la mano y se despidió de las otras niñas. Era la primera vez que él la veía salir junto a otras compañeras, como si María hubiese decidido hacer amigas. O como si las niñas la hubiesen aceptado, por fin. Recorrió los últimos metros corriendo, con una sonrisa en el rostro.

—¡Hola Ariel!

—Vaya, qué cara de contenta —dijo él, alzando una ceja—. ¿Qué ha pasado? ¿Me he perdido algo?

—No, nada. Todo bien. Venga, vamos a casa, que tengo ganas de prepararme y pasar la tarde con mi tía.

Ariel se fijó en el cuello de la niña, justo bajo la mandíbula. Tenía una marca roja, como de haberse rozado.

—Pero… —dijo él, señalando hacia el cuello de María—, ¿qué ha pasado?

—¿Esto? Nada, un golpe. Jugando. No es nada —respondió. Sonreía.

—Pero… —empezó a decir él.

—No es nada. Rocé con algo —señaló hacia el colegio—. En el patio, jugando.

Se quedó mirándola unos segundos, sin estar muy convencido. Se encogió de hombros y fueron caminando hacia la furgoneta. Doblaron la esquina y, cuando estaban llegando, a menos de veinte metros de la California, Ariel vio un pequeño papel colocado en uno de los limpiaparabrisas. Instintivamente paró en el sitio y analizó el entorno. Más allá de la furgoneta, en la acera de enfrente. Después se giró y miró detrás de ellos.

—¿Qué pasa? —le dijo la niña, que también se había parado.

No le pareció ver nada fuera de lugar. Todo parecía en orden. ¿Era aquello una multa?; ¿por qué? La furgoneta estaba bien aparcada y Ariel había sacado su *ticket* en el parquímetro.

—Nada, vamos —dijo él, y continuaron andando.

Al llegar sacó el pequeño papel del limpiaparabrisas y comenzó a leerlo.

—¿Qué es? —preguntó María. Ariel seguía leyendo, con el ceño fruncido—. ¿Qué es? —repitió ella.

—Nada.

Volvió a girarse, a mirar el entorno. Ahora más concentrado, incluso. Se quedó unos segundos observando el parque de enfrente. Las personas, los rostros. Miró la larga fila de vehículos aparcados, y más hacia el fondo, hacia la calle. Entradas a comercios, gente caminando. Todo parecía normal. Y él sabía que en ese momento no iba a ver nada fuera de lugar. Volvió a mirar el papel.

—¿Cómo que nada? —insistió ella. Señaló el papel—. ¿Qué es eso?

—Nada. Sube a la furgoneta, María.

—No, dime lo que es, dime…

—Es una multa, María. Sube a la furgoneta, por favor.

—Los policías no ponen multas con un bolígrafo azul en un pedazo de papel roto y sucio. Eso no es…

Ariel señaló la puerta.

—He dicho que subas. Ahora.

Algo notó la niña en su tono que no replicó. María abrió la puerta y se metió dentro, en los asientos de atrás, como hacía todos los días. Para volver a casa con Santa, acariciándola.

Cuando llegaron a la urbanización, Ariel ya vio el jaleo de cada día junto a la puerta de entrada. Un grupo de periodistas se arremolinaba allí. Micrófonos en mano, cámaras grabando. Cuando vieron la furgoneta, varios de ellos ya estaban tratando de que parara, acercándose a la ventanilla del conductor. Varios hombres de Roberto, haciendo de barrera entre el vehículo y los periodistas, pudieron permitir que la furgoneta entrara sin tener que pasar por encima de ninguno de ellos. Aparcó donde siempre, en un lateral,

cerca de la vivienda principal. María se despidió de Santa y salió de la furgoneta. Ariel la vio llamar a la puerta de la vivienda. Su tía Mariela abrió, se agachó y le dio un abrazo y un beso. Entraron dentro. Ariel volvió a leer el pedazo de papel arrugado. Se quedó pensativo un buen rato, mirando al frente. Metió el papel en la guantera, salió de la furgoneta y caminó hasta la casa.

Al entrar se encontró a Jessie con los brazos en jarras y pidiendo explicaciones a María. La niña trataba de explicarse, pero la madre la cortaba continuamente.

—¡Que no, María! ¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Cómo… —estaba diciendo Jessie cuando se giró para mirar hacia la puerta al ver a Ariel entrar. Se calló y lo señaló—. Claro, y aquí tenemos a tu profesor, ¿verdad?

Él frunció el ceño. No sabía de qué iba aquello, por qué Jessie estaba regañando a su hija, ni por qué él tenía parte de culpa en el asunto.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado? —consiguió decir después de mirar a la madre, a la hija y a la tía.

—¿Que qué ha pasado? ¿Y encima tú lo preguntas? — Jessie lo miraba furiosa—. Pues ha pasado que me ha llamado el director del colegio porque mi hija le ha reventado la nariz a un niño. A Izan Valera—dijo, y puso su mirada en María—. Ahora tendré que llamar a sus padres para disculparme. Y tú te disculparás también.

—Pero mamá, Izan se lo merecía, me estaba…

—¡Silencio! Te disculparás y punto, no se hable más. Qué vergüenza.

Ariel alzó las cejas. Vaya, eso no lo esperaba. Se fijó en que Jessie lo miraba con el ceño fruncido.

—¡De un cabezazo, Ariel! ¡María le ha fracturado el tabique nasal a un compañero del colegio! ¡De un… cabezazo!

Ariel no dijo nada. Pero suponía que aquello tenía algo que ver con las marcas rojas en el cuello de la niña.

Miró a María. ¿Estaba la niña sonriendo? Miró a Mariela. La tía de la niña tenía las cejas alzadas y se mordía el labio, como diciendo «conozco a mi hermana y estáis en un lío». Miró a Jessie. Ella lo seguía observando con el ceño fruncido. Ariel se imaginó al director

del colegio. Probablemente calvo, con bigote, traje clásico antiguo y mirada hosca. Se lo imaginó llamando a Jessica María Cárdenas Terreros, con voz profunda y seria, decepcionado por lo ocurrido. «Señora Cárdenas, tenemos un problema. Su hija ha atacado violentamente a uno de nuestros alumnos. Una ambulancia ha tenido que llevarlo al hospital». Le vino la imagen del tal Izan sonriendo, acercándose a María, tratando de intimidarla, insultarla, vejarla. Y después la imagen de la niña lanzando un cabezazo. *Crac*. *Bye bye* tabique nasal. Y Ariel no pudo evitar que las comisuras de sus labios cobrasen vida propia.

—¿Estás sonriendo? ¿Te hace gracia? ¡Joder, Ariel!

Él trató de contener la sonrisa, pero era difícil. Levantó las manos, como pidiendo paz.

—A ver, creo que… por lo que me dijo María… —miró a la niña—, ese chico es un abusón y a ella la está continuamente…

—¡Ya! Y tú te convertiste en el puto profesor Miyagi —lo señaló, y después a la niña—, y mi hija en la nueva protagonista de Karate Kid. ¡Venga, vamos a reventar narices!

—No, a ver… —trató de defenderse, sabiendo que era una batalla perdida.

—Ariel, te he visto en el jardín, varios días, y no te había dicho nada… con todo esto que está pasando. —Jessie hizo una pausa, para coger aire, para que sus palabras calasen—. Pero he visto cómo has estado enseñando a la niña a golpear, a agarrar y… no me quiero imaginar qué más cosas, prefiero ni saberlo.

—¡Me enseña a defenderme! —dijo María—. Ese imbécil no paraba de insultarme, de meterse conmigo, de agarrarme del pelo…

—¿Y para qué están los profesores? —replicó Jessie—. Digo yo, no sé, ¿para qué está el director del colegio?

—¿Crees que ese viejo va a defenderme? —soltó la niña—. ¿Piensas que don Augusto va a romperle la nariz a ese gilipollas?

—¡María, esa boca! —Jessie la señaló con un dedo, amenazante —. Don Augusto no está ahí para romper la nariz a nadie.

—Pues por eso lo he hecho yo.

Se hizo el silencio en el salón. Mariela no pudo evitarlo y soltó una risita. Ariel cerró los ojos y trató, sin mucho éxito, de borrar la

sonrisa de sus labios. Jessie se giró hacia su hermana.

—¿Tú también? ¿Tú también estás con ellos? ¿Os tomáis esto a broma?

Mariela se acercó a su hermana y apoyó una mano en el hombro de Jessie.

—Cariño, ya está. No le des más vueltas. Hay un abusón en el cole y… si el cole no hace nada, mi sobrina saca su lado salvaje, su garra colombiana y finiquita el tema. —Miró a su hermana a los ojos y permaneció así unos segundos. Una ligera sonrisa empezó a formarse en los labios de la cantante.

—Joder, me vais a matar entre todos. No salgo de una y me metéis en otra —dijo Jessie, dándose por vencida.

Mariela dio una palmada y guiñó un ojo a la niña.

—Bueno, yo he prometido una tarde de chicas y lo voy a cumplir. Me llevo a mi sobri de compras y… ¡a comer chuches y tomar un helado!

—¡Sí! —gritó María, y corrió a abrazar a su tía.

Jessie miró a su hermana y a su hija. Sonrió. Mariela era un apoyo fundamental en la familia. Conectaba de maravilla con la niña y sabía qué hacer en cada momento para que María disfrutara, para que se evadiese del entorno atípico de ser la hija de una estrella internacional, con todo lo que eso conllevaba.

—Llévate el Audi —le dijo Jessie a su hermana—. Las llaves están en el recibidor de la entrada, en el cajón de la derecha.

—¡Fenomenal! Venga María, coge una chaqueta por si luego refresca y en marcha, que el tiempo apremia —dijo Mariela dando una palmada en el trasero de la niña.

—Voy con ellas —dijo Ariel mirando a Jessie.

Fue Mariela la que le contestó.

—No, Ariel, de verdad, no hace falta. Yo me encargo. No te preocupes, relájate.

—Es tarde de chicas, Ariel —dijo María, que ya tenía una chaqueta azul en su mano.

Jessie miró a las chicas. Y después posó su mirada en él.

—Voy con ellas —repitió Ariel mirando a Jessie a los ojos.

Algo notó Jessie en su mirada, en su tono de voz, que la hizo responder con convicción.

—Ariel va con vosotras.

—Pero Jessie, cariño, de verdad que no hace falta, que yo… —comenzó a decir Mariela.

—Va con vosotras. No se hable más. Ariel, ya sabes dónde están las llaves. Cuídame a estas dos locas. Tráemelas enteras.

Él asintió. A María no pareció importarle la incorporación de Ariel a la tarde de chicas. Mariela se quedó pensativa, se encogió de hombros y sacó una sonrisa.

—Venga, claro que sí. Ariel va a ser el mejor chófer que estas dos divas podrían tener esta tarde —dijo la tía de María.

—Aviso ahora a José Luis, que está en el puesto de control, para que os despejen la salida de esos malditos moscones con micrófonos —dijo Jessie.

Tras coger las llaves salieron los cuatro de la casa. Jessie se quedó en la puerta para despedirlos y desearles buena tarde. Cuando Ariel estaba ayudando a María a montarse en el elevador para menores del asiento trasero, le susurró al oído.

—¿Un cabezazo?

—Me tenía agarrada del cuello, por detrás, tratando de estrangularme, apretándome la garganta con su brazo. Hice lo que me explicaste, Ariel. Calculé dónde estaba su cara y lancé un cabezazo hacia atrás. —Sonrió—. Escuché el crujido y todo.

Ariel soltó una risita y se llevó los índices a los ojos, achinándoselos, para imitar aquella película de karate para niños que él había visto muchas veces durante su infancia en Israel.

—Bien, Daniel San. Dar cera, pulir cera. Sobre todo, dar cera —le dijo y, sin quitar su sonrisa, cerró la puerta trasera del Audi.

# CAPÍTULO 37

Ariel miró a través del escaparate del comercio. María hablaba con una dependienta joven. Estaban mirando lo que parecían collares, o pulseras, en un mostrador de cristal. En esos momentos Mariela estaba hablando por el móvil. Sus miradas se cruzaron. La hermana de Jessie le sonrió. Él asintió, también con una sonrisa. Les había dicho que no las molestaría, que se mantendría al margen para que tía y sobrina pudiesen disfrutar de su tarde de chicas. Mariela colgó el teléfono y fue junto a María para ver qué artículo le gustaba finalmente a su sobrina. Ariel volvió a mirar hacia los lados. Gente entrando y gente saliendo de decenas de comercios. Cargados con bolsas, entrando con prisa, como si la persona que había entrado antes justo fuese a comprar la camisa o el pantalón que ellos andaban buscando. Saliendo con más bolsas, y también con prisa, como si el comercio tres puestos más adelante fuese a cerrar sus puertas al ver que ellos no llegaban todavía. Ariel se sentía fascinado por la construcción de los centros comerciales, por la distribución de sus anchos pasillos, simulando calles abarrotadas de comercios, apretados, unos seguidos de otros, unos enfrente de otros. Varias plantas de *parkings* y, por encima, otras tantas plantas infestadas de pequeños y grandes negocios, supermercados, peluquerías, ópticas, cines y un sinfín de locales en los que, solo viendo sus escaparates, Ariel no sabía muy bien qué podías comprar exactamente dentro. Esas moles de cemento con enormes carteles publicitarios en el exterior, con letras descomunales y luminosas que podían verse a cientos de metros conduciendo por la autovía, representaban la victoria de la psicología del capitalismo. Auténticos monumentos al consumismo que gritaban a los cuatro vientos que ellos tenían todo, absolutamente todo lo que el ansioso cliente necesitaba para ser feliz. «Entra aquí, pasa la tarde, disfruta. Llegarás a tu casa con el maletero de tu coche lleno de todo lo que necesitas», parecían decir esas estructuras comerciales, esos inmensos pabellones decorados con colores y luces llamativas para que la gente acudiese en

manada, dispuesta a aniquilar hasta el último euro de sus carteras. Allí estaban representados la supremacía del consumismo, la derrota del pensamiento racional y el colapso del control de los impulsos humanos.

—¡Ariel, mira!

Se giró y vio a la niña saliendo del comercio con algo en su mano. María se acercó a él, sonriendo, con brillo en los ojos.

—Mira, déjame tu mano —le dijo. Ariel extendió su mano—. Es para la muñeca, es una pulsera. La chica la llamó «la de la amistad eterna» —le miró a los ojos—. Dice que quienes lleven las dos pulseras «hermanas de sangre», tendrán amistad para siempre. Aunque dejen de verse, aunque uno de ellos ya no esté en este mundo.

Ariel alzó las cejas y dejó que la niña colocase la pulsera en su muñeca. Era de cuero, de color verde y con una especie de dibujo grabado en rojo, como una gota de sangre.

—Mira —dijo María, y juntó su muñeca con la de él. Ella tenía otra pulsera igual. En la muñeca de la niña casi parecía una muñequera ancha—. ¿Ves? Lo que parecen dos gotas de sangre, al juntarlas, forman un corazón rojo.

—Claro, pulseras de hermanos de sangre. Amistad para siempre —dijo Ariel mirando a la niña—. Gracias María, me gusta. No me la quitaré.

Estuvieron paseando por el centro comercial, ellas un poco a su aire, él unos treinta metros por detrás, vigilante. Las vio entrar en una tienda de golosinas y salir con varias bolsitas de gominolas. Media hora después pidieron unos helados. Entre las dos le obligaron a pedir uno para él, y no pudo resistirse a elegir uno de cucurucho grande, de pistacho, su sabor preferido.

Salieron del *parking* del centro comercial a las siete y media de la tarde. Ariel conducía, Mariela iba de copiloto y María en el asiento trasero, detrás de su tía. Ellas no paraban de hablar de lo bien que lo habían pasado, de lo mucho que le iban a gustar las prendas a Jessie, y de repetir otra salida de esas cuanto antes. Mariela se giraba en el asiento para hablar con la niña, le tocaba la pierna y le

hablaba sobre otros centros comerciales y lugares en Madrid a los que podrían ir de compras en próximas ocasiones.

Ariel observó a María por el espejo retrovisor interior. Estaba sonriente, feliz de haber pasado ese rato con su tía. Un día perfecto para ella. Por la mañana, reventarle la cara al abusón; por la tarde, ir de compras con su tía, golosinas y helado. El paraíso para una niña de diez años. Miró su pulsera, la gota de sangre, el medio corazón. Sonrió.

Tomó la salida de la autopista y recorrió los casi cinco kilómetros que había hasta la entrada de la lujosa urbanización. Aún no se veía la garita de seguridad, el control de acceso donde unas barreras impedían el paso a vehículos no autorizados. Ariel rebasó a un vehículo que estaba parado, con las luces de emergencia, un BMW gris metalizado. Se había parado junto a unos contenedores y el conductor estaba hablando por el móvil. Ariel siguió conduciendo y tomó la primera intersección a la derecha. Estaban a menos de un kilómetro de la garita de control de acceso. La carretera tenía una pequeña pendiente ascendente. Había señales de limitación de velocidad a treinta kilómetros por hora. En esa zona residencial, donde niños podían cruzar la carretera en cualquier momento, cualquier precaución era poca. Ariel frunció el ceño y comenzó a reducir la velocidad. A unos treinta metros, justo en otra zona de intersección de la carretera, le pareció ver una persona, tumbada boca abajo, en mitad del carril por el que iban circulando.

—¿Qué pasa ahí? — preguntó Mariela señalando hacia el cuerpo que yacía en la carretera.

—No lo sé —contestó Ariel sin dejar de observar la escena.

—Parece un hombre. Le ha pasado algo. Quizás un desmayo, o peor, un infarto. ¡Dios mío! —dijo ella, con voz angustiada—. Acércate más, Ariel. Vamos a ver si podemos ayudar —rebuscó en su bolso—. A ver… el móvil… igual hay que avisar a una ambulancia.

Ariel paró en la intersección. No quiso avanzar más. Un leve cosquilleo en la nuca le indicó que algo allí no encajaba. El hombre seguía tumbado, sin moverse.

—Acércate más, Ariel —exclamó Mariela.

—No. No me gusta, no…

Mariela abrió la puerta y salió del coche. Comenzó a correr.

—¡Mariela, vuelve aquí!

De repente, el rugido de un motor. Ariel giró su cabeza hacia la izquierda. Y los vio. En un todoterreno negro que tenía unas barras de refuerzo en el parachoques delantero. Dos hombres encapuchados en su interior. Volvió a mirar hacia delante. Mariela estaba ya a escasos metros del hombre, que seguramente estaba fingiendo. Una trampa. Trató de meter la marcha atrás para evitar lo que sabía que ocurriría en los próximos segundos. Solo le dio tiempo a pisar el embrague y llevar su mano a la palanca de cambios. La colisión fue brutal. Una explosión, los airbags. Estallido de cristales, chapa metálica retorciéndose y entrando por su pierna. Sintió una súbita sensación de quemazón. Gritos. María. Trató de girarse en su asiento, hacia ella. No podía, estaba atrapado. Un dolor punzante en su costado izquierdo. Le costaba respirar. Más gritos. Se estaba mareando. Alguien abrió una puerta de atrás. Solo alcanzaba a ver, entre los airbags desplegados, sombras que se movían con rapidez. De repente, disparos. Tres. Sintió como si un cuchillo hubiera atravesado su hombro izquierdo. Sabía lo que era, lo había sentido otras veces. Una bala. Entonces, una neblina comenzó a apoderarse de su mente. Sus ojos se estaban cerrando y comenzó a perder la consciencia, a dejar de sentir dolor, a dejar de percibir el olor a humo, a pólvora. Antes de caer rendido en un abismo de oscuridad, pudo escuchar unas palabras: «¡Agarra la niña! ¡Vamos, tráela y métela al carro! ¡Venga, arranca!». El motor de un coche alejándose. Sus ojos se cerraron, pero en su mente quedaron grabadas esas palabras, esa forma de hablar, ese acento. Colombianos.

# CAPÍTULO 38

Cuando despertó no podía abrir los ojos. ¿Era una venda lo que le habían colocado? Le dolía la cabeza. No podía moverse. ¿Dónde estaba? Le vinieron recuerdos fugaces, como una secuencia de fotogramas a toda velocidad que le costaba procesar. El hombre tumbado en la carretera. El todoterreno negro. La brutal colisión. Dolor. Disparos. Gritos.

El dolor de cabeza fue a más. Y un zumbido en los oídos. Tenía ganas de vomitar, pero era incapaz de hablar. Se estaba mareando, se dejó ir sin luchar, y cayó en una oscuridad.

Seguía sin poder abrir los ojos. El dolor de cabeza no era intenso, más bien como un runrún molesto, pulsátil, en la nuca y en las sienes. La venda seguía tapando sus ojos. Trató de mover su brazo derecho para quitársela. No pudo. Escuchó un ruido metálico. Lo habían atado con una correa a alguna barra de metal. Intentó mover el otro brazo. Un dolor agudo, un repentino calambrazo le recorrió el brazo izquierdo desde el hombro hasta la mano. Y el mismo ruido metálico. También tenía esa muñeca inmovilizada, sujeta con otra correa. Notó cómo se le erizaba el vello de la nuca, y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Empezó a respirar agitadamente. ¿Lo habían sacado del coche y se lo habían llevado a algún sótano aislado de todo para torturarlo? Recuerdos de su pasado comenzaron a aflorar. Monstruos dormidos, bestias enterradas que salían de nuevo de las profundidades de su mente. Tel-Aviv, piso franco del Mossad, protocolo de reclutamiento. El intenso foco cegándolo, la sombra tras la lámpara haciéndole preguntas, los electrodos pinzando distintas partes de su cuerpo desnudo. La fría silla, el dolor de las cuerdas en las muñecas, las manos inmovilizadas tras la espalda. Calambres. Dolor. El olor de su propio vómito. Y esos eran los amigos, los que trataban de ayudarlo, de enseñarle a no doblegarse.

Un nuevo tintineo metálico de las correas le trajo otro recuerdo. Más siniestro, más cruel, más aterrador. Beirut, sótano de un edificio

derruido por las bombas, base de uno de los cuarteles de Hezbolá. Su cuerpo desnudo colgando de unas cadenas enganchadas al techo. El brutal dolor en las muñecas, con los grilletes hundiéndose en la carne. La continua sensación de los hombros a punto de dislocarse. Los pies rozando el suelo frío de aquella celda que olía a humedad, a moho, a heces y orines. La sensación de la sangre caliente en sus dedos, ya sin uñas. Más latigazos. Más gritos, en árabe. Esos sí eran los enemigos, los que trataban de quebrarlo, de sacarle cualquier información, cualquier nombre.

Sintió cómo un fluido, frío y molesto, le recorría bajo la piel su antebrazo izquierdo. ¿Le habían inyectado algo? Escuchó una voz distorsionada, alejada, sin poder descifrar lo que decía. Una voz de mujer. Y, de nuevo, oscuridad.

Se despertó. Intentó abrir los ojos. Ahora no tenía la venda; pero veía borroso. No era capaz de distinguir nada de lo que le rodeaba. Claridad a su derecha. ¿Una ventana? Movió el brazo derecho. No estaba atado. Lo mismo que el izquierdo. Pero este tenía unos cables. Un *bip-bip* continuo, a su izquierda, le indicó que estaba conectado a algún tipo de máquina. Un hospital, estaba en un hospital. Se acordó del impacto con el todoterreno, del caos que se produjo a continuación. De tener la sensación de quedar atrapado, de hierros atravesando su pierna. ¡Sus piernas! Trató de mover las piernas. Se movían. Suspiró de alivio. Una voz familiar a su derecha.

—Ari, cariño, ¿estás despierto?

Era Carol, su hermana. Estaba inclinada hacia él, porque la claridad que le llegaba por la derecha quedó algo eclipsada. Él trató de hablar. Hizo el esfuerzo, pero de su garganta solo salió un sonido gutural, animal.

—No hables Ari, no fuerces. La enfermera dice que es normal, por el tipo de medicación que te han puesto. Y tampoco puedes ver, te han dilatado las pupilas. Querían ver si tenías las córneas ulceradas. Te quitaron decenas de cristales minúsculos incrustados por la cara. —Le cogió la mano derecha y se la apretó—. Pero tus ojos están bien, cariño.

Él trató de mover el brazo izquierdo. Gruñó de dolor.

—No muevas el brazo, Ari. Una bala te atravesó el hombro izquierdo. El cirujano pasó esta mañana y me explicó que tuviste mucha suerte. Una herida relativamente superficial, limpia. Entrada y salida. —Hizo una pausa. Ariel se la imaginó sonriendo. Y continuó —: Bueno, de eso sabes más tú. La herida del muslo izquierdo era un poco más fea. Entraron trozos de chapa de la carrocería; pero, por lo que ha dicho, no hay daños en venas o arterias. Desgarros musculares, creo que lo ha llamado. Tendrás que tomar calmantes y antibióticos al menos un par de semanas.

Trató de incorporarse. No pudo y, su hermana, apoyando una mano en su pecho, se lo impidió.

—No, Ariel, que te conozco, necesitas descansar.

Volvió a tratar de articular alguna palabra. Lo que consiguió fue sacar un par de gemidos.

—No fuerces, cariño. A partir de mañana ya podrás empezar a hablar, y la enfermera me ha dicho que ya volverás a ver perfectamente. —Otra pausa—. Estos días ha pasado a verte varias veces Jessie Carter. También su hermana. Y varios hombres que venían con ellas. Supongo que serán sus guardaespaldas, tenían toda la pinta.

Él volvió a abrir la boca. Otro esfuerzo más.

—La… la… ni…

—No hables, cariño, ya mañana…

—¿La… la… ni… niña? —consiguió decir, y eso sí que se entendió.

Pero su hermana no contestó. Y Ariel lo supo. Al mismo tiempo, sintió cómo sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas. Un fuego interior, una rabia incontenible, algo ancestral y primitivo, como un huracán incontrolable y destructor, comenzó a invadir su cuerpo. Y pensó en los colombianos. Los encontraría. Los mataría.

# CAPÍTULO 39

Había salido del hospital. Cinco días allí metido, pidiendo a los médicos que lo dejasen salir. Si por él fuera, habría salido el segundo día, incluso con aquellos mareos. Su hermana había insistido en que se quedase unos días, o semanas, lo que hiciese falta, en su casa. Hasta que estuviera recuperado. Él había declinado esa oferta, dándole las gracias, un abrazo y un beso en la frente. Se encontraba relativamente bien, mejor de lo que esperaba. Y tenía cosas que hacer. Carol le obligó a prometer que no haría ninguna tontería, que descansaría para recuperarse. Él se lo prometió. Y sabía que estaba mintiendo.

El hombre de Roberto que había ido a buscarlo aparcó junto a su furgoneta. Ariel se bajó del Mercedes negro y, cojeando y con dolor en su brazo y costado izquierdos, caminó hasta la California. Estuvo con Santa casi media hora. Con ella en su regazo. Acariciándola, pensativo. La gata ronroneaba y le lamía la mano, como sabedora de que él necesitaba recuperarse, como lamiendo unas heridas que necesitaban cerrar. Pero el dolor que Ariel sentía en su ser poco tenía que ver con la herida de bala en el hombro, con las dos costillas fisuradas o con el desgarro muscular en su muslo. Siguió mirando por la luna delantera de la furgoneta sin observar nada en particular, con la mirada perdida. Sus retinas solo podían proyectar hacia su cerebro la secuencia de imágenes ocurrida en aquella intersección de la urbanización. En aquella emboscada. El hombre tumbado, Mariela saliendo del coche. Él mirando hacia la izquierda. El todoterreno negro. Dos hombres en los asientos delanteros. Encapuchados. El rugido del motor. La colisión. Y el caos de voces, gritos y disparos.

Salió de la furgoneta y avanzó cojeando hasta la puerta de entrada a la casa. A cada paso que daba, un dolor punzante atravesaba su muslo izquierdo. Se quedó frente a la puerta. Cogió aire profundamente y lo soltó. Pulsó el timbre. Escuchó ruido de taconeo en el suelo. La puerta se abrió. Mariela. Tenía una herida en

la frente, cerca de la sien, y el ojo izquierdo con esas marcas violáceas amarillentas del moretón que va desapareciendo con los días.

—Oh, Ariel —le dijo, y lo abrazó—. Ya estás aquí. Roberto comentó que había mandado un hombre a buscarte. —Se separó de él y lo miró de arriba a abajo, observándolo más en detalle. Negó con la cabeza, como todavía sin poder creerse lo que había sucedido —. Pensábamos que te habían matado. Hemos estado yendo a verte al hospital, allí, con tu hermana… —Se llevó una mano a la frente—. ¡Oh, Dios mío, Ariel! Ha sido algo… y mi sobrina… María… —dijo sin poder contener el llanto.

Él asintió.

—¿Cómo estás tú? ¿Te golpearon en la cara?

—El hombre que estaba tumbado —dijo—, cuando me arrodillé, se giró bruscamente y… tenía una pistola en la mano. —Otro llanto, le costaba recordar la escena. Se recompuso y continuó—: Me dio un golpe tremendo con la culata —se señaló la sien—, y… ya no recuerdo más.

Ariel volvió a asentir.

—¿Tu hermana? —dijo él.

Ella se hizo a un lado y señaló hacia el interior.

—Pasa, pasa. Está arriba, en su habitación. —Hizo una pausa—. Lleva más de un día metida en la cama, sin querer salir. No para de llorar. Es horrible. —Se puso a llorar de nuevo—. No quiere que nadie la vea. A ratos… a ratos la oigo gritar, llorando, desde cualquier punto de la casa. Está tomando mucha medicación, relajantes, sedantes… pero no duerme… la niña… ¡Dios mío!

Ariel pasó junto a Mariela y cruzó la entrada cojeando hasta llegar al salón. Allí estaba Marcus. De pie, quieto, junto a la enorme mesa que ocupaba la zona central. Parecía una estatua, de mármol negro, un gorila trajeado que desentonaba con los tonos blancos y modernos de ese salón. Marcus le estrechó la mano cuando él se acercó.

—Me alegro de que hayas salido de esta. Has estado cerca.

Ariel asintió sin decir nada. Miró hacia las escaleras, hacia el piso superior.

—La jefa no está bien —dijo Marcus. Se encogió de hombros—. Nadie está bien. Se la llevaron. —Ariel le vio apretar los dientes—. A los diez minutos de llevársela llamaron aquí. Dijeron que el Ejército de Liberación Nacional no se anda con chiquitas. Veinte millones de euros. Diez días.

Se lo había imaginado. Las cartas de amenaza. La emboscada. El secuestro.

—Un intercambio: la niña por el dinero —dijo Ariel, más confirmando algo que preguntándolo.

Marcus asintió.

—Y sin avisar a la policía —dijo Marcus—. Dijeron que si se enteran de que la Guardia Civil o cualquier unidad policial está al tanto, no volveremos a ver a la niña viva. Quieren un intercambio limpio, sin sorpresas. Solo ellos y nosotros. Veinte millones, en dos maletas, en billetes grandes. Y cuando lo tengan en su poder, dejarán a la niña en un punto de Madrid.

—¿Hay pruebas de que sigue viva?

Marcus asintió.

—Una foto colgada en Internet, en una web que nos indicaron en una llamada al día siguiente. La última foto que se puede ver es de hoy mismo. La niña tiene el periódico en la mano, para confirmar la fecha.

—¿Se ha rastreado el sitio web?

—Va cambiando. Saben lo que hacen —dijo el guardaespaldas —. A las nueve menos un minuto alguien llama aquí y menciona la nueva dirección del sitio web. La foto solo está disponible durante un minuto. A las nueve en punto de la mañana se puede ver. Dos minutos después ha desaparecido. Y el sitio web con ella.

Ariel miró a través de las cristaleras en dirección al puesto de control de los hombres de seguridad.

—¿Qué ha dicho Roberto?

—Dice que son profesionales, que lo mejor es hacerles caso si queremos recuperar a la niña. Dice que él ya lo avisó, que había que haber pagado cuando llegó la segunda carta.

—Pagar —dijo Ariel—. Sin avisar al equipo de la Guardia Civil que lleva el caso.

Marcus asintió. Chasqueó la lengua.

—Dice Roberto que es demasiado riesgo. Esa gente tendrá medios para saber si contactamos con la policía. Quiere hacerlo como dicen. El dinero para ellos y la niña para nosotros.

Ariel se quedó pensativo.

—¿No se ha enterado la policía de lo del secuestro? La colisión de los coches, los disparos… —se quedó mirando a Marcus—. No sé, algún vecino avisando…

Marcus negó con la cabeza.

—Fue todo muy rápido. Ese era el miedo que tenía Roberto, pero al parecer no hay testigos. Sus hombres han estado pendientes del vecindario, y nada. —Hizo un gesto con las manos, como señalando el suelo—. Los restos de cristales, agua del radiador, aceite… parecía un golpe más, un accidente entre dos coches. Se llamó a una grúa y retiraron el coche. Y lo limpiaron todo.

—Diez días.

—Diez días —repitió Marcus—. Pásate luego por el puesto de control. Roberto te informará de todo, aunque no te dirá nada que yo no te haya dicho.

A través de las cristaleras vio a Mariela paseando por el jardín. Supuso que, en parte, ella se sentía culpable. Su plan. La tarde de chicas. Se acordó de ese día. Los habían seguido porque conocían el coche. Y, seguramente, cuando ellos estaban comiendo el helado, todavía en el centro comercial, los colombianos ya habían preparado la emboscada. Antes de llegar a la garita de seguridad, un cruce, una zona prácticamente sin vecinos, sin testigos. Vio como la hermana de Jessie se sentaba en un banco de piedra, mirando hacia el lago artificial de la propiedad. Tendría la mirada perdida, sin observar nada en particular, pensando en su sobrina, queriendo ahogar su sentimiento de culpa en aquel lago.

—¿Cómo está ella? —dijo, haciendo un gesto con su cabeza hacia Mariela.

—¿La hermana? —contestó Marcus, mirando hacia allí—. No para de llorar. Es como un espectro por la casa. De vez en cuando le sube algo de comer a la jefa. Las oigo llorar a las dos desde aquí. —Se encogió de hombros—. Ella dice que igual podía haber hecho algo

más, que por su culpa… —Una pausa—. Pero ¿qué podía hacer ella en esa situación? ¿Contra paramilitares armados? Tuvo suerte de que no la matasen. Acertó a llamar a Roberto y, en menos de cinco minutos, varios hombres de seguridad ya estaban allí.

—¿Pudo ver algo? Rostros, matrícula…

Marcus todavía miraba hacia el lago, hacia el banco donde Mariela estaría luchando contra sus pensamientos.

—Nada. Uno de ellos, al que ella trataba de ayudar, le dio un golpe tremendo en la cabeza. Los hombres de Roberto la encontraron aturdida, y con un ataque de ansiedad.

Ariel asintió.

—¿El futbolista?

—En Sevilla. Vino cuando lo avisó su mujer. Estuvo aquí un par de días. También pasó a visitarte por el hospital. Pero tuvo que volverse por no sé qué historias de su rodilla, de unas pruebas que no salieron bien y tienen que operarlo de nuevo, un día de estos. —Negó con la cabeza—. A perro flaco, todo son pulgas.

Ariel no dijo nada. Desvió su mirada de nuevo hacia las escaleras. Hacia el piso superior. Marcus frunció el ceño.

—No creo que sea buena idea. No quiere ver a nadie, no…

Ariel no le dejó terminar la frase. Se giró, cojeando, hacia las escaleras. Hacia la planta superior. El enorme guardaespaldas no hizo nada por evitarlo.

# CAPÍTULO 40

Tocó con los nudillos en la puerta. Tres veces. Estaba cerrada. Ariel esperó unos segundos. Tocó un par de veces más. Nada. Giró el picaporte y entró.

Ella estaba tumbada en la cama. Por una pequeña rendija de la ventana entraba algo de luz, la suficiente para poder avanzar a oscuras por la habitación. La suficiente para distinguir la forma del cuerpo de Jessie en la cama. Y también supuso que la suficiente para que ella no se sintiese sumida en una oscuridad total, en un negro abismo que la envolvía desde fuera. Porque ese abismo ya estaría ocupando el interior de su ser.

Ariel se quedó de pie, junto a la cama. Ella no se movió. Estaba vuelta hacia el otro lado. La escuchaba respirar. Le pareció distinguir un vaso de agua y un frasco de pastillas en la mesita de noche. Pero él sabía que estaba despierta. Y que probablemente no habría dormido prácticamente nada en esos cinco días.

—Hola Jessie.

Ella no respondió. Él caminó, cojeando, aguantando a cada paso el dolor, como un hierro ardiendo atravesándole el muslo izquierdo. Se paró en el otro costado de la cama, frente a ella. Ahora comenzó a escucharla llorar bajito.

—Tienen a mi pequeña —dijo entre susurros y sollozos. Él no dijo nada. Ella continuó—: Tienen… a mi pequeña —repitió, acabando la frase con un gemido ahogado.

Le vino a la mente la imagen de Jessie en el camerino del recinto de aquel concierto en Bilbao. Cuando le dijo que lo quería contratar para proteger a María. Tenía esa imagen grabada a fuego, con sus manos estrechadas, ambos mirándose a los ojos. «Protegeré a María», había dicho él. «Con tu vida si fuese necesario», fue la respuesta de ella. Se acordó de cómo él mismo había presionado con un poco más de fuerza la mano de la cantante. Y de las palabras que él mismo dijo a continuación: «Con mi vida si fuese necesario». Y había fallado. Se habían llevado a María. Tenían a su pequeña.

—Me voy —dijo él.

La vio asentir. Ella señaló hacia atrás, a otra parte de la habitación.

—Tienes tu dinero en un sobre, en el tocador. Está todo lo que pediste, lo de la gata.

Ella no dijo nada más. No se levantó para despedirse. No se movió.

—Ese dinero podrá esperar —dijo Ariel—. Quiero salir de España en un vuelo; cuanto antes. —Hizo una pausa. Ella no dijo nada—. Voy a por la cabeza de la serpiente. Voy a Colombia.

# CAPÍTULO 41

Pietro Schilaci no se inmutó cuando escuchó su teléfono móvil vibrar. No le gustaban los estridentes sonidos electrónicos de los teléfonos. Y aún menos que una estúpida canción sonase como tono de una llamada profesional. Porque todas las llamadas que Pietro recibía eran profesionales. De su jefe. Que aquel cacharro vibrase ya era suficiente. Se había acostumbrado al sonido de la vibración. Eso sí era soportable. Cogió el móvil del bolsillo de su traje y pulsó el botón. No contestó, esperó a que su jefe hablase.

—¿Ya está? —dijo la voz, seria como la de un político, profunda como la de un tenor. Y con un familiar acento italiano.

—Ya está —contestó él.

—Bien. Ven por aquí cuanto antes. Tengo otro asunto que requiere de tu habilidad. Este es fácil. Ya lo conoces. El de los seis millones. —Su jefe calló. Seguramente esperando alguna respuesta por su parte. Él no dijo nada—. Está de camino. Llegará en menos de dos horas. Sería ideal que tú ya estuvieses aquí.

Pietro no colgó, se mantuvo en línea. Miró su reloj. Lo llevaba en la mano que en ese momento empuñaba la pistola. Notaba el cañón todavía caliente. Desvió su mirada hacia el agujero en la tierra. Un hombre que había cavado su propia tumba yacía tumbado boca arriba. Con un tiro en mitad de la frente. Pietro odiaba los tiros en la nuca. Un hombre debe morir mirando a los ojos a su ejecutor. Y debe hacerlo en silencio, sin súplicas ni lloriqueos, manteniendo la mirada. Con orgullo y honor. Observó la mancha oscura en los pantalones del ruso. Había llorado, suplicado, ofrecido dinero. Y se había meado encima. *Mamma mia*. ¿Qué clase de aspirante a jefe mafioso se mea encima?

Giró la cabeza y posó los ojos en la pala sobre el montón de tierra. Le tocaba enterrar al llorón. Calculó el tiempo. Eran ciento treinta y cinco paladas. Las había contado mientras apuntaba al ruso. Pero el ruso había tenido que cavar; él sólo tenía que echarlas para tapar. Más rápido. Volvió a mirar su reloj. Quince minutos

dando sepultura al meón, una hora conduciendo de vuelta hasta Marbella.

—Sí, llegaré a tiempo —dijo Pietro. Su jefe no contestó, simplemente colgó.

Metió el móvil al bolsillo de su traje Armani. Desenroscó el silenciador de la pistola. Lo colocó en su sitio, en el estuche. Tanto la pistola como el silenciador encajaban perfectamente en las formas huecas del estuche. Le gustaba eso, el orden, que todo encajase al milímetro. Miró el montón de tierra y, después, sus zapatos. Torció un poco el gesto. Los Testoni negros, brillantes, de ochocientos euros, hacían juego con el traje. Siempre vestía de negro, y siempre elegante. Alguien le podía echar en cara lo absurdo que resultaba vestir de ese modo, con más de diez mil euros encima, si después podía ensuciarse de tierra y sudor. Pero a Pietro le gustaba que todo tuviera sentido, que todas las piezas encajasen. De negro, elegante. Y, técnicamente, él era el anfitrión, el organizador. ¿Qué mejor manera de presentarse para uno de sus funerales particulares?

# CAPÍTULO 42

—No lo veo —dijo Roberto—. No hay necesidad. En cinco días es el intercambio. Entregamos el dinero y ellos nos entregan a la niña. Sé cómo funciona esa gente. Quieren el dinero; no más problemas. Cogerán el dinero y desaparecerán. —Hizo una pausa. Una ligera brisa se colaba por la ventana abierta del puesto de control. Se giró para mirar a Ariel—. Y por mi parte pueden largarse a su puta selva y desaparecer.

—Está decidido. Voy a ir.

—¿Dices que Jessie te ha dado el consentimiento?

Ariel asintió.

—¿Y qué vas a hacer allí? ¿Amenazarlos?; ¿a su jefe? —Roberto negó con la cabeza—. No, no lo veo. Es peligroso, y a la vez, inútil. Quedan cinco días. No tendrás tiempo ni de localizarlo. ¿Vas a meterte a buscarlo por esas selvas? ¿Crees que encontrarás su campamento clandestino? ¿Alguna de sus bases de operaciones?

Ariel no dijo nada. Roberto continuó. Lo señaló con el dedo.

—Mira, Ariel, debes entender una cosa. Mi clienta te contrató para que protegieses a la niña. Había un asesino suelto, apuñalando a gente en los conciertos. Ya sabemos quién es, y hay una orden de busca y captura. Antes o después, Briski estará entre rejas. —Negó con la cabeza—. Pero esto es diferente. Son mercenarios, paramilitares, profesionales. Y no es uno solo. Son muchos.

Ariel se mantuvo en silencio, mirando a los ojos al jefe de seguridad. Esperando a que acabara con su discurso.

—Personalmente no te reprocho lo del secuestro. Creo que poco podías hacer —dijo Roberto—. Pero esto es diferente. Esto es para profesionales —dijo señalando a sus hombres—. Tu trabajo aquí ha terminado. Verás a la niña cuando todo esto haya acabado. En cinco días.

Roberto calló y se giró hacia la mesa. Continuó mirando el mapa de Madrid que había estado analizando cuando Ariel entró por la puerta. No les habían informado aún de dónde querían hacer el

intercambio, pero Ariel supuso que el jefe de seguridad estaba barajando diferentes localizaciones. Para anticiparse y poder estudiar las distintas variables que se pueden dar en un intercambio.

—Está decidido. Salgo en un vuelo hacia Colombia esta misma tarde.

Roberto se giró. Ariel comenzó a ver un atisbo de ira en los ojos del jefe de seguridad.

—¿Y qué cojones vas a hacer, Rambo? —soltó, sin poder contenerse—. ¿Vas a presentarte con un fusil y un cinturón lleno de granadas en la selva colombiana? ¿Vas a pedir a ese comandante de guerrilla que, por favor, nos entregue a la niña con una rebajita, en plan *Black Friday*? ¿Le dirás que te parece caro? —Roberto se acercó, a menos de medio metro de él, invadiendo su espacio personal. Ariel no se movió ni un milímetro—. Dime, ¿qué cojones vas a hacer, Rambo?

—Lo que voy a hacer es asegurarme de que ese comandante entrega a la niña con vida. Porque si algo sale mal… lo mataré.

Ariel tenía un mal presentimiento. La forma en la que se había producido el secuestro. A él habían intentado matarlo. Tres disparos. Fueron los airbags los que desviaron la bala que lo hubiera matado. Parecía que había un factor de ira excesiva en todo aquello. Y temía que esa ira, en forma de venganza por la negativa al pago de los veinte millones de la carta de extorsión, pudiese cobrarse la vida de María en el momento del intercambio. Un mensaje contundente: con el Ejército de Liberación Nacional no se juega.

Roberto se quedó mirándolo y soltó una carcajada.

—¡Lo matarás! ¡Claro, tú lo matarás! Cómo no se me había ocurrido. Matarás a un comandante de guerrilla paramilitar, que está escondido en alguna chabola, en una superficie de miles de kilómetros cuadrados de selva colombiana, protegido por decenas de mercenarios, todos armados hasta los putos dientes —dijo Roberto. Ariel notó en su rostro algunas gotitas de saliva del jefe de seguridad—. Y todo eso lo harás en… déjame pensar —se llevó una mano a su cabeza—, un día perdido de viaje… claro, todo eso lo harás en menos de cuatro días.

—Lo que yo haga y cómo lo haga es asunto mío.

—¡Mira, tipo duro! Quizás te sientas frustrado y con rabia por no haber podido proteger a la niña, ahí yo no voy a entrar. —Lo señaló con un dedo—. Pero una cosa te voy a dejar bien clara: aquí ya nada es asunto tuyo. En el momento en que perdiste a la niña, ya no pintas nada aquí. —Roberto señaló con su mano a través de la ventana—. Coge tu furgoneta y tu gato, y desaparece. Deja esto en manos de profesionales de una puta vez —dijo, y tocó con fuerza con su dedo índice en el pecho de Ariel.

Él notó un dolor punzante cuando el dedo tocó la zona sensible de su pecho, por las fisuras en las costillas. Miró el dedo del jefe de seguridad y, por un segundo, se le pasó por la cabeza partirlo como quien parte una ramita seca, pero se contuvo. Sabía que de un momento a otro la puerta del puesto de control se abriría. Y eso fue lo que pasó. Roberto y sus hombres miraron hacia allí.

—Ariel sale hoy mismo hacia Colombia —dijo Jessie Carter.

# CAPÍTULO 43

Pietro Schilaci volvió a mirarse en el espejo. Sus rizos, húmedos tras la ducha caliente, negros y brillantes, a juego con su indumentaria, caían por un lateral de su frente. Siempre se los dejaba largos para tapar la fea cicatriz que, como un profundo surco, bajaba desde el cráneo hasta su ceja izquierda. Se pasó la mano por las mejillas y asintió, satisfecho con lo apurado de su afeitado. Se pasó un dedo por el fino bigote que bordeaba su labio superior. Recortado, cuidado. Finalmente decidió soltar el último botón de su camisa negra para dejar el cuello más libre, más desahogado. Después de lo del ruso, de las más de cien paladas y del viaje de regreso, quería estar lo más cómodo posible. Caminó más de treinta pasos desde el baño hasta el vestidor. La habitación que su jefe había dispuesto para él, en la mansión, era lo más parecido a una suite de lujo de un hotel *resort* cinco estrellas. Todo en su sitio, ordenado, como a él le gustaba. Las chicas del servicio hacían bien su trabajo, especialmente la joven ucraniana. Y no era el único trabajo que hacía bien en la habitación de Pietro.

Se sentó en el taburete aterciopelado para atarse los cordones de sus Ferragamo. No eran sus favoritos; no eran los más caros. Pero eran cómodos, de una piel negra, blanda y suave que se adaptaba perfectamente a su pie. Y eran italianos. Antes de levantarse contempló los más de cien trajes negros colgados en perchas en el enorme armario del vestidor. Pietro no dejaba que las chicas del servicio tocasen su ropa. Los trajes, los zapatos, las corbatas, los cinturones, los relojes… él se encargaba de eso. De colocarlo, de que todo estuviese en su sitio. Desde la tintorería hasta su vestidor, sin intermediarios. Sin manos que pudiesen profanar la vestimenta que tocaría su cuerpo, que para él era como una segunda piel.

Se incorporó y caminó hasta la cama. Sobre una colcha con estampados barrocos, pedida a una de las mejores boutiques de Milán, descansaba su maletín negro de cuero florentino. Ahí dentro estaba todo el material necesario para su siguiente trabajo del día.

Había pensado en qué uso dar a cada una de las herramientas que, perfectamente colocadas sobre la fina tela aterciopelada del interior del maletín, lo esperaban como el bisturí que espera la mano del cirujano. Pietro agarró el maletín por el asa y salió de la habitación.

Su jefe estaba en la soleada y amplia terraza de la mansión marbellí, también en traje italiano, de un gris marengo. Pietro llevaba trabajando para Stefano Di Santino casi siete años. Antes lo había hecho para el hermano, Salvatore; pero la repentina muerte del capo napolitano hizo que Pietro optase por Stefano. Hubo que cambiar de aires, desde Nápoles hasta Marbella, lo cual fue un incordio al principio, pero se fue acostumbrando. Es verdad que en Nápoles también echaba de menos su Sicilia natal, pero sentir su tierra más cerca lo reconfortaba, de una u otra manera. Trabajar para don Stefano era como seguir trabajando para don Salvatore. Mismas rutinas, mismos trabajos. Casi como estar en familia.

Stefano estaba de cara al sol, con los ojos cerrados, fuera de la sombra que proyectaba la espectacular pérgola de la terraza. Tenía el rostro relajado, casi sonriente, como una planta feliz con su fotosíntesis, como un dispositivo sintiéndose revivir al cargar su batería. Pietro caminó por la terraza y llegó al lado de su jefe. Se quedó quieto de pie.

—Siéntate —dijo Stefano, sin abrir los ojos.

Eligió la silla que estaba a la sombra. Sobre la mesa redonda había una cubitera con una botella de champán y otra botella de agua mineral. La copa del lado de Stefano era alargada, elegante, de cristal de Murano. Estaba llena de champán. Pietro cogió la otra copa, pero la llenó de agua.

—Sol y champán, *mio amico* —dijo su jefe—. La mejor combinación para la vitamina D, para unos huesos fuertes y sanos. —Seguía en la misma posición, con los ojos cerrados. Sonreía

visiblemente—. Deberías probarlo. Déjate de sombra y agua. ¿Has visto alguna vez que las plantas crezcan a la sombra?

—Crecer no está entre mis prioridades en esta fase de la vida. Y tampoco he visto plantas que crezcan con champán.

Stefano soltó una carcajada.

—Eso es porque el mundo está lleno de pobres. Riegan sus plantas con agua, porque no pueden hacerlo con champán.

Pietro soltó una risita. Le gustaba el humor sarcástico de don Stefano. Veía el mundo con solo dos especies de raza humana, dos especies muy diferentes: los ricos y los pobres. El ADN selecto frente al ADN creado a base de despojos y porquería. Para él, la gente que no era capaz de beber champán francés a diario y lucir un Rolex cada día de la semana estaba al mismo nivel evolutivo que las asquerosas algas que se te enredan en los pies cuando baja la marea en una playa.

—Bueno, vayamos al grano —dijo Stefano—. Tengo a nuestro amigo, el de mis seis millones, viniendo hacia aquí. Le han permitido el paso los de seguridad. Me llamó ayer, suplicando más tiempo, otra semana —dijo, y suspiró con exasperación—. Otra puta semana, solo para alargar unos días más su miserable existencia. Ni tiene el dinero, ni lo tendrá. —Stefano abrió los ojos, se acomodó en su silla y miró a Pietro—. Quiero un trabajo limpio. Que parezca un accidente. Ese *hijoputa* sale en la tele, no quiero que los focos apunten hacia mí.

Él asintió. Con lo del ruso había que mandar un mensaje al bando contrario. Nadie se mete en los negocios de don Stefano. Nadie llega a Marbella como un *cowboy*, creyéndose el dueño de la ciudad. Los casinos, las putas y todo el polvo blanco que entra por las narices en un radio de doscientos kilómetros llevan la firma italiana de don Stefano Di Santino. *Punto finale*.

Con el de la deuda de seis millones había que hilar más fino. El mensaje debía quedar para él, dejarle claro antes de su último latido en este mundo que nadie juega con don Stefano. Con este ya hubo una advertencia, pero se ve que lo de la pierna rota no había surtido efecto en el ludópata aficionado a casinos, putas de lujo y deportivos caros.

—Yo me retiro, no tengo ganas de verle la cara a ese payaso. Y además —miró su Rolex de oro, brillante al sol—, tengo sesión de masaje con mi querida Isabella. Nadie llega tarde a una cita con Isabella —dijo, se levantó de la silla y comenzó a caminar hacia una escalinata de mármol que daba acceso a su lujosa habitación en la planta más alta de la mansión. Mientras caminaba, sin darse la vuelta, habló en voz alta para que él lo escuchase—: Que no te enrede, Pietro. Los ludópatas están llenos de mentiras, de fantasías que solo ellos creen. Finiquita el trabajo y tómate unos días libres para ir a visitar a tu *mamma*.

Vio cómo su jefe ascendía por la escalinata. Un sonido, como el de un caminar extraño y pesado, hizo que desviase la mirada hacia el otro lado, hacia el otro extremo de la terraza. Por allí, con gafas de sol y vestido con la ropa estilo *sport* que Pietro detestaba, llegaba el de los seis millones. Traía una carpeta en una mano. En la otra traía su muleta. Venía cojeando. Gabi Vázquez puso una sonrisa forzada al ver a Pietro Schilaci, «la guadaña siciliana».

# CAPÍTULO 44

Quedaban tres horas para la salida de su vuelo. Después de abandonar el puesto de control, donde Roberto seguía tratando de convencer a Jessie de lo absurdo de esa decisión, Ariel fue a su furgoneta. Tras desatornillar y quitar el panel que creaba el doble fondo, observó la pequeña caja de metal. Estaba junto a su rifle de francotirador, un IWI Dan 338, usado por el ejército israelí por su fiabilidad y precisión milimétrica. Él lo llamaba Tizona, en honor a la conocida espada de Ruy Díaz de Vivar, un personaje histórico por el que sentía fascinación desde niño. Fue su madre, Alicia De Vivar, la que plantó esa semilla en su cabeza diciéndole que él, Ariel Shemesh De Vivar, llevaba en su apellido la sangre del mejor guerrero de la historia de España. Él no pudo evitar sonreír al ver el rifle y recordar las historias del Campeador que su madre le contaba en Tel-Aviv cada tarde, después de llegar del colegio. Su mirada se posó en la pistola que aguardaba junto al rifle. Era un modelo Jericho 941, también de fabricación israelí, famosa por su precisión y durabilidad. Esas eran sus armas, las que había usado durante tantos años. Las que lo conectaban a un pasado bélico, de bombardeos, de metralla, de operaciones encubiertas. De sangre y de muerte. Una vida parecida a la de Ruy Díaz de Vivar, pero casi mil años después. Otras armas, otras fronteras, otros rostros de enemigos, otros muertos en combate. Pero el mismo objetivo: sobrevivir un día más, eliminar al siguiente enemigo.

Sabía que no podía meter sus armas en el avión. Sería en Colombia donde se abastecería del material necesario. Cogió la caja metálica en sus manos y la abrió: más de una docena de pasaportes. Identidades facilitadas durante años por su agencia, el Mossad, y que Ariel había usado en operaciones encubiertas por todo el mundo. Fue observando una tras otra hasta llegar a la que le convenció. Ernesto Rancel, venezolano, ingeniero de caminos. Era una identidad intacta, no estaba quemada. Perfecta.

Atornilló de nuevo el panel, achuchó a Santa un momento y salió de la furgoneta. En ese momento, Jessie Carter llegaba caminando. Seguía despeinada, con ojeras y la cara pálida. Aun así, seguía irradiando belleza colombiana.

—Yo cuidaré de ella.

Ariel asintió.

—Gracias —dijo él—. Puedes dejar la puerta lateral abierta para que entre y salga cuando ella quiera. No se escapará. No irá a ninguna parte. Esperará a que yo vuelva.

Ella alargó su mano, con un fajo de billetes en ella.

—Para lo que necesites allí. Hay cinco mil. En dólares.

Él se quedó un momento observando los billetes. Sus ojos volvieron a buscar los de Jessie. Ella asintió. Él cogió el dinero.

—Lo tomaré como anticipo del pago final.

—No. Esto es diferente —dijo ella—. Esto se sale del trabajo para el que te contraté. Vuela a Colombia. Gasta eso —hizo un gesto hacia el dinero—, en lo que necesites. Pero asegúrate de que no le hacen nada a María. Que esos cabrones se lleven el maldito dinero, pero que no toquen a mi niña. Haz todo lo que puedas, Ariel. Por favor.

Él asintió, mirándola a los ojos. Ella se acercó y lo abrazó.

—Mi niña, Ariel, mi niña… —susurró contra su pecho, llorando con una angustia que él también percibió en su propia garganta.

—No le pasará nada a María —dijo él—. No lo permitiré.

Ella se separó de él para secarse las lágrimas.

—Avisaré a Marcus para que te lleve al aeropuerto —le dijo.

Media hora después Ariel salía de una tienda de dispositivos electrónicos del centro de Madrid, propiedad de un pakistaní. Marcus le había comentado que ahí no le pedirían documentación para lo que él quería. Previo pago de una generosa propina, eso sí. Había

comprado tres teléfonos desechables. Uno de ellos sería para usarlo en ese momento, para una llamada. Entró en la parte de atrás del Range Rover negro de lunas tintadas aparcado junto a la tienda, con Marcus al volante.

—Voy a hacer una llamada —le dijo a Marcus—. Necesito que conduzcas sin rumbo fijo durante el tiempo que dure la llamada, moviéndote entre calles de forma aleatoria.

Marcus lo miró por el espejo retrovisor interior. Frunció el ceño, pero después se encogió de hombros y comenzó a conducir. Ariel marcó el número de la embajada israelí en Madrid con una extensión específica, la de un viejo amigo.

—Embajada israelí, Ezra Levy —dijo una voz que conocía muy bien.

—Ezra, soy Ariel.

Un silencio de varios segundos al otro lado de la línea.

—Vaya, qué sorpresa, amigo. ¿Ya estás de vuelta por Madrid? Pensé que después de aquel… —Hizo una pausa, tratando de buscar la palabra correcta—, digamos, trabajo, evitarías la capital por un tiempo, por no decir… siempre.

—¿Es segura esta línea? —preguntó. Y escuchó a Ezra carraspear al otro lado de la línea.

—Bueno, todo lo segura que puede ser la línea personal del jefe de la embajada israelí en España. Quiero decir, sí, supongo que sí.

Ariel no se fiaba. Hasta el teléfono de Ezra podía estar pinchado. Sabía que la inteligencia israelí lo seguía controlando, y seguramente Ezra estaría en el listado de posibles contactos de Ariel. Él era un activo con información sensible en su cabeza y sabía muy bien cómo funcionan esas cosas en Israel. No quería que lo geolocalizasen a través de esa la llamada, por eso había pedido a Marcus conducir aleatoriamente, estar en continuo movimiento. Y por eso llamaba desde un teléfono de prepago, sin contrato, desechable.

—Necesito un favor —dijo Ariel—. Otro favor más.

Un nuevo silencio al otro lado de la línea.

—Joder, Ariel. El último favor que me pediste apareció en el tejado de un rascacielos de Madrid sobre un trípode, a más de un kilómetro de un político que acabó su mitin antes de tiempo.

—Fue necesario.

—Lo sé. Y merecido. Vi las noticias —respondió Ezra—. Muy bien, ¿qué quieres esta vez?

Ariel enumeró los artículos que necesitaría para llevar a cabo lo que tenía en mente. Vio a Marcus mirarlo por el espejo retrovisor interior. Tenía las cejas alzadas. Al otro lado de la línea escuchó el sonido de algún bolígrafo escribiendo sobre papel. Y después un silbido.

—Virgen santa, Ariel. Vas subiendo el listón. ¿Qué tienes planeado esta vez? —dijo Ezra. Pero, tras un silencio por respuesta, continuó—: Me está saliendo caro que me sacases de aquella maldita emboscada en Beirut. Casi hubiera preferido probar suerte y tratar de cargarme yo solo a aquellos cabrones.

—Ellos eran nueve. Tú tenías tres heridas de bala. Hiciste bien en aguantar esos minutos.

Ezra chasqueó la lengua.

—Sí, bueno… pero sigo pensando que me está saliendo caro. Me juego el puesto, y quién sabe si la cabeza, con este tipo de favores. —Otra vez el sonido de papel y lo que le pareció el *click* del muelle de un bolígrafo—. ¿Cuándo y dónde lo quieres?

Ariel miró por la luna delantera. Marcus seguía conduciendo sin un patrón predecible. Se ladeó para mirar por los retrovisores laterales. No le pareció ver nada raro.

—En tres días. En la embajada de Israel en Bogotá.

Otro silencio. Más largo.

—Joder, casi prefiero no preguntar —dijo Ezra—. No dejaré nada de esto en la embajada, Ariel. Lo haremos mejor a mi manera. Allí habrá un contacto, local, que te llevará al lugar donde recogerás tus… juguetes.

—Bien.

—En tres días. A las doce del mediodía, hora de Bogotá. Enfrente de la embajada, en alguna papelera. El contacto irá con una gorra verde.

—Una cosa más —dijo Ariel —. Anota este nombre —se lo dio—. Me gustaría que sacases toda la información que puedas sobre esa persona.

—¿Algo más? ¿Vendo mis propiedades y transfiero la pasta a alguna cuenta tuya de las Islas Caimán?

Ariel sonrió. Su viejo amigo no había perdido ese humor ácido cultivado en Israel.

—No, con eso vale.

—Te parecerá poco, cabrón.

—Gracias Ezra —dijo. Ezra no contestó, colgó.

Marcus acababa de girar por una calle de único sentido, hacia la derecha. Ariel vio unos contenedores de basura. Abrió la tapa del teléfono desechable, sacó la tarjeta SIM y la partió por la mitad.

—Para aquí.

Marcus aparcó junto a los contenedores. Ariel se bajó y tiró la tarjeta, cada mitad en un contenedor diferente. Vio que a unos cien metros más adelante, pero en la otra acera, había una papelera, junto a una farola. Caminó hasta allí, tiró el móvil al suelo, lo pisó hasta destrozarlo y metió los trozos en la papelera. Volvió caminando hasta el coche. Al entrar alargó la mano hacia Marcus y le entregó otro teléfono de prepago.

—Quiero que lo tengas tú. Para comunicarte conmigo el día del intercambio. No lo uses para ninguna otra llamada. Solo tiene en la agenda de contactos un número, el de este teléfono. —Le enseñó otro teléfono desechable—. Me llamarás cuando vaya a producirse el intercambio y me irás comentando todo lo que vaya ocurriendo. Yo te haré varias llamadas para que me cuentes cómo va todo con la niña. Para comprobar que no hay sorpresas.

Marcus miró el teléfono que le había entregado. Asintió y guardó el móvil en un bolsillo de la chaqueta de su traje.

—Me imaginaba que habías estado en el ejército —le dijo Marcus, mirándolo a través del espejo—. Y apuesto a que serviste en alguna unidad de élite, ¿eh?

—En marcha —contestó Ariel—. Al aeropuerto.

# CAPÍTULO 45

Pietro volvió a silbar el estribillo de la melodía de una canción siciliana que suelen cantar los niños en los colegios. *Tirurí-tatá, tirurí-tatá*. ¿Por qué demonios le había venido eso a la mente? Desvió su mirada del maletín al futbolista. El de los seis millones seguía lloriqueando, como un niño asustado. Ah, quizás era por eso lo del estribillo, lo de la canción infantil. «Quién sabe, el cerebro humano es un órgano fascinante», pensó Pietro. Se quedó mirando al moroso. Lo había bajado a la fuerza desde la terraza. Hasta ese pequeño sótano de la mansión, que don Stefano ya no utilizaba como bodega de sus vinos de la Toscana desde que había hecho la reforma. Los cientos de selectas botellas descansaban en una espectacular bodega, nueva, en el otro ala de la mansión. Había atado al futbolista a una silla. No había parado de hablar, de agitar una carpeta, diciendo algo sobre que el dinero estaría listo en cinco días, los seis millones, hasta el último euro. No, no era fácil engatusar a Pietro.

Miró hacia el maletín y cogió unas tijeras. Se acercó al futbolista, sacando su sonrisa siciliana, la que dejaba ver uno de sus colmillos. Avanzó hacia el llorón, abriendo y cerrando las tijeras. *Chas, chas*.

—¡No, por favor, no! ¡Traeré el dinero! ¡Lo juro! ¡Está todo preparado!

Pietro negó con la cabeza. Era increíble lo que podía salir por la boca de alguien a punto de morir solo por alargar su miserable vida un par de minutos más. Pero, en esa ocasión, Pietro no tenía prisa.

—Mira, chico listo, antes de pedirle el dinero a don Stefano quizás deberías haberlo pensado mejor. No se puede llevar ese ritmo de vida sin llegar a este punto —le señaló con las tijeras—: a esta silla, atado, suplicando por tu vida.

—¡Pagaré, lo juro! ¡Esta vez sí! ¡Está todo preparado, tendré el dinero en…!

—¡Calla de una vez! —dijo Pietro, apretando los dientes—. ¿Acaso quieres insultar a mi inteligencia? He estado investigando. Tu

club lo sabe, sabe que tu lesión no fue una caída por las escaleras. —Se calló para ver la reacción en el rostro del futbolista—. Te han rescindido el contrato y también lo han hecho todos tus patrocinadores. Tu representante me lo dijo personalmente, sin necesidad de presionarlo —se quedó pensativo—, bueno, al menos no demasiado.

—No importa, esta vez pagaré —dijo entre lloriqueos—, esta vez…

—Llevas una doble vida —le cortó Pietro—, contándole a tu familia que estás lesionado, que serán meses de rehabilitación en tu club. Pero resulta que ya no tienes vías de ingresos. ¿Cómo pretendes devolver los seis millones?

—Tengo un plan —dijo el futbolista—, mira, en esa carpeta — hizo un gesto con su cabeza hacia el suelo—, he contratado…

Ya era suficiente. Pietro no pudo contenerse. ¿Dónde estaba el honor, el orgullo? ¿Por qué lloriquear en esos momentos en vez de afrontar la realidad como un hombre? ¿Por qué empezar a escupir mentiras a la desesperada? Avanzó un par de pasos y, sujetando con una mano la cabeza del futbolista, con la otra cercenó la oreja izquierda con la tijera. Media oreja cayó al suelo. Un corte limpio. El moroso no gritó, todavía. Estaba con los ojos muy abiertos, como sorprendido por lo que acababa de pasar. A su cerebro no habían llegado las señales de dolor desde su oreja. Tres segundos, hasta que llegó el grito. Bueno, más bien un chillido estridente, infantil. Vaya, tres segundos de retardo. Pietro se quedó mirando la mitad de oreja del futbolista, la que había caído al suelo. «El cerebro es fascinante, verdaderamente fascinante», volvió a pensar. Los chillidos empezaban a ser insoportables, y hasta que Pietro no cruzó la cara del moroso de un revés con su mano libre, no bajaron de intensidad. Caminó de nuevo hasta el maletín. Dejó las tijeras en la mesa, sobre un trapo sucio. Se vio silbando otra vez. El estribillo. *Tirurí-tatá*. Cogió unos alicates de acero. Impolutos, brillantes. El de la silla seguía intentando hablar, entre sollozos y gemidos.

—No, por favor, no…

Él lo miró desde la mesa. Vaya, ahora sí que sangraba por la oreja, casi a chorro, como un cerdo. La sangre caía por el lateral de

su cuello y le bajaba por el pecho. Pietro no sabía si llegaría hasta el suelo del sótano. Sería un fastidio, y una pérdida de tiempo, tener que limpiar la sangre de ese miserable.

—Mira, te diré lo que va a pasar, para que no estés tan angustiado, para que dejes de chillar como una niña asustada —le sonrió—. Porque creo que eres como los niños. Tienen miedo a lo desconocido, a la incertidumbre, pero cuando se les explica lo que va a suceder, se relajan. Igual pasa lo mismo contigo.

Avanzó de nuevo hasta colocarse junto a la silla. Ladeó su cabeza y sonrió. Abrió y cerró los alicates un par de veces. *Clac*, *clac*. El futbolista seguía gimoteando, sollozando, pero más bajito. Al parecer, el revés cruzado en su rostro había sido un punto efectivo, como en un partido de tenis, pero sin raquetas ni pelota. Lo vio mirar hacia los alicates. Le temblaban los labios.

—Por favor, por favor… no… —consiguió decir mientras inclinaba su cabeza hacia abajo, como si estuviese rezando, o rogando a Dios, que, en ese caso, y en ese sótano, no parecía ser omnipresente.

—*Ssssh* —lo cortó Pietro, llevándose el dedo índice a sus labios —. Como te decía, te voy a contar lo que va a suceder a continuación. Primero te sacaré varias piezas dentales —abrió y cerró los alicates. *Clac*, *clac*—. Después pasaré a las uñas, una por una. Ya ves, dientes y uñas, como los famosos. Hay que cuidar la estética cuando uno sale por la tele.

Los gemidos aumentaron de intensidad, pasando a ser más molestos. Pietro hizo el gesto de soltar otro revés de izquierda, pero no completó el gesto al ver que el futbolista era capaz de contenerse. Ahora lloriqueaba bajito.

—Bien, ¿lo ves? Si es que eres como los perros listos. Con una vez de ejemplo, ya les vale. —Se agachó para tratar de ver el rostro del de los seis millones, que estaba inclinado, con la barbilla casi tocándole el pecho. Colocó los alicates en su mandíbula y lo forzó a levantar la vista—. Te decía que, después de la sesión de manicura, te meteré en tu Ferrari, *al tuo cavallino rampante*. Estarás dormido, o bien porque has perdido el conocimiento —agitó los alicates haciéndolos sonar de nuevo. *Clac*, *clac*—, o bien porque has aguantado más de lo que ambos pensamos y he tenido que

inyectarte algo, ya sabes, una ayudita —señaló hacia la mesa con los alicates. Junto al maletín había una jeringuilla cargada con un líquido blanco—. Conduciré tu Ferrari, contigo de copiloto, mientras disfrutas de una siesta, hasta un puerto de montaña que conozco, que ya he usado alguna vez y que queda a medio camino entre Marbella y Sevilla. En ese momento, en un tramo de curvas peligrosas, cambiaremos puestos —chasqueó la lengua y alzó las cejas, como pensativo—. Bueno técnicamente no, solo tú cambiarás de asiento, yo saldré de *la tua macchina.* Tú acabarás en el fondo de un barranco, en una caída de más de cien metros. Yo tendré que caminar unos siete kilómetros por una pista de grava que conecta con otra carretera. Y, en ese punto, alejado del lugar del fatal accidente, llamaré a Nicola, uno de los guardaespaldas de don Stefano, para que vaya a buscarme y me traiga de nuevo aquí. —Cerró los ojos y sacó una amplia sonrisa—. Mucho más barato que un Uber.

Al parecer, la explicación pausada y detallada, lejos de relajar al futbolista, parecía haberlo revitalizado, como si estuviese en el banquillo y quisiera salir al terreno de juego, como un loco fuera de control, porque empezó a agitarse en la silla, a tratar de soltarse, a gritar de nuevo.

—¡Noooo! ¡Por Dios, no! ¡La carpeta! ¡Todo está en la carpeta! —señalaba con su mirada hacia la carpeta azul que estaba tirada en el suelo—. Todo está preparado… en cinco días… el dinero… el plan es perfecto…

Pietro se enderezó, disgustado. ¿Otra vez lo de la carpeta? ¿Había pedido ese ludópata un préstamo bancario y se lo habían concedido? Dio un par de pasos y pegó una patada a la carpeta. No le gustaba perder los papeles, y mucho menos delante de sus víctimas. Lo hacía parecer débil, y Pietro no era débil. La carpeta salió despedida dejando varias hojas fuera, desperdigadas por el suelo. Se fijó en las hojas. Fotos de personas, también algo que parecía un mapa con un itinerario marcado. Se giró para mirar de nuevo al futbolista, ahora para mostrarle su verdadero cabreo, pero algo lo detuvo. Frunció el ceño. Caminó dos pasos y se agachó. Cogió una hoja en la que había una foto impresa a color. En la foto

estaba el de los seis millones, una niña morena de unos ocho o diez años y un rostro que le resultó demasiado familiar. Se fijó con más detenimiento. Era él, no había duda. Tenía el gesto serio, pero prácticamente no había cambiado con el paso de los años. Esa mirada, esos ojos de un color verde y miel. Era él. Pietro no se lo podía creer. La vida le estaba dando una segunda oportunidad de la forma más inesperada. Se giró para mirar al futbolista, que permanecía callado, sorprendido del interés con el que Pietro miraba la foto.

—Lo conoces —dijo señalando con los alicates el rostro del hombre de la foto. El futbolista asintió, con esperanza en sus ojos.

—Es el guardaespaldas de mi sobrina —respondió, sin poder ocultar la emoción—, mi cuñada lo contrató para protegerla.

Pietro asintió. Apretó los labios.

—Para protegerla. Ya. ¿Y qué significa todo esto de la carpeta? —preguntó mirando hacia el resto de hojas tiradas por el suelo—. ¿Qué es eso de un plan para conseguir el dinero?

—Sí, sí, yo te lo cuento —dijo visiblemente excitado—. He contratado a gente profesional, han… han raptado a mi sobrina y… —tragó saliva y continuó—, en cinco días será el pago por el rescate, en Madrid —hizo un gesto con la cabeza hacia una de las hojas—, ahí está marcado el lugar del intercambio.

Pietro se acercó a la silla, con la hoja de la fotografía en una mano y los alicates en la otra. El futbolista se calló al verlo acercarse.

—Continúa, continúa —dijo Pietro—, reconozco que está resultando interesante.

—Mi… mi cuñada tiene mucho dinero y… han accedido a pagar. Un… un intercambio, limpio, sin… —le costaba hablar, tenía la boca seca—, sin la policía. Están… están amenazados de que… si… si llaman a la policía mi sobr… —Se calló un momento, dudando—, la… la niña morirá.

A Pietro no le importaba el dinero, ni la niña. Una idea estaba formándose en su cabeza. Agitó la foto delante del futbolista.

—¿Estará él durante el intercambio?

El futbolista se encogió de hombros. Probablemente no sabía qué respuesta gustaría más al siciliano. Un sí o un no.

—Eh… —comenzó a decir—, pues, no sé pero… supongo que de la entrega del dinero y de la recuperación de la niña se encargará el equipo profesional de mi cuñada, sus hombres de seguridad.

Pietro se mantuvo callado, pensativo. Volvió a mirar la foto. El rostro de ese hombre. Siete años atrás. Nápoles.

—¿Dónde está ahora? ¿Cómo puedo llegar a él? —abrió y cerró los alicates. *Clac*, *clac*—. Vamos, cuéntame detalles, que estamos llegando a lo más interesante.

El futbolista cogió aire. Parecía haber recobrado la compostura. Ver a su verdugo interesado en lo que podía contarle parecía haberle dado fuerzas, y confianza.

—Supongo que estará en la mansión de mi cuñada, porque sé que ya ha salido del hospital.

—¿Del… hospital? —preguntó Pietro, arqueando las cejas.

—Sí. Durante el secuestro hubo una fuerte colisión contra el coche en el que iban y resultó herido. Un balazo en un hombro, una herida profunda en un muslo, varias costillas… y algún problema en los ojos, por lo que comentaron los médicos.

Pietro se tocó el fino bigote, paralelo a su labio superior. Ladeó ligeramente su cabeza, pensativo.

—Vaya, nuestro guardaespaldas ha fallado en su cometido. Estará cabreado, frustrado. Se sentirá responsable del secuestro de la niña —dijo para sí mismo, casi en un susurro—. Bien. Quizás para mí esa niña sea más importante que el dinero. Quizás esa niña sea una forma de dejarle un mensaje.

Pietro se agachó y recogió, una por una, todas las hojas que habían salido de la carpeta. Fue caminando hacia el fondo del sótano y volvió con una silla plegable, de esas que se usan para ir de camping. Estaba vieja y oxidada. La desplegó, la colocó delante de la silla del de los seis millones y se sentó. Lo miró a los ojos. Quizás, al final, ese desgraciado iba a prolongar *in extremis* su miserable existencia. Quizás, al final, hasta en ese sótano Dios era omnipresente. Pietro levantó la carpeta, enseñándosela.

—Muy bien —dijo—, muy bien. Ahora, punto por punto, me vas a explicar dónde, cómo y por mediación de quién se va a realizar ese intercambio dentro de cinco días. —Volvió a hacer sonar los alicates. *Clac*, *clac*—. Procura no olvidarte de ningún detalle.

# CAPÍTULO 46

Ariel descendió por el pedregoso sendero, flanqueado por frondosas coníferas. Volvió a parar. Su muslo izquierdo le ardía bajo el vendaje. También el tirante de la mochila estaba siendo un infierno para la herida de su hombro. Había tenido que parar en tres ocasiones para quitársela y dar un respiro a su herida de bala. Vio los apósitos manchados de sangre. Seguramente se habría abierto algún punto. Sacó la botella de agua de su mochila y dio un trago generoso, largo, notando como el líquido, todavía fresco, bajaba por su garganta. Se quitó el sudor de la frente con el dorso de la mano y siguió caminando. Tras recorrer los últimos trescientos metros, llegó al lugar donde sabía que encontraría a su amigo. No era la primera vez que Ariel había estado allí, en el Bosque Nacional Flathead, situado en la cara occidental de las Montañas Rocosas. El clima de Montana era algo a lo que Ariel no sabía si sería capaz de acostumbrarse, especialmente a la dureza de los largos inviernos. Pero Zack era lo más parecido a un oso durante el invierno y a un lobo tras la época de deshielos, por lo que Ariel no tuvo problemas en imaginarse a su excompañero viviendo allí de continuo, feliz como una perdiz. Y precisamente allí estaba, a unos cien metros, junto a la orilla. Zack estaba dándole la espalda, sentado en lo que parecía un pequeño embarcadero de madera, viejo y desvencijado. Estaba mirando hacia el lago. El lago Swan. Tenía una caña en sus manos.

—¿No pica nada, viejo zorro? —le preguntó Ariel, en español.

Su amigo sabía hablar español, porque su madre era mejicana, hija de mejicanos que emigraron; y su madre siempre quiso mantener la cultura y el idioma de la tierra de sus raíces. Cómo el padre de Zack, natural de Montana, con una mente más estadounidense que la bandera, había acabado con una hija de emigrantes mejicanos, era todo un misterio para Ariel.

Zack no se giró. Tiró de la caña para ver si había picado algo. Nada. Volvió a sumergir el anzuelo.

—Voy a tener que pegarle un tiro a ese perro. Esa es la mejor alarma, me dijo. Valiente cabrón mentiroso. Ese perro solo sirve para vaciar mi nevera y dormir en mi sofá —dijo en un español cargado de acento latino, y señaló un pequeño artefacto a su izquierda. Una pantalla, de unos veinte por diez centímetros. Algo parecido a un móvil, pero más grande—. Si no fuese por esto, no sabría que mi mejor amigo judío se pasaba a visitarme.

Ariel alzó las cejas.

—¿Desde cuándo lo sabías?

Zack enderezó su espalda, soltó un gruñido y dejó la caña sobre un tablón del viejo embarcadero. Cogió el dispositivo, se puso de pie y sonrió.

—Desde hace algo más de tres kilómetros.

—¿Dónde estaba la cámara?

—Las cámaras —Zack abrió todos los dedos de una mano—. Cinco en total. ¿Pensabas que iba a fiarme de ese pulgoso? —dijo Zack con su contagiosa carcajada, que a él le encantó volver a escuchar después de tanto tiempo.

Ambos amigos y excompañeros se dieron un abrazo. Ariel gruñó al sentir dolor en las costillas.

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Estás flojo? —le dijo Zack, separándose, con una sonrisa en su rostro. —Pero veo que sigues igual de fino, cabronazo —le dio un toque en las abdominales—. ¿Qué te trae por aquí?

Ariel miró a su amigo. Zack tenía el pelo algo más largo, desaliñado, y la barba descuidada. Seguía manteniendo un físico espectacular, con un pecho ancho, unos hombros redondeados y unos brazos musculosos. Llevaba puestos unos pantalones de estilo militar y una camisa de cuadros, la típica de los leñadores, arremangada hasta los codos.

—Tengo que aclarar un asunto. Desde España hasta Colombia —sacó una sonrisa—. Y he decidido hacer una parada técnica a medio camino para visitar a un amigo.

Zack volvió a soltar otra carcajada en el mismo nivel de contagio que la anterior. Ariel no pudo evitar reírse.

—¡A medio camino, dice! Como ir de Nueva York a Los Ángeles haciendo una parada en Buenos Aires. ¡A medio camino! —paró de reír y lo miró—. El asunto… ¿es complicado?

Ariel entrecerró los ojos. Desvió su mirada hacia el lago.

—Puede ser. Puede que algo más difícil que verte sacar un triste pez con esa caña.

Zack seguía con una sonrisa en su rostro. Asintió.

—Está bien. Vayamos a la cabaña y me cuentas detalles.

Recogieron las cosas del embarcadero y se pusieron a caminar hacia la izquierda, hacia un sendero que se adentraba en el bosque.

—¿Esa cojera?

—No es nada. Un accidente de coche.

—Siempre he dicho que los judíos no sabéis conducir. Nada de alcohol, nada de cerdo. ¿Quién se puede fiar de vosotros al volante?

Ariel no replicó. Necesitaría unas horas para acostumbrarse al humor de Zack.

—¿Quién te dijo que podrías encontrarme aquí? —le preguntó Zack mientras se colocaba la caña al hombro.

—El viejo Joe. Pasé por su rancho para asegurarme.

—Maldito hijo de puta. Cualquier día ese bastardo les dibujará un mapa a los rusos para que vengan a finiquitarme.

La cabaña seguía igual a como la recordaba. No era grande, pero tenía todo lo necesario para un tipo como Zack. Una cocina con hornillo y fregadero, la misma mesa plegable que la última vez, una silla, un sofá donde en ese momento había tumbado un perro negro enorme y un camastro que podía tener más de cien años, cerca de la chimenea. Sin radio, ni televisor. Una escopeta de caza, más vieja que la cabaña, colgaba de un gancho en el techo en una esquina de la estancia.

Ariel le había explicado todo lo ocurrido en España. El incidente con la hija de Jessie Carter en el acantilado, su repentina contratación como guardaespaldas de la niña, los asesinatos en los conciertos y el secuestro de la niña por los colombianos.

—Así que el Ejército de Liberación Nacional —dijo Zack, y dio un trago a su botellín de cerveza.

Ariel asintió. Estaba con la espalda apoyada en la pared. Zack soltó un silbido desde la silla.

—¿Y piensas adentrarte en la selva para localizar a ese comandante?

Ariel negó con la cabeza. Dio un sorbo a su vaso de agua.

—Pensé que quizás en tu sótano podríamos encontrar algo de información que me interesa —dijo mirando hacia la trampilla oculta por el viejo camastro.

Zack siguió su mirada. Sonrió. Se levantó de la silla y fue hasta allí. Lo arrastró, lo movió un par de metros y miró hacia Ariel. Le hizo un gesto a la vez que tiraba con fuerza de la agarradera metálica de la trampilla.

—Tú dirás, colega —le dijo.

Bajaron los trece escalones y se encontraron en un amplio sótano. Ariel sabía que aquello era un verdadero búnker a prueba de explosiones, con paredes de medio metro de hierro y hormigón reforzado. Sabía que detrás del enorme panel de madera, a lo largo de toda la pared del fondo, había un auténtico arsenal de armas, de todo tipo. En la pared de la izquierda, en una mesa alargada, estaban los equipos informáticos, con tres enormes pantallas y decenas de cables y conexiones a aparatos cuyas funcionalidades solo Zack conocía.

Zack se sentó en una silla de cuero giratoria y de respaldo alto, con ruedas para desplazarse por la larga mesa, de aparato en aparato. Ariel lo vio pulsar varios botones de una torre que estaba junto a otro cacharro que no supo identificar. Las tres pantallas cobraron vida. Lo vio comenzar a teclear y en la pantalla central apareció el emblema de la CIA. Se fijó en que Zack introducía algún código o clave para acceder al sistema. El estadounidense se giró hacia él.

—¿Cómo dices que se llama ese comandante, Eliécer… qué más?

—No. No quiero información del comandante. La quiero de su único hermano, de Juan Esteban Chamorro —dijo—. Busqué información en España. Es empresario de la construcción, jefe de una de las constructoras más importantes del país, Construcciones Nueva América. La sede principal, donde está el despacho desde donde trabaja, está en la Avenida Alsacia, número ciento diecisiete.

—No lo pillo, colega.

—Lo que necesito es información sobre el sistema de vigilancia y seguridad del edificio. Guardas, turnos, cámaras, alarmas… —Ariel hizo una pausa—. Voy a entrar a ese despacho.

Zack se quedó mirándolo, confundido. Unos segundos después, una amplia sonrisa se dibujó en su cara.

—Me gusta, me gusta —dijo, y se dio la vuelta para seguir tecleando—. Pero, para eso… voy a contactar vía interna con mi colega friki del departamento. No hay nadie como ese pelirrojo cabrón para ese tipo de cosas. Te digo que en menos de dos horas tienes todo lo que quieres.

Ariel asintió. Zack se quedó mirándolo.

—¿Algo más?

—La hija de Juan Esteban, la única sobrina del comandante. Se llama Margarita. Asiste a clases en la Universidad La Gran Colombia de Bogotá. Sería ideal tener sus horarios de clases. Tengo algo en mente y me será útil. —Levantó las cejas, haciendo un gesto hacia Zack—. ¿Sería posible?

Zack soltó un silbido, frunciendo el ceño. Se giró y continuó tecleando.

—Eso no te lo digo seguro. Supongo que tenemos algún equipo en Bogotá, en algún piso franco. Siempre hay alguno, igual que en Caracas. —Comenzó a tararear algo mientras seguía tecleando—. Le pondré un mensaje a Ramírez. Ese latino me debe una. Veremos si hay suerte.

Zack se volvió a girar hacia él.

—¿Cuándo vamos?

Ariel frunció el ceño, con media sonrisa en sus labios.

—¿Vienes?

Zack soltó una carcajada *made in* Montana.

—¿A qué cojones has venido si no, a este lugar perdido en el mundo? ¿A verme pescar una puta trucha?

Ariel sonrió. Le gustaba la espontaneidad de su amigo. Directo y al grano, sin tapujos.

—Está bien, no esperaba menos —dijo Ariel mostrando sus dientes—. Si salimos mañana a primera hora en un vuelo desde Great Falls, haciendo escala en Los Ángeles, por la noche ya estaremos en Bogotá. Eso solo nos dejará dos días, así que tendremos que actuar rápido.

Zack alzó las cejas.

—¿Ya tienes claro el itinerario que quieres?

Él asintió.

—Son diecisiete horas entre ambos vuelos, contando la hora de espera en la escala. Tiempo de sobra para preparar el plan de acción, y tiempo de sobra para dormir y llegar descansados —dijo mirando a Zack.

El estadounidense se levantó de la silla y caminó hasta lo que parecía un viejo aparato de radio. Desatornilló la tapa posterior y metió la mano. Sacó una especie de estuche de cuero desgastado, agrietado. Comenzó a sacar pequeñas libretas. Eran pasaportes. Se quedó observando uno y se lo mostró.

—Michael Stanton, profesor adjunto de matemáticas en la Universidad de UCLA —dijo mirando hacia Ariel mientras sostenía el pasaporte en la mano—. ¿Qué te parece?

Ariel pensó en Margarita Chamorro, la sobrina del comandante Eliécer Chamorro, la que asistía a clases en la Universidad La Gran Colombia de Bogotá.

—Es perfecto —dijo.

# CAPÍTULO 47

Pietro volvió a entrar al sótano. El de los seis millones seguía en la misma posición, acurrucado, con su muñeca enganchada con unas esposas a la gruesa argolla de la pared de piedra. Sabía que las posibilidades de que ese desgraciado pudiese escapar de allí eran minúsculas, incluso sin estar esposado, pero a Pietro no le gustaban las sorpresas. Todo en su sitio, todo en orden. Y el desgraciado seguía sin moverse, en su sitio, en orden. Pietro le había sacado toda la información que quería sobre el hombre de la foto, la mansión de su cuñada, el sistema de seguridad. Y también toda la información relativa al secuestro, la forma en que se realizaría el intercambio, el punto donde maletas y niña iban a cambiar de manos en dos días.

Le lanzó una bolsa con cuatro sándwiches envasados y cuatro pequeñas botellas de agua. Cayeron a medio metro del futbolista. Él estiró su brazo libre para cogerlo, para llevarse uno de los sándwiches a la boca y tratar de abrir el envase de plástico con los dientes. Sacó como pudo uno de ellos y comenzó a masticarlo, a tragar con ansias. Aquello asqueó a Pietro, que a punto estuvo de acercarse y soltarle una patada en la boca. Pero se contuvo al mirar sus zapatos, negros, brillantes. El delicado cuero de sus Gucci no merecía entrar en contacto con aquellos dientes. Eso lo cabrearía aún más.

—¿Cuándo… cuándo podré salir de aquí?

Pietro se quedó mirándolo. Le había hecho llamar a su mujer para decirle que no podría estar disponible en los próximos días. Un asunto profesional, de patrocinadores, en el extranjero. Pietro no quería que los familiares de ese desgraciado se preocuparan por su ausencia y contactaran con la policía. Un par de días era suficiente.

—No los comas todos. Con eso tienes para varios días. Nadie bajará aquí para darte más comida o más agua. Intenta no comer como un perro hambriento. Piensa con tu puta cabeza.

El otro dejó de masticar. Lo miró sin poder evitar un gesto de confusión en su rostro.

—Varios… varios días más… ¿aquí?

Pietro se encogió de hombros.

—Ya te deberías estar haciendo a las comodidades de esta suite. Quizás no sea como las de los casinos que solías frecuentar, pero —hizo un gesto, mirando por todo el sótano— yo creo que tiene todo lo que tú necesitas en estos momentos.

—Pero…

—¿Hubieras preferido el fondo del barranco?

El otro se calló. Pero pronto volvió a abrir la boca.

—¿Y si… necesito…?

Pietro se quedó mirándolo unos instantes, sin decir nada. Luego asintió. Caminó hasta una esquina del sótano, llena de trastos viejos y cajas cubiertas de telarañas. Sacó el palo de una fregona de un cubo azul, que más parecía gris que azul. Desde allí lanzó el cubo al futbolista. Este soltó un quejido cuando el sucio cubo impactó en su pierna.

—Prueba a hacerlo ahí.

—Pero…

—¿Prefieres el barranco?

El futbolista se volvió a callar. Agachó la cabeza y comenzó a lloriquear. Pietro negó con la cabeza. No estaba dispuesto a escuchar lamentos y gimoteos infantiles de alguien que estaba donde estaba por su falta de cabeza, por sus malas decisiones. Por creerse mejor y más listo que los demás. Salió por la puerta del sótano sin mirar atrás. Cerró el candado de la puerta con la llave y subió las escaleras que daban acceso a la planta superior.

Encontró a su jefe en la piscina, con los brazos sobre los hombros de dos jovencitas que por edad podrían ser sus hijas. Quizás incluso sus

nietas. Una rubia y otra morena. Pietro las había visto alguna otra vez por la mansión. Ellas solo llevaban un diminuto tanga y tenían los pechos al descubierto. Sonrieron al verlo acercarse. Él se quedó de pie, en el borde de la piscina. Stefano lo miró y luego hizo un gesto a las jóvenes para que se retirasen. Le dio una palmada a la morena en una nalga cuando esta comenzó a subir los cuatro escalones para salir de la piscina.

—Me encantan las conversaciones con Nadia y Cristina —dijo su jefe—. No hablan si no se les pregunta, no interrumpen, no molestan. Se limitan a un «sí, mi amor» de vez en cuando, esporádico, para no hacer monótona mi existencia. Casarse es de fracasados, de hombres que creen que necesitan una mujer que les lleve la casa, que les dé hijos, que les dé felicidad. —Se comenzó a reír mientras se incorporaba—. ¡*Felicità*! La felicidad se encuentra entre los pechos de rubias como Nadia, entre las ingles de morenas como Cristina. Son gemidos y no peroratas de vieja amargada lo que necesita escuchar un hombre para sentirse vivo. —Caminó hasta una hamaca, cogió un batín y se lo puso. Apoyó sus manos sobre la baranda de mármol y se quedó mirando al horizonte, al mar plateado y brillante—. Pero tú eres más listo, mi Pietro. Eres más de Nadias y Cristinas de vez en cuando que de Inmaculadas o Josefinas para toda la vida.

Avanzó unos pasos hacia su jefe. Sonrió. Le gustaba la actitud del viejo, tan parecida a la de su difunto hermano, Salvatore. Por un momento le vino la imagen de aquella noche, en Nápoles. La noche en la que Salvatore murió. La noche en la que su querido hermano gemelo, Angelo, también perdió la vida. La noche en la que ambos fueron asesinados. Y después otra imagen, fugaz como un puñal lanzado al corazón. La del rostro del hombre de la foto. En un acto inconsciente se llevó la mano al surco de su frente, a la fea cicatriz. Pietro apretó los dientes. Pasaron unos segundos hasta que consiguió relajarse. Sonrió. La vida le daba una segunda oportunidad, y no pensaba desaprovecharla. Se percató de que su jefe llevaba un rato hablándole.

—¿Me escuchas, Pietro? —le dijo Stefano sin volverse, sin dejar de mirar hacia el horizonte.

—Te escucho.

—Vienes a decirme que te crees lo del imbécil y su carpeta.

—Creo que puedo recuperar tu dinero.

Stefano permaneció un momento en silencio. Tamborileó los dedos en la baranda de mármol pulido.

—¿Por qué le has creído esta vez? Hasta un retrasado como ese puede venir con unas fotos e inventarse una historia. Solo para respirar unos días más —dijo, y se dio la vuelta para mirarlo—. ¿Crees que me compensa tener a esa rata encerrada en un cuartucho de mi casa? Solo el pensamiento me repugna.

—Sé que esta vez dice la verdad. Y voy a comprobarlo. Esta misma tarde salgo hacia Madrid. Si todo va según lo que tengo previsto, en dos días estaré de vuelta. Con tu dinero.

Stefano lo miró a los ojos. Asintió.

—¿Y qué harás después con esa rata?

Pietro no contestó. Solo sacó su sonrisa siciliana, la que dejaba a la vista uno de sus colmillos.

# CAPÍTULO 48

—¿Sabes algo de algún compañero del equipo? —preguntó Ariel antes de dar otro sorbo a su refresco.

—Con Jimmy he coincidido en varias operaciones. Nigeria, Georgia y Chile —dijo Zack—. Creo que ahora anda por África, otra vez. Un asunto de piratas somalíes, me dijo. De Johann no sé nada. Hace tiempo que no paso por Alemania. —Dio un largo trago a su cerveza—. Tampoco de Mark. Creo que el MI6 andaba un poco convulso, con reformas desde arriba. El Brexit, los políticos de mierda, siempre el mismo rollo.

—Buen tipo, y buen profesional, Mark. De los que quieres tener a tu lado cuando las cosas se ponen feas —dijo Ariel. Volvió a mirar hacia la acera de enfrente. Desde la terraza de la cafetería podían ver las tres papeleras. En una de ellas el contacto dejaría el paquete —. Yo estuve en contacto con Bastian. Me echó un cable con un feo asunto en el que me vi envuelto por accidente en España. Está bien, todo en orden. El DGSE sigue teniéndolo en nómina. Una operación aquí, otra allá, ya sabes.

—No hay nadie como el gabacho detrás de un teclado. Maldito friki de teclados y cables, y te lo dice uno que entiende de eso. Pero lo de ese cabrón es otro nivel.

Él asintió. No sabía qué habría sido de él sin la ayuda de Bastian en el asunto de Burgos.

—¿Las chicas? —preguntó Ariel.

—Jimmy me comentó que coincidió con Giulia en la operación de Georgia. Una colaboración entre agencias. Al parecer salió bien, un político muerto, un socio de narcotraficantes del este menos —dijo haciendo el gesto de brindar al aire con su botellín de cerveza.

Ariel asintió. Había trabajado en ese grupo gracias a una colaboración conjunta de unos cuantos países. El «*Clean Team*», lo llamaban. El equipo de limpieza que barría la basura más inmunda sobre la faz de la tierra. Dictadores, narcotraficantes, vendedores de armas. Todo operaciones encubiertas, sin respaldo oficial de

gobiernos. Técnicamente, ellos no existían. Identidades falsas, nombres y apellidos vacíos como el éter. Si alguno caía, ahí quedaba la cosa. Sin nota oficial de ninguna agencia, sin nadie que fuese a una puerta a tocar y dar la noticia a familiares. Pero en las decenas de operaciones durante aquellos años, no habían fallado. Todos volvieron, siempre. Los mejores activos de cada agencia. La *crème de la crème*. La colaboración había terminado tras la última operación conjunta, fallida, en Rusia. Salieron vivos de milagro. Hubo filtraciones y la misión estuvo en riesgo, a punto de ser un desastre. Las agencias decidieron archivar el proyecto *Clean Team*. Enterrarlo, borrarlo, certificar que nunca existió, ni en los archivos más clasificados de cada gobierno involucrado. Equipo desintegrado, cada uno a su casa, con su agencia correspondiente.

—¿Y Eva? —preguntó Ariel.

—Ni idea. Y fíjate que me gustaría saber de ella —dijo, guiñándole un ojo—. No he visto mujer más explosiva e irresistible que ella. Joder, chico, jo-der.

Ariel sonrió. Era verdad que Eva Svensson, del MUST sueco, tenía un cuerpo espectacular, combinado con una personalidad realmente atractiva. Y era una espía especializada en infiltrarse entre objetivos enemigos, en mimetizarse con el entorno, en obtener información de campo. Lo hacía como nadie. Ariel volvió a mirar hacia la acera de enfrente. Ahí estaba, el contacto, el de la gorra verde. De piel negra, rasgos colombianos. Caminaba comiendo algún tipo de sándwich. Seguía mirando hacia delante, sin tratar de localizar a quien cogería el «paquete» que estaba a punto de entregar. Bien.

—Ahí está —indicó Ariel.

Lo vieron dejar el envoltorio del sándwich en la segunda papelera, la que estaba prácticamente llena, rebosando basura. Siguió su camino, sin mirar a los lados, sin mirar hacia atrás, comiendo lo poco que quedaba del sándwich. Bien. Ariel agarró un puñado de servilletas y se levantó, esperó a que pasaran tres vehículos y, cuando la carretera estuvo despejada, cruzó y se acercó a la papelera. Dejó las arrugadas servilletas y cogió el envoltorio del sándwich. Siguió caminando por la acera como si nada, dobló la esquina y avanzó por la calle perpendicular, la que bordeaba un

parque. En ese momento, Zack estaría pagando la cuenta y levantándose para encontrarse con él en la habitación del motel donde se alojaban ese día.



Cuando llegó al motel, cargado con una enorme bolsa de deporte negra, Zack ya lo estaba esperando en la puerta. El paquete que el contacto había dejado contenía una caja con la llave de un vehículo y una nota indicando el lugar donde estaba aparcado. En el maletero de ese coche estaba todo lo que Ariel había pedido a Ezra, en una bolsa de lona negra.

Ariel miró a Zack y este asintió, echándose a un lado, preparándose por si dentro había alguna visita inesperada. Metió la llave de la habitación en la cerradura y abrió la puerta un par de centímetros. Ladeó su cabeza para observar con detalle un punto en la parte superior de la puerta. La pequeña tira de papel que habían dejado pegada desde el marco hasta la esquina de la puerta seguía intacta, sin haberse partido. Nadie había entrado en la habitación. Bien. Abrió un poco más la puerta y la tira de papel se partió en dos pedacitos. Entraron y Ariel dejó la bolsa de lona negra sobre una de las camas. Abrió la cremallera. Zack se acercó a mirar el contenido. Soltó un silbido. Había varias microcámaras de vigilancia, dos pequeñas pantallas, dos pistolas, un rifle de francotirador, varias cajas con munición, unos prismáticos, un detonador, varios rollos de cable y material explosivo.

—Vaya, tu amigo de la embajada no es un funcionario cualquiera. Sabe de lo nuestro.

Ariel asintió mientras cogía algo metálico pegado con cinta aislante en un lateral del interior de la bolsa. Una llave, con una inscripción y una dirección anotada en un pequeño llavero. Sabía lo que era. La llave de un piso franco que algún equipo del Mossad habría estado usando hacía semanas, quizás incluso hacía meses. Si

Ezra le había dado esa llave era porque estaba vacío. Zack miró la llave, también sabía lo que era.

—No vas a arriesgarte, ¿verdad?

Ariel negó con la cabeza y lanzó la llave al fondo de la bolsa. Aunque confiaba en Ezra, no podía arriesgarse. Los tentáculos del Mossad eran demasiado largos. El teléfono de su amigo en la embajada podía estar pinchado. En ese piso podía haber alguien esperándolos. Ariel tenía pruebas más que suficientes para confirmar que, después de lo que pasó, después de su salida de Israel, el Mossad lo quería tener controlado.

—Te he querido preguntar algo desde que viniste a verme al lago, y creo que ahora es el momento.

Ariel sabía por dónde iba su amigo. Probablemente todos sus excompañeros del *Clean Team* estaban al tanto. Su mente voló varios meses atrás, a aquella fatídica noche. La operación encubierta en Rusia. La sensación de haber sido traicionado. Su padre como moneda de cambio. La frustración, la rabia, la necesidad de saber qué diablos había ocurrido, de saber por qué había ocurrido. La mansión de su jefe, en las afueras de Tel-Aviv. Infiltrarse, sin ser visto, como una coreografía estudiada donde un ratón va esquivando gato tras gato, sorteando obstáculos, hasta llegar al pedazo de queso. Su jefe, en pijama, arrodillado, jurando no tener nada que ver en todo aquello. Suplicando por su vida. Él encañonándolo en la frente. La sensación del frío metal en la mano. La sensación de sentirse vacío. Decepción, ira. No llegó a apretar el gatillo, pero algo así tenía graves consecuencias. No fue a prisión, el primer ministro intercedió. Un activo demasiado importante, demasiado eficiente para los intereses de Israel. Es difícil prescindir para siempre de tu mejor punta de lanza. Por eso el castigo, por eso lo expulsaron. De forma temporal o permanente era algo que Ariel no sabía. Lo que sí sabía era que el Mossad no dejaría salir así, sin más, a ese tipo de activo fuera de las fronteras de Israel. Por eso lo estaban controlando.

Zack soltó la pregunta que él estaba esperando.

—¿Cómo diablos pudiste infiltrarte tú solo en la mansión de tu jefe? Joder, eso tiene que ser una puta fortaleza en cuanto a

seguridad y hombres armados. Estamos hablando de la vivienda del máximo responsable de uno de los servicios de inteligencia más potentes de este jodido planeta.

—Con cuidado —respondió mientras llevaba algunas cosas de la bolsa a la mesa que había al otro lado de la habitación, junto a una pared.

Zack lo observó moverse por la habitación. Soltó una carcajada.

—¡Con cuidado, dice! ¡Qué cabrón! —dio una palmada—. ¿Y es verdad eso de que lo obligaste a arrodillarse y lo encañonaste en la frente? Joder, ¿qué se siente, amigo?

Ariel seguía mirando el material que estaba organizando sobre la mesa. Se encogió de hombros.

—Nada especial. Yo no sentí nada especial. Pero vi en sus ojos lo que estaba sintiendo él. Y solo por eso ya mereció la pena.

Zack caminó hasta la mesa.

—Ese bastardo se debió de cagar en los pantalones —dijo soltando una risita, y se puso a ayudarlo con el material de la mesa.

Zack seguía conectando cables, sentado en una silla, inclinado sobre la mesa, manejando unos alicates con destreza. Ariel cogió uno de los teléfonos de prepago que había comprado en España para comunicarse con Marcus. En Bogotá había comprado otros tres, para la operación que estaban a punto de ejecutar. Volvió a echar un vistazo a la carpeta que habían llevado allí desde Montana, con la información que les había pasado el contacto de Zack en la CIA. Ahí estaba todo lo que necesitaban saber para llevar a cabo esa misión. Para infiltrarse en el edificio sorteando la seguridad, para instalar lo que Ariel tenía pensado en el despacho de Juan Esteban Chamorro, hermano del comandante Chamorro del ELN.

Ariel miró la pantalla del teléfono y volvió a marcar el número grabado, el del móvil que había entregado a Marcus. Desde que salió

de España, lo había llamado cada día para ver cómo estaban las cosas. Siempre la misma respuesta. Parecía que la niña estaba bien, según la foto de la web. Algo de ojeras, cara de cansada y asustada, pero seguía con vida. Ariel escuchó la voz de Marcus al otro lado de la línea.

—Dime —respondió el guardaespaldas.

—¿Alguna novedad?

—Han vuelto a llamar esta mañana. Jessie les ha exigido saber hora y lugar del intercambio. Han accedido, en parte. Será mañana al oscurecer, ocho de la tarde. —Una pausa al otro lado del teléfono —. Han vuelto a recalcar que si ven algo raro, un solo policía en un radio de medio kilómetro, se cargan a la niña. Y solo quieren que mandemos un hombre con las dos maletas. Solo uno, ni uno más.

Ariel tensó la mandíbula. Ya suponía que querrían realizar el intercambio a esas horas, aprovechando la oscuridad, pero todavía con cierta normalidad en Madrid. Realizar movimientos raros de entrega de maletas y una niña, de madrugada, llamarían demasiado la atención de cualquier testigo que pudiera pasar por el lugar del intercambio. Los colombianos necesitaban oscuridad, pero todavía con la ciudad en movimiento, con más estímulos visuales para distraer a la gente. Y con más gente entre la que esconderse en caso de necesitar alguna vía de escape en el metro, en algún autobús de línea, o entre carriles todavía con bastantes vehículos. Las ocho de la tarde. Eso serían seis horas menos en Bogotá, sobre las dos. Todavía horario de trabajo, todavía horario de despachos. Bien.

—¿Lugar? —preguntó Ariel.

—Nada. Han dicho que llamarán media hora antes para comunicar el lugar exacto.

—Sin margen de maniobra. El tiempo justo para llevar las maletas con el dinero y recuperar a la niña.

—Así es.

—¿Cómo está Jessie?

—La jefa está muy nerviosa. En su habitación, drogada hasta las cejas para intentar dormir algo. Su hermana le sigue subiendo algo

para comer o beber de vez en cuando. —Marcus calló unos instantes —. Ahora creo que la está ayudando a ducharse.

—Ya. ¿Y Santa?

—¿Cómo?

—Mi gata, ¿cómo está?

—Ah, sí, el gato. Está bien, supongo. Yo lo veo por el jardín, y que entra y sale a tu furgoneta. Supongo que la jefa o su hermana le darán algo de… qué sé yo, lo que coman los gatos.

—¿Cómo ha organizado Roberto el intercambio?

—Va a mandar a uno de sus hombres con las dos maletas. Llevará un micro y una microcámara incorporada en la solapa para poder tener señal de audio y vídeo por lo que pueda pasar.

—¿Y el resto?

—Estaremos en el puesto de control, viendo en directo el intercambio. Roberto quería que Jessie se quedara en casa, dejarnos al margen y él encargarse de todo, pero la jefa ha exigido estar viéndolo todo también. Estaremos todos.

Ariel asintió. Sabía que Jessie Carter no sería capaz de estar encerrada en su habitación en un momento como ese.

—Bien. Mañana, justo antes del intercambio, cuando ya estéis viendo las imágenes y en contacto con el hombre de Roberto, me llamas.

—De acuerdo —dijo Marcus. Y Ariel colgó.

Tras cortar la comunicación, caminó hasta la mesa donde Zack estaba metiendo varias cosas en una pequeña mochila negra.

—Esto está listo, colega. Cuando digas, nos ponemos en marcha.

Ariel asintió y miró la hora.

—Esperaremos dos horas más, repasaremos el plan y después nos pondremos en acción.  Entraremos en ese edificio.

# CAPÍTULO 49

Ariel volvió a mirar a través de los prismáticos. El objetivo seguía hablando con el otro hombre. Seguramente algún cliente, otro empresario o algún funcionario de ayuntamiento con ansias de cerrar un trato beneficioso, tanto para el constructor como para su bolsillo. Ariel estaba tumbado detrás de su rifle, en la azotea del edificio de enfrente. Desde que recibieron la información del contacto de la CIA sobre la ubicación del despacho de Juan Esteban Chamorro, Ariel sabía que podría hacerlo perfectamente desde la azotea de ese edificio, de altura similar a la del despacho en el ático del edificio de oficinas del constructor. Ochenta y siete metros de distancia entre el cañón de su rifle y el sillón donde estaba sentado el objetivo. Para Ariel eso era más fácil que darle un cachete a un tonto, o que romperle un dedo a un payaso.

La noche anterior habían entrado en el edificio por un ancho conducto de ventilación desde la azotea. Había dos guardas de seguridad haciendo la ronda. Insuficiente para semejante superficie de oficinas; un edificio de treinta y seis plantas. Después de burlar media docena de cámaras y desactivar tres alarmas de acceso a diferentes estancias, habían entrado en el despacho del objetivo. Y lo habían dejado todo instalado. Para ellos había sido algo fácil, rápido, limpio. Nada comparado a otras infiltraciones que habían tenido que hacer en operaciones encubiertas, en territorio hostil con mercenarios en estado de alerta y armados hasta los dientes.

Ariel entrecerró los ojos. El objetivo seguía conversando con aquel hombre. Necesitaba que ese tipo saliese de ahí, y que Juan Esteban Chamorro se quedase solo en su despacho. Miró el reloj de la pantalla del móvil. Faltaban unos minutos para el intercambio. Se giró y miró el otro teléfono, el que había comprado en España, al que llamaría Marcus en cuestión de minutos. Cogió el móvil de prepago que había comprado al llegar a Bogotá y marcó un número de teléfono.

—Construcciones Nueva América, habla con Cristina, dígame —dijo una voz de mujer.

—Buenas tardes, esta es una llamada urgente. Necesito hablar inmediatamente con don Juan Esteban Chamorro —dijo Ariel.

—Ahora no es posible, el señor Chamorro está reunido.

—Es muy urgente. Dígale a Juan Esteban que…

—Le repito que ahora no puede ser —le cortó—. Si quiere puede dejar recado y yo…

—Es el comandante quien quiere hablar con don Juan Esteban —interrumpió Ariel—. Y el comandante dice que es muy urgente.

Un silencio al otro lado del teléfono.

—Lo aviso —dijo ella.

Ariel vio a través de los prismáticos cómo el objetivo pulsaba el interfono de su mesa y miraba hacia el aparato, escuchando las palabras de su secretaria. Lo vio estrechar la mano del otro tipo y despedirlo con un gesto cuando el otro se levantaba y caminaba hacia la puerta. Bien. Escuchó un zumbido en su teléfono. La secretaria había desviado su llamada al teléfono del despacho de Juan Esteban Chamorro. Estaban en línea.

—¿Eli? —dijo el objetivo. Tras un silencio en la línea de varios segundos, volvió a hablar—. ¿Con quién hablo?

—No se mueva —indicó Ariel con voz fría y seca—. ¿Ve un reflejo en la azotea de enfrente, a través de la ventana? —Movió el pequeño espejo, haciendo reflejo con el sol—. Estoy tumbado detrás de un rifle con el dedo en el gatillo. Pero si cree que ese cristal detendrá a mi proyectil, le aconsejo mirar a su derecha, a la balda central del armario.

Ariel pulsó el botón de un dispositivo mientras veía al objetivo desviar la mirada hacia la derecha. En esos momentos, estaría viendo encenderse una pantalla con unos números digitales en verde. Una cuenta atrás. Esa misma cuenta atrás aparecía en el pequeño dispositivo que Ariel sujetaba en su mano. Nueve minutos y cincuenta y seis segundos en ese preciso instante.

—¿Tengo que explicarle qué significa eso? —dijo. El objetivo no contestó. A Ariel le pareció ver sudor en la frente de Juan Esteban—.

Ahora quiero que se agache y mire debajo de la mesa. Con cuidado, no vaya a tocar nada que no quiera.

Lo vio agacharse. En esos momentos, estaría viendo el entramado de cables y los explosivos colocados bajo la mesa.

—Pero… ¿pero qué...? —comenzó a decir el objetivo, con voz temblorosa.

—Abra el tercer cajón de su izquierda. El de más abajo. Saque lo que hay ahí. Póngalo sobre la mesa.

Ariel lo vio inclinarse. Un momento después se irguió y puso un par de aparatos en la mesa, delante de él: un teléfono móvil y la pantalla de lo que a Juan Esteban le estaría pareciendo una *tablet* o dispositivo similar.

—Muy bien, señor Chamorro. Tome ese celular y marque el número de su hermano —le ordenó Ariel—. Necesito hablar con él. Es urgente.

Tras un momento de silenció, Juan Esteban Chamorro habló.

—No, a ver, yo no puedo… yo…

Siete minutos y cincuenta y ocho segundos. Ariel no tenía tiempo para dudas y titubeos.

—Mire la pantalla que tiene sobre la mesa. Quizás eso le haga ser más resolutivo.

Ariel cogió otro dispositivo que había colocado junto al bípode del rifle. Algo que parecía un mando a distancia. Pequeño, rectangular, con seis botones. Pulsó uno de ellos. En ese momento, se estaría encendiendo la pantalla del aparato que tenía en las manos el empresario. Y también en ese momento, estaría viendo la cara de su hija, Margarita, amordazada y con el cañón de una pistola colocada en su sien. Zack la había asaltado de camino a la universidad, cuando pasaba junto a los contenedores de un callejón cercano al campus. La había reducido fácilmente y metido a un coche de alquiler. Estaban en un descampado, en las afueras de Bogotá, fuera de la vista de ojos indiscretos.

—¡Margarita! ¡Pero qué…! —dijo el objetivo—. ¡Hijos de mala perra!

Ahora el sudor en la frente de Juan Esteban era mucho más visible. La camisa azul estaba tomando un tono muy oscuro en el

cuello y las axilas.

—No grite —dijo Ariel—. Si su secretaria entra por esa puerta, el primer tiro irá para ella. El segundo se lo meterá mi colega en la cabeza a su hija, para que usted lo vea, unos segundos antes de que el tercer disparo de esta tarde sea el que le vuele los sesos. Y después… *¡Boom!* El despacho por los aires, para no dejar rastro.

Ariel notaba a Juan Esteban respirando con dificultad, hiperventilando. Ya tenía la camisa azul empapada.

—Bien. Ahora agarre el celular. Llame a su hermano y lo pone en manos libres. Y después hace lo mismo con la línea por la que estamos hablando. Vamos a ver qué tal se nos da esta llamada a tres bandas.

—No, de verdad, no…

—Mire a la puta balda del armario, Juan Esteban. —Lo vio girar la cabeza. Ariel miró a su dispositivo—. Marca siete minutos y veintitrés segundos, ¿verdad? ¿Cree que tiene tiempo para pensar?

Vio cómo cogía el teléfono móvil y pulsaba los números. Escuchó el sonido de tono en la línea. Ya estaban en manos libres.

—Diga —dijo una voz. El corazón de Ariel comenzó a latir un poco más rápido.

—¿Eli? —dijo Juan Esteban Chamorro.

—Juan —respondió el comandante—, ¿cuántas veces te he dicho que no me llames a mi celular person…?

—Eli —le cortó Juan Esteban—, la tienen, la han raptado. ¡Dios mío, tienen a Margarita!

Un silencio. Largo, tenso, pesado.

—¿Tienen? ¿Quiénes tienen?

—Buenas tardes, comandante Chamorro —dijo Ariel—. Me hubiera gustado hablar este asunto cara a cara, tomando un buen café colombiano en alguno de sus campamentos en el corazón de la selva. Pero andaba un poco justo de tiempo y pensé que su querido hermano —hizo una pausa—, y su adorable sobrina, podrían ayudarme a acelerar un poco nuestra conversación.

Otro silencio. Más largo. Más tenso. Más pesado.

—¿Quién es usted? ¿Con quién hablo?

—Eso no es importante. Lo importante es que sus hombres han secuestrado a una niña de diez años, en España. Y ahora mismo está a punto de producirse el intercambio. La niña por el dinero. ¿Le suena de algo, comandante?

Ariel no quiso dar más explicaciones. No mencionó las cartas de extorsión a Jessie Carter. En el caso de que ese secuestro no estuviese ordenado y orquestado por el propio comandante, sino por alguno de sus subordinados en el ELN que quisiera llevarse los veinte millones con todo aquello, Ariel no quería exponer a la cantante. No quería represalias por parte del líder del ELN.

—¿Una niña? ¿En España? —se aclaró la garganta. Se dirigió a su hermano—. Juan, espero que esto no sea una broma. Es de muy mal gusto…

—No, no, Eli —dijo el empresario—. La tienen, la estoy viendo por video. Amordazada, apuntándola a la cabeza. Eli, por Dios, si lo de España es verdad…

—¿No le suena de nada, comandante? —preguntó Ariel—. ¿No ha dado usted ninguna orden de secuestro en España? —añadió apretando los dientes. Miró la pulsera de cuero de su mano derecha. La gota de sangre, el medio corazón. La pulsera de la amistad para siempre.

El comandante no habló. Fue Juan Esteban quien lo hizo, muy alterado.

—¡La bomba, por Dios y por la virgen, pare eso!

Ariel lo había visto mirar hacia la balda, hacia la cuenta atrás. La pantalla marcaba seis minutos y doce segundos.

—¿Qué bomba? —preguntó el comandante.

—¡Una bomba, explosivos! —contestó Juan Esteban—. ¡Esos locos han llenado mi despacho de explosivos!

—Su querida sobrina y su querido hermano están en sus manos, comandante —dijo Ariel—. Si le ocurre algo a la niña durante el intercambio, tenga por seguro que…

—¡¿Qué niña?! ¡¿Qué intercambio?! ¡Yo no he ordenado ningún secuestro! —gritó Eliécer Chamorro—. Eso de lo que usted me habla no es cosa nuestra.

Ariel alzó las cejas. Apartó la vista de las lentes de los prismáticos. Frunció el ceño.

—¿Puede ser que alguno de sus subordinados haya ordenado este secuestro a modo de extorsión para el cobro de un rescate?

—¡No! ¡Imposible! —contestó, tajante. ¡Ninguno de mis hombres se atrevería ni siquiera a pensar algo así sin comunicármelo!

Ariel apreció confianza y determinación en la respuesta. Pero no podía fiarse. No todavía. Tenía que llegar hasta el final, cuando la vida de su hermano y sobrina realmente estuvieran colgando de un hilo. Porque solo en ese momento, y en ningún otro, es cuando las verdades salen solas.

Y en ese momento, sonó a su lado el otro teléfono móvil. Era Marcus.

# CAPÍTULO 50

—¿Marcus? —dijo Ariel.

—Al habla.

—¿Cómo está el asunto? —le preguntó. Había dejado los prismáticos y ya miraba, a través de la mirilla del rifle, hacia el despacho de Juan Esteban Chamorro.

—El hombre va de camino, con las maletas —dijo el guardaespaldas desde Madrid—. La entrega va a hacerse en un polígono industrial de las afueras. En el tercer pabellón, en una esquina donde hay cuatro contenedores. Han dicho que debe dejar las dos maletas y desaparecer de allí, sin esperar a que ellos vayan a recogerlas. Dejarlas y desaparecer.

—¿Y María?

—Ellos recogerán el dinero y un minuto después llamarán para decir dónde dejan exactamente a la niña.

Ariel se quedó pensativo.

—No me gusta. ¿Vais a tener señal visual de la entrega?

—Sí, lo estamos viendo en la pantalla. Lleva la microcámara en el cuello de la camisa. Ahora mismo está acercándose a los contenedores.

Ariel cogió aire. Miró al otro móvil, el que estaba en manos libres con los hermanos Chamorro en línea. Se acercó al micrófono.

—Comandante, la entrega del dinero se va a producir ahora. No es momento para jugar al despiste, para negar…

—¡No tenemos nada que ver en eso, maldita sea! ¡No sé quién es usted, pero le juro por el apellido de mi familia que si le pasa algo a mi sobrina o a mi hermano, no descansaré hasta…!

—Silencio —le cortó Ariel—. Veamos cómo se desarrolla esto y dejemos las amenazas para el final.

Cogió el teléfono de Marcus.

—Marcus, ¿ya ha dejado las maletas?

—Sí. Junto a los contenedores. Ya está de vuelta, deshaciendo el recorrido. Tal y como han exigido. —El guardaespaldas hizo una

pausa. A Ariel le pareció escuchar a Jessie de fondo, y la voz de Roberto. Estaban hablando, pero no podía descifrar lo que decían—. Ahora solo queda esperar la llamada. Un minuto.

Ariel puso el móvil con el que hablaba con Marcus en manos libres. Todas las líneas en ese modo, para poder manejarse con el rifle. Ya había adoptado esa posición tan familiar para él, en la que había pasado cientos, miles de horas. Tumbado, la cantonera del rifle bien colocada en su hombro derecho, su mano izquierda dejando el guardamanos apoyado con delicadeza en la palma, y el índice de la mano derecha acariciando el gatillo. Inspiró profundamente. Miró a la pantalla del dispositivo que activaba el detonador de la bomba del despacho. Cinco minutos diecisiete segundos. Y menos de un minuto para la llamada de los secuestradores.

# CAPÍTULO 51

Siempre lo habían llamado Blaki, desde niño. Todos lo conocían por ese apodo, incluso los compañeros del cuerpo, todos en su unidad. Nunca supo el origen, aunque siempre intuyó que era por su apellido. Alguna gracia de algún compañero de clase en el colegio que gustó al resto, y así quedó la cosa. Manuel Blázquez se giró cuando escuchó al colombiano bajar por las escaleras. Venía del piso superior, de las oficinas, con los prismáticos en la mano.

—Ya viene. Con las maletas.

Blaki había contratado a los tres sicarios colombianos porque los conocía de otros trabajos. Moviéndose en un mundo oscuro y peligroso, había que tener contactos hasta en el infierno. Pero había hecho las cuentas y estaba satisfecho con la operación, con cómo había salido todo. Un millón a repartir entre esos sudacas, y un millón para él. Más que suficiente. A él también lo habían contratado, y sabía que el montante gordo no le tocaba a él. No le importaba, había disfrutado del proceso. Giró la cabeza y miró la peluca rubia, casi blanca, que estaba tirada en el suelo, junto al sofá. Sonrió. Había sido una jugada perfecta, bien estudiada. Habían tragado, y ahora ese maricón estaría escondiéndose por cualquier rincón de Madrid, como una rata. El maricón, vaya, eso sí que había sido una sorpresa para él. Eso lo hacía todo mucho más excitante. Lo acabarían cogiendo, eso siempre acababa así. Acabaría en la trena, eso también estaba más que claro. Su cuchillo, sus huellas, las imágenes de las cámaras, la huida. Y él lo visitaría, claro que sí. Y también le dejaría un mensaje. O mejor, mandaría a alguien. Se encargaría de elegir a alguien bueno, de los que no fallan. Pero aquello llegaría en su momento. Le molestaba en parte que todo aquello terminase, había disfrutado. Había saciado sus instintos más primitivos, se había excitado en cada apuñalamiento, con la adrenalina fluyendo por sus venas por el riesgo de ser capturado. Las víctimas en los conciertos. Cortar la lengua del cadáver de aquel joven, en la morgue, previo soborno del vigilante de turno. Degollar

a la mujer gorda en su propia casa, dentro de la propiedad de la cantante. Todo eso había sido excitante para él. Pero lo mejor era la sensación de satisfacción que inundaba su cuerpo. La satisfacción de reírse en la cara de la Guardia Civil, de esos hijos de puta, sus excompañeros. Los chivatos, los traidores, los que testificaron en su contra.

La puerta donde tenían a la niña se abrió y salió otro colombiano.

—Está lista —dijo con ese asqueroso acento latino que tanto detestaba Blaki—. ¿La llevo ya?

Blaki lo miró. Levantó la mano pidiendo calma.

—En cuanto entre tu colega por esa puerta con el dinero, hago la llamada y la llevas. Y salimos todos de aquí cagando hostias.

# CAPÍTULO 52

Pietro volvió a ocultarse en las sombras. Acababa de pasar a tres metros de él, por la acera, uno de los tipos, uno de los tres colombianos metidos en el ajo. Llevaba las maletas con el dinero. Según el plan del moroso de los seis millones, entraría por la puerta metálica de ese pabellón, el primero de la larga hilera del polígono. En ese momento, uno de ellos, un español, haría una llamada para decir dónde iban a dejar a la niña. La dejarían junto a unos contenedores, a unos doscientos metros del pabellón, en dirección opuesta a los contenedores que habían indicado como punto de recogida de las maletas. Pero Pietro tenía otros planes.

Salió de las sombras, dobló la esquina y comenzó a caminar con sigilo tras el tipo que cargaba con las dos maletas. Lo vio abrir la puerta. Aceleró el paso. Cuando el colombiano cerró la puerta, Pietro ya estaba llevando una mano al picaporte. En la otra llevaba la pistola con el silenciador.

Ariel seguía tumbado en la misma posición, con el dedo índice en el gatillo. Seguía escuchando ruido de fondo a través del móvil de Marcus. Jessie estaba histérica, su exmarido, que también estaba con ellos, no hacía más que proferir juramentos, y Roberto trataba sin éxito de calmarlos a todos. Seguían esperando una llamada que no llegaba. Miró a la pantalla del pequeño dispositivo accionador de la bomba. Tres minutos cuarenta y dos segundos.

—¿Marcus? —preguntó Ariel, sabiendo la respuesta—. ¿Nada?

—Nada. Seguimos esperando —más voces de fondo, gritos, algún llanto—. Esto se está poniendo feo.

Una voz salió del otro móvil, a su izquierda. El comandante.

—¿Qué está pasando ahí? ¡Ya le digo que no es cosa nuestra! ¡No es cosa del Ejército de Liberación!

—Por Dios, virgen santa, la bomba… —dijo Juan Esteban, que alternaba continuamente su mirada entre la azotea donde estaba tumbado Ariel y la balda del armario, a su derecha.

Ariel no dijo nada. Se mantuvo mirando por la mirilla telescópica del rifle con todos los sentidos alerta, la respiración pausada y la esperanza de escuchar algo positivo, y rápido, por la línea de Marcus.



Cuando Pietro cruzó el umbral, lo primero que hizo fue volar los sesos del colombiano que acababa de entrar con las maletas. Por la espalda, no había tiempo para ceremonias de mirarlo a los ojos antes de apretar el gatillo. *Zap*. Un sonido seco, sordo, amortiguado. Un agujero en la nuca. Pietro hizo dos movimientos rápidos con su brazo extendido, apuntando a sus objetivos. *Zap, zap*. Latinoamérica acababa de quedarse sin efectivos en ese pabellón. Uno de los colombianos cayó contra una mesa con un tiro en la frente, bastante centrado sobre los ojos. El otro quedó medio recostado en un sofá, con los ojos abiertos mirando al techo. La bala había entrado por una mejilla. El que quedaba, que sería el español, tenía un móvil en la mano que se estaba llevando hacia el rostro. La llamada para entregar a la niña. Lo vio mirar sorprendido, con la boca abierta. No le dio tiempo a más. *Zap*. En la frente, habiéndole dado tiempo a mirar a su ejecutor a los ojos. Mejor. Pietro avanzó y cogió el móvil del suelo. Había un número en la pantalla pero al tipo no le había dado tiempo a marcar. Avanzó hasta lo que dedujo sería el cuarto donde tenían a la niña. Tenía una llave puesta, estaba cerrada. Dio dos vueltas a la llave y abrió la puerta. Una niña delgada y morena lo miraba, sentada en un colchón. Pietro ladeó la cabeza. Sacó su

sonrisa siciliana. Se llevaría las maletas con el dinero, pero ese era su verdadero botín, ese sería el mensaje.

—Te vienes conmigo, *bambina*.

La sacó de allí mientras ella miraba confundida los cuerpos de los secuestradores tirados por el suelo. Pensó que quizás la niña creía que él era algún tipo de policía que acababa de matar a los malos y rescatarla. Pero cuando la apuntó con el arma y la obligó a meterse en el maletero del coche que tenía aparcado junto al pabellón, ella lo miró con los ojos muy abiertos. Le empezaron a temblar los labios y Pietro pudo sentir el pánico en su voz.

—¿Vas… vas a matarme?

Cuando ella entró en el maletero, no gritó, estaba en estado de shock. Él le ató las muñecas y los tobillos. Condujo hasta los contenedores. Se bajó del coche. En esos contenedores iba a dejar un mensaje para un viejo amigo. Y entonces pulsaría el botón de llamada, para que fuesen a recogerlo. Pietro sonrió. Abrió el maletero con la mano derecha. En la izquierda tenía su pistola.

# CAPÍTULO 51

—¡Callad! ¡Silencio, joder! —escuchó Ariel a través del teléfono de Marcus. Era la voz de Roberto. Y un tono de llamada de un teléfono. Los secuestradores estaban llamando.

Ariel miró la pantalla del dispositivo. Un minuto cuarenta y siete segundos.

—¡Para eso! ¡Páralo! —gritaba el hermano del comandante por la otra línea.

—La han dejado en unos contenedores —dijo Marcus—. Al otro lado del polígono. Van en un coche dos hombres de Roberto. Tenemos señal visual de uno de ellos.

Ariel supuso que era el que había entregado el dinero, el que llevaba la microcámara en la solapa de la camisa. Podía notar la tensión en el puesto de control. Todos callados, nerviosos, mirando la pantalla donde se reproducía la imagen de la cámara del hombre de seguridad. De fondo escuchó decir algo al comandante, con alguna amenaza. Zack estaría en su puesto, con la hija del empresario, encañonándola con la pistola para dejar claro que aquello iba en serio hasta el final. Cincuenta y dos segundos.

—¡Esos son! ¡Los contenedores! ¡Ahí! ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hija? —gritó Jessie Carter. Ariel se la imaginó mirando a la pantalla, con el corazón y la cabeza a punto de estallar. La voz de Marcus le llegó más clara a través del móvil—: Se ha bajado del coche y camina hacia el contenedor. No se ve a la niña.

Respiró profundamente. Por la mirilla veía a Juan Esteban Chamorro gesticular, sin querer moverse de la silla, sabiendo que si lo hacía un proyectil atravesaría primero el cristal, y después su cabeza. Miraba a la mesa, la pantalla donde seguía viendo a su hija con una pistola apuntándola a la cabeza. Ariel lo vio mirar hacia la derecha, al dispositivo de la balda. Y el grito, silencioso a través de la mirilla, le llegó alto y claro a través del móvil de su izquierda.

—¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Ya le ha dicho mi hermano que no tiene nada que ver en esto! ¡Párelo, por Dios!

Las últimas palabras eran claramente un llanto. Estaba desesperado, derrumbado.

—¡Le voy a matar! ¡Mandaré encontrarle y matarle! —dijo la voz del comandante.

Ariel estaba más pendiente del otro teléfono, a través del cual volvió a escuchar a Marcus.

—Está levantando la tapa del contenedor, podemos verlo… —Una pausa—. Oh, Dios, qué demonios…

Un escalofrío empezó a recorrer la espina dorsal de Ariel. Su corazón empezó a latir con más fuerza y comenzó a sentir un calor en la garganta. Su dedo índice comenzó a presionar un poco más el gatillo. Treinta y dos segundos.

—¡Párelo! ¡Margarita! ¡Se lo suplico, déjenla a ella en paz! ¡Se lo ruego!

Y de nuevo la voz de Marcus.

—No, no es la niña, eso… —Unos segundos de silencio—. Es una muñeca, como de peluche, grande. Esos hijos de puta… espera… le han puesto la pulsera de la niña. Y una nota escrita, en la boca de la muñeca. ¿Pero qué cojones…? —De pronto, la voz de Jessie, desgarrada por el llanto—: ¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija? ¡Noooo! ¡Mi hija!

Ariel esperó. ¿Una muñeca con la pulsera de la niña? ¿Una nota? Trece segundos.

—Espera, el hombre de Roberto la está leyendo —dijo Marcus—. Te repito lo que nos dice: «Tengo algo que tú quieres, *mio amico*. Qué ganas de volver a verte desde aquel cinco de septiembre de 2017 en Nápoles. En aquella terraza. Tú, yo y aquel acantilado. ¿Te acuerdas? Porque yo me acuerdo cada día».

De nuevo, un silencio. Marcus no dijo nada más, estaría pensativo, como todos los demás, tratando de descifrar aquello. Ariel no oía ruido de fondo en el puesto de control. Solo un silencio tenso y extraño. Hacía un rato que había separado el ojo de la mirilla y miraba hacia el dispositivo de la cuenta atrás. Seis, cinco, cuatro… Le pareció escuchar al empresario, una especie de rezo o plegaria por el otro móvil. Pulsó un botón y paró la cuenta atrás en tres segundos. Lo que en todos era confusión en ese momento, no lo era

en la cabeza de Ariel. Sabía muy bien de quién venía ese mensaje y para quién era. Y no tenía nada que ver con Colombia.

# CAPÍTULO 54

*Siete kilómetros a las afueras de Nápoles,*
*5 de septiembre de 2017.*

—¿Estáis arriba? —dijo Jimmy desde la zodiac. Ariel pudo escuchar a través del pinganillo la voz, alta y clara.

—Negativo —respondió Zack—. A unos ocho metros de la baranda. Aseguramos posición y en dos minutos estamos en la terraza.

Ariel pasó la cuerda a través del anclaje mecánico de expansión que había colocado en la grieta de la pared de roca del acantilado y tiró con fuerza para asegurarse de que la fijación era correcta. Hizo un gesto a Zack, asintiendo con la cabeza, y continuó escalando el último tramo. Habían parado en esa cornisa para descansar piernas y brazos después de más de setenta metros escalados desde el punto donde Jimmy les había dejado. Ahora tenía la sensación de que la pequeña mochila con las armas, que en la lancha neumática parecía no pesar, había doblado su peso y tamaño. En ese momento, escuchó a través del pinganillo la voz de Bastian desde la parte trasera de la furgoneta, aparcada unos doscientos metros al oeste de la mansión.

—Inglaterra, Alemania… ¿estáis dentro?

Unos segundos después llegaba la respuesta de Mark Owen, cargada con su orgulloso acento británico.

—Afirmativo. Ya estamos dentro, en la esquina noreste de la propiedad, junto al pino.

—No es un pino, es un tejo —contestó Johann en un susurro.

Ariel sonrió mientras agarraba, por fin, la parte inferior de la baranda de mármol. El alemán no podía evitar sacar su lado perfeccionista, incluso en esos momentos. En cuanto Zack, que ascendía cinco metros por debajo, llegase a la baranda de la terraza, ya estarían todos en posición. Jimmy en la lancha, como vía de escape alternativa en caso de que las cosas se torciesen demasiado. Bastian en la furgoneta, controlando las comunicaciones. Giulia al

volante de la furgoneta, la vía de escape prioritaria. Nadie conducía con la destreza de la italiana, especialmente si se producía algún tipo de persecución entre calles o carreteras secundarias complicadas. Mark y Johann, listos para la incursión por la cara norte de la mansión. Ariel pensó en Eva. La sueca era en esos momentos la más vulnerable. Estaba sin micro ni comunicaciones, sin armas y sin un compañero de apoyo que pudiese cubrirla. Eva Svensson estaba infiltrada en esos momentos como parte de un lote de cuatro prostitutas de lujo que el multimillonario y narcotraficante Salvatore Di Santino había solicitado a una agencia de modelos napolitana unas horas antes.

Ariel vio cómo Zack alcanzaba la base de la baranda. Estaban listos para entrar en acción.

—Israel y Montana en posición —dijo Zack, quitándose el arnés y la pequeña mochila. Ariel estaba haciendo lo mismo. Sacaron las pistolas y se pusieron el cinturón con otros cargadores de munición. Se ajustaron las gafas de visión nocturna y pusieron el puñal de combate en la funda de la pernera.

—Todos listos —dijo Bastian—. Inglaterra, Alemania, acceso por ruta norte. Montana, Israel, acceso por ruta sur. —Hizo una pausa y su voz continuó con su melódico acento francés—: Eliminemos a ese cabrón.

Salvatore Di Santino era un narcotraficante napolitano, uno de los capos de La Camorra en Nápoles. Había comenzado meses atrás un suculento negocio de tráfico de armas con los rusos, y eso había saltado las alarmas del grupo de agencias internacionales que había puesto en marcha el Proyecto *Clean Team*.

Había ocho hombres de seguridad en la mansión, uno de ellos controlando las cámaras de videovigilancia desde una garita en el jardín. Cámaras que estaban a punto de ser hackeadas desde la furgoneta. Bastian estaba en ese momento tecleando para utilizar un fragmento de diez minutos de vídeo en los que nadie podría ver a Mark y Johann atravesar el jardín para acceder a la fachada norte, ni a Zack y Ariel infiltrarse en la mansión a través de la enorme terraza que colgaba en lo alto del acantilado.

—Luz verde —escucharon decir al francés—. En este momento están ciegos.

Ariel asomó su cabeza por encima de la baranda. Desde ahí podía ver a un hombre de seguridad de la mansión en la esquina oeste, donde acababa la terraza y había unas escaleras de acceso al jardín. El hombre miró hacia la piscina, hacia los laterales de la terraza, chequeando, y unos segundos después, cuando estuvo satisfecho, se giró y subió por las escaleras. Le hizo un gesto a Zack. Vía libre. Pasaron por encima de la baranda en la esquina de la terraza, caminaron por detrás de varias camas balinesas con doseles de cortinas blancas y se agazaparon contra la fachada este de la mansión. Era el momento de dividirse. Zack avanzó por la estrecha acera que rodeaba la vivienda mientras que Ariel atravesó la terraza, agachándose y parando para ocultarse tras unos sofás que había junto a unas enormes columnas de estilo griego.

—Perros cuatro, cinco y seis, eliminados —escuchó Ariel decir a Mark a través del pinganillo—. Hemos entrado. Estamos en la zona de escalinata interior.

«Perros» era el nombre en clave de los hombres de seguridad. Los habían numerado por secciones de vigilancia de la casa. Mark y Johann habían eliminado a los tres que patrullaban por la fachada norte de la casa. Y ya estaban dentro.

—Perro dos, eliminado —dijo Zack—. Busco al número uno y me quedo cubriendo entrada para momento de evasión.

Ariel avanzó hasta la puerta de cristal que daba acceso a la vivienda desde la terraza. Como suponían, estaba abierta. Al objetivo le gustaba acabar la noche con las chicas en la piscina, desnudas, entre champán y cocaína. Entró en el amplio salón y se colocó detrás de una estatua de lo que le pareció algún héroe griego. Estaba todo a oscuras. A través de las gafas todo se veía en tonos verdes. Escuchó unos pasos a su derecha.

—Perro uno, eliminado —dijo Zack—. Fachada norte limpia.

Ariel se asomó y vio la silueta de un hombre de seguridad. De repente, se encendieron las luces del salón y la visión de las gafas pasó a un brillo cegador que hizo que tuviera que quitárselas. Le costó varios segundos adaptarse nuevamente a la visión sin ellas. En

ese momento, el cañón de una pistola empezó a asomar por el borde de la columna. Ariel esperó a que la muñeca que empuñaba el arma apareciera, y en ese momento, la agarró con la mano izquierda. Empujó hacia arriba para desviar el arma mientras él se adelantaba y trataba de disparar con la suya, pero su oponente pudo hacer lo mismo con su muñeca. Ambos tenían la mano del arma inutilizada y con la otra impedían que el otro disparase. Se fijó en el hombre. Era uno de los hermanos gemelos, el de la coleta. Había leído sus fichas al estudiar la misión. Dos sicilianos, exmilitares, asesinos profesionales y guardaespaldas personales de Salvatore Di Santino. Ellos eran los encargados de la protección del objetivo dentro de la vivienda. El último nivel de protección del mafioso napolitano. Pietro y Angelo, los hermanos Schilaci. Les llamaban «la hoz y la guadaña sicilianas», y se les conocía por su eficacia en la eliminación de objetivos de bandas rivales, por su destreza en el uso de todo tipo de armas y por su completa ausencia de escrúpulos. Crueles, brutales y eficientes.

Golpeó con una patada la entrepierna del guardaespaldas siciliano. Este soltó un gruñido, pero no soltó el arma. Siguieron forcejeando, ambos tratando de apuntar con la pistola al rival, ambos sin éxito. El siciliano lanzó un cabezazo que impactó en la frente de Ariel, pero ambos mantuvieron posiciones. Ariel empujó con fuerza y su oponente tropezó con un taburete forrado de piel, perdiendo el equilibrio y soltando algo de presión en la mano que bloqueaba el arma de Ariel. Este lo aprovechó y pudo desviar algo la pistola. Disparó. El disparo, amortiguado por el silenciador, acabó con el familiar sonido de bala atravesando carne. El guardaespaldas gruñó cuando el proyectil entró por su hombro. También soltó la pistola, pero en un movimiento rápido como el latigazo de una serpiente, lanzó un codazo que impactó en la sien de Ariel, dejándolo aturdido un par de segundos. Cuando quiso reaccionar con un segundo disparo al pecho, una patada del siciliano en su pistola la lanzó a varios metros, hasta quedar bajo una mesa de cristal. El guardaespaldas se abalanzó, lo agarró y consiguió desequilibrarlo. Cayeron y ambos comenzaron a rodar por el suelo. Quedaron en una posición en la que el siciliano había conseguido

envolver con sus brazos el cuello de Ariel, y comenzó a ejercer presión, tratando de estrangularlo.

—Perro tres eliminado —dijo casi en un susurro Mark Owen—. Estamos en escaleras de acceso a estancia del objetivo. Israel, ¿no han caído perros siete y ocho?

Ariel no pudo responder. Sus manos no podían pulsar ningún botón de comunicación. Estaban aferradas a los antebrazos del guardaespaldas del mafioso, tratando de evitar lo inevitable. Se encontraban tumbados boca arriba, el siciliano bajo Ariel, con sus antebrazos cruzados, apretándole la garganta, a modo de candado que se va cerrando. El guardaespaldas tenía una posición de estrangulamiento y la presión era cada vez mayor. Ariel volvió a escuchar unas palabras por el pinganillo, pero no supo descifrarlas. Le zumbaban los oídos por la presión del estrangulamiento, y notaba cómo su garganta se iba cerrando, cómo a cada segundo que pasaba le costaba respirar cada vez más. Y en ese momento, hizo lo único que podía hacer, no tenía otra opción. Podría significar la muerte por asfixia, pero era su única posibilidad. Ariel soltó las manos de los antebrazos del siciliano.

# CAPÍTULO 55

*Siete kilómetros a las afueras de Nápoles,*
*5 de septiembre de 2017*

En el mismo instante en que soltó las manos, Ariel hizo dos cosas. La primera era para evitar que la presión de los antebrazos le partiese la tráquea. Consistió en meter el mentón hacia el pecho, tratando de cerrar el hueco, intentando que la barbilla parase parte de la presión. Y la segunda fue sacar el puñal de combate de la funda de la pernera del pantalón y clavarlo en el costado del guardaespaldas. «La hoz», «la guadaña» o quienquiera que fuese ese hermano, soltó un alarido. Pero lo más importante fue que soltó los brazos de su cuello. Ariel sacó el puñal y, girándose, volvió a clavarlo, esta vez en la boca del estómago. Hasta el mango, y lo giró con fuerza. Otro alarido que acabó con un sonido líquido, por el chorro de sangre que salió de la boca del gemelo Schilaci. Ariel se separó, tosiendo sin parar, del cuerpo inmóvil que yacía a su lado. Le faltaba el aire, notaba fuego en sus pulmones. Había estado cerca. Otra vez la voz de Bastian por el pinganillo, de la que solo pudo escuchar su nombre en clave, Israel. Se puso de rodillas. Seguía tosiendo, le dolía la cabeza, más por la maniobra de asfixia que por el cabezazo recibido. Consiguió levantarse sujetándose al respaldo de un sillón, se puso en pie. Y en ese momento, solo pudo ver una sombra por el rabillo del ojo. Cuando se giró hacia ese lado, un culatazo brutal en la mandíbula lo lanzó contra la cristalera que daba acceso a la terraza. Se quedó tumbado unos segundos, desorientado y aturdido. Sintió una corriente de aire que le azotaba la cara. La puerta corredera de acceso a la terraza. La estaban abriendo. Cuando consiguió enfocar la vista, unas manos fuertes como el hierro lo comenzaron a arrastrar por la terraza. Era el otro guardaespaldas personal de Salvatore Di Santino, el otro siciliano: el gemelo Schilaci número dos. La misma cara, pero no había coleta, solo un pelo negro y rizado que le caía por la frente. Le escuchó decir algo en italiano mientras lo arrastraba. Algo sobre su hermano

y merecer una muerte dolorosa. El segundo gemelo Schilaci lo dejó en el suelo y se apartó un par de pasos. Ariel se levantó como pudo. Estaba desarmado. Vio que su rival tenía una pistola en la funda de su chaqueta negra, que estaba abierta y ondeaba al viento. Y se fijó en que tenía un puñal en cada mano. Reconoció su propio puñal en la mano izquierda del siciliano. Se lo habría sacado a su hermano del vientre cuando Ariel estaba todavía tratando de recuperarse. Esa era la venganza: matarlo con el puñal con el que él había matado a su hermano. Volvió a escuchar el pinganillo, y esta vez captó el mensaje.

—Objetivo eliminado —dijo Johann—. Suecia está bien. Procedemos a evacuación por fachada norte.

—No tenemos señal de Israel —dijo Bastian desde la furgoneta —. Ni confirmación de la eliminación de perros siete y ocho.

Ariel no llegó a escuchar lo que dijo Zack a continuación. Vio venir un puñal y pudo esquivarlo por centímetros, echando su cuerpo hacia atrás en el último segundo. Pero no pudo esquivar la siguiente puñalada, por la izquierda, que rozó su traje y la piel de su brazo. Notó la sangre caliente bajando hacia su codo. Miró a los ojos al siciliano. Unos ojos negros como las sombras de un abismo. Sonreía, dejando a la vista un colmillo. Su jefe podía estar siendo ejecutado en el piso superior, pero para ese asesino a sueldo, en esos momentos, la cuestión vital era vengar a su hermano caído. Ariel sabía que en esa situación poco podía hacer. Enfrentarse desarmado a un experto en el uso de armas, que en ese momento atacaba con dos puñales de combate, era una batalla perdida. Giró su cabeza levemente, sin perder de vista al asesino, para mirar de refilón hacia la baranda. El siciliano adivinó lo que estaba pensando y ensanchó su sonrisa. Saltar por ahí era una muerte segura, una caída de más de setenta metros, probablemente golpeando contra la pared rocosa varias veces antes de llegar al agua. Otro ataque del siciliano, esta vez avanzando de frente, con los puñales en alto, utilizando una empuñadura inversa. Ariel mantuvo la posición de guardia tratando de proteger zonas vitales como cuello y abdomen. Pudo desviar uno de los puñales, pero sintió una cuchillada en su brazo derecho. Sin tiempo para recuperarse, el gemelo Schilaci lanzó

un nuevo ataque. Derecha, izquierda, derecha. Otro tajo, esta vez en su antebrazo izquierdo. Ariel sabía que aquello iba a acabar en cuestión de segundos, en cuanto su rival acertase con una arteria o zona anatómica importante. También sabía que, desde donde estaban, no le daría tiempo a llegar allí a ninguno de sus compañeros. La mansión era inmensa, Zack estaba cubriendo la fachada norte y Mark y Johann estaban sacando a Eva para la retirada por el punto acordado en la esquina oeste de la finca. Todos en sus puestos, todos demasiado lejos.

El guardaespaldas se lanzó con un gruñido y Ariel volvió a bloquear uno de los puñales, pero cuando trató de golpear el rostro del gemelo Schilaci con un codazo, el otro puñal le rasgó el costado izquierdo. La siguiente secuencia de ataque del siciliano lo hizo retroceder hasta la baranda de mármol que colgaba sobre el acantilado. Ariel siguió protegiéndose como pudo, sin poder realizar ningún movimiento de ataque. Eso hubiera dejado su guardia abierta y su rival lo habría aprovechado. Siguió sintiendo tajos en brazos, codos, antebrazos. Desvió como pudo una puñalada que iba directa al cuello y conectó un rodillazo en el vientre del siciliano, que se dobló ligeramente sin perder la posición, pero lo suficiente para que él le pudiese agarrar ambas muñecas. Notaba la sangre gotear por un costado, por sus brazos y sus manos. Estaba perdiendo fuerza y ambos lo sabían. El gemelo Schilaci, empujándolo contra la baranda, apretó los dientes y buscó con un puñal el pecho de Ariel y, con el otro, el cuello. En esa posición ejercía más fuerza que él y los filos de los puñales cada vez se acercaban más. Ariel sujetaba como podía las muñecas de su oponente, pero el avance, centímetro a centímetro, era inevitable. Trataba de aguantar, jadeando. El siciliano empujaba, gruñendo mientras intentaba orientar la punta de los puñales. Podía sentir el aliento de ese asesino en su rostro. Sus miradas se cruzaron. Los ojos verde y miel del israelí se posaron en los ojos negros del gemelo Schilaci. Otra racha de viento. La chaqueta de ese asesino volvió a ondear al viento, y fue en ese momento cuando Ariel supo que su vida pendería de un hilo en los próximos tres segundos. En realidad, su vida pendía de una funda. La cual quedó a la vista en el momento en que la chaqueta volvió a

abrirse. En un gesto desesperado y suicida, sacado de su propio instinto de supervivencia, Ariel empujó la muñeca derecha del siciliano hacia abajo y la soltó. La inercia al soltarla, permitió al gemelo Schilaci hundir el puñal en el pectoral izquierdo de Ariel, entre las costillas. El asesino gruñó y empujó, apretando los dientes en una mueca de venganza y victoria. Lo que no esperaba, era que la mano que había soltado su muñeca ahora empuñara la pistola que un segundo antes estaba en la funda. Ariel disparó apuntando hacia arriba, hacia la cabeza de su rival. Pudo ver cómo estallaba la frente. El siciliano soltó el puñal de su mano izquierda, se llevó la mano a la cabeza y, tambaleándose, quedó apoyado en la baranda de mármol. Ariel, con el puñal todavía clavado en su pecho, lanzó un tremendo codazo al rostro del gemelo Schilaci que lo hizo desequilibrarse y pasar por encima de la baranda. «La hoz», «la guadaña», o la maldita herramienta que fuese el apodo de ese asesino, gritó mientras caía los más de setenta metros de rocoso acantilado.

Se llevó la mano al mango del puñal, pero no se lo sacó. No sabía si la herida era mortal, pero sabía que el filo del puñal en ese momento era lo más parecido a un tapón. Se dejó caer, deslizando su espalda por la baranda, hasta quedar sentado. Su vista se comenzó a nublar. Le pareció escuchar pasos acercándose. Una sombra se inclinó sobre él. Y las palabras de Zack le llegaron lejanas y difusas, como de un mundo al que él ya no pertenecía.

—Estoy con Israel. Herido, puede que grave. Apuñalamiento, posible perforación de pulmón. Procedo a asistencia médica y evacuación. —Luego una pausa, y otra vez esa voz, cada vez más lejana—. Perros siete y ocho eliminados. Bien hecho, chico.

# CAPÍTULO 56

Pietro apoyó dos maletines sobre la mesa de caoba. El exuberante despacho de Stefano Di Santino estaba situado en el ala oeste de la mansión. Decorado en un estilo barroco, más parecía la estancia de un escribano de alguna corte europea del siglo XVIII que la habitación de una mansión de lujo en Marbella. Cuadros valorados en millones, estatuas italianas de escultores famosos y un mobiliario de diseño clásico creaban un ambiente demasiado recargado para el gusto de Pietro. Stefano desvió la mirada de su portátil para ponerla en los maletines. Apretó los labios, asintió y miró a Pietro.

—¿Está todo?

—Los seis millones. Todo.

Stefano asintió de nuevo.

—Perfecto.

Pietro se había deshecho de las maletas de lona negra en Madrid. No se fiaba de que tuviesen algún microchip para su posterior geolocalización. Había comprado seis maletines de piel, en tono marrón. En dos de ellos había colocado seis millones de euros. Los otros catorce estaban repartidos en los cuatro maletines que había escondido en el doble fondo del vestidor de su habitación. Stefano no estaba al tanto del montante total de la operación, ni siquiera había querido interrogar personalmente al moroso. Sabía que el futbolista había llegado días atrás a la mansión con una carpeta y un plan. Un plan para poder devolver los seis millones. Como don Stefano no sabía nada de los otros catorce, decidió que el mafioso ya tenía dinero suficiente para esta vida y para otras cuantas más. El viejo estaría feliz recuperando el dinero que le correspondía y cerrando ese asunto para no tener que pensar más en el llorón del sótano.

—Buen trabajo —dijo Stefano—. Al final resulta que esa rata tenía los medios para devolverme mi dinero.

Pietro asintió.

—Tomaré tu palabra y me cogeré varios días para visitar a la familia. Y a algún viejo amigo que hace tiempo que no veo.

Stefano dio un sorbo del vaso de whisky que tenía junto al ordenador y soltó un suspiro de satisfacción.

—Sí señor, te lo has ganado. Visitar a la familia siempre es bueno, *mio amico*. Es necesario —dio otro sorbo del vaso—. La familia es lo más importante, que nunca se nos olvide. Y los amigos, ¿hay algo más placentero que pasar un buen rato con amigos?

Stefano Di Santino tamborileó con los dedos y sacó una sonrisa mientras le lanzaba una mirada pícara.

—No quiero yo meterme en tus gustos personales, querido Pietro, pero ¿qué tienes pensado hacer con la *bambina*? —Señaló con un dedo hacia el suelo del despacho, como si pudiese traspasar todas las plantas de la mansión hasta el sótano—. Esa bodega debe quedar vacía y limpia; cuanto antes. Y a mi edad no me veo cuidando mocosas impertinentes, tú me entiendes.

Pietro hizo una mueca, algo parecido a una sonrisa. Su jefe no se andaba con sutilezas.

—Yo me encargo de eso. Necesito un medio de transporte para entrar en Sicilia sin llamar la atención.

—Sin ojos indiscretos, te refieres —contestó Stefano ajustándose las gafas en el puente de la nariz—. Sin aduanas exigentes, sin hombres de uniforme.

Pietro asintió.

—La mejor opción es mi jet privado, entonces. Y un par de llamadas al aeropuerto —dijo Stefano.

—¿El Vicenzo Florio? —preguntó pensando en el aeropuerto de Trapani. Su jefe lo había utilizado en varias ocasiones para asuntos de negocios con la Cosa Nostra.

—Sigo teniendo a Flavio en nómina. Le diré que me prepare el hangar de siempre con la máxima discreción. —Stefano hizo una pausa, pensativo—. Y llamaré también a Claudio para que no haya problemas con ningún papeleo.

—Llevaré dos bultos.

Stefano Di Santino sonrió a su empleado más eficiente.

—Lo que quieras, Pietro, lo que quieras —dijo su jefe dando un par de palmadas al maletín de piel marrón—. Te lo has ganado, *mio amico*.



Pietro descendió las escaleras y abrió la puerta. El pequeño ventanuco dejaba entrar suficiente luz a esas horas para no tener que encender la sucia bombilla que colgaba de un cable. Miró hacia el rincón de la derecha. La niña estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en un viejo radiador de pared al que la había encadenado. No se había comido el sándwich envasado que él le había lanzado. Tenía el pelo enmarañado, la cara con chorros de suciedad de haber llorado y los labios agrietados. Tampoco parecía haber bebido agua del pequeño botellín que estaba en el suelo, tumbado a sus pies. Pietro chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Deberías comer para coger fuerzas —le dijo. Después señaló hacia el botellín de agua—. O, al menos, beber algo. Necesito que dures unos días más. Como mínimo, hasta el viernes.

La niña no dijo nada. Lo seguía mirando fijamente, sin apartar la mirada. No parecía haber miedo en esos ojos, más bien desprecio, o rabia. O quizá una mezcla de las dos. Pietro sonrió. Iba a resultar que la niña tenía más cojones que su tío. Desvió su mirada hacia la izquierda. Allí, encadenado a la argolla de la pared, seguía el de los seis millones. Bueno, técnicamente ya no era un moroso de don Stefano, pero eso lo había arreglado Pietro, él había sido quien se las había ingeniado para recaudar el dinero. Probablemente aquellos cuatro del pabellón lo habrían cosido a tiros antes de repartir el dinero. Pero ahora las balas las tenían ellos, y Pietro tenía el dinero. Porque en Sicilia había aprendido desde pequeño cómo se deben hacer los repartos: el plomo para ti, los dineros para mí.

El futbolista estaba acurrucado. Tenía todo el lado izquierdo de la cara y el cuello sucio, de sangre, como una costra negra mezclada

con sudor y polvo. La ropa también estaba manchada de sangre reseca, muy sucia y arrugada. Pietro se fijó en la oreja izquierda y después miró por el suelo. ¿Dónde estaría la otra mitad? Seguramente algún ratón, o quizás las cucarachas, habían dado cuenta de ella. Instintivamente se encogió de hombros, no estaba muy puesto en la dieta de roedores y cucarachas. Cuando Pietro dio un par de pasos hacia él, pudo ver el miedo en sus ojos. Comenzó a sollozar. En ese lado del sótano olía a heces y orines. Miró el cubo que había dejado junto a él y puso una mueca de asco. Había envoltorios de sándwiches envasados por el suelo y al menos media docena de botellines de agua vacíos. Pensó que el futbolista acabaría muriendo, pero no de hambre. Lo volvió a mirar con desprecio.

—¿Ya le has podido contar a tu sobrina lo que habías preparado para ella? —Sin esperar a que contestase, se volvió hacia la niña—: ¿Qué te pareció la sorpresa de tu tío, niña? Cualquiera no organiza un secuestro con asesinos contratados y todo, ¿eh? Eso es mucho dinero pensando en ti. No dirás que tienes un tío cualquiera. No, está claro que no es como los demás —dijo, sonriendo y mirando de nuevo al tío de la niña—. Espero que hayáis tenido tiempo para contaros vuestras cosas y para lanzaros besitos de buena familia. En breve podréis salir de aquí y ver el sol. Os espera un viaje a una bella tierra.

—¿Vi… viaje? —dijo el futbolista con voz temblorosa.

Cuando Pietro iba a contestarle, la niña habló a sus espaldas.

—Ariel te encontrará —dijo con rabia—. Y te matará.

Él se dio la vuelta, observó a la niña y ladeó ligeramente la cabeza. Sonrió y se llevó instintivamente la mano a la cicatriz de su frente.

—De eso se trata, *bambina*. De eso se trata.

# CAPÍTULO 57

Ariel miró por la ventanilla. Estaban a punto de aterrizar. Había rumiado la situación durante horas, tratando de dar respuesta a preguntas que habían aparecido de repente, como un torbellino devastador que había puesto todo patas arriba. No eran los colombianos, al menos, no paramilitares del Ejército de Liberación Nacional. ¿Sicarios contratados? ¿Por quién? Pensó de nuevo en el siciliano, en la persona que debería haber muerto aquella noche, en aquella mansión napolitana. Uno de aquellos gemelos Schilaci. Ya no recordaba su nombre. Eliminó en el interior de la casa a uno, el de la coleta. ¿Cómo pudo haber sobrevivido el otro? El disparo en la cabeza, la caída desde lo alto del acantilado. Y, sobre todo, ¿qué pintaba ese asesino, o su fantasma, en el secuestro de la niña? Marcus le había dicho que los hombres de Roberto, tratando de dar con la niña en esos minutos cruciales tras el fallido intercambio, habían registrado uno de los pabellones que tenía la puerta de entrada abierta, y habían encontrado cuatro cadáveres. Tres colombianos y un español, según la documentación que al parecer llevaba encima. Todos ejecutados, con heridas de bala en la cabeza. Ni rastro de la niña ni del dinero. El siciliano, claro. ¿Cómo sabía él lo del intercambio? ¿Cómo sabía el lugar donde se escondían los secuestradores? Para Ariel solo había una posibilidad: ese asesino había planeado con ellos el secuestro y en el último momento los había traicionado; se había llevado el dinero y a la niña.

Otra pregunta inquietante rondaba su cabeza. Si el siciliano había ideado ese secuestro con la intención de atraerlo para buscar venganza, ¿cómo sabía que Ariel estaba protegiendo a la niña? ¿Cómo había dado con él? Habían pasado años desde su encuentro en la terraza de aquel mafioso napolitano. ¿Quién le había pasado esa información? ¿Cómo sabía que estaba en Madrid? Ariel solo llevaba unos meses en España. Ese secuestro, con la carta falsa de extorsión, llevaría planeado desde hacía bastante tiempo y, en ese caso, toparse con Ariel habría sido una absoluta casualidad. Pero él

no creía en ese tipo de casualidades. No en su mundo. Eso dejaba abierta la posibilidad de que alguien involucrado en las extorsiones a la cantante y en el secuestro de su hija hubiese contactado con el siciliano, quizás por casualidad, quizás a través de esos sicarios colombianos. Ya con el plan preparado, ya con Ariel protegiendo a la niña. En esos momentos, esa era la única casualidad que cabía en su cabeza.

Sintió el golpe del tren de aterrizaje sobre el asfalto de la pista. Marcus estaría esperándolo en la terminal. A su lado, una joven de unos veinte años aprovechaba para meter el libro que había estado leyendo en una mochila. Ariel pensó en Margarita, la hija del empresario constructor. En ningún momento pensaron en matar a la chica, ni a su padre. El plan era una medida de presión para el comandante y, en cierto modo, había funcionado. Si hubiera resultado que el comandante estaba implicado y algo le hubiese ocurrido a María durante el intercambio, Ariel tenía muy claro lo que habría hecho: buscarlo, perseguirlo y localizarlo en la selva colombiana. Y lo habría matado. Pero, desde el principio, Eliécer Chamorro había jurado que ellos no tenían nada que ver en el secuestro, ni siquiera eran responsables de la segunda carta de extorsión, la que exigía el pago de los veinte millones.

Volvió a mirar por la ventanilla. Dentro de tres horas, el avión de Zack también aterrizaría en España, pero no en Madrid, sino en Barcelona. Habían elegido otra ruta por si Ariel estaba siendo vigilado, bien por el siciliano, o por gente contratada por él. Quería guardarse ese as en la manga. En un principio se había negado a que Zack lo acompañase. Bastante había hecho con ir a Colombia e implicarse en el asunto del comandante. Pero el de Montana había insistido, en cierto modo se sentía comprometido. Era como si un fantasma del pasado de ambos se estuviese riendo de ellos. Aquel tipo debería estar muerto, y no secuestrando a una niña para utilizarla como cebo de una trampa mortal.

Ariel bajó del avión y caminó hasta la terminal. Marcus lo estaba esperando fuera del coche. Tenía el semblante serio. Hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y se puso al volante.

—El ambiente no es bueno en la casa. Todos están… estamos jodidos —dijo mirándolo a través del espejo interior cuando salieron del aeropuerto y se incorporaron a la autovía.

Ariel asintió sin decir nada.

—Lo de la niña… —continuó—, y ese mensaje para ti. La jefa está como loca, no entiende nada. Nadie entiende nada.

Miró al reflejo del espejo, a los ojos del guardaespaldas. Volvió a asentir. Tampoco dijo nada. Cuando le leyeron el mensaje en el momento del intercambio, solo les dijo que ese mensaje era para él. Nada más. Jessie le pidió explicaciones, Roberto le pidió explicaciones, pero dijo que no hablaría nada al teléfono. Cogería el primer vuelo a Madrid y les explicaría de qué iba todo aquello.

—Todavía no han encontrado a Briski —dijo Marcus interrumpiendo sus pensamientos.

Ariel se quedó en silencio, pensativo, mirando por la ventanilla del coche mientras su cabeza trataba de encajar las piezas de un puzle que parecía fabricado por el mismísimo diablo.

# CAPÍTULO 58

—¿Guardaespaldas de un mafioso? ¿Un conocido del pasado? —gritó Jessie, fuera de sí—. ¿Qué pasado, Ariel? ¿Quién cojones eres para que un conocido tuyo rapte a mi hija y te deje un mensaje? —Comenzó a hacer aspavientos, avanzando y retrocediendo por el salón. Señalándolo—. ¡Explícame, Ariel, por Dios! ¿Por qué ese hombre se ha llevado a mi hija?

Él les había explicado de qué conocía al siciliano, cambiando algunos detalles, sin hablar de la operación encubierta, de la fusión de agencias en el Proyecto *Clean Team*. Se había limitado a decir que fue una operación militar israelí. El padre de María se acercó a él, en actitud amenazante. Ni siquiera sabía su nombre, no se había presentado y ya estaba clavándole el dedo en el pecho. Ariel todavía notaba las costillas sensibles por el impacto del coche durante el secuestro.

—¡Tú! ¡Se supone que te habían contratado para proteger a mi hija! —le volvió a clavar el dedo en el pecho. Ariel se fijó en el dedo. Delgado, delicado, con las uñas cuidadas con algún tipo de manicura para actores—. ¿Qué vas a hacer ahora, imbécil? ¿Quién trae ahora a mi hija? —Otra vez el dedo, dos toques más, con saña—. ¡Maldito judío, vete a tu puto pa…!

No llegó a acabar la frase. El dedo de Andrés Barral, de la mano que levantó un Goya en el 2017, hizo *crac* cuando Ariel lo agarró y lo torció en una dirección donde la biomecánica no cuadraba con la anatomía de la articulación. El actor chilló, sin actuar, de forma totalmente natural, nada ensayado. Gritó, agarrándose el dedo y separándose de Ariel. Marcus lo sacó al jardín, entre alaridos y juramentos. Jessie suspiró y negó con la cabeza, dejándose caer en el sofá.

—Traeré a María —dijo Ariel, dejando de mirar al actor a través de las cristaleras, que seguía retorciéndose de dolor—. Me quiere a mí, y María solo es su seguro de que haré lo que pida.

—¿Y cómo vas a traerla? —dijo Roberto. El jefe de seguridad había estado escuchando sus explicaciones sobre la operación militar en 2017.

Jessie hundió la cara en las manos y comenzó a llorar. Su hermana se sentó junto a ella y trató de calmarla.

—¿Cómo vas a traerla, Ariel? —repitió Roberto—. ¿Qué tienes pensado ahora? ¿A qué país vas a volar esta vez?

Miró al jefe de seguridad a los ojos.

—Se pondrá en contacto conmigo. No va a dejar esto así. Me dirá qué es lo que quiere que haga. La usará de cebo, pero me quiere a mí.

Ariel desvió su mirada hacia la enorme muñeca que habían dejado sobre una silla. Era de peluche, con relleno de algodón o algún material blando. Tenía cara de niña, con coloretes rojos y un pelo marrón oscuro, hecho de hilos gruesos de lana que caían sobre la frente. Llevaba puesto un vestido azul con tirantes. La muñeca sonreía. Él miró a la mesa. Ahí estaba la pulsera de la niña, la que hacía juego con la que en esos momentos llevaba en su muñeca derecha. La pulsera de la amistad eterna. Recordó la cara de ilusión de María cuando le explicó cómo funcionaba. «Cuando juntas ambas mitades, cada una con forma de gota de sangre, forman un corazón rojo». Al lado de la pulsera estaba el papel, la nota que el siciliano había dejado pegada con un adhesivo en la boca de la muñeca. Ariel frunció el ceño y volvió a mirar la muñeca. Se acercó a la silla. Apartó el pelo de lana de la frente. Sobre el ojo izquierdo había un cosido, con hilo del mismo color marrón que el pelo. Pero él sabía que aquello no formaba parte de la muñeca. Parecía una cicatriz, una discordancia en la frente, que se confundía entre el pelo de lana. Recordó el momento del disparo en la terraza. Cómo la frente del siciliano saltaba por los aires salpicándolo de sangre. Había sobrevivido, y esa era la marca que le había quedado, la cicatriz que le hacía recordar aquella noche. Ariel agarró con fuerza los bordes de esa cicatriz y rompió el hilo. Sintió que en el salón todos lo observaban. Metió la mano por la abertura y sacó otro papel. Otra nota. Su corazón comenzó a acelerarse mientras comenzaba a leer en silencio.

*En mi casa. Solo tú y yo. Tendré ojos vigilando. Si interviene polizia, la bambina muere. Si viene alguien más contigo, la bambina muere. Todo acaba el viernes, cuando se ponga el sol. Si no lo evitas, la bambina muere. Solo tú y yo. Como dos viejos amigos. Benvenuto a casa mia.*

*37º 55´59´´ N*

*14º 39´17´´ E*

Jessie se levantó del sofá, Mariela hizo lo mismo y Roberto se acercó a él.

—¿Qué pone? —preguntó Roberto.

Ariel dejó el papel en la mesa. Jessie lo cogió, en un gesto que denotaba ansiedad y desesperación.

—Quiere que vaya a él. Me quiere en su terreno, con María como reclamo —dijo, y miró el papel que sostenía la cantante—. Ha indicado unas coordenadas. Lo llama su casa. Es el terreno que conoce. El campo de batalla.

Jessie le pasó el papel a Roberto, extendiendo su mano, sin mirarlo. Estaba mirando a Ariel, sin decir nada. Su rostro estaba demacrado, como esculpido por la pena, la angustia y el cansancio. Él clavó sus ojos en los de ella.

—Abrazarás a tu hija. Voy a traer a María. Aunque sea lo último que haga.

# CAPÍTULO 59

Había entrado a ese locutorio del centro de Madrid hacía algo más de media hora. No quería utilizar ninguno de los ordenadores de la vivienda de Jessie Carter, no quería dejar registro en esas direcciones IP. Si alguien sabía dónde estaba Ariel, era lógico que tratase de hackear cualquier comunicación o dato que pudieran contener o emitir los dispositivos de la cantante.

Lo primero que hizo fue introducir las coordenadas del papel que el siciliano había dejado en el mensaje y, como suponía, era un lugar de Sicilia. Tendría que estudiar detalladamente el terreno, pero una búsqueda en Google Earth le indicó que era una zona boscosa. Entre la foresta se distinguía un claro, con un árbol en el centro, entre montañas que formaban parte de un parque natural que en el mapa aparecía nombrado como Parco dei Nebrodi.

Lo segundo fue tratar de contactar con Bastian. Ya habían estado en contacto hacía meses, debido a un asunto en Burgos para el que Ariel necesitó la ayuda de su colega francés. No conocía a ningún hacker con la habilidad de Bastian para hacer cosas increíbles con un teclado, un ordenador y una conexión a internet. En el servicio de inteligencia francés también lo sabían, y por eso lo habían reclutado hacía ya bastantes años, cuando el jovenzuelo Bastian ya hacía de las suyas saltándose cualquier medida de seguridad de empresas públicas o privadas. La DSGE pudo localizarlo y envió a un par de agentes a esa casita del sur de Francia, donde unos padres sorprendidos no sospechaban lo que era capaz de hacer su hijo adolescente desde el escritorio de su cuarto.

Bastian, al igual que Ariel, no tenía un número de teléfono personal. En el mundo del espionaje, los teléfonos no son buenos amigos; cuanto antes pueda uno deshacerse de ellos, mejor. Y además, con el Mossad queriendo controlarlo, cualquier llamada al francés sería localizada casi con seguridad por la inteligencia israelí. Ariel ya no tenía la cuenta de correo que había creado para el asunto de Burgos. Solo la había usado en ese momento y la había eliminado

después. Bastian le había indicado que para futuras comunicaciones lo harían a través de una web que había creado, una web que simulaba una empresa sueca de venta de artículos para bebés. La web estaba encriptada, y para comunicarse lo hacían a través del apartado «Política de Privacidad». En el noveno párrafo del texto, clicando en la palabra «devolución» enlazaba con un chat de comunicación, también encriptado. Cuando Ariel siguió esos pasos, se quedó unos segundos mirando la pantalla. Frunció el ceño. Tenía un mensaje de su colega francés.

Lo leyó y se quedó pensando, confundido. El mensaje que le había enviado Bastian era claro, pero había algo que no acababa de encajar o, al menos, algo chirriaba en su cabeza. Volvió a leerlo.

*Hola Ari, te estoy escribiendo este mensaje para comunicarte que no podré estar operativo durante una larga temporada. Me han seleccionado para un proyecto militar que requiere siete meses de instrucción y entrenamiento. Los agentes asignados al proyecto estaremos totalmente incomunicados desde el día 7.*

Ariel no era experto en descifrar mensajes en código, no era su especialidad, pero también había pasado por ese entrenamiento en el Mossad. Buscar patrones en textos, incoherencias dentro de la coherencia de un mensaje. Como la punta de una aguja que sobresale medio milímetro de la tela. Casi imperceptible, pero molesta. Volvió a leerlo, línea por línea, deteniéndose en cada palabra. El mensaje era coherente. Bastian avisaba de que iba a estar una temporada incomunicado, trabajando como agente del DSGE en un proyecto militar. Pero había algo que lo incomodaba en ese mensaje de su colega. Le llevó cinco minutos más dar con la incoherencia, con la punta de la aguja. El número siete. Lo había escrito con letras cuando hablaba de «siete meses de instrucción» pero, en cambio, había utilizado el número cuando decía «incomunicados desde el día 7». ¿Estaba su colega indicándole que utilizara el número siete? ¿Quizás a modo de llave para abrir el mensaje? Fue contando las letras del texto. La séptima era una «i». Siete letras más adelante estaba la «y». Después otra «i», luego una

«t». Hizo lo mismo con todo el texto y el resultado fue una secuencia de letras o fonemas sin sentido.

Se recostó en la silla y se pasó la mano por el pelo. Suspiró. Quizás la cosa no iba por ahí, quizás no había mensaje en clave y Bastian utilizaba indistintamente letras o cifras para hablar de un número. Negó con la cabeza. No. Algo le seguía incomodando. Se frotó los ojos y miró la pantalla, concentrado. Nada de letras, probaría con palabras. Contó la séptima palabra y la anotó. «Mensaje». Hizo lo mismo con todo el texto, saltando seis palabras y escribiendo la séptima. Miró lo que había escrito.

«Mensaje. Operativo. Seleccionado. Siete. Agentes. Desde».

Aquello tampoco tenía sentido, no significaba… De repente, se le erizó el vello de la nuca y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Ahí estaba, en esas palabras. Lo vio cuando se fijó en la primera letra de cada palabra: MOSSAD.

Y entonces comenzó a entender. Bastian había dejado ese mensaje para que Ariel no se comunicara con él. De alguna manera que desconocía, Bastian se había dado cuenta de que el Mossad se había intentado introducir en el sistema informático del francés. Quizás en alguno de sus correos, o servidores, o lo que sea que los expertos informáticos utilizaran en su día a día. El caso era que un hacker como Bastian había detectado algo, y seguramente había rastreado ese algo hasta llegar, o bien a alguna dirección IP de Israel, o bien a algún indicio que le indicaba que la inteligencia israelí estaba detrás de esa irrupción informática. Ariel siguió pensativo. No podía arriesgarse a ponerse en contacto con Bastian, ni siquiera en esta web encriptada. Si Bastian le había mandado ese mensaje en clave, era porque había riesgo de que el Mossad acabara localizando ese canal de comunicación. Ariel no podía arriesgarse a darle las coordenadas en Sicilia para explicarle el asunto del secuestro y de su inminente viaje, eso podría hacer saltar todas las alarmas en Tel-Aviv. No sabía a ciencia cierta qué tenía pensado la cúpula del Mossad hacer con él, pero toda precaución era poca. A veces, del simple «controlad al objetivo» al contundente «eliminad al

objetivo» va solo un paso, una decisión en una reunión para dar luz verde a un grupo de *kidones*, la élite del Mossad, la punta de lanza, los expertos en la eliminación de objetivos teóricamente intocables. Pensó en su grupo de excompañeros del Mossad. Si se daba luz verde, no verían al objetivo como Ariel Shemesh, excolega y compañero en decenas de misiones; verían al objetivo como una ficha en una carpeta, como una foto pixelada, tachada por una enorme X roja.

No podía recurrir a Bastian para explorar el terreno por imágenes de satélite en directo, en aquellos bosques sicilianos donde ese asesino profesional retenía a María. Ariel tendría que ir a ciegas en un terreno desconocido para él; pero que su enemigo, ese fantasma del pasado, conocía como la palma de su mano.

# CAPÍTULO 60

El hombre con el buzo azul mandó cerrar la puerta del hangar. El avión privado de don Stefano Di Santino había aterrizado en el aeropuerto Vicenzo Florio y el piloto ya lo había aparcado en el hangar elegido por Flavio Carpone, máxima autoridad en la dirección de ese aeropuerto y amigo de negocios de don Stefano. Pietro vio por la ventanilla como un par de hombres, también con buzos azules, hacían indicaciones a una furgoneta negra para que aparcase junto al avión. Al volante de esa furgoneta reconoció a Alessandro. Sonrió. Su viejo amigo, el pequeño de los hermanos Falzone, los llevaría hasta el destino, bueno, casi hasta allí. Harían por carretera unos doscientos cincuenta kilómetros, hasta la pequeña población de San Fratello. Allí cambiarían de vehículo para hacer los últimos kilómetros hasta el destino final. Silvio, el mediano de los Falzone, con un todoterreno preparado para conducir por caminos abruptos y pedregosos, sería el encargado de dejarlos en la cabaña de Pietro, en los frondosos bosques del Parco Naturale dei Nebrodi.

Esperó a que se abriera la puerta del jet privado con la escalera de acceso acoplada para poder bajar a tierra. Se levantó del mullido asiento de cuero, caminó por el suelo enmoquetado y bajó por las escaleras. Saludó con un gesto de la cabeza a Alessandro y, siguiendo las instrucciones de don Stefano, esperó la llegada de Claudio Ambrosini, el máximo responsable en todo lo relativo a papeleos de viajeros y aeronaves. Unos momentos después, un hombre trajeado, con una acreditación que colgaba de su cuello, entró por una puerta en la parte trasera del hangar. Llevaba unos documentos en la mano. El hombre se paró junto a él. Lo miró de arriba a abajo.

—¿Pietro Schilaci?

—¿Claudio Ambrosini? —fue su respuesta.

—Su pasaporte, por favor.

Pietro sacó su pasaporte del bolsillo interior de su chaqueta y se lo entregó. El hombre buscó una página del pasaporte y estampó un

sello. Le devolvió el pasaporte y le entregó varios folios, también sellados.

—Esto es para el piloto —le dijo, y se dio la vuelta para dirigirse a la puerta por donde había aparecido. Salió sin mirar hacia atrás. Pietro amplió su sonrisa. Bajo el ala de don Stefano, todo iba más rápido y fluido. Avanzó hasta la furgoneta. Alessandro Falzone bajó del vehículo y ambos se abrazaron y se dieron dos besos en las mejillas. El pequeño de los Falzone silbó y la puerta corredera de la furgoneta se abrió. Bajaron dos hombres que no conocía. Eran jóvenes, de no más de veinticinco o treinta años. De aspecto rudo y fuerte, con esa mirada siciliana de hacer lo que haya que hacer para tener al jefe contento. Hombres de Alessandro, la fuerza bruta. Se quedaron junto a su jefe, cada uno a un lado. Alessandro miró a Pietro.

—¿Dónde están?

Él hizo un gesto con su cabeza hacia el avión.

—En la parte de atrás. Están atados y sedados.

Alessandro miró a sus hombres.

—Ya lo habéis oído. Bajadlos a la furgoneta y ponedles la capucha. Rápido, tenemos varias horas de viaje por delante.

Los dos hombres subieron las escaleras y desaparecieron en el interior del avión. Alessandro palmeó la espalda de su amigo.

—¿Cómo de vuelta por casa, canalla? ¿No te tratan bien en España?

—Me he tomado unos días libres. Digamos que es un viaje para reencontrarme con viejos amigos. —Pensó en el hombre de la fotografía, en el verdugo de su hermano Angelo—. Un viaje… de placer.

—Bienvenido, entonces, Pietro. Sabes que nos tienes para lo que necesites.

Él asintió mientras observaba cómo los hombres de Alessandro bajaban del avión al llorón y a la niña, sobre sus hombros, como quien carga sacos de harina.

# CAPÍTULO 61

—¿El Mossad? ¿Estás seguro? —dijo Zack al otro lado del teléfono.

—Sí. Bastian se dio cuenta y me dejó ese mensaje para que yo lo supiera y no tratase de contactar con él.

Tras unos segundos en silencio, el estadounidense habló.

—Sin Bastian no tendrás acceso a satélite, ni información real de dónde puede retener a la niña.

—Lo sé, pero seguramente no tendré posibilidad de comunicarme con nadie cuando ponga el pie en esos bosques. Al menos, a cierta distancia de donde quiera que esté la niña.

—¿Inhibidores de señal?

—¿No es lo que nosotros haríamos? —respondió Ariel.

Nuevamente unos segundos de silencio.

—¿Qué propones? —dijo finalmente Zack.

Él suspiró. Tenía que aceptar las cosas tal y como eran, y actuar acorde a ello. Debía trazar un plan sabiendo que estaba en inferioridad de condiciones respecto al siciliano.

—Es un asunto personal, entre él y yo. Yo acabé con su hermano y casi acabo con él. Quiere un duelo, me quiere a mí. —Hizo una pausa, sopesando sus propias palabras—. Por eso tendrá hombres vigilando en cada aeropuerto siciliano, en cada puerto importante. Hombres en los pueblos cercanos a esos bosques donde él se esconde, hombres en los cruces de caminos, en gasolineras. Y serán hombres de armas, entrenados para detectar policías o gente de aspecto militar que podrían ayudarme.

—Sabes que tengo que entrar allí, contigo.

Ariel apretó los dientes y negó con la cabeza.

—Si nos ven juntos la vida de la niña corre peligro. Sé que ese loco la matará. Y si te ven por las inmediaciones, aunque vayas solo, probablemente ocurra lo mismo. Es algo entre él y yo.

—¿Quién te dice que no tendrá hombres acechando en esos bosques? Una emboscada, Ariel. Hombres apostados en colinas, con prismáticos, avisando a otros de que te acercas. —Zack carraspeó—.

Te cercan, te atrapan. Y ese hijo de perra acaba con la niña, para que lo veas, y luego contigo.

Ariel ya había pensado en eso. Pero intuía que el orgullo del siciliano lo haría actuar personalmente, sin apoyos que pudieran menoscabar el mérito de poder matarlo él mismo.

—Creo que será algo entre él y yo. Tiene ventaja, conoce el terreno. Juega en casa y eso le da la confianza de que puede acabar conmigo. Busca venganza. Y la venganza sabe mejor cuando el único ejecutor es uno mismo.

—Es demasiado arriesgado. ¿Pretendes ir allí tú solo? ¿Sin ayuda? ¿Crees que voy a dejar que entres a la boca del lobo sin que pueda cubrirte las espaldas? Pensé que me conocías mejor, joder.

—He pensado en ello. Podrás estar cerca, pero no lo suficiente para actuar, Zack. Estoy seguro de que habrá preparado el terreno con cámaras para vigilar que voy solo.

El estadounidense soltó un juramento, bufó algo que Ariel no entendió y respondió en un tono serio y tenso, el mismo tono que él había presenciado en varias operaciones del pasado.

—¿Cámaras? ¿Crees que todo se reducirá a una docena de cámaras ocultas en árboles y arbustos? Joder, Ariel. Allí te espera un puto infierno, y lo sabes. Trampas, seguramente explosivos, la mirilla de un rifle en el radio de mínimo un kilómetro y Dios sabe qué más putadas podrás encontrar por el camino.

—Zack… —comenzó a decir.

—Sabes que es una incursión suicida, Ariel. Lo sabes tan bien como yo. A mí no me puedes adornar estas cosas diciéndome que ese hijo de perra no jugará sucio porque es un asunto personal, una especie de duelo, con reglas, con honor.

Ambos callaron unos instantes. Finalmente, Ariel habló.

—Sé que jugará sucio. Sé que habrá engaño, trampas y peligros tras cada colina, barranco o regato. Pero es la única opción. Llegar hasta él. Llegar vivo. —Cogió aire y lo soltó con un suspiro—. Y tratar de matarlo.

Otro bufido de Zack. Ariel se lo imaginó poniendo los ojos en blanco, negando con la cabeza y haciendo aspavientos.

—¿Cómo sabes que no matará a la niña antes de que llegues a él? ¿Cómo sabes que no la ha matado ya?

Sabía que no tenía respuestas para esas preguntas.

—No lo sé. Lo único que sé es que debo ir. Y tú mismo lo has dicho hace un momento. Intentará que yo presencie cómo mata a la niña ante mis ojos antes de acabar conmigo.

De nuevo el silencio. Casi medio minuto de un silencio largo, denso e incómodo.

—Muy bien, llanero solitario. ¿Qué tienes pensado para mí? ¿Cuáles son tus instrucciones?

Ariel había pensado en la mejor forma para que ambos pudiesen llegar allí sin levantar sospechas.

—Viajaremos en mi furgoneta.

—¿En tu furgoneta? ¿Hasta la zona más al sur de Italia? Pero…

—No llega a tres mil kilómetros. Parando solo para repostar podemos cubrirlo en algo más de un día. —Miró la hoja de papel donde había hecho varias anotaciones—. Unas treinta y dos horas.

—Veo un par de problemas con eso —dijo Zack—. Primero, aunque nos vayamos turnando al volante, llegarás reventado, y en esos bosques necesitarás estar lo más lúcido posible. Y segundo, es posible que tenga gente apostada en el aeropuerto siciliano más próximo al lugar de las coordenadas que indicó en el mensaje. Esperarán que llegues en algún vuelo.

Asentía mientras escuchaba a su colega. Zack seguía teniendo la capacidad de analizar cada detalle de las misiones.

—No viajaremos solos. Vendrá otro hombre con nosotros. Eso supone que podré descansar buena parte del viaje.

—¿Otro hombre?

—Marcus. El guardaespaldas personal de Jessie Carter. Lo he puesto al día del plan.

Zack no dijo nada, pero Ariel sabía que en esos momentos estaría frunciendo el ceño.

—Confío en él. Es el mismo con el que mantuve contacto telefónico desde Bogotá, durante el intercambio.

Había hablado con la cantante. Ella quería ir, viajar con Roberto y varios hombres de seguridad, pero Ariel la convenció de lo contrario.

Era peligroso para la niña. Debía resolverlo él, el mensaje era claro. Le explicó que iría con Zack, ex compañero de operaciones en el pasado, y también que Marcus sí le sería de ayuda si viajaba con ellos.

—Y respecto a lo que comentas de que el siciliano espera que yo entre en Sicilia por algún aeropuerto, coincido. Todo lo que no sea eso le suscitaría sospechas —dijo Ariel—. Por eso yo os acompañaré hasta Roma y desde allí cogeré un vuelo a Palermo. Estoy seguro de que tendrá apostado algún hombre ahí para confirmar mi llegada. Desde Palermo me desplazaré por carretera hasta el Parco dei Nebrodi.

—Quieres que vayamos en tu furgoneta para introducir las armas en Italia.

—Exacto. No podríamos hacerlo en avión y no nos daría tiempo a buscar lo que quiero en Italia.

—Vale, entonces tú volarás desde Roma. ¿Y nosotros? ¿Cómo…?

—Tú y Marcus conduciréis hasta la pequeña localidad de Pellaro, en la zona sur del estrecho de Mesina. Tendréis que alquilar un bote para cruzar de noche los más de diez kilómetros hasta pisar costa siciliana. Con las armas.

—Bien. ¿Y después?

—Alquilaréis un coche y conduciréis desde allí hasta la pequeña localidad de San Fratello. Son unas tres horas por carretera. En las afueras está el santuario dei Tre Santi. Desde ese punto son unos doce kilómetros hasta las coordenadas marcadas por el siciliano. Nos veremos en ese santuario, yo cogeré las armas y me adentraré en los bosques.

—¿Y qué quieres que haga yo a partir de ese momento? ¿Verte marchar y rezar un par de plegarias por ti en ese santuario?

—Sabes que no podrás entrar allí conmigo.

—Mira, colega…

—Zack —le cortó—. Ya pensaremos algo. Tenemos muchas horas de viaje para tratar de sacar esto adelante.

—Es una locura, joder.

—Lo sé —respondió Ariel. Desvió la mirada hacia su muñeca, hacia las pulseras de la niña, las de la amistad eterna. Ahora tenía

puestas las dos. El corazón. Suspiró y apretó los dientes—. Lo sé —repitió.

# CAPÍTULO 62

El todoterreno descendió por el pedregoso camino, más parecido a un barranco que a un camino, y entró en una zona de tierra fangosa. Se podía sentir la pérdida de tracción del vehículo que, dando varios bandazos, avanzó deslizándose por un lodazal donde cualquier otro vehículo hubiera quedado atrapado. Las aguas freáticas que discurrían por el subsuelo convertían esa zona en una especie de cenagal oculto y peligroso para quienes no conociesen bien ese terreno. Pietro miró por la ventanilla y sonrió. Ningún vehículo, ningún guarda forestal aparecería por allí. Nunca lo hacían. Él podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto a un guarda forestal a menos de un par de kilómetros de su cabaña. No era zona de senderismo, de rutas en bicicleta o de visitas a monumentos. El vehículo volvió a patinar con las ruedas de atrás, pero Silvio volvió a mostrar su pericia en la conducción y, con un par de rápidos movimientos de volante y palanca de cambios, puso al todoterreno nuevamente en el centro de lo que a duras penas podía llamarse camino. El coche salió de esa zona para volver a adentrarse en territorio boscoso, atravesando la garganta de un cañón que hacía de entrada al pequeño valle donde Pietro tenía su propiedad. Unos minutos después, tras avanzar con lentitud por una pista estrecha, sinuosa y flanqueada por árboles cuyas ramas hacían de látigos contra el techo y costados del vehículo, salieron a una amplia explanada de hierba alta y seca. Hizo una señal a Silvio para que rodease la explanada por una estrecha pista de tierra que, en esos momentos del día, quedaba a la sombra de las montañas que hacían de barrera norte del valle. Medio kilómetro después, pudieron divisar la cabaña. Pietro indicó a Silvio que aparcase junto al viejo granero. Cuando llegaron allí, el mediano de los Falzone paró el motor. Ambos quedaron en silencio unos momentos. No se oían ruidos, llantos o golpes en el maletero. Seguían sedados. Les habían administrado una segunda dosis al cambiar de vehículo, y Pietro calculó que todavía estarían así un par de horas.

—¿Cuántos hombres quieres? —preguntó Silvio.

—Vosotros y cuatro más. Seis en total. Le dejé a tu hermano anotadas las localizaciones donde os quiero a cada uno.

Silvio asintió sin decir nada.

—Os quiero apostados en esos puntos. Armados y con vuestros prismáticos y *walkie-talkies*. —Miró a Silvio Falzone a los ojos—. Te digo lo mismo que le dije a tu hermano. No quiero que disparéis, solo necesito saber por qué zonas se aproxima, por qué punto entra al valle. Lo quiero para mí.

—Eso está hecho, Pietro. Nada de disparos. La presa para ti. Localizarlo y avisarte.

Pietro se quedó mirándolo, en silencio, unos segundos más. Se rascó la barbilla, sonrió y asintió.

—Veo que está entendido. Decidles a vuestros hombres que no quiero ningún héroe de última hora. Ese hombre es para mí. Si alguien lo mata, estará tan muerto como él. ¿Queda claro?

El mediano de los Falzone tragó saliva y desvió su mirada de la de Pietro.

—Todo claro.

—Bien. Descarga mis paquetes del maletero. No les quites la capucha ni las correas. Los dejas en la puerta. Yo los meteré después —dijo, y salió del coche para acercarse caminando a la cabaña.

Su bisabuelo, a quien no llegó a conocer, había construido lo que inicialmente fue un cobertizo de mala muerte casi cien años atrás. Las siguientes generaciones lo fueron manteniendo y reformando hasta el estado actual, una cabaña de campo de aspecto sólido y recio. Pietro recordaba vívidamente aquel día, allí, cuando no tenía más de cinco o seis años. Angelo y él jugaban a pelearse en la entrada de la casa. Su abuelo, Francesco Schilaci, llegaba con la

escopeta al hombro y una liebre, atada con un cordel, colgando de la mano. Pararon de empujarse. A Pietro nunca se le olvidó la mirada vacía de la liebre, con unos ojos negros, inmóviles y un hilillo de sangre saliendo de la boca. Su abuelo debió verlo hipnotizado por la imagen de la liebre, porque la sacudió hacia él, haciendo la broma para sobresaltarlo. Pero él ni se movió. Sabía que estaba muerta. Sabía lo que era la muerte. Y cuando su abuelo le dijo unas palabras que él ya no recordaba, Pietro le pidió la escopeta. Porque quería ir a esos bosques. Porque quería saber lo que se sentía matando. Recordaba la carcajada de su abuelo y cómo este le removió el pelo, sonriendo y negando con la cabeza mientras entraba a la vieja cabaña para despellejar la liebre.



Abrió la puerta solo veinte centímetros y la mantuvo así, entreabierta. Miró hacia abajo. Se puso en cuclillas. El hilo de seda, casi transparente, seguía ahí, intacto, tenso y anclado a sendas puntas, tal y como lo había dejado la última vez que salió por aquella puerta. Nadie había entrado en la casa; la puerta no había roto el hilo. No era algo que esperase, pero en su mundo, lleno de enemigos visibles e invisibles, ser asesino contratado o ser objetivo a eliminar era algo que podía cambiar de una forma tan natural y esperada como las estaciones del año. Pietro quitó el hilo y abrió la puerta. Volvería a colocarlo atado en las puntas cuando hubiera acabado el trabajo que lo había llevado allí, cuando saliese por aquella puerta con la intención de pasar varios días con su madre en Palermo, antes de volver a Marbella. Dejó el hilo en un frasco sobre una balda de la alacena. La cabaña olía a cerrado, a humedad y a madera vieja. Caminó unos pasos, con el crujido de las tablas bajo el peso de sus pisadas acompañándolo por las diferentes estancias. Todo seguía recogido y ordenado, tal y como lo había dejado. Subió por las escaleras a la planta superior. Entró y echó un vistazo a cada

habitación. La que usaban sus padres, con la enorme cama de hierro forjado y ese armario de madera roja que siempre le había fascinado. La del abuelo, con el crucifijo sobre el estrecho camastro pegado a la pared y la vieja escopeta colgando de un gancho. Pietro sonrió. Frecuentemente le llegaban recuerdos del viejo, de su voz ronca, de sus manos nudosas y de su carácter adusto y frío. Miró hacia la silla junto a la cama. Ahora le parecía pequeña y frágil. Ahí solía sentarse Francesco Schilaci para atarse sus botas de cuero. En ese respaldo colgaba su raída camisa de cuadros verdes y rojos, en ese asiento dejaba sus arrugados y sucios pantalones de trabajo, desgastados en nalgas y muslos. Pietro había heredado el carácter de su abuelo. Frío, seco, calculador y vengativo. Miró hacia la escopeta de doble cañón. Sonrió. Al parecer también había heredado la puntería. Sí, eso también.

Caminó por el pasillo y entró en la tercera habitación. Su habitación, la de ellos. El olor continuaba ahí, tan característico. Tenía el olor de esa habitación grabado en algún rincón de su cerebro y siempre afloraba cuando, sin necesidad de estar ahí, pensaba en ella. Ahí estaba la vieja alfombra azul, ajada y descolorida. Sus ojos se posaron en las baldas llenas de objetos traídos de esos bosques: piedras con formas raras, palos tallados a modo de puñales y puntas de flecha, pequeños animales disecados. Desvió su mirada hacia las literas. A Angelo, como ocurre con la mayoría de los niños, siempre le gustó dormir en la de arriba. Pietro sonrió. Él nunca se opuso. Siempre, desde que era un niño, vio desventajas en la litera de arriba. Riesgo innecesario de caídas, más tiempo de reacción en caso de incendio, y estar a merced de quien duerme debajo. Pietro nunca apuñalaría por la espalda a su hermano, pero siempre es mejor controlar la situación desde una posición favorable. Caminó hasta la ventana con los familiares crujidos cruzando la estancia. Miró a través de los cristales. Al frente, la vasta explanada de hierba con el bosque al fondo. Un bosque que ganaba en frondosidad y ascendía colina arriba, escondiendo regatos, setales, madrigueras y lugares que él conocía como la palma de su mano. Desvió la mirada hacia la derecha. Ahí estaba el granero, que durante su existencia también había hecho de pajar y

de taller de todo tipo de máquinas y cacharros, ahora completamente inservibles. Pero lo que por fuera parecía un granero, era mucho más que eso. Había sido Pietro quien lo había reformado. Alguien que entrase allí vería todo normal, nada fuera de lugar, nada que llamase la atención. Era un viejo granero con un pequeño tractor aparcado a un lado, una mesa de trabajo con diferentes herramientas en ella y varios utensilios de labranza desperdigados por aquí y allá. Pero nadie sospecharía que, bajo la trampilla oculta por unos cestos de mimbre, unas escaleras daban acceso a un auténtico búnker, de las mismas dimensiones que la planta del granero, y con un arsenal digno de un pequeño escuadrón de infantería. Ahí debajo tenía todo lo que necesitaba para darle la bienvenida, y también la despedida, a su viejo amigo de aquella noche en Nápoles.

Pietro contempló las anchas puertas del granero, en ese momento cerradas con el viejo candado que colgaba orgulloso, como un centinela paciente, observador y atento a cualquier extraño, a cualquier persona sin el apellido Schilaci que se atreviese a poner un pie por allí. Mirando la entrada al granero le vino el recuerdo de aquella tarde, hacía ya tantos años. Él, con catorce años, reparando en el granero un cepo para lobos. La imagen de su hermano llegando a la carrera, cojeando, casi sin aire. Pietro viendo la cara hinchada y ensangrentada de su hermano, la camisa rota y una herida de arma blanca que le cruzaba el pecho. Fabrizio, el hijo mayor de los Costello, que vivían al otro lado del valle, había encontrado a Angelo en el bosque. Su hermano se negó a darle las dos ardillas muertas que colgaban de su cinto y Fabrizio, cuatro años mayor, se las quitó por la fuerza. Angelo se resistió, le plantó cara, y Fabrizio le dio una paliza hasta casi matarlo. A Pietro le vino la imagen de la cara de Angelo, deformada, mirándolo sin ser capaz de hablar, con los labios partidos, temblando, la sangre brotando de su nariz, de su boca, y cayendo por el cuello. Angelo se acercó a él, con los ojos vidriosos. Pietro lo abrazó, y su hermano comenzó a llorar en su hombro. «¿Quién?», le susurró Pietro al oído. «Fabrizio», fue la respuesta de su hermano. Él asintió, dejó lo que estaba haciendo, cogió su puñal de caza y fue a por la escopeta del viejo. Salió de la

cabaña caminando a paso ligero, casi corriendo, con la vista puesta en aquellos bosques. «¿Qué vamos a hacer?», escuchó decir a su hermano, que corría cojeando, intentando llegar a su altura. «Darle caza», fue su respuesta. Fue la primera persona a la que Pietro asesinó. Dos tiros, por la espalda. Después se acercó y, con el pie, le dio la vuelta en el suelo cuando aún todavía respiraba. Le entregó el puñal a su hermano. Angelo dudó, mirando primero a un Fabrizio agonizante y después a su hermano. Pietro asintió, con gesto serio. Y Angelo lo remató, rebanándole el cuello. Enterraron a Fabrizio Costello en lo más profundo de una cueva de muy difícil acceso. Su familia nunca lo encontró, la policía tampoco. Cuando llegaron esa noche a la cabaña, en esa misma habitación donde ahora Pietro miraba por la ventana, Angelo lo volvió a abrazar, llorando, soltando toda la tensión acumulada. Él le devolvió el abrazo con fuerza, lo besó en la frente y, mirándolo a los ojos, pronunció unas palabras que años después no podría cumplir: «Siempre me tendrás a tu lado, como tu sombra, cubriendo tus espaldas».

Una lágrima cayendo en el dorso de su mano derecha, apoyada en el alféizar de la ventana, le hizo volver al presente. Más lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, y Pietro no hizo nada por detenerlas. Llevaba años sin ver a su hermano, sin poder abrazarlo, sin poder sentirlo. Cerró los ojos y suspiró. Cogió aire con fuerza y apretó los dientes. No volvería a ver a Angelo, pero la venganza estaba cada vez más cerca. Vio a Silvio hacerle un gesto de despedida desde el todoterreno, arrancar el motor, maniobrar y alejarse por el pedregoso sendero. Desvió su mirada hacia abajo, hacia la entrada de la cabaña. Silvio había dejado sus paquetes en el suelo, junto a la puerta. Seguían inmóviles, tumbados, con la capucha negra y atados con cuerdas y correas. Los cebos para su presa. Tenía tiempo y material para preparar la recepción que su invitado merecía. Como la recepción a una fiesta. Una fiesta en honor a Angelo.

# CAPÍTULO 63

Santa se apartó de un salto cuando Ariel quitó la tapa para revisar el doble fondo de la furgoneta. En principio tenía todo lo que necesitaba. Su rifle, su pistola y lo que le había pedido a Roberto. Como jefe de una empresa de seguridad, Roberto tenía autorización para poseer una serie de armas y artículos de combate que no estaban disponibles en armerías para cualquier persona con una simple licencia de armas. Jessie Carter había movido hilos entre sus contactos para conseguir otra de las peticiones de Ariel: disponer de un helicóptero medicalizado en la zona más próxima posible al lugar de las coordenadas marcadas por el siciliano. Él no sabía en qué condiciones podría encontrarse a María… en el caso de que pudiera sacarla de allí con vida. Al parecer, un productor musical italiano, que vivía en Roma pero que también tenía una lujosa mansión en la costa norte siciliana, se encargaría de ello. Ariel atornilló el panel que ocultaba el doble fondo y cerró el portón trasero. Cuando se giró, la cantante estaba ahí, mirándolo, en silencio. Parecía haber envejecido diez años en cuestión de días. Su pelo estaba desaliñado, tenía los ojos abotargados, con los párpados hinchados, enrojecidos, y las bolsas violáceas de quien lleva demasiados días sin dormir. Jessie estaba en zapatillas de casa, con una bata gris sobre lo que parecía un chándal, o quizás era un pijama azul de algodón, de aspecto barato, como los que venden en supermercados. La elegancia y el *glamour* que había visto en la cantante habían desaparecido por completo. La desesperación y la angustia se habían hecho dueñas de su cuerpo, de su mente y, quizás en un futuro próximo, también de su alma.

Ariel mantuvo la mirada de Jessie. Ella cerró los ojos y unas lágrimas comenzaron a descender por las mejillas. Su cuerpo empezó a temblar y él sentía que la cantante estaba haciendo un esfuerzo por contener el llanto.

—Haré todo lo que pueda para traer a María. Tienes mi palabra. Es todo lo que puedo decir.

Ella asintió levemente, cerrando con más fuerza los ojos. Sus labios, secos y agrietados, no eran capaces de retener unos sollozos cargados de agonía y tristeza. Ariel se agachó y cogió en brazos a Santa. Apoyó su cabeza contra el lomo de la gata. Santa correspondió frotándose con su dueño mientras soltaba un maullido. «Nos vemos pronto, Santa. Aquí te cuidarán bien», le susurró al oído. Le entregó la gata a Jessie, que la cogió con cuidado. Ariel se quedó mirándolas, suspiró y se dio la vuelta. Caminó hasta la puerta del conductor, abrió y se sentó al volante. Marcus ya estaba en el asiento del copiloto. El guardaespaldas lo miró y asintió. Estaba listo. Miró hacia la casa a través de la luna frontal. Allí, en la puerta, Mariela hizo un gesto con la mano. Ella seguiría cuidando de su hermana. Ariel había tenido que convencerlas de que la única opción de mantener a María con vida era viajar allí para enfrentarse al siciliano. No había posibilidad de avisar a la policía española, ni a la italiana. El mensaje era claro. Él solo, sin ayuda. Si rompía las reglas, las consecuencias serían fatales. Y de eso no tenía dudas. Zack y Marcus lo acompañarían a Sicilia, pero no podrían ser un apoyo cercano, no podían ser vistos con Ariel o en las cercanías a las coordenadas del mensaje. No se lo podía permitir. Su única opción era entrar allí y acabar con el asesino que debió morir aquella fatídica noche en Nápoles.

La furgoneta enfiló el camino hacia la puerta de entrada de la finca. Vio cómo Roberto salía del puesto de control y caminaba hasta el borde del camino. Ariel paró la furgoneta a su altura y bajó la ventanilla. Roberto lo miró. Tenía el gesto serio. Imaginaba cómo se sentía el jefe de seguridad de Jessie Carter. Su plan había fracasado en el intercambio porque un elemento externo había aparecido de la nada. En realidad, había aparecido del pasado de Ariel, y parecía como si parte de la culpa fuera del propio Ariel, como si él hubiera atraído a ese asesino al punto del intercambio. Había una mezcla de frustración y resentimiento en la actitud de Roberto. Sin embargo, no se había opuesto a que él acudiese a ese duelo personal con el siciliano. Se había mostrado contrario a llamar a la policía y, para su sorpresa, había colaborado en suministrarle lo que le había pedido, lo que ahora estaba en el doble fondo de la furgoneta. Pero la

mirada de Roberto no dejaba lugar a dudas. Veía a Ariel como un intruso en su trabajo que había desestabilizado todo su sistema de seguridad, como un mosquito molesto que aparece en un soleado día de picnic para molestar a una familia que hasta ese momento estaba disfrutando de una tarde idílica. Quizás, incluso, como a un rival en lo que concernía a competencia en cuanto a la seguridad de la cantante y su familia.

—Ni siquiera sabes si está viva.

Ariel lo miró durante unos segundos. Apretó el volante con fuerza.

—Si me quedo aquí, sin hacer nada, nos llegarán las pruebas de que lo estuvo, y seguramente pruebas de que ya no lo está —respondió con el mismo tono seco que había empleado el jefe de seguridad.

Roberto tensó la mandíbula. Hizo un leve asentimiento, casi imperceptible. Miró a Marcus. El guardaespaldas le devolvió la mirada sin decir nada.

—Ya —dijo Roberto—. Y puede que, ni vuelva la niña ni vuelvas tú. —Miró hacia la vivienda principal, donde Jessie Carter permanecía de pie, en el mismo sitio, esperando a que la Volkswagen California verde saliera por la puerta—. ¿Le has explicado a la madre las posibilidades que hay de que eso ocurra?

Ariel se quedó mirándolo, pero no le contestó. Después miró al frente e hizo un gesto a uno de los hombres de Roberto para que abriese la puerta. El hombre miró a su jefe y, tras recibir la aprobación, pulsó el mecanismo de apertura. Salió por la puerta pensando que tenía un largo viaje por delante. Recogerían a Zack en Barcelona, harían turnos al volante hasta Roma y allí Ariel cogería un vuelo hasta Palermo. Y ya en tierras sicilianas, se desplazaría al punto acordado, al santuario donde esperaría a Marcus y Zack para hacerse con el equipamiento militar. Desde ahí, atravesaría unos bosques que escondían unas coordenadas donde Ariel no podía esperar otra cosa que una trampa mortal.

# CAPÍTULO 64

Pietro dejó caer el capó de la vieja ranchera y se puso al volante. En la zona de carga había depositado dos grandes bolsas de lona con todo el material necesario para los preparativos de su terreno de juego particular. Tras girar la llave en el contacto, la vieja furgoneta Ford volvió a la vida, rugiendo como un oso al que han despertado sin miramientos de su larga hibernación. Pietro sonrió. Los viejos cacharros suelen ser más fiables que la tecnología más moderna. Tras varios acelerones con sus correspondientes bocanadas de humo negro, sacó la ranchera del granero y, sin apagar el motor, se bajó para cerrar las puertas con el candado. Ya iba vestido con su ropa de camuflaje y botas de estilo militar. Entró en la casa. Subió por las viejas escaleras hasta la habitación de su abuelo. Cuando abrió la puerta le vino un fuerte olor a sudor, a orines y a vómito. Había restos de comida rancia en unos platos, en el suelo. Hizo una mueca. Ellos estaban despiertos, atados de pies y manos. La niña en el camastro, recostada contra la pared. El tío tumbado en el suelo, con la cara hinchada, los labios partidos y la nariz rota. La oreja cortada tenía mal aspecto, como azul, más bien negra. Pietro suponía que la oreja se estaba pudriendo, seguramente por infección. Se encogió de hombros, él no era médico. Al futbolista lo había tenido que pegar por la noche porque comenzó a gritar como un poseso, pidiendo ayuda. Pensando que alguien, a kilómetros de allí, podría escucharlo. Le había puesto cinta adhesiva en la boca, pero siguió sollozando y gimiendo, y eso no dejaba dormir a Pietro. Se tuvo que volver a levantar y propinarle varias patadas en las costillas y en la cara hasta que se calló. La niña se estaba portando mejor, sin necesidad de mordaza. Pietro la miró. Ella estaba sosteniéndole la mirada. Él sonrió, avanzó varios pasos y se agachó junto a uno de los platos. Cogió un puñado de arroz con una mano y se lo ofreció a la niña, intentando introducírselo en la boca. Ella negó con la cabeza.

—¿Agua? —le preguntó señalando la jarra oxidada sobre una mesita junto a la pared.

La niña volvió a negar con la cabeza. Pietro miró el viejo orinal de cerámica que había en el suelo, junto a la cama.

—¿Quieres orinar?

El mismo gesto por parte de la niña. Él se encogió de hombros, se dio la vuelta y caminó unos pasos. Se agachó, y con una mano quitó la cinta adhesiva de la boca del futbolista. Tenía los ojos muy abiertos y estaba temblando, incapaz de decir palabra. Pietro sonrió y, con la otra mano, le metió a la fuerza el puñado de arroz en la boca. El tío de la niña trató de cerrar la boca, defendiéndose, pero los dedos de Pietro empujaban con fuerza, apartando la lengua, hacia la garganta. Tras varias arcadas, Pietro pensó que ese llorón finalmente moriría atragantado, lo cual estropearía en parte su plan, pero sin saber cómo, consiguió escupirlo. Una masa de arroz apelmazado y sanguinolento quedó pegada en la manga de la chaqueta de Pietro. Él chasqueó la lengua, negó con la cabeza y le dio un bofetón que hizo saltar más granos de arroz mezclados con restos de sangre y saliva.

—¡Déjalo! ¡Eres un cobarde de mierda!

Pietro giró su cabeza hacia la niña y no pudo evitar soltar una carcajada. Volvió a girarse hacia el tío.

—Definitivamente tiene más cojones que tú.

En ese momento, observó cómo una mancha oscura comenzaba a formarse en los pantalones de ese desgraciado. Eso asqueó aún más a Pietro, que resopló entre dientes y cerró un puño con fuerza. El futbolista, incapaz de mover el cuerpo, cerró los ojos y giró la cabeza hacia el otro lado, esperando un nuevo golpe. Pero Pietro inspiró profundamente, soltó el aire y se irguió hasta ponerse en pie.

—No pasa nada. Ya queda poco para que todo acabe. —Señaló al futbolista, que había comenzado a sollozar—. Tú te vienes conmigo. Te vendrá bien un paseo en furgoneta. Aire limpio para tus pulmones.

—¿Qué vas a hacerle? —le dijo la niña.

Él la observó fascinado. ¿Realmente no estaba asustada? Desde que habían llegado a la casa no la había visto llorar. Pietro sacó una

sonrisa. Quizás ella había superado ese punto donde la esperanza por sobrevivir se había convertido en resignación, en aceptación de lo que estaba por venir. Pocos rehenes llegaban a superar ese punto. La ansiedad y el miedo se transformaban, pasaban a un estado de extraña tranquilidad, de curiosidad, incluso. Desde esa posición, donde ya todo les da igual, son capaces de enfrentarse a su captor, de hablarle de tú a tú, y hasta de menospreciarlo. Pietro avanzó hacia la niña. Ella seguía mirándolo desafiante. Él se sentó en el camastro, junto a ella. Notó cómo, en ese momento, ella se tensaba. Pero simplemente eso. No gritó, no lloró, ni trató de alejarse.

—¿Qué vas a hacerle?

—Voy a dar un descanso a tu tío —dijo, mirando hacia el futbolista—. Creo que ya se lo merece, ¿no lo crees tú? —Ella no respondió, apretó los labios. Rabia y odio contenidos en un gesto—. Quiero hacer algo creativo con tu tío, ya sabes, para darle la bienvenida a tu… ¿era tu guardaespaldas, verdad?

La niña entrecerró los ojos con rabia, mostrando una mirada cargada de ira.

—¿Está de camino, sabes? —dijo Pietro sonriendo—. Le dejé un mensaje muy… explícito, y creo que nuestro amigo no es alguien que falle a una cita así.

—Ariel te matará.

Él no pudo evitar sonreír. Le gustaba la cría. Tenía agallas, joder. Y determinación en la mirada. Estaba claro que no era de la misma sangre que el llorón. Razas diferentes.

—Tu amigo… Ariel, mató a mi hermano —dijo, e hizo una pausa para ver la reacción en ella; pero la niña no cambió el gesto—. Intentó hacer lo mismo conmigo, pero no lo consiguió. —Se encogió de hombros—. Y el destino ha querido que nos volvamos a encontrar. Gracias a ti.

Pietro hizo una mueca parecida a una sonrisa y se inclinó hacia ella, mirándola a los ojos. Ella le sostuvo la mirada con unos ojos repletos de un odio negro como la noche más oscura.

—Da igual lo que hagas —le dijo—. Ya da igual lo que hagas —repitió, esta vez arrastrando una intensa rabia con las palabras—. Ariel te matará de todas formas.

# CAPÍTULO 65

Ariel caminó por el *finger* que conectaba el avión con la terminal. Llevaba al hombro una mochila con la ropa que se pondría al llegar a los bosques donde el siciliano había marcado las coordenadas. Marcus había conducido hasta Barcelona, allí habían recogido a Zack y ellos dos habían ido turnándose al volante mientras Ariel trataba de descansar, durmiendo a ratos, en la parte de atrás de la furgoneta. Cuando dejó a Santa con Jessie Carter, cuando puso la gata en los brazos de la cantante, a ella no le dijo nada, pero él se había hecho una promesa a sí mismo: «Volverás a ver a María. Y yo volveré para recoger a Santa». Él sabía que el hecho de dejar a la gata en Madrid era un mensaje subliminal hacia Jessie. Tenía que regresar, a Madrid, a por su gata. Y regresaría con su hija.

Habían sido veintiséis horas de carretera hasta el aeropuerto internacional Leonardo Da Vinci de Roma-Fiumicino. Ariel había cogido un vuelo a Palermo, pero Zack y Marcus todavía tenían unas nueve horas más conduciendo hasta la pequeña localidad de Pellaro, en el estrecho de Mesina.

Ariel avanzó por la terminal del aeropuerto de Palermo-Punta Raisi esquivando personas y carritos con maletas. En esos momentos no trataba de pasar desapercibido. Quería dejarse ver para hacer saltar las alarmas de los hombres que el siciliano seguramente tendría apostados allí. No llevaba gorra, ni gafas, y caminaba con tranquilidad, mirando a uno y otro lado. En la entrada de la terminal se fijó en los carteles indicativos. Estuvo un rato ahí parado, y fue en ese momento cuando localizó a dos de los hombres. Estaba entrenado para identificar ciertos patrones y no solía equivocarse. La actitud, las miradas esquivas y el lenguaje corporal de un hombre a su izquierda activaron su radar. Era fuerte, trajeado, con barba, y fingía leer una revista. El otro, calvo y delgado, vestía vaqueros y una chupa de cuero negra. Estaba apoyado contra una máquina expendedora de bebidas, junto a la salida de la terminal. Tenía su móvil pegado a la oreja, hablando o

fingiendo que hablaba. Ariel no mostró sorpresa ni signos de haberlos localizado. Un momento después, caminó en dirección a una empresa de alquiler de vehículos indicada en un cartel. Tras alquilar un Audi A3 blanco, salió conduciendo del aeropuerto, esperando algún tipo de seguimiento en carretera. No se equivocó. Varias miradas al retrovisor interior mientras conducía le confirmaron que un BMW negro, tres vehículos por detrás del suyo, mantenía la distancia intentado pasar desapercibido. Ahora sí quería quitárselos de encima. Condujo treinta y cinco kilómetros desde el aeropuerto hasta la ciudad de Palermo y ahí, entre un tráfico más denso y callejeando de forma aleatoria, no tuvo problemas en perderlos de vista. Siguió conduciendo en dirección este, y en poco más de dos horas recorrió los ciento treinta kilómetros de distancia hasta llegar a la pequeña localidad costera de Acquedolci. Quiso evitar ir directamente a San Fratello, ya que era probable que en esa localidad, la más cercana al Parco dei Nebrodi, el siciliano tuviese ojos contratados para dar la voz de alarma. El punto de reunión acordado con Zack y Marcus, el santuario dei Tre Santi, estaba en las afueras de San Fratello, pero calculó que ellos no llegarían allí hasta bien entrada la noche. Ariel aparcó el vehículo en una de las calles, sacó una gorra, unas gafas y se cambió de ropa. Se puso unos vaqueros, una camiseta y una chaqueta diferentes a los que llevaba en el aeropuerto, ya que esa vestimenta ya formaría parte de la descripción entre los hombres del siciliano. Salió del coche con un mapa en una mano y una cámara de fotos en la otra. Comenzó a caminar como lo haría cualquier turista, callejeando y buscando algún sitio para comer. Tenía unas cuantas horas por delante.

Cuando se puso el sol, decidió encaminarse hacia San Fratello. No fue en el coche, ni anduvo por la carretera principal los poco más de siete kilómetros que separaban Acquedolci de la localidad vecina.

Ariel dio un rodeo utilizando caminos rurales poco transitados. Lo que podía haber recorrido en un par de horas le llevó más de cuatro, pero eso le aseguró llegar sin ser visto. Evitó entrar a San Fratello, y fue directamente hacia el santuario. La modesta iglesia coronaba orgullosa una colina, el Monte Vecchio, y por lo que había leído, era una edificación construida a finales del siglo XI, presumiblemente sobre restos de un templo griego. Ariel recorrió los últimos veinte metros del sendero que llegaba al santuario por la cara sur. Era noche cerrada, pero una luna casi llena ofrecía suficiente claridad para no tener que utilizar la linterna. Llegó a un muro de piedra que rodeaba la edificación y se apoyó para descansar. Seguía notando dolor en su muslo izquierdo. Ya no era el dolor punzante o la quemazón de días atrás, pero era un dolor molesto, sordo, profundo. Se masajeó el muslo unos segundos con ambas manos. Después se quitó la mochila y realizó varios movimientos circulares con su hombro izquierdo. Cerró los ojos y apretó los dientes. Aunque la herida de bala había cerrado bien, seguía notando fuertes pinchazos. En las costillas fisuradas notaba dolor si se presionaba sobre la zona, y le preocupaba el no poder adoptar una postura cómoda a la hora de tumbarse tras su rifle. Con ese cuerpo no era el Ariel en óptimas condiciones que había participado en misiones en el pasado, pero de nada servía quejarse. Al día siguiente, viernes, cuando se pusiera el sol, si él no lo evitaba, se cumpliría la amenaza del siciliano. En un gesto instintivo, bajo la tenue luz de la luna, miró las pulseras de su muñeca, las que había comprado María para sellar su amistad.

Los vio llegar cuatro horas después, antes de despuntar el alba. Dos sombras que se deslizaban a lo lejos, subiendo por una ladera, entre árboles. Zack iba delante, y la enorme figura de Marcus lo seguía

unos cinco metros por detrás. Cuando llegaron a lo alto de la colina, Ariel salió de entre las sombras del pórtico del santuario.

—¿No había un lugar más elevado en la zona, maldito cabrón? —dijo Zack.

Marcus llegaba momentos después, casi sin resuello. Dejó la bolsa de lona que cargaba al hombro en el suelo y se apoyó con ambas manos en el muro bufando como un toro, tratando de coger aire.

—¿Cómo cruzasteis el estrecho? —preguntó Ariel, agachándose para abrir la bolsa de lona.

—Dos tunecinos. Una zodiac. —Zack hizo una pausa—. Y claro, dos mil euros en mano. Unos ladrones.

Ariel comenzó a revisar el contenido de la bolsa. Cogió su fusil de francotirador y lo colocó con delicadeza en el suelo. Después sacó su pistola Jericho 941 y varios cargadores de munición. Lo colocó al lado del fusil. Metió la mano en la bolsa y fue sacando una mochila, unas botas militares, pantalones, camiseta y chaqueta de camuflaje, una brújula y unos prismáticos. En una bolsa de plástico había tres móviles y un dispositivo electrónico de localización por GPS.

—Es posible que no podamos utilizar los móviles —dijo Ariel—. Tendrá inhibidores de radiofrecuencia actuando en un radio lo suficientemente amplio como para que no pueda comunicarme con nadie. —Miró al dispositivo GPS—. Ni siquiera sé si funcionará esto.

Zack se encogió de hombros.

—Puede ser, pero quién sabe. Además, tenemos anotadas las coordenadas de su mensaje y tanto tu colega el buey —señaló a Marcus—, como yo, tenemos brújulas para llegar a ese punto. Suponiendo que ese bicho sepa utilizarla.

Marcus gruñó desde donde estaba. Casi había recuperado el aliento. Ariel les lanzó los móviles y siguió colocando en el suelo varios artículos de la bolsa. Un chaleco antibalas, dos puñales de combate, una cantimplora llena de agua, un botiquín con un kit de emergencia, una bolsa con barritas energéticas, frutos secos y algo de fruta. Comenzó a vestirse y colocó la comida, la bebida, el botiquín y los prismáticos en la mochila. Ajustó un puñal de combate en el cinto y el otro, más pequeño, en una correa con funda sobre

su bota derecha, oculto por el pantalón. Revisó su pistola, el cargador y el seguro, antes de meterla en la funda de la muslera derecha del pantalón. Cuando estaba poniéndose el chaleco vio cómo Marcus arqueaba las cejas.

—¿Eso es capaz de parar proyectiles de rifle de francotirador?

— Protege de balas de arma corta y metralla —dijo Zack mirando hacia Ariel—. Pero…

—Pero… —repitió Marcus entrecerrando los ojos.

—No detendrá proyectiles de rifles de francotirador —continuó Zack—. Hay rifles con proyectiles de un calibre que atravesarían ese chaleco —hizo un gesto con el dedo—, como el metal lo hace con la mantequilla. Ese cabrón sabe que Ariel entrará allí solo, pero no sabemos cuántos pistoleros estarán de su bando. Si el chaleco para alguna bala, bienvenido sea.

Ariel se irguió y comprobó su movilidad, ya con el chaleco, camiseta, chaqueta y la mochila puestos. Colocó el *walkie-talkie* en un bolsillo de la chaqueta. Suspiró y cogió el rifle. En la otra mano llevaba el dispositivo con GPS. Se dio la vuelta y los miró.

—¿Listo? —dijo Zack.

Él asintió. Zack se acercó a la bolsa de lona, se agachó y cogió lo que Ariel había dejado para ellos. Un chaleco antibalas y una pistola para Marcus.

—Toma —dijo Zack, lanzándoselo—. Si ese chaleco no te vale, te lo pones a modo de babero.

Zack sacó otro chaleco para él y, después de eso, otra pistola y un puñal de combate, ambos en las fundas de un ancho cinturón de nailon que ajustó en su pantalón. Cogió del interior de la bolsa otra mochila, similar a la de Ariel, con otro botiquín de emergencias, y comida y bebida en el interior. Finalmente, con una ligera sonrisa, Zack sacó el otro fusil de francotirador que habían llevado, el que les había proporcionado Roberto. Era un Barrett de calibre 12,70 mm, utilizado por unidades del ejército español.

—Ese cabrón tiene buenos contactos en su empresa —murmuró Zack. Acariciaba el rifle—. Esta hermosura tiene un alcance de un kilómetro y medio. Bien, muy bien.

—Zack… —dijo Ariel.

El estadounidense se giró para mirarlo.

—Lo sé, lo sé. No usarlo salvo en situación extrema.

Ariel lo miró a los ojos.

—Si acaba conmigo y la niña todavía…

—Eso no ocurrirá —le cortó Zack—. Tú vas a matarlo y yo no tendré que disparar este cacharro.

Ariel continuó mirándolo, con gesto serio. El de Montana asintió.

—Todo está hablado y entendido —dijo Zack. Señaló a Marcus—. Shrek esperará en el coche, sin entrar en el radio de acción, listo para la evacuación final. Y yo iré entrando, sin dejarme ver, acercándome todo lo que pueda —lo señaló—, sin ponerte en peligro, ni a ti ni a la niña. Como tu apoyo invisible. Además, contamos con el pájaro medicalizado, ¿verdad?

Ariel asintió.

—El helicóptero ya está en el helipuerto de la mansión del productor amigo de Jessie, en la localidad costera de Capo d ´Orlando, a unos treinta kilómetros de las coordenadas.

—Bien —contestó Zack—. Eso son unos diez minutos de vuelo en línea recta.

Ariel miró a Zack. El estadounidense le devolvió la mirada. Era sin duda el mejor apoyo que podía pedir, pero también el mayor riesgo. Si Zack era interceptado, Ariel sabía lo que ese siciliano haría con la niña en venganza por no haber cumplido sus condiciones.

—Invisible, Zack —dijo Ariel—. Te necesito más invisible que nunca.

El otro asintió.

—Cuenta con ello. —Zack señaló hacia la espesura de las montañas a las espaldas de Ariel—. Y ahora entra en esos bosques, mata a esa escoria y saca de ahí a la niña.

Él se giró y se alejó caminando, sabiendo que lo que le esperaba en las próximas horas era lo más parecido al infierno en la Tierra.

# CAPÍTULO 66

Cerró la puerta y subió por las escaleras. Al subir se fijó en la vieja mancha en la pintura de la pared, como una sombra que acechaba desde ese rincón del descansillo. Pietro no había querido eliminarla porque le recordaba a Angelo. Su hermano siempre le decía que la mancha parecía una pantera abalanzándose sobre la presa. Nunca la habían quitado porque ese comentario gracioso pasó a convertirse para ellos en una especie de emblema de la cabaña, como una seña de identidad de la familia: con los Schilaci no se juega. Abrió la puerta de la habitación. La niña seguía sentada en el camastro, con la espalda apoyada contra la pared. Pietro caminó hasta llegar a su lado.

—¿Te vas a portar bien? Quiero soltarte un poco, para que estires los brazos, y muevas las piernas caminando un poco por aquí. —Señaló una bolsa de plástico sobre la mesa—. Y puedes comer y beber algo, si te apetece.

—¿Dónde está?

Pietro ladeó la cabeza.

—¿Ahora te preocupas por tu tío? ¿Después de lo que te ha hecho? Pensé que eras una niña más inteligente.

—¿Qué le has hecho?

Ella tenía el ceño fruncido y el gesto desafiante. Él no pudo evitar sonreír.

—Nada que no mereciese. Por traicionar a su familia. —Se inclinó hacia ella, poniendo su cara a la altura de la de la niña—. ¿Hay algo más rastrero que eso?

Ella le escupió a la cara. Pietro cerró los ojos, pero no se movió. Cuando los abrió, ella tenía los dientes apretados y rabia en la mirada. Él se irguió, despacio, tomándose su tiempo. Ahora sin sonreír. La miró a los ojos con una mirada aplastante y fría como un glaciar. Antes de que ella pudiese reaccionar, la mano de Pietro ya agarraba su pelo. La otra mano la abofeteó con fuerza. Una, dos, tres, y hasta en cuatro ocasiones. Con ira, con resentimiento, con

saña. Y fue en ese instante cuando a Pietro le llegó el recuerdo. Apareció en su mente apartando todo lo demás, agarrándolo y lanzándolo sin clemencia hacia ese momento de su pasado. Un momento que nunca había sido capaz de enterrar.

*Es verano. Hace calor, porque me veo saliendo del granero con mi camiseta blanca de tirantes. Estoy a punto de llamar a mi hermano cuando me encuentro con la escena ante mis narices. Es padre. Tiene a Angelo cogido por el cuello. Su enorme mano le agarra la garganta con fuerza. Y entonces veo cómo le da el primer puñetazo. Las rodillas de Angelo ceden y queda de rodillas, pero padre sigue sujetándolo por la garganta. Unas tenazas comprimiendo una tráquea. Angelo jadea, tratando de respirar. Lo veo sangrar por la boca. Tiene un labio partido. Un segundo puñetazo, el sonido de crujir de huesos que quedará grabado a fuego en mi memoria. La nariz. Ahora cae mucha sangre por su rostro, le baja por el cuello. Padre sigue agarrándolo con fuerza. Quiero decir algo pero estoy sin habla, paralizado. Escucho gritar a padre. «¿Robarme a mí, a tu propio padre? ¿Y tú llevas mi apellido? ¿Dónde está el dinero, maldita rata?»*

*Angelo no puede contestar. Lucha por respirar. Está llorando. Un rodillazo de padre en su cara lo lanza hacia atrás. Mi corazón se acelera, al igual que mi respiración. Solo tenemos trece años. Somos unos niños, joder. Veo como padre suelta una patada tremenda en la tripa de Angelo, que se dobla en el suelo y le suplica que pare. Padre sigue gritándole, insultándole. Pero no soy capaz de escuchar lo que dice. El zumbido en mis oídos. El calor que sube por mi pecho. Eso sí lo siento. Suelto el trapo sucio de grasa que llevo en mi mano y salgo corriendo hacia la casa. Salgo de nuevo por la puerta menos de un minuto después. Padre tiene a Angelo agarrado por los pelos. Lo sujeta con fuerza y le está diciendo algo, su rostro a menos de un palmo del de mi hermano. Me acerco caminando, con el corazón a punto de salirse de mi pecho. Tengo la boca seca, pero consigo sacar las palabras.*

*«Déjalo en paz». Veo que se gira para mirarme. Su cara es de sorpresa. No se esperaba verme encañonándolo con la escopeta del*

*abuelo. «Déjale en paz. O te mato». Las palabras han salido solas de mi boca, como empujadas por algo en mi interior. Lo veo ladear su cabeza. Asiente y después sonríe. «Eso sí me gusta», dice. Se gira. «¿Ves, Angelo? Tu hermano sí es un Schilaci. Todo un hombre ya. Un hombre capaz de coger un arma y apuntar a su propio padre si es necesario. Y todo por protegerte. Por proteger a una parte de su familia». Camina dos pasos hacia mí. No bajo el arma, sigo apuntando. Estoy temblando. «Dame eso, chico», me dice. Niego con la cabeza, sigo apuntando. Trato de contener las lágrimas en mis ojos. «Dame eso», repite. «Era simplemente una lección, Pietro. A los Schilaci nos enseñan así, hijo. Quien hace algo mal, debe pagar por ello. Hasta la Biblia lo dice. Dame eso». Sigo apuntando, pero me noto titubear. Angelo sigue llorando, tirado en el suelo. Padre da dos pasos más. Si estira el brazo puede coger el cañón de la escopeta. Pero no lo hace. «Quita el dedo del gatillo, hijo. Y dame el arma. No pasa nada. Ha sido un pequeño correctivo, no hagamos de esto un drama. Los Schilaci sabemos corregirnos, y sabemos abrazarnos después». Me ve dudar. Bajo unos centímetros el cañón. Padre asiente. «Muy bien, mi chico. ¿Lo ves? No pasa nada. Ahora me das la escopeta, nos damos un abrazo y vas a echarle una mano a tu hermano». Sonríe. Nunca olvidaré esa sonrisa. Quito el dedo del gatillo y cojo la escopeta con cuidado por la culata. Me tiembla todo el cuerpo. Le doy la escopeta. Padre la agarra por el cañón. Y lo siguiente que veo es la culata reventándome la boca. Antes de caer al suelo siento otro culatazo en la cabeza. Todo me da vueltas. Me está gritando, pero no consigo entender lo que me dice. Noto un líquido caliente caer por mi sien. Y lo siguiente es una patada en la boca. Cierro los ojos y me encojo como un ovillo, tratando de protegerme. Escupo un par de dientes. Después, un impacto brutal, la culata de la escopeta contra mis costillas. Un crujido y un dolor punzante que atraviesa mi cuerpo. Una mano férrea agarra mi pelo y me arrastra por el suelo. Sigue gritándome cosas que no entiendo. Me pitan los oídos. Y después de lo que me parece una eternidad, antes de dejarme caer en una neblina que me está atrapando, antes de perder el conocimiento, escucho unas palabras que a mí me suenan lejanas, como llegadas de otro mundo. La voz del abuelo.*

*«Deja al chico. Lo vas a matar». No consigo escuchar la respuesta de padre pero sí la réplica del abuelo, en un tono que yo no recordaba al viejo: «Si tú matas al chico, yo hoy entierro a dos Schilaci. No me hagas repetirlo». La mano me suelta el pelo. Mi cabeza cae contra el suelo y caigo en la negrura más absoluta.*

La mente de Pietro lo hizo volver al presente. Fijó su vista en la niña. Todavía la estaba sujetando por la melena. Ella lloraba. Él observó la mejilla izquierda, roja, casi amoratada, hinchándose. Un hilillo de sangre caía desde un orificio de su nariz hasta el labio superior. Ahora sí había miedo en sus ojos. Había desaparecido de su rostro todo rastro de valentía, de furia. No había ni un ápice de actitud desafiante. Solo había terror y sumisión. Así es como debía ser, eso es lo que aflora ante el correctivo de un Schilaci. Así había sido durante generaciones. Ella lo miraba de reojo, tratando de girar un poco su rostro ante otro posible revés sin consideración hacia su edad, hacia su condición, hacia su estado. Como sabiendo que eso también había sido así durante generaciones. Seguía sollozando, pero no decía nada. No era capaz de sacar una palabra de su boca. Le temblaba el labio superior, se estaba inflamando. Pietro sabía lo que estaba sintiendo la niña. Él sabía lo que es sentir puro terror siendo un niño. Sabía lo que es mirar a los ojos a un monstruo. Y también sabía, por propia experiencia, que ese terror no disminuye hasta que matas al monstruo.

Le soltó el pelo y la niña se echó hacia atrás, apoyando su espalda contra la pared. Su pecho subía y bajaba con rapidez. Estaba hiperventilando. Algo normal en situaciones de pánico.

—Bien —dijo Pietro con voz calmada—. Entiendo que ahora tratarás de portarte mejor. Aunque siento decirte que no voy a soltarte. No podrás comer ni beber. —Señaló hacia la bolsa de plástico—. Es lo que te ofrecí y te negaste. En vez de agradecer mi gesto, decidiste comportarte de forma incorrecta. Así que seguirás ahí atada. Quien hace algo mal, debe pagar por ello. Hasta la Biblia lo dice.

La niña no respondió. Seguía con una congoja que tardaría un buen rato en controlar. Él se giró y salió por la puerta.

# CAPÍTULO 67

Llevaba varias horas caminando. Seguía notando molestias en la herida del muslo, no para hacerle cojear, pero en las pendientes pronunciadas sentía como si todavía tuviera algún trozo de chapa metálica clavándose hasta el hueso. En un recodo del sendero paró para dar descanso a su pierna y beber un trago de agua. Se quitó la mochila y cogió la cantimplora. Dio un trago y, todavía con la cantimplora en la mano, hizo varios movimientos circulares. El hombro estaba mejor. También las costillas, que solo dolían si se apretaba con fuerza. Hubiera preferido ir equipado con todo el material militar que había usado en operaciones en el pasado y, por supuesto, rodeado de todo su equipo para esta misión, pero las circunstancias eran las que eran. Lo que tenía era lo máximo que Roberto había podido conseguirles, y el factor tiempo había hecho imposible que pudiera contactar con Ezra en la embajada para un nuevo favor, que habría hecho arquear al máximo las cejas de su amigo. Y su equipo… hacía tiempo que no tenía contacto con muchos de ellos. Ya era mucho que Zack lo estuviera acompañando en este asunto. Saber que el estadounidense estaría también en esos bosques lo reconfortaba. Era como un as en la manga que esperaba no tener que utilizar. El mejor as, de hecho, el que puede decantar una partida. Pero también sabía que el siciliano era otro as de mucho peso y, además, en una posición favorable. Como quien puede ver las cartas de sus contrincantes pero nadie puede ver las suyas. ¿Tendría hombres en esos bosques? Seguramente. Por eso Ariel estaba tomando muchas precauciones, observando atentamente mientras caminaba, parando, tratando de escuchar cualquier sonido que le pudiera parecer ajeno a aquel entorno.

Caminó tres kilómetros por una zona de matorral bajo hasta llegar a la falda de una montaña que conectaba con otras a modo de pequeña cordillera en forma de «C». Desde que conoció las coordenadas indicadas en la nota del siciliano, había estudiado la orografía del terreno. Tenía en su cabeza la ruta a seguir y en su

mano llevaba el dispositivo GPS que, si no perdía la señal por la presencia de inhibidores, lo llevaría hasta las coordenadas. Cada vez estaba más cerca. La ascensión hasta la cima fueron dos kilómetros caminando por fuera del sendero, buscando una ruta a cubierto, atravesando un frondoso robledal seguramente tan viejo como la propia isla. Dejó el rifle en el suelo y se sentó sobre una roca, protegido tras un árbol con un tronco grueso y unas ramas desnudas, nudosas y retorcidas por el efecto de décadas soportando las embestidas de un viento que, por la dirección de las ramas, tenía preferencia por atacar desde el oeste. Sacó el móvil de la mochila y marcó el número de Marcus.

—Dime.

—¿Algún movimiento extraño en tu zona?

—Nada. Aquí sigo, en el coche, con las rodillas agarrotadas. —Gruñó al tratar de cambiar de postura—. No he visto a nadie pasar por aquí.

Ariel asintió para sí mismo.

—Vale. Sigue atento al móvil. Si no te llamamos antes de que se ponga el sol… bueno, ya sabes.

—Ya. Inhibidores de señal o que todo se ha ido al carajo. En ese caso conduciría hasta las coordenadas.

—Esa ya es tu decisión. Puede que en ese momento todo haya acabado. —Hizo una pausa—. Para bien o para mal.

Marcus no contestó. Ariel cortó la comunicación y seguidamente llamó a Zack.

—Zack —dijo Ariel.

—¿Cómo vas, colega?

—Acercándome. —Ariel miró la pantalla del dispositivo GPS—. Estoy a tres kilómetros.

—Bien. A partir de ahora extrema precauciones. Cualquier paso en falso…

—Sí. ¿Cómo vas tú?

—Dando un rodeo, tratando de acercarme por el este. Si tiene algún matón apostado, será en la garganta que hace la entrada al valle.

—Ve con cuidado, Zack. No te dejes ver, no…

—Lo sé.

El estadounidense calló unos instantes y continuó.

—Si tiene inhibidores de señal puede que esta sea la última conexión que tengamos.

—Sí.

—Confío en ti, colega. No sabes lo que me gustaría estar acercándome a ese hijo de perra a tu lado, cubriéndonos mutuamente.

—Sí. Como en los viejos tiempos.

—Eso es, como en los viejos tiempos, colega.

Otros instantes de silencio.

—Ariel —dijo Zack.

—Dime.

—Prométeme que después de esto me invitarás a una cerveza gigante, a una jarra tan grande que será como beber casi directamente desde el barril.

Él no dijo nada.

—Prométemelo.

Unos segundos después, Ariel contestó.

—Prometido.

—Bien. Te veo en unas horas.

—Sí —dijo—. Zack…

—Dime.

—Gracias.

—Todavía no es el momento de eso, colega. Cuando tengas que pagar esos litros de cerveza te arrepentirás de haberme pedido ayuda. —Soltó una risita—. Nos vemos.

Cortaron la comunicación. Ariel guardó el móvil y sacó los prismáticos. Desde esa zona estuvo más de diez minutos observando la ladera que descendía hacia la pequeña colina, tras la cual estaba el lugar marcado por las coordenadas. A unos cuatro kilómetros de distancia. Mientras observaba, aprovechó para comer una barrita energética y unos frutos secos. Bebió otro trago de agua y, cuando hubo decidido por dónde realizar el descenso para evitar ser visto, se ajustó la mochila, cogió el rifle y comenzó a caminar.

Fue casi una hora después, cuando atravesaba un pinar que cubría la falda sur de la colina. Y fue por el viento, que llevó hasta sus fosas nasales el olor a café. Ariel estaba mascando en ese momento unas hojas de pino mediterráneo. Dejan un sabor amargo en la boca, pero es algo eficaz para tapar cualquier olor del aliento. Y, al parecer, había alguien cerca que desconocía esa técnica, más propia de militares y francotiradores que de matones mafiosos. Trató de acercarse sin hacer rodar ninguna piedra, sin partir ninguna ramita bajo sus botas. Se deslizó como una sombra silenciosa, mimetizado entre la vegetación, como formando parte del entorno. Y lo vio. El hombre era ancho de espaldas, vestía una chaqueta verde oscura y unos pantalones marrones. Había un rifle apoyado contra el tronco de un árbol y, a los pies del mismo árbol, había un termo de café y un *walkie-talkie* negro. El hombre tenía una taza humeante en una mano, y lo que supuso que era un teléfono móvil en la otra. Estaba ensimismado en la pantalla, moviendo su pulgar sobre ella. Grave error. Ariel se acercó con sigilo desde un punto lateral, totalmente oculto por los troncos de los árboles. El hombre no tuvo tiempo de reaccionar cuando Ariel apareció a su espalda y rodeó su cuello con un brazo, ayudándose de la otra mano para aplicar más fuerza a esa llave. El hombre trató de revolverse, pero Ariel, sin soltar la presión en la tráquea, le hizo caer de rodillas. En esa postura acabó de estrangularlo. Casi dos minutos hasta que el hombre dejó de respirar.  Fue algo limpio y discreto, solo el sonido amortiguado de una taza de plástico y de un móvil cayendo sobre la hierba. Arrastró el cadáver y lo ocultó entre unos matorrales. Descargó el rifle del hombre y lo escondió entre unos arbustos espinosos, alejados de la zona. Metió la munición en su mochila. Se quedó con el teléfono móvil y el *walkie-talkie*. El hecho de que el hombre tuviera un *talkie* significaba que era el método de comunicación entre ellos. Ariel

supuso que habría más hombres. Pero lo que le confirmó que no había inhibidores en la zona, fue haber visto al hombre pasar el rato con el móvil. Eso en parte era bueno, porque podría tener comunicación con Zack y Marcus. Pero, por otra parte, podía ser una trampa. Ariel había estado pensando en ello. Podía ser una maniobra del siciliano para localizar su posición exacta, e incluso para saber si Ariel había ido allí acompañado. Si ese asesino contaba con algún dispositivo avanzado de rastreo por localización de radiofrecuencia sería peligroso tener los teléfonos móviles activados. Hizo un reconocimiento de la zona y no encontró más amenazas en el camino. Después llamó a Zack, casi entre susurros. Sería probablemente la última llamada entre ellos en esos bosques.

—Dime que eres tú.

—Soy yo, Zack. No hay inhibidores. Tienen *walkie-talkies*. He eliminado a uno de ellos. Sigo avanzando.

—Bien. Eso nos viene muy bien.

—No lo creas. ¿Y si precisamente nos quiere con teléfonos móviles encendidos?

Un silencio al otro lado de la línea. Zack estaba pensando.

—Sistemas IMSI Catcher con alguna antena direccional para ubicar nuestra posición —respondió el norteamericano.

—Exacto.

—Joder, tienes razón. Yo estoy acercándome a la entrada al valle. Vamos a ver si me espera alguien por ahí y puedo hacerme con un *talkie* de esos. —Una pausa—. Apagamos de momento nuestros chismes.

—Eso es. Con mil ojos, Zack.

—Descuida —dijo, y colgó.

Ariel apagó su teléfono móvil y continuó avanzando entre pinos, por un estrecho sendero flanqueado por helechos. Llevaba el fusil en

una mano y el dispositivo GPS en la otra. No lo apagó porque, como receptor de GPS puro, no emitía señales activas y no era detectable por dispositivos de detección de radiofrecuencia.

Ariel no llevaba trescientos metros recorridos cuando el *walkie-talkie* cobró vida. Una voz en italiano. Firme, autoritaria. Una voz que él no recordaba, pero que lo trasladó a aquella noche en Nápoles. La voz de un fantasma que había vuelto para vengarse. El siciliano estaba chequeando los puestos donde tenía hombres colocados. Le contestaron hasta cinco hombres. El siciliano nombró varias veces el mismo nombre. El sexto. Un tal Caruso. Nadie contestó. Hizo una pausa y volvió a repetir el que Ariel ya intuía que era el nombre de un cadáver oculto por unos matorrales. Una nueva pausa y después, de nuevo, la voz del siciliano. En español.

—Vaya, vaya. Parece que tenemos compañía en el canal de radio. Ariel, ¿verdad? —dijo el siciliano. Hablaba con un ligero acento italiano—. Te llamas así. La niña me lo ha dicho. Siempre me pregunté cómo se llamaba el asesino de mi hermano, el hombre que también intentó matarme a mí. Y, mira por dónde, nunca pensé que me lo iba a decir una niña.

Ariel no contestó. Siguió avanzando por terreno ascendente. Quedaba poco para llegar a la cima de esa colina.

—Por lo que veo, ya que ese *talkie* aparece en mi pantalla como activo y funcionando, has tenido un encuentro con mi amigo Caruso. ¿Lo has matado, Ariel? —soltó un sonido que parecía una risa, corta y fría—. ¿Has disfrutado? Dicen que algunos asesinos se recrean con sus víctimas. ¿Eres tú de esos, Ariel?

Siguió ascendiendo por la pendiente hasta llegar a la cima. Escuchando al siciliano, observando con detenimiento el entorno. La falda norte de la colina combinaba pinos y matorral bajo.

—Pobre Caruso. Era un buen tipo, de familia trabajadora y humilde —continuó el siciliano—. Quizás un poco confiado. Y también, a veces, despistado; eso es verdad. Pero ha cumplido su función, al menos en parte. —Hizo una pausa. Larga y calculada—. Ahora sé que vienes por el sur, Ariel. Ya estás cerca. Pronto nos veremos.

Apretó los dientes y trató de calmarse. El siciliano se había callado. Desde esa posición, con los prismáticos, estuvo observando unos minutos más el terreno que tenía por delante. La pantalla del GPS indicaba que, tras la arboleda que quedaba abajo, a su izquierda, se abría un claro. Y allí estaba el punto parpadeante que indicaban las coordenadas.

Fue descendiendo por un sendero serpenteante en terreno irregular. Hacia la mitad del descenso, se paró. Un brillo, un destello que le pareció fuera de lugar. A unos tres metros por delante, en mitad del sendero. Se acercó con cuidado. Era un hilo metálico que cruzaba de lado a lado. A la altura de la cintura. Ariel siguió el recorrido del hilo y vio que salía de un anclaje en la corteza de un árbol y atravesaba el sendero para anclarse en otro árbol. En ese segundo árbol, el hilo estaba conectado a una carga explosiva tapada por las hojas de una rama. Una trampa que quizás no lo hubiera matado, pero lo habría dejado malherido. Decidió rodear la trampa saliendo del sendero por la izquierda. Caminó varios metros entre helechos. Cuando se disponía a girar nuevamente hacia la derecha para avanzar paralelo al sendero, un sonido artificial le hizo pararse en seco. Por el rabillo del ojo intuyó el parpadeo de una luz roja y, en algún rincón de su cerebro, algo primitivo le indicó que esa luz en medio de la naturaleza era más peligrosa que cualquier depredador. Su instinto le hizo lanzarse sin pensar hacia delante, justo cuando un sonido seco precedía a una ráfaga de clavos que silbaron surcando el aire antes de hundirse en su cuerpo.

# CAPÍTULO 68

Pietro estaba mirando en ese momento a la niña, pero se giró al escuchar un *bip*. Miró al monitor sobre la mesa y sonrió. Se acercó para comprobarlo. Era la trampa oculta entre los helechos, la número seis. El artilugio casero de aire comprimido que lanzaba ráfagas de clavos. Lo había conectado a un sensor de movimiento y su descarga suponía un disparo múltiple de cincuenta clavos de diez centímetros. Pietro pulsó el botón del *talkie*.

—¿Cómo vas, Ariel? ¿Qué tal la experiencia con los clavos? ¿Te ha parecido original? —Esperó unos segundos pero, al ver que no había respuesta, continuó—. Sorteaste la carga explosiva saliendo del sendero, pero eso te condujo a la siguiente sorpresa, ¿verdad?

Tras casi medio minuto de silencio sin que el asesino de su hermano respondiese, Pietro volvió a pulsar el botón.

—Pude meter una caja entera en la máquina, cincuenta clavos, nada más y nada menos. Clavos de diez centímetros, Ariel. Supongo que ahora estarás retorciéndote de dolor, por lo que no te voy a pedir que hables conmigo, pero… —Pietro se giró y miró hacia el camastro—. ¿Quieres hablar con la niña? Igual eso te da fuerzas. Está aquí, a mi lado. —Chasqueó la lengua—. Tiene la cara un poco hinchada, y la sangre ya se va secando. Se ha intentado rebelar, ¿sabes? Pero ya ha aprendido que esas cosas no valen para nada con Pietro. Es mejor portarse bien. Por lo demás, no está tan mal. Me gusta cuidar a mis invitados.

Pietro se levantó de la silla y caminó hasta el camastro. La niña empezó a llorar.

—¿Quieres hablar con tu héroe, guapa? Aunque igual ahora le cuesta, puede que esté incómodo con su cuerpo lleno de clavos. Ya sabes, como esos faquires indios que se ven en los circos. —Soltó una risita—. En serio, ¿no quieres hablar con tu rescatador? —dijo pulsando el botón y acercándoselo a la boca.

La niña empezó a llorar más fuerte, mirando hacia el *walkie-talkie*, pero sin ser capaz de decir nada. Pietro negó con la cabeza,

divertido.

—¿La oyes llorar, Ariel? Está llorando por ti. Realmente se preocupa por ti. Es buena chica. —Caminó por la habitación y observó por la ventana—. Creo que deberías hacer un esfuerzo para llegar hasta aquí, a pesar de esos clavos del demonio. Además, te diré algo para que estés tranquilo. No encontrarás más trampas desde tu posición hasta las coordenadas. —Calló durante unos instantes y continuó—: Es verdad que coloqué muchas, casi treinta en total, pero en otros puntos de acceso por los que ya no tienes por qué preocuparte. También te diré que estás cerca, Ariel. A menos de un kilómetro de las coordenadas que te indiqué. —Tamborileó los dedos en el alféizar de la ventana, sin dejar de mirar hacia el bosque que cubría la ladera de enfrente, más allá de la vasta explanada—. No tardes, no debemos hacer esperar a la gente que queremos.

Cortó la comunicación y se mantuvo unos segundos más mirando a través de la ventana. Después se giró hacia la niña. Seguía percibiendo el terror en su mirada. Todo rastro de esa supuesta valentía había desaparecido, ese muro ya estaba derruido. Lo que ella veía en ese momento antes sus ojos era lo más parecido a un monstruo, un ser violento que, en cualquier momento, en un ataque de ira, podía acabar con ella. Pietro sonrió. Se acercó caminando despacio hacia el camastro donde la niña se acurrucaba contra la pared, tratando de hacerse más pequeña, tratando de buscar protección en una posición fetal difícil de adoptar al estar atada de pies y manos.

—¿Quieres comer algo? —le dijo. Ella negó con la cabeza. Seguía llorando—. ¿Agua? —preguntó mirando hacia la botella de plástico que había en la mesa—. Nada. Ella se miraba las rodillas, incapaz de mirarlo a los ojos. Pietro se encogió de hombros—. Muy bien, pues es una oportunidad perdida, porque ahora te quedarás aquí, al menos un par de horas, tú sola, sin poder comer ni beber. Tengo que acercarme a saludar a nuestro amigo el faquir.

# CAPÍTULO 69

Apretó los dientes. Estaba tumbado boca abajo. Había contado ocho clavos hundidos en su cuerpo. Los había tocado con la mano, notando una punzada de dolor con cada uno de ellos. Cuatro en la parte posterior del muslo, tres en el glúteo y uno en el brazo derecho. Sabía que había más, pero esos no habían perforado su cuerpo. Algunos estaban clavados en el chaleco, en la zona lumbar, y la mochila había parado unos cuantos también. Haber reaccionado tan rápido, lanzándose en plancha, había supuesto no tener decenas de clavos perforando su cuerpo. Eso lo habría acabado matando en cuestión de horas. El siciliano había hablado de cincuenta clavos, de diez centímetros de longitud. Al tocarlos calculó que la mayoría habían entrado casi enteros, al menos siete u ocho centímetros. Mal asunto. Había escuchado a María llorar. Seguía viva, esa era la mejor prueba. Ariel no sabía en qué condiciones, pero María seguía viva. Eso le dio fuerzas. Apretó los dientes y se arrastró hasta quedar junto al tronco de un árbol. Sintió ráfagas de un dolor insoportable bajando por su pierna, como si media docena de cuchillos estuviesen abriéndose camino a través de sus músculos. Antes de tratar de ponerse en pie, consiguió quitar con su mano izquierda el clavo de su brazo derecho, a unos quince centímetros por encima del codo. Necesitó cinco tirones para poder sacarlo. Cinco veces, cinco punzadas de un dolor penetrante, sintiendo calambres hacia la mano. Lo hizo aguantando la respiración, cerrando los ojos y apretando su mandíbula casi hasta hacerla estallar. Se quitó las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano y miró el clavo. Afilado, metálico, bañado en sangre. Notó un reguero de líquido caliente descender por el brazo hasta la mano. La sangre caía a la hierba, goteando desde sus dedos. Se incorporó y se sujetó al tronco del árbol. Estaba sudando, y se estaba empezando a marear. Se quitó la mochila con un gesto de dolor y la dejó caer al suelo. Contó siete clavos en un lateral de la mochila. Ariel tomó posición apoyando un hombro contra el árbol y comenzó sacando los clavos del chaleco

antibalas. Estaban hundidos en el tejido, pero no habían penetrado la piel. En esa zona baja de la espalda notaba dolor, pero era diferente, un dolor sordo, el dolor de impactos a alta velocidad en su cuerpo. Quitó cinco clavos del chaleco. Paró un par de minutos para descansar. Dio varios tragos de agua de la cantimplora. Necesitaba aguantar, perder el conocimiento no era una opción. Entre gestos de dolor, consiguió quitarse la chaqueta, el chaleco y la camiseta interior. Se agachó y abrió la mochila. Sacó el pequeño botiquín de emergencia. Paró unos segundos para volver a respirar profundamente, para coger aire. El sudor en su rostro hacía que le picaran los ojos. El corazón le latía con fuerza; el dolor iba en aumento. Abrió el botiquín y sacó el alcohol sanitario, algodón, apósitos adhesivos y unas vendas. Roció como pudo el brazo con alcohol. El picor le hizo bufar, no quería gritar. Eso podría delatar su posición. Cerró los ojos, volvió a coger aire. Tres inspiraciones profundas. Palpó con un dedo la herida del clavo, en forma de orificio. Cogió un trozo de algodón y lo presionó con fuerza, para introducirlo en el orificio a modo de tapón. Una descarga eléctrica por su brazo hasta el dedo meñique le hizo tambalearse. Después colocó encima un apósito adhesivo. Finalmente, como buenamente pudo, enrolló con fuerza una venda en el brazo y la sujetó con esparadrapo. Ahora tocaba extraer los clavos del glúteo y de la parte posterior de su muslo derecho. Tenía que sacarse los clavos cuanto antes y taponar las heridas, de lo contrario, se iría desangrando y perdiendo fuerza. Estuvo más de media hora sacando los clavos entre gestos de dolor, gemidos, lamentos y lágrimas que recorrían su rostro. Cada clavo que sacaba le hacía creer que no sería capaz de mantenerse consciente para sacar el siguiente, pero lo hizo. Miraba las pulseras de su muñeca, pensaba en la niña, cogía aire y apretaba los dientes. Cuando hubo sacado todos, se quitó las botas, los pantalones y los calzoncillos. En ese momento, desnudo, desangrándose y a punto de perder el conocimiento, miró al cielo. Calculó que quedaban unas tres horas para la puesta de sol, para el fin del plazo que había marcado el siciliano. Se quitó ese pensamiento de la cabeza y repitió la operación del brazo para cada orificio. Alcohol, algodón, apósitos, vendas. Volvió a vestirse. Sentía

tirantez en su piel, la sangre se iba secando y formando costras por toda la pierna derecha. Notaba dolor en cada gesto, con el roce de la ropa. Buscó en el botiquín y abrió un frasco de analgésicos. Cogió un puñado y lo tragó con agua.

Ariel comenzó a caminar con paso inseguro, sintiendo con cada pisada como si alguien fuese por detrás clavándole un hierro incandescente en su pierna. Miró el dispositivo GPS. Un kilómetro, lo que había dicho el siciliano. Se quitó el sudor de la frente. Notaba la camiseta pegada a la espalda y al pecho. Esperaba que el efecto de los analgésicos fuese rápido. Siguió caminando, cojeando, tratando de observar cada palmo de terreno. «No hay más trampas hasta el lugar de las coordenadas», había dicho el siciliano. Pero Ariel seguía fijándose en cada árbol, en cada piedra del suelo, en cada agujero o en cada rama caída. Porque, ¿quién puede fiarse del diablo cuando entra en el infierno?

# CAPÍTULO 70

Caminó durante más de una hora. Tuvo que pararse media docena de veces por el dolor, aunque en el último tramo la agonía fue remitiendo por el efecto de los analgésicos. Descendió con cuidado por el sendero, sintiendo punzadas en el glúteo y en el muslo cada vez que apoyaba el pie derecho. Llegó a la última fila de árboles, la que daba paso a una amplia explanada con un árbol enorme casi en el centro la misma, a unos cien metros de su posición. Miró la pantalla del GPS. El árbol era el punto de las coordenadas. Ariel no entendía mucho de árboles. Quizás aquello fuese un roble, o una encina. No salió al claro. Se imaginó al siciliano escondido en la ladera de enfrente, al otro lado de la explanada, oculto entre árboles y observando paciente a través del visor de un rifle. Se quitó la mochila con dificultad, el brazo derecho le ardía. Sacó los prismáticos y se tumbó con cuidado tras un matorral. Más punzadas de dolor por su pierna. Respiró profundamente varias veces y se mantuvo en la misma posición, sin moverse, hasta que el dolor fue remitiendo. Miró a través de los prismáticos. Distinguió unas cuerdas en la parte más baja del tronco y otras cuerdas más arriba, a unos dos metros del suelo. Frunció el ceño. ¿Qué diablos era eso? ¿Había atado el siciliano a María al tronco del árbol? Desde esa posición no podía verlo. Tenía que moverse por el bosque, hacia el este, para buscar otro ángulo que le permitiera ver el otro lado del tronco. Se incorporó entre gestos de dolor y comenzó a caminar por la espesura del bosque. Paraba cada treinta o cuarenta metros y se fijaba en la ladera de enfrente. Ahí, en algún lugar, estaba ese asesino, atento a cualquier movimiento que pudiera delatar su posición. Ariel avanzó con sigilo. No vio ninguna trampa. Cuando se hubo desplazado unos doscientos metros a través de la densa vegetación, buscó una posición para volver a chequear con los prismáticos. Desde esa posición pudo distinguir algo más. Efectivamente, había una persona atada al árbol, pero no era María. Era un hombre, y estaba desnudo. Podía verlo desde el perfil

izquierdo, pero no distinguía su rostro. Entrecerró los ojos. «Otra trampa, seguramente la definitiva», pensó. Esperó unos diez minutos en esa posición. Nada. Decidió coger el *walkie-talkie*.

—Has atado a un hombre a ese árbol. ¿Qué pretendes? ¿A qué estás jugando?

Unos segundos después, la voz del siciliano:

—Vaya, pensé que no tendríamos ocasión de hablar, Ariel. Has llegado al punto. Muy bien. —Una pausa—. No te veo, pero noto tu presencia. También presiento que pronto nos veremos cara a cara. ¿Me devolverás mis clavos?

Ariel escrutaba con los prismáticos la ladera de enfrente. Imposible localizarlo entre la densa vegetación.

—En cuanto a ese hombre… —continuó el siciliano—. En realidad, sí lo conoces, aunque quizás tengas que acercarte para verle la cara.

Ariel no respondió. Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Zack? ¿Habían atrapado a Zack? O a Marcus…

—Vamos Ariel, no te dispararé. Quiero que puedas llegar a ver a la niña. Y para ello debes llegar al árbol. Ese hombre tiene un mensaje para ti. Te dirá el lugar donde está la niña.

—Estás loco. Suelta a ese hombre y a la niña. Esto es algo entre tú y yo. A quien quieres es a mí. Vamos a acabar esto, tú y yo.

El siciliano soltó una carcajada a través del *talkie*.

—Confía en mí, Ariel. No te dispararé. Quiero que te acerques a él, que lo mires a los ojos y que recibas el mensaje. Haz eso y le dejaré vivir. —Unos segundos de silencio—. Y te esperaré con la niña para ajustar cuentas pendientes, viejas rencillas. Tienes mi palabra.

Ariel bajó los prismáticos y calculó sus opciones. Cien metros hasta el árbol. Salir al descubierto era casi un suicidio. Salir esprintando, haciendo «eses» para dificultar un disparo certero, no era una opción. En su estado no podría correr y un buen francotirador nunca falla en una situación así. «Piensa, Ariel, piensa».

—Te recuerdo que si no llegas al punto donde tengo a la niña cuando se esconda el último rayo de sol tras las montañas, la ejecutaré. Y saldré a buscarte para acabar contigo. —Chasqueó la lengua—. Eso me quitará la satisfacción de que puedas mirarla a los

ojos antes de que acabe contigo, pero algo es algo. Podré vivir con ello.

Ariel miró hacia el sol, que comenzaba a descender por el oeste. Calculó menos de dos horas para la puesta completa. Se fijó en la explanada. Hierba alta, hasta las rodillas. Sabía que aquello era un callejón sin salida, pero no tenía otra opción. Arrastrarse por la hierba tratando de ocultarse o, al menos, reducir su volumen como blanco para un disparo. Se tumbó y, cogiendo el fusil con ambas manos. Comenzó a arrastrarse, ayudándose de codos y rodillas. Sentía en cada esfuerzo de su brazo derecho como si el clavo siguiese hundido en sus carnes. Cada movimiento de su pierna derecha era como si alguien le estuviera asestando puñaladas desde el glúteo hasta la rodilla. Diez metros. Paró para respirar, para coger aire. Se quitó el sudor de la cara. Le escocían los ojos.

—Venga, culebrilla, que cada vez queda menos. Lo estás haciendo muy bien —dijo el siciliano.

Fueron unos veinte minutos de sufrimiento entre gestos de dolor y sudor frío por la sensación de que, en cualquier momento, el impacto de una bala de fusil iba a acabar con todo. Pero no fue así. Jadeando, literalmente arrastrando su pierna derecha, y con la visión algo borrosa por un mareo que parecía ir y venir, Ariel llegó al árbol. Apoyó su espalda en el enorme tronco, oculto a la vista del siciliano, en el lado opuesto de quien estaba allí atado, sin todavía poder ver de quién se trataba. Trató de calmarse. El corazón le latía desbocado por el tremendo esfuerzo. Realizó varias inspiraciones profundas. Se quitó la mochila, la abrió y volvió a tragar varios analgésicos con el agua de la cantimplora. Notaba que su cuerpo ardía. Su organismo estaba reaccionando con una fiebre que él esperaba que no se disparase en exceso. Eso lo debilitaría hasta un punto en que no sería capaz ni de dar un paso más. Escuchó unos gemidos ahogados. El hombre atado al tronco debía haber sentido que alguien había llegado allí. Y, de nuevo, la voz del siciliano por el *talkie*.

—Ya estás ahí. Vaya, pensé que no llegarías nunca. Ha tenido que costar mucho, ¿eh?

Ariel no respondió. Comenzó a incorporarse, manteniéndose oculto tras el tronco. Más gemidos y sollozos del hombre. Estaba intentando gritar pero las palabras no salían, parecía amordazado.

—Parece que tu amigo se ha puesto contento de saber que ha llegado alguien. ¿No vas a salir para saludarlo?

Volvió a pensar en Zack y en Marcus. Se preparó mentalmente para lo que estaba a punto de ver. Si el siciliano no lo había matado antes tampoco lo haría en ese momento. Era parte de su espectáculo, y estaba disfrutando. Ariel decidió arriesgarse y rodeó el tronco. Era el futbolista, el tío de la niña. «Pero ¿qué diablos? ¿Por qué…?». Ese pensamiento quedó a medias porque, de repente, otra pieza en el enrevesado rompecabezas de su cabeza trataba de encajar en su lugar. El tío de la niña estaba desnudo, solo un folio de papel, pegado a la piel con esparadrapo, cubría sus partes. Tenía la cara sucia y ensangrentada, estaba atado por los tobillos al tronco del árbol y con los brazos extendidos hacia arriba, a lo largo del tronco, también amarrados con cuerdas, a la altura de los codos. Sus manos estaban clavadas al árbol, con clavos similares a los que había probado Ariel en sus propias carnes. Se fijó en el folio. Era una foto impresa, pixelada. En la foto aparecían María, el futbolista y él mismo. Era la foto *selfie* que Gabi sacó con su móvil en el jardín de la casa de la cantante, el día que se despidió de su sobrina y de Ariel diciendo que tenía que ir a Sevilla para pasar alguna revisión de su rodilla.

El futbolista lo miró, sorprendido. Tenía los ojos enrojecidos, llorosos. Ariel se fijó en que tenía la boca llena de lo que parecía un fajo de billetes. Alguno sobresalía por un lado. Billetes morados, de quinientos euros. Gabi Vázquez balbuceó, sin poder hablar. Estaba llorando. Ariel trató de quitarle los billetes de la boca, pero al intentarlo, una bala atravesó el brazo izquierdo del futbolista. Ariel se lanzó al suelo, tratando de quedar oculto por la hierba.

—No. Deja eso en su boca —dijo la voz del siciliano desde el *talkie*—. Ese debe morir por dinero, es su destino. El dinero alimenta su codicia. El dinero es lo más importante para él, más que su propia familia. —Había una mezcla de rabia y desprecio en las palabras—.

¿No lo odias tú por eso también, Ariel? Seguro que sí, y eso merece un castigo.

Otro disparo y Ariel vio saltar sangre y pedazos de carne del otro brazo. Gabi trataba de gritar, movía su cuerpo desesperadamente, como a golpes de espasmos. Ariel miraba tumbado la horrenda escena. Después, dos disparos más. Dos enormes agujeros, uno en cada muslo. Luego, otra vez el *talkie*.

—Lee el mensaje de su pecho, Ariel. Antes de que se lo borre a balazos.

Movió su cabeza desde el suelo y miró hacia arriba, tratando de leer algo en el pecho del tío de la niña. El mensaje estaba hecho a base de tajos superficiales que habían dejado unas costras negras en el tórax de Gabi Vázquez. Le costaba leerlo, porque el futbolista no dejaba de moverse, estaba convulsionando y parecía a punto de ahogarse, con el rostro ya morado.

—¿Lo has leído, Ariel? ¿O es que ese desgraciado se mueve demasiado? Espera, prueba ahora.

Un nuevo disparo. Este abrió un enorme orificio en la frente de Gabi. Ariel sintió salpicaduras de sangre y pedacitos de hueso en su rostro. El tío de la niña dejó de moverse, con la cabeza caída contra el pecho. Fue entonces cuando pudo descifrar el mensaje: «Sigue la bengala».

Justo cuando se limpiaba el rostro con la manga de la chaqueta, un siseo le hizo girarse y mirar en otra dirección. En un punto de la ladera, cerca de la cresta de aquella colina, una bengala se había encendido.

—Por aquí —dijo el siciliano—. La niña, Ariel. Está por aquí.

Ariel observó la columna de humo. Era rojo, como las nubes de un infierno donde ese asesino todavía mantenía con vida a María.

# CAPÍTULO 71

Pietro llegó corriendo, con el rifle en una mano y la bengala, ya apagada, en la otra. Subió las escaleras de dos en dos y, cuando abrió la puerta de la habitación, miró hacia la niña. Ella se sobresaltó al verlo entrar. Se encogió más contra la pared sobre la que estaba pegado el camastro, moviéndose lo que le permitían las ataduras. Pietro miró hacia la ventana. Caminó hasta allí y, agarrando los tiradores de madera, empujó hacia arriba. La hoja corredera subió unos treinta centímetros entre chirridos agónicos que evidenciaban los años que pesaban sobre la vieja ventana de madera. Fijó la hoja a esa altura, ayudándose de los topes que evitaban que cayera y se cerrara. Después cogió una silla de respaldo alto y la colocó frente a la ventana. La silla tenía una extensión acoplada al respaldo, una tabla estrecha de madera que Pietro había clavado y que servía para apoyar la cabeza. De una bolsa de lona verde sacó un trípode de hierro, extensible, y, sobre él, colocó un rifle viejo que hacía años que Pietro no utilizaba, de forma que el cañón sobresalía casi un palmo por fuera de la ventana. Volvió a meter la mano en la bolsa y sacó varias cinchas y correas de cuero, de más de un metro de longitud cada una. Las dejó sobre la silla, con un tintineo metálico por el entrechocar de las hebillas. Miró de nuevo hacia la niña.

—Bueno, bonita, ahora te toca a ti ser la protagonista de la función. —Señaló la silla—. Necesito colocarte aquí sentada. Sé que te portarás bien y tratarás de no moverte, pero para que todo salga perfecto necesitaremos algo de ayuda —dijo cogiendo una de las cinchas de cuero.

Se acercó al camastro y se inclinó hacia ella. La niña se acurrucó y comenzó a llorar.

—No, por favor. No, no…

—Venga, vamos. No me pongas las cosas difíciles, que no tengo tiempo. Colabora y todo saldrá bien. —Volvió a señalar hacia silla—. Mira, voy a cogerte en volandas y te colocaré ahí, ¿vale? Tranquila, no tienes que hacer nada, simplemente déjame que te lleve.

Intentó meter sus manos por debajo del cuerpo de la niña, pero ella comenzó a gritar y a patalear como pudo, con sus piernas atadas por los tobillos. Pietro se irguió y la miró con frialdad. Después hizo el gesto de azotarla con la correa de cuero, pero quedó a medio camino. La niña cerró los ojos y giró la cara.

—No me hagas pegarte hasta romper esta correa. No lo voy a repetir más. Te llevaré a esa silla. Por las buenas… —Volvió a levantar la mano que tenía la correa—, o por las malas.

La niña cerró los ojos y comenzó a sollozar, las lágrimas descendían por su cara sucia y deformada por la hinchazón. Pietro la cogió en volandas sin que ella hiciera nada por defenderse. La sentó sobre la silla.

—Mira, aquí, eso es, así, con la espalda recta, bien apoyada. —Cogió las correas y rodeó el cuerpo de la niña, pasándolas por detrás del respaldo—. Muy bien, ahora no te muevas, apoya la cabeza contra esa tabla. Eso es.

Amarró la cabeza de la niña a la tabla pasando las correas a la altura de la barbilla y de la frente. Apretó las hebillas con fuerza para que ella no pudiera mover la cabeza ni un solo centímetro. La niña, que seguía con un llanto entrecortado, soltó un gemido de dolor. Pietro se inclinó y acercó su rostro al de ella. Sabía lo que estaba pensando, sabía que ella era consciente de que algo muy malo iba a suceder. Él casi era capaz de oler el miedo que desprendía el cuerpo de la niña. Vio lágrimas caer por su rostro. La niña no fue capaz de aguantarle la mirada. Cerró los ojos y comenzó a suplicar de nuevo.

—No, por favor, por favor…

Pietro no sonrió. No quería menospreciar su miedo. Era normal, era una niña. Tampoco se regocijó en su sufrimiento. No era como su tío. Ese sí que merecía sufrir como un perro sarnoso. Ese ya había tenido su merecido.

Pietro se irguió y fue a buscar una manta. La colocó en el suelo, junto a la silla de la niña. Después puso su trípode y colocó en él su rifle, el que iba a utilizar. Hizo la prueba de apoyar su rodilla derecha en la manta, teniendo la izquierda doblada a noventa grados y el pie apoyado con firmeza, buscando una posición estable. Le pareció una postura de disparo cómoda.

Miró por la mirilla de su rifle a través de la abertura de la ventana. Era un rifle moderno, de fabricación alemana. Desde esa posición tenía plena visión de la ladera de enfrente, del lugar por el que aparecería su invitado especial. El asesino de su hermano. Ya solo era cuestión de esperar. Se levantó y arrastró la silla de la niña hacia adelante, hasta dejarla justo detrás del trípode en el que estaba acoplado el viejo rifle en desuso. Fue extendiendo las patas del trípode hasta que el ojo de la niña quedó a la altura de la mirilla y a escasos centímetros de ella. Ella empezó a gemir más fuerte, entendiendo en ese momento toda la preparación milimétrica de Pietro.

—Exacto. Eres una niña lista —le susurró al oído—. El rifle que sobresale por la ventana es el tuyo. Técnicamente, te acabo de convertir en una francotiradora. Y no quiero que grites por la ventana, por lo que ahora tengo que ponerte esto.

Amordazó a la niña. Sus sollozos y gemidos se convirtieron en sonidos amortiguados que no saldrían de esa habitación. Pietro volvió a colocarse en posición de disparo tras su rifle. Estaba excitado, anticipando lo que estaba a punto de suceder.

# CAPÍTULO 72

Descendió los últimos metros de la ladera. El dolor en la pierna derecha le hacía cojear, pero la intensidad había remitido un poco, seguramente por el efecto de los fármacos. Ya desde lo alto había visto la cabaña y lo que parecía un granero. Había una furgoneta aparcada. Ahí, en algún lugar de lo que parecía una vieja granja, era donde tenía retenida a María. El bosque acababa y, nuevamente, una explanada. Unos doscientos metros desde su posición hasta la cabaña. Ariel se quedó agazapado en la espesura. Miró hacia el oeste, hacia las montañas. Calculó que no quedaría más de media hora para la puesta de sol. Cogió los prismáticos, se puso de rodillas y fue reconociendo el terreno. Trató de aislarse mentalmente de los pinchazos en su muslo derecho. Se concentró en observar. Empezó por el granero. Tenía las puertas cerradas. Desplazó la vista hacia la vieja furgoneta. No había nadie dentro. De ahí pasó a observar la cabaña. Era grande, de dos plantas, construida con tablones de una madera grisácea. Ariel posó su vista en el tejado. Hizo un barrido visual, pero no observó nada fuera de lugar. Al bajar por la fachada vio que una ventana estaba algo abierta y…había algo que llamó su atención. Ajustó las ruedas de enfoque de los prismáticos y su corazón se aceleró. Era el cañón de un rifle. Sobresalía unos veinte centímetros por la ventana. Pero desde esa posición Ariel no tenía suficiente visibilidad para un disparo. Se puso en pie, y en ese gesto notó un calambrazo desde el glúteo hasta la rodilla. Apretó los dientes y cogió aire. Se quedó quieto unos instantes hasta que el dolor remitió. Cogió el rifle, ya con el bípode acoplado, y caminó oculto entre la vegetación hacia el este, a su derecha.

Cuando llevaba recorridos unos treinta metros, chequeó de nuevo con los prismáticos. Ese ángulo de visión le daba mayor visibilidad. Se tumbó entre gestos de dolor. Colocó su mano izquierda en el guardamanos y apoyó la cantonera del rifle en su hombro derecho. La mano derecha estaba en la empuñadura, con el índice preparado, pero sin tocar todavía el gatillo. Acercó su ojo a la lente. Observó de

nuevo el cañón del rifle sobresaliendo por la ventana. Disparar a través de un cristal podía desviar una bala, y eso el siciliano lo sabía. Por eso había abierto la ventana. Se concentró y trató de fijarse más en profundidad, buscando el interior de esa estancia. Había sido instruido para eso. Observar elementos que un ojo no entrenado no vería. Por eso lo vio. Una parte de la cabeza, tras el rifle. Cabello negro. Notó el sudor en su frente. No estaba cómodo, pero eso era lo máximo a lo que podía aspirar en esos momentos. Le temblaba el brazo derecho, notaba pequeñas contracciones musculares al intentar mantener el rifle en posición. Realizó varias inspiraciones profundas, soltando el aire lentamente. Mejor. Apoyó el dedo en el gatillo y aguantó la respiración para evitar cualquier mínimo movimiento corporal que pudiera afectar a la estabilidad y posición del rifle. Se concentró en esa parte visible de la cabeza. Sí, acertar ahí suponía acabar con él. Comenzó a presionar con delicadeza el gatillo, pero, justo antes de pasar el punto de no retorno, algo en algún rincón recóndito de su cerebro le gritó que parase, que algo allí no encajaba. Unos lo llaman premonición, otros intuición y otros corazonada. El caso es que Ariel apartó el dedo del gatillo con unas palabras taladrando su cerebro. «Demasiado fácil». Un asesino profesional, experto en uso de armas y en preparación de trampas mortales, no abre una ventana pretendiendo disparar con el cañón de su rifle y parte de su cabeza a la vista. Cualquier matón podría hacer eso, pero no el siciliano. De repente, un pensamiento fugaz y violento le hizo sentir un escalofrío. Ariel se incorporó y caminó unos diez metros más hacia la derecha, buscando un ángulo más abierto a través de la ventana. Volvió a coger los prismáticos. Y fue cuando la vio. Su corazón se encogió al ver parte del rostro de María, con una especie de correa pasando por su frente. Entonces lo entendió. La había atado detrás de un rifle, inmovilizando su cabeza. A su mente le vino la imagen de la cabeza de María estallando tras apretar el gatillo. Esa era la jugada maestra que tenía preparada el siciliano. Que Ariel viera morir a la niña con sus propios ojos, a través de la mirilla telescópica de su rifle. Un sudor frío dio paso a una sensación de mareo. Se inclinó hacia un lado y vomitó. Unos momentos después, tenía el cuerpo empapado en sudor y le costaba

respirar. Trató de tranquilizarse. Se sentó con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol, cerró los ojos y se concentró en respirar y apartar esa imagen de su cabeza. Varias respiraciones después, abrió los ojos. Se fijó en las manchas de sangre que iban apareciendo en el pantalón tras haber traspasado las vendas. Estuvo en esa posición un par de minutos, notando como la sensación de angustia iba transformándose en rabia. Y, como si esa nueva emoción le hubiese llenado de claridad mental en vez de arrebatársela, caminó hasta su rifle y se tumbó de nuevo para adoptar la posición de disparo. «Lo has hecho por algo», pensó. «No solo quieres que la vea morir. Quieres que mi disparo delate mi posición. Para tú acabar conmigo después».

Cerró los ojos unos instantes y, tras abrirlos, colocó el ojo derecho en la lente. Movió el rifle un par de centímetros hacia la izquierda, y enfocó su vista en el cuadrante inferior izquierdo de la ventana. Se concentró todo lo que pudo, tratando de penetrar visualmente en la estancia, tratando de desentenderse del cañón que sobresalía. Porque lo que Ariel buscaba ahora era otro rifle. Y allí, en lo que parecía un negro telón de oscuridad, lo vio. El sutil brillo de un pequeño cristal. El destello de una lente. La del rifle de un asesino junto a la niña. Ariel aguantó la respiración, y esta vez su dedo índice presionó el gatillo hasta el final.

# CAPÍTULO 73

Sabía que de un momento a otro iba a suceder. Primero vería un destello en la ladera, casi al mismo tiempo sentiría en su rostro las salpicaduras de sangre cuando la bala volara la cabeza de la niña, y después llegaría el sonido. Pietro apretaría el gatillo hacia el punto del destello, tratando de acertar en el blanco. La situación ideal sería dejarlo herido de gravedad y fuera de combate, para poder acercarse allí y dedicarle unas palabras antes de clavarle un cuchillo en el pecho, como ese asesino había hecho con su hermano Angelo. Pero Pietro era realista y sabía que su disparo podía acabar con él, privarle de la emoción de rematarlo con el cuchillo. Seguía mirando la ladera de enfrente, concentrado. A su lado la niña respiraba aceleradamente, entre sollozos y lamentos, pero las correas hacían su trabajo. Su cabeza no se estaba moviendo ni un centímetro.

No le dio tiempo a disparar. Fueron décimas de segundo que lo dejaron aturdido. Su cerebro lo engañó, atribuyendo el hecho a un abejorro o a algún insecto del demonio. Pero el escozor en su mejilla y el zumbido en la oreja iban acompañados del sonido lejano del disparo. Y de un dolor instantáneo. En un gesto instintivo, se echó hacia atrás y se tiró al suelo. Se tocó la oreja derecha. No había oreja, era un colgajo sanguinolento. Maldijo en silencio. Notaba la sangre caer por su mejilla y le ardía la zona donde un momento antes había una oreja completa. Sentía un calor líquido descendiendo por su cuello. La primera reacción fue de asombro. No solo no había caído en la trampa, ese malnacido había contraatacado y casi lo había matado. La siguiente reacción fue de ira controlada, la necesaria para colmar una sed de venganza. Pietro miró a la niña desde el suelo. No se puso de pie al instante, en cualquier momento una segunda bala podía entrar por la ventana. Caminó arrodillado y arrastró la silla de la niña hacia atrás, separándola del rifle y moviéndola hacia el fondo de la habitación. Tras asegurarse de que desde allí estaba fuera de la línea de tiro de su oponente, se puso en pie y desató las correas de la cabeza. No le quitó la mordaza. Pietro

miró hacia el camastro. El colchón, estrecho y alargado, era perfecto. Sí, todavía podía haber un final de fiesta incluso mejor que el truco de la ventana. Se inclinó hacia la niña y sonrió.

—Chica, te vienes conmigo. Vamos a saludar a nuestro amigo. Y para la función que quiero prepararle, vamos a necesitar unos actores que le encantarán.

Pietro cogió el *walkie-talkie* y pulsó el botón.

—Todos a la cabaña. Ahora. Es momento de que os divirtáis un rato.

# CAPÍTULO 74

Cuando escuchó por el *talkie* la voz del siciliano supo que había fallado el disparo. Pero lo preocupante era el mensaje. Llamaba a sus hombres para que acudieran a la casa. Y eso no era nada bueno.

—Se supone que esto es algo entre tú y yo —dijo Ariel pulsando el botón. Seguía tumbado tras su rifle—. Puedo acabar con ellos en el momento en que salgan del bosque a campo abierto.

La respuesta del siciliano fue rápida.

—Tú haces eso y lo siguiente que ves por la mirilla es cómo pongo una bala en la cabeza de tu niña. Ten paciencia, Ariel, todo a su tiempo. He preparado algo muy especial para ti. —Hizo una pausa—. Además, vamos a salir a saludarte.

Un par de minutos después, Ariel observó cómo la puerta de la casa se abría y veía lo que parecía un colchón en posición vertical. Se movía, avanzando lentamente. Ariel frunció el ceño. Un instante después escuchó de nuevo al siciliano.

—Entiende mi recelo de no salir a pecho descubierto, Ariel. Eso lo dejaremos para después. Tu niña está bien, no sufras. Está aquí, tras este colchón, a mi lado. Dile algo a tu querido guardaespaldas, nena.

Ariel escuchó un llanto contenido.

—Bueno, está un poco nerviosa, no se lo tengas en cuenta. Pero estoy seguro de que tiene muchas ganas de verte.

Un rato después, Ariel vio a un par de hombres salir del bosque, mirando recelosos a un lado y a otro. Avanzaban con cautela. Iban armados con escopetas. Cuando los dos primeros habían atravesado la explanada y ya estaban llegando a la casa, vio a otro hombre salir por el otro extremo del bosque, por el este. Y unos minutos después, otro hombre apareció entre la espesura, por la ladera norte. Todos armados. Caminaron hasta reunirse en grupo, fuera de la casa. Ariel observó cómo el siciliano tiraba el colchón al suelo. Estaba arrodillado, parapetado tras la niña, su cabeza por detrás de la de ella. Tenía media cara ensangrentada, y la sangre bajaba por

su cuello hasta empapar su camisa. Su oreja derecha era una masa amorfa colgando de un pellejo. También podía distinguir una enorme cicatriz en su frente, una cicatriz que llevaba años con él. «Lo disparé en Nápoles en la cabeza, y también ahora. Y ese hijo de perra sigue en pie, al parecer desafiando las leyes básicas de balística sobre proyectiles y muerte». Ariel se fijó en María. Tenía las manos atadas y una mordaza en la boca. Trató de no pensar en lo que habría pasado la niña ahí adentro. Trató de concentrarse en la situación. Estaba viva, eso era lo importante. El siciliano comenzó a hablar con sus hombres. Uno se encogió de hombros y señaló hacia el oeste. Y, de nuevo, la voz del siciliano por el *talkie*:

—Vaya, parece que también has podido anular a Filipo. Era un buen chico, ¿sabes? Has venido aquí para acabar conmigo y de momento lo has hecho con dos de mis hombres. Te aplaudo, Ariel.

No respondió. Aquello era interesante. En su cabeza se imaginó a Zack acabando con sigilo con el tal Filipo. Pensó que seguramente Zack también estaba con un *walkie-talkie*. Con su teléfono móvil apagado, pero con el *talkie* en la mano, escuchando la conversación.

—Pero también te digo —continuó el siciliano—, que honraré su memoria y la de sus familias con tus restos. Llevaré tu cadáver, a sus hogares si hace falta, para que puedan escupir en él.

Ariel tampoco contestó a eso. Trató de mantener su mente en calma, apartada de una amenazas que trataban de desestabilizarlo mentalmente para que cometiera algún error.

—Muy bien, te diré cómo haremos esto. Vas a salir a descubierto. Deja en ese bosque tus armas y camina hacia la casa, desarmado, con las manos en tu cabeza. Y hazlo todo lo rápido que puedas, porque si no lo haces, voy a ordenar a estos hombres que violen a la niña.

Ariel se quedó en silencio, pensativo. Era una trampa, un callejón sin salida, un suicidio anunciado. Siguió tumbado, tras su rifle, con su ojo en la lente. No había opción de disparo. El siciliano estaba oculto tras María. Y aunque no lo estuviera, no sería capaz de eliminar a cinco hombres en un par de segundos, antes de que uno de ellos acabara con la vida de la niña. Suspiró. Cogió el *talkie*.

—Voy a salir —dijo—. Pero primero déjala ir. Quiero que la desates. Quiero verla atravesar la explanada y ver cómo se adentra en el bosque. —Calculó que la posición de Zack debería ser hacia el este—. Que camine hacia el este y que entre en el bosque.

Lo siguiente que escuchó Ariel salir por el *talkie* fue una carcajada.

—Qué gracioso. ¿Acaso crees que estás en situación de poder negociar? Quieres cambiar tu vida por la de la niña o, al menos, quieres darle alguna esperanza de poder escapar. ¿Me estás poniendo condiciones?

—Déjala ir, y yo saldré. Caminaré hasta allí.

—¿Crees que si la dejo meterse en el bosque será capaz de huir y salvar la vida? —dijo, y soltó una risita—. ¿La has entrenado tú? ¿Quieres que le dé también mi fusil?

Ariel escuchó reír a los hombres del siciliano.

—Déjala ir. Me quieres a mí. Acabemos esto.

El siciliano tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz era tranquila y pausada, incluso carente de emoción.

—Vas a salir, Ariel. Vaya que si vas a salir. Y en caso contrario, disfruta del espectáculo.

Lo vio hablar con sus hombres. Después vio cómo el siciliano comenzaba a desatar las cuerdas que ataban las muñecas de María. Uno de sus hombres comenzó a bajarse los pantalones. Ariel apretó los dientes y pulsó el botón del *talkie*.

—¡Vale! ¡Para! Voy a salir.

—Muy bien, Ariel. Un hombre sensato —contestó el siciliano—. Desarmado, por favor, con las manos en la cabeza.

Ariel se levantó y dejó el rifle en el suelo. Colocó la mochila al lado del rifle, sacó el puñal de combate de la funda y lo tiró al suelo. Pero no hizo lo mismo con la pistola; la introdujo por el pantalón. Lo hizo por detrás, ocultándola a la vista y con la empuñadura sobresaliendo hacia la zona lumbar, para un agarre rápido. «Medidas desesperadas para situaciones desesperadas», pensó. Salió a descubierto y comenzó a caminar. Cojeaba. Persistía ese dolor lacerante desde el glúteo hasta la rodilla. Vio cómo el siciliano y sus hombres lo miraban desde la distancia. Caminaba con las manos en

la cabeza, el *talkie* en una de ellas. Cuando estaba a unos cien metros de ellos, escuchó la voz del siciliano por el aparato.

—Tíralo suelo. No quiero ver nada en tus manos.

Ariel lo hizo. De nuevo, desde el suelo, el *talkie* siguió hablando.

—Quítate ropa y chaleco. Quédate desnudo de cintura hacia arriba.

Tiró el chaleco antibalas y la camiseta a la hierba.

—Continúa caminando. Las manos en la cabeza.

Ariel caminó despacio. Cada paso era una punzada de dolor físico, pero también mental. Estaba agotado y las perspectivas de que algo de aquello saliera bien estaban disminuyendo considerablemente. Desvió su mirada con disimulo hacia el este, hacia la frondosidad de unos bosques donde quizás Zack lo estaba observando en ese momento. O quizás no. A lo mejor también él había caído en una de las trampas y estaba tirado, desangrándose en esos bosques. Y a lo mejor el tal Filipo también haría su aparición en cualquier momento en esa explanada. Cuando estaba a unos treinta metros, ya podía distinguir las facciones del siciliano y sus hombres. María estaba amordazada y su expresión era de auténtico pavor. El siciliano sonreía y lo apuntaba con una pistola. Le gritó, diciéndole que se quedara quieto. Ariel obedeció.

—¡Ahora date la vuelta! ¡Quiero ver tu espalda!

Ariel suspiró mientras se giraba y dejaba ver la pistola metida en su pantalón. «Habría sido demasiado fácil». El siciliano soltó una carcajada.

—Me ofendes, Ariel. ¿Por quién me tomas? ¿Por un delincuente de barrio? —Hizo un gesto con la pistola—. Sácala con cuidado, con tu mano izquierda. Y tírala, lejos. Sin tonterías, te estoy apuntando.

Hizo lo que el siciliano le indicó.

—Buen chico. Sigue caminando hasta llegar aquí. Todos tenemos ganas de verte de cerca. —Se inclinó hacia la niña—. ¿Verdad que sí, *bambina*?

Siguió caminando. Una ráfaga de viento frío le puso la carne de gallina. Miró hacia el oeste. El sol estaba a punto de ponerse tras las montañas. Si de algo no podía quejarse el siciliano, era de que Ariel no hubiera sido puntual a su cita. Viernes, antes de que el sol se

ponga. Una cita con la muerte. Recorrió el último tramo y se paró cuando el siciliano le hizo un gesto. Estaba a un par de metros de él. Se fijó en los cuatro hombres. Estaban de pie, junto al viejo y sucio colchón tirado en el suelo, y tenían miradas desafiantes. Después posó su mirada en María. La niña tenía la cara magullada e hinchada, y Ariel apreció costras de sangre seca en nariz y labios. Notó cómo la rabia se formaba en lo más profundo de su ser, sentía una sensación de calor en el pecho y en la garganta. La había golpeado. Los ojos de María estaban enrojecidos e hinchados, y se apreciaban los chorros blancos que habían dejado los regueros de lágrimas a su paso por la suciedad de su rostro. Ella clavó su mirada en la de él. Ariel vio la derrota en sus ojos. Él estaba allí, junto a ella, pero en un estado lamentable. No era el Ariel que ella esperaba. Allí no había ningún héroe capaz de llevarla de vuelta a casa. Ella bajó la mirada y comenzó a llorar, sus lamentos quedando en sonidos amortiguados por una harapienta mordaza. Ariel se fijó en el siciliano, que lo observaba con gesto divertido. Lo seguía apuntando con la pistola, y tenía un par de puñales de combate, uno a cada lado de un ancho cinturón militar.

—Qué gusto verte tan cerca, Ariel. Han pasado muchos años desde aquella noche. —Asentía con la cabeza—. Y no ha habido un solo día en todos estos años en que no haya tenido algún pensamiento para el asesino de mi hermano. Qué cosas tiene el destino. Ahora estás aquí, en mi tierra natal, en mi propia casa. En la hacienda de Pietro Schilaci. —La sonrisa de sus labios se amplió —. El invitado que siempre he querido tener.

Él no respondió. Siguió mirándolo con gesto serio.

—Y parece que no has llegado en muy buen estado.

Ariel bajó su mirada. Toda la pernera derecha del pantalón estaba oscura, casi negra, empapada por la sangre de las heridas de los clavos. Se encogió de hombros y devolvió la mirada al siciliano.

—Mi cuerpo y tu oreja no pasan por su mejor momento.

Pietro rio con ganas.

—Es bueno que mantengas el sentido del humor. Admiro a quienes son capaces de morir con una sonrisa en la boca. —Le hizo

un gesto con la pistola, señalando hacia el suelo—. Vamos, arrodíllate. Las manos en la cabeza, por favor.

Se puso de rodillas entre gestos de dolor. Pietro miró a su derecha.

—¿Te has fijado en que el sol está a punto de ponerse? Ahora comprobarás que soy un hombre de palabra.

Pietro empujó a la niña, que cayó sobre el colchón. Los cuatro hombres se colocaron rodeando a María.

—Mira, ahora vas a ver cómo la violan hasta el final. Y si no muere, quizás me la lleve a la cabaña para disfrutar yo mismo esta noche.

Él negó con la cabeza. Miró a los hombres, y después al siciliano.

—No —dijo Ariel dirigiéndose al grupo de hombres.

Ya estaban arrodillados junto al colchón, sobre la niña, acabando de soltar las cuerdas de sus muñecas. Ella pataleaba, pero sus esfuerzos eran inútiles. Uno de ellos le estiró los brazos y la sujetó con fuerza por las muñecas. Otros dos empezaron a desnudarla y a sujetarla cada uno de un tobillo, abriéndole las piernas. El que estaba de pie comenzó a bajarse el pantalón, haciendo comentarios sobre lo bien que se lo iban a pasar. Los otros tres le rieron la gracia.

—¡No! —repitió Ariel, esta vez haciendo ademán de incorporarse, pero un balazo que levantó pedazos de tierra y hierba a escasos veinte centímetros de él le hizo quedarse en el sitio.

—No me hagas matarte antes de tiempo, Ariel. Sé paciente y disfruta el momento. Y vuelve a colocar las manos sobre tu cabeza.

Ariel tensó la mandíbula al ver cómo el hombre del siciliano que permanecía en pie se bajaba los calzoncillos. Un fuego interior envuelto en una desesperación agobiante comenzó a apoderarse de él, por encima de todo instinto de supervivencia. Había unos límites por los que merecía la pena morir. Y justo en el momento en que decidió que iba a incorporarse y a lanzarse contra el matón del siciliano, una voz conocida salió a través de los *talkies.*

—¡Ariel, a su pistola! ¡Ahora! —dijo la voz de Zack.

Todo ocurrió muy rápido, pero en las retinas de Ariel parecían fragmentos a cámara lenta. Sería difícil decir si primero escuchó el sonido del disparo o vio por el rabillo del ojo estallar la cabeza del

hombre con los calzoncillos por las rodillas. El caso es que en esa décima de segundo, aprovechando que el siciliano giraba instintivamente la cabeza hacia el sonido del disparo, hacia un peligro repentino por la izquierda, Ariel no se lo pensó y se lanzó hacia la pistola que lo apuntaba.

# CAPÍTULO 75

Dos metros de distancia pueden parecer poco. Pero la cosa cambia cuando al final de ese recorrido está el cañón de un arma. Cuando Ariel se lanzó en plancha y agarró con sus manos la pistola, Pietro apretó el gatillo. Al momento notó escozor y calor en el cuello, y también el familiar olor a pólvora. Pero si seguía con sus manos agarradas a la mano del siciliano, luchando por desarmarlo, significaba que esa bala había rozado su cuello pero no lo había matado. Una bala en la garganta te mata al momento. Él supuso que había conseguido desviar los suficientes centímetros el arma como para que la bala no acabase con su vida. Oyó gruñir al siciliano, sorprendido, tratando de zafarse de él. Y después escuchó otros dos disparos y el sonido de cuerpos cayendo a plomo, como quien deja caer al suelo un par de sacos. No miró hacia allí, pero sabía que ahora había dos matones menos respirando. Su oponente no soltaba el arma, pero Ariel pudo agarrar su pulgar con una de sus manos. Cuando lo estaba forzando hacia atrás para que soltase la pistola, notó dos cuchilladas en su costado. Desvió la mirada y vio un puñal de combate en la mano izquierda de Pietro, manchado de sangre. Aguantó el dolor y gritó mientras forzaba con más fuerza el pulgar. No llegó a romperlo, pero a ese asesino no le quedó más remedio que soltar la pistola, que cayó al suelo. Ariel no pudo agacharse a cogerla, porque tuvo que defenderse de otro ataque con el cuchillo. Esta vez fue su antebrazo el que sufrió un corte. Ariel se lanzó contra él y conectó un cabezazo en el rostro del siciliano pero, mientras este caía hacia atrás, lo agarró de un brazo y lo arrastró al suelo con él. Ambos cayeron y rodaron por la hierba, pero rápidamente se pusieron en pie, mirándose, enfrentados. Ninguno podía arriesgarse a bajar la guardia para tratar de alcanzar la pistola, que estaría en algún lugar a unos tres o cuatro metros, oculta entre la hierba. Ariel sentía regueros de sangre bajar por su costado derecho. «Espero que esas cuchilladas no sean demasiado profundas», pensó sin tan siquiera mirarse las heridas.

El gemelo Schilaci sonreía.

—Veo que también habías traído ayuda —le dijo haciendo un gesto con su cabeza hacia el este—. Él fue quien acabó con Filipo, ¿verdad? —Soltó una pequeña carcajada, fría y afilada—. Lástima que no podrá sacarte de esta. Te verá morir por la mirilla y entraré a la casa a por mi fusil para saludarlo como merece. Pero antes, vamos a acabar con esto ya.

Él se mantuvo en silencio. Le dolía el costado, las puñaladas. Le costaba respirar. Vio al siciliano sacar con su mano derecha el otro puñal de combate de su funda. Y entonces Ariel deslizó su mano hacia la bota donde tenía el puñal oculto por la pernera del pantalón. Era el único arma que le quedaba, y sabía que era insuficiente contra dos puñales de combate manejados por alguien con las habilidades de su rival.

—Vaya —le dijo con una media sonrisa en el rostro—, no caí en eso, qué fallo. Buen movimiento, Ariel. Aunque eso solo prolongará un poco más tu sufrimiento. —Chocó los filos de sus puñales—. ¿No te recuerda esto a aquella noche? Tú y yo. Y, de nuevo, yo con dos cuchillos. —Sonrió—. Al menos, tú esta vez tienes uno.

Ariel no respondió. Desde su posición, observó fugazmente cómo el único hombre que quedaba en pie tenía a María agarrada por el cuello con su brazo, usándola como escudo humano mientras miraba nervioso hacia el este, donde se escondía alguien que ya había abatido a tres de ellos con un fusil de largo alcance. Cuando puso de nuevo su vista en el siciliano, este ya se lanzaba sobre él. Hubo un intercambio rápido de puñaladas y bloqueos, de choques metálicos y varios cortes superficiales en el brazo izquierdo de Ariel. Después, otra secuencia vertiginosa de cuchilladas por parte de Pietro ante la que Ariel pudo bloquear parte de los ataques, pero no todos. De nuevo un tajo, en esa ocasión más profundo, en su hombro izquierdo. «No puedo seguir así. Es cuestión de tiempo que acabe desangrado por decenas de cuchilladas».

Decidió jugársela. Se lanzó hacia él, fintando a la derecha y entrando por la izquierda. Pietro consiguió bloquear en el último momento la estocada de Ariel, pero los filos chocaron en una posición forzada y eso provocó que ambos soltaran el arma. El

gruñido fue mutuo, y Ariel aprovechó la distancia corta para tratar de desarmarlo del puñal que aún blandía en la otra mano. Consiguió agarrar con una mano su muñeca y lanzó una patada a modo de barrido que acabó con los dos nuevamente rodando por el suelo. Ariel sintió una puñalada en un muslo, y después tenía a su rival encima de él. Este le intentó clavar el cuchillo en el abdomen, pero Ariel reaccionó rápido y consiguió agarrarlo como pudo por el filo. Empezó a notar cómo la hoja se hundía en las palmas de sus manos. Notó la sangre deslizarse por sus dedos. Pietro empujaba, echándose encima de él, tratando de vencer la resistencia de Ariel, tratando de hundir definitivamente el cuchillo en su abdomen. Fue entonces cuando él escuchó gritar algo al matón que sujetaba a María. Tenía una pistola en la mano y chillaba hacia los bosques, amenazando con matarla. Ariel giró su cabeza un instante hacia la izquierda y lo vio escudado tras la niña, ambos arrodillados sobre el colchón, el hombre rodeando con su brazo el cuello de María. En ese momento supo que Zack no podía disparar, era demasiado arriesgado. Y Ariel, aun sabiendo que esa distracción podía ser fatal, gritó a la niña.

—¡María, igual que con Izan! ¡Y te lanzas hacia adelante! ¡Ahora!

El esfuerzo que necesitó para gritar a la niña supuso no poder soportar la presión del siciliano. El cuchillo se deslizó entre sus dedos y penetró unos centímetros en su abdomen. Apretó los dientes. Un segundo después escuchó un quejido a su izquierda, y luego un disparo, acompañado del sonido que hacen las sandías cuando explotan. Pero no era una sandía lo que había explotado a su izquierda. Las sandías no salpican sangre. Pietro seguía apretando, y Ariel notaba cómo el puñal avanzaba en el interior de su vientre, centímetro a centímetro.

—Vas a morir, como hiciste con mi hermano —le dijo, acercando cada vez más su rostro al de él. Ariel pudo notar los salivazos del siciliano en su cara—. Esto de parte de Angelo, reúnete con él y dile a mi hermanito que a mí no me espere pronto.

Pietro empujó más. Ariel gritó. Sabía que se estaba echando sobre él, no solo para empujar con más fuerza el puñal, sino para evitar ser un blanco fácil para el francotirador que ya había acabado

con sus hombres. Estando pegado a Ariel, no se arriesgaría a dispararle. Pietro gruñía, tratando de hacer más fuerza. El puñal seguía hundiéndose. Lento, pero letal. Ariel cerró los ojos y apretó los dientes con fuerza, parando el avance, pero era incapaz de hacer retroceder el filo de un puñal que seguía abriéndose camino. Cuando abrió los ojos, vio algo inesperado por encima del hombro del siciliano. Era lo último que esperaba ver, pero también lo que le dio fuerzas para hacer algo tan desesperado como necesario. Ariel lanzó un tremendo cabezazo a la nariz de su oponente. Escuchó el crujir de huesos y quitó una mano del filo del puñal para agarrarlo del cuello y empujar hacia arriba, tratando de colocar al siciliano en una posición más erguida. Sabía lo que suponía quitar esa mano, pero era la única opción.

El filo del cuchillo avanzó medio palmo más dentro de su abdomen, pero paró cuando dos disparos sonaron a espaldas de Pietro Schilaci. La primera bala entre los omóplatos. La segunda le voló la parte posterior del cráneo. El cuerpo cayó al lado de Ariel, y quedó inerte, con los ojos y la boca abiertos, mirando al cielo.

Con sus manos en el puñal hundido en su vientre, sin querer moverlo ni un milímetro, Ariel vio cómo María se acercaba a él empuñando la pistola del siciliano. Comenzó a marearse. Su visión empezó a nublarse. Sabía que la pérdida de sangre suponía una bajada en su presión arterial y eso le llevaría a perder la consciencia. María se arrodilló a su lado. Comenzó a hablarle. Estaba llorando.

—¡Ariel! ¡Sabía que vendrías! ¡Ariel!

Él se giró para mirarla. Asintió levemente.

—Mira mi… muñeca derecha. Perdiste tu… pulsera —dijo con voz cada vez más débil—. Te la he… traído. —Movió su mano hacia ella —. Póntela tú.

María balbuceaba, llorando, sin saber qué hacer.

—Póntela, por… favor.

María le desató la pulsera con manos temblorosas y se la puso. Después Ariel la vio mirar hacia su abdomen. Él negó con la cabeza.

—No, no lo… toques. Déjalo ahí.

Tenía ganas de vomitar. Sentía un reflujo hacia su garganta, y el miedo de que el vómito fuese realmente sangre de unos órganos

perforados. Lo había presenciado varias veces en el pasado, viéndolo en compañeros que no salieron adelante. Trató de contener el reflujo y de apartar ese pensamiento de su cabeza. Se estaba mareando cada vez más.

De repente, vio a María levantar la vista y soltar un grito ahogado. La vio levantarse y apuntar con la pistola. Estaba en posición de disparo, sujetando el arma con ambas manos. Ariel frunció el ceño y giró su cabeza hacia la izquierda. Le pareció distinguir la silueta de un hombre a unos cien metros, corriendo por la explanada con un rifle en las manos. Zack.

—No, María. Es amigo… es… amigo.

Ella volvió a arrodillarse a su lado. Cogió la mano de Ariel y la apretó. Él giró la cabeza y sonrió al ver las dos pulseras juntas, una en cada mano. Las pulseras de la amistad eterna. Sus ojos comenzaron a cerrarse, le costaba respirar. Apretó los dientes. El dolor del abdomen era insoportable. Unos momentos después, Ariel sintió una presencia a su izquierda.

—Joder, joder… —La voz de Zack—. Tranquilo colega, vamos a sacar esto adelante, ¿me oyes? —Una cremallera y nuevamente la voz de Zack—. El móvil, ¿dónde está el puto móvil? Aquí, joder. Enciéndete rápido, cabrón. —El sonido musical del encendido, el del tecleo de números y un tono de llamada—. El helicóptero, que venga el helicóptero ya. A la ubicación que te voy a enviar. —Una pausa—. No, ella está bien. Es Ariel. Necesito ese puto helicóptero ya mismo. Y en cuanto llames, te vienes aquí cagando leches. Conduce como si te fuese la vida en ello, ¿me oyes? ¡Rápido! ¡Ya! —Una pausa—. A ver, el botiquín, el jodido botiquín… Ariel, vas a notar un pinchazo, ¿vale? Un chute de morfina que te va a dar un poco de paz. Y después me pongo con esa herida. Voy a hacer lo que pueda para mantenerte la suficiente sangre dentro, colega. La ayuda está en camino. Es cuestión de minutos que ese pájaro esté aquí, ¿vale? Aguanta, ¿me oyes? ¿Ariel?

Él escuchaba la voz de Zack, lejana, fragmentos de frases, palabras que llegaban sueltas, intercaladas por momentos vacíos donde su mente iba y venía. Un pinchazo en su muslo. Le pareció oír

su nombre. Zack lo llamaba. Asintió levemente y trató de abrir los ojos, pero en su visión desenfocada solo percibía sombras borrosas moverse sobre un plano de luz difuso. De repente, una sensación de bienestar. No sentía el dolor del abdomen. Solo paz. La voz le seguía hablando, cada vez más lejos. Cerró los ojos y sus labios dibujaron una sonrisa. Quizás él se estaba muriendo, pero María volvería a casa.

# CAPÍTULO 76

Comenzó a abrir los ojos. Le dolía la cabeza. Estaba tumbado en una cama. Trató de moverse, pero unos pinchazos en su abdomen le hicieron desistir. Gruñó.

—¿Ariel? —dijo una voz.

Escuchaba un continuo *bip*, *bip*, y en su brazo izquierdo había cables conectados. Estaba en un hospital.

—¿Ariel? ¿Me escuchas?

Era la voz de su hermana. Se estaba inclinando hacia él. Su visión se fue enfocando y pudo ver su cara, su sonrisa.

—¿Dónde…? ¿Dónde estoy?

—Oh, por Dios, Ari —le dijo Carol, abrazándolo con cuidado y dándole un beso en la mejilla—. En Madrid, Ari. Ya estás en Madrid. Ayer te bajaron a planta. Has estado cuatro días grave, en cuidados intensivos.

—¿Cua…? ¿Cuatro días?

—Y otros tres en el hospital de Palermo. Te tuvieron que intervenir quirúrgicamente allí. Dos veces —dijo ella—. Virgen santa, Ari. Llegaste en helicóptero, casi cadáver. Jessie Carter me llamó. Me lo contó todo.

Él asintió.

—Joder, Ariel. ¿Por qué no me contaste nada? Fuiste allí, sabiendo que… —Su voz contenía una mezcla de reproche y frustración—. Soy tu hermana y… está mamá, joder.

Ella suspiró. La vio negar con la cabeza. Él se quedó en silencio.

—Te trajeron en un avión especial, de esos adaptados, con personal médico y demás. Ella se encargó de eso. Me aseguró que era como un hospital con alas. Tu amigo Zack insistió en que debías salir de aquel hospital. La mafia, represalias, venganza…

—Otro suspiro—. Suena a puta película de terror, joder. Todavía estoy asustada.

Ariel trató de llevarse la mano al abdomen, con un gesto de dolor en su rostro. Desistió. Ella sacó una sonrisa que delataba más

tristeza que alegría.

—La herida del abdomen no fue mortal por un par de centímetros. No sé qué de la aorta. Los médicos casi ponen tu caso a la altura de un milagro —dijo señalando su vientre—. Te han quitado el bazo y han podido salvar los riñones. No me quisieron dar detalles del número de puñaladas. —Puso los ojos en blanco—. Ni siquiera he querido leer el informe provisional.

Ariel miraba al techo. Tenía esa sensación, como cuando era niño, de estar escuchando una reprimenda.

—¿La niña? —dijo por fin.

—Ella está bien, le hicieron chequeos y todo eso. Algunos golpes y poco más. Bueno —hizo un gesto con las manos—, ahora está todo el tema del apoyo psicológico, ya sabes.

Él asintió. Más trabajo para el del traje negro, maletín y quinientos euros por semana. En ese momento la puerta se abrió y una enfermera entró para comprobar el sistema de goteo por vena.

—Vaya, parece que ya hemos despertado definitivamente—le dijo poniendo una sonrisa—. Hasta ahora todo habían sido balbuceos y palabras sin sentido estando dormido. ¿Qué tal te encuentras?

—Me duele todo.

Ella se rio.

—Bueno, pues, aunque no lo creas, eso es muy buena señal. En el estado en el que llegaste, que ahora no te doliese nada sería la peor noticia.

—Lo sé.

La enfermera se fue justo cuando aparecían por la puerta Jessie, María, Mariela y Roberto. Desde la cama, Ariel vio cómo Marcus y un hombre de Roberto se quedaban en el pasillo.

—¡Ariel! —María corrió hacia la cama, lo abrazó y él no pudo evitar cerrar los ojos en un gesto de dolor.

—¡María, cuidado! —dijo Jessie—. Bueno, nuestro bello durmiente ya ha despertado. ¿Ha sido por algún beso de alguna enfermera que no ha podido resistirse? —dijo, guiñándole un ojo a Carol.

Carol devolvió el guiño y se dirigió a su hermano.

—Ari, te dejo en buenas manos. Voy a la cafetería y en un rato subo, ¿vale? —Se giró hacia Jessie—. Supongo que el médico pasará en breve. ¿Te importaría avisarme si aún no he subido?

Jessie asintió. Carol salió de la habitación y todos se fueron acercando. Mariela fue la primera en hablar.

—Nos alegramos de que estés bien, Ariel. Ha sido todo… —su voz se quebró—, horrible. María nos lo ha contado. Todavía me pregunto, ¿cómo ha podido? ¿Cómo…? —Se quitó alguna lágrima con el dorso de los dedos—. Me tenía… nos tenía a todos engañados.

Ariel la miró. Y luego a Jessie. La cantante se encogió de hombros.

—Todavía necesitamos tiempo para asimilarlo —acertó a decir Jessie—. Lo importante es que María está bien. Que tú estás… —torció el gesto—, más o menos bien.

—El caso es que todo se ha aclarado —intervino Roberto—. Tenía deudas, llevaba una vida de engaños, una vida que no se podía permitir y… contrató a gente para el secuestro. No salió bien, sobre todo para él. —Hizo un gesto con su barbilla hacia Ariel—. Afortunadamente tú has podido traer a la niña y vivir para contarlo. —Asintió levemente—. Y todos nos alegramos por ello.

Ariel permaneció en silencio. Su mirada pasó de Roberto a la niña. Sonrió y le guiñó un ojo. Ella le devolvió la sonrisa.

—Bueno —dijo Jessie—, ¿me permitís un momento a solas con Ariel? María, cariño, espera un poco afuera, con la tía.

María lo miró. Él asintió e hizo un gesto hacia la puerta. La niña le dio un beso en la mejilla.

—Ya tendremos tiempo de hablar tú y yo —le susurró Ariel al oído.

Ella asintió sonriendo, se dio la vuelta y salió de la habitación junto con Mariela y Roberto. Jessie se acercó al borde de la cama.

—Si no es por el helicóptero no estaríamos hablando ahora —le dijo ella.

—Si no es por Zack no estarías hablando conmigo —contestó él —. Y tampoco podrías abrazar a María.

Ella asintió.

—Sí. Y cada vez que pienso en ello se me pone la piel de gallina —dijo subiéndose una manga de su jersey con la otra mano—. Ha sido todo tan angustioso. Todo. Los días sin María, sin saber cómo estaba, la llamada de Marcus diciendo que ibas en el helicóptero… —Calló un instante y continuó—, que igual no salías de esta… y solo pensar en cómo Gabi pudo…

—A veces la gente desesperada recurre a acciones desesperadas —dijo Ariel.

—Por dinero. Mandó secuestrar a mi hija por dinero —respondió ella con rabia en la voz—. Nos tenía a todos engañados. Mi hija ha podido morir, por Dios. Y tú has estado, literalmente, a punto. Y al final, ese mismo asesino que él contrató fue quien acabó con él para quedarse con el dinero. —Negó con la cabeza—. La crueldad del destino.

Él fue a decir algo, pero tosió y un fuerte dolor en su vientre se reflejó hacia su espalda, como si todavía tuviera un puñal queriendo atravesar su cuerpo. Cerró los ojos y apretó los dientes. El dolor remitió unos segundos después.

—¿Estás bien? —dijo Jessie. Miró hacia la puerta—. ¿Llamo a la enfermera?

Él negó con la cabeza.

—Estoy bien, estoy bien. ¿Han dicho algo de cuánto tiempo tendré que estar aquí?

—Tu hermana me comentó ayer que el doctor había dicho que, mínimo, ocho días más. Y que luego tendrás que estar un mes de reposo en casa, sin esfuerzos.

Ariel suspiró. «Bueno, los médicos suelen alargar plazos para curarse en salud», pensó.

—Lo de ese asesino contratado por mi cuñado, y que él te conociera… —dijo, pensativa—, es la casualidad más siniestra que he visto en mi vida.

Él se encogió de hombros.

—El destino quiso cruzarnos de nuevo, para zanjar el asunto.

En ese momento, Carol entraba por la puerta.

—Bueno, Ariel, nos vamos. Mañana volveremos a pasar, ¿vale? —dijo Jessie. Miró a Carol—. A ver qué dice hoy el médico.

—A ver si ya puede empezar a comer algo. Se me va a quedar en los huesos —respondió Carol con una sonrisa.

Ariel hizo un gesto con su mano.

—¿Puede asomarse Marcus? —le indicó a Jessie.

Jessie salió, y un momento después Marcus entraba en la habitación. Ariel se quedó mirándolo unos segundos. La habitación parecía más pequeña con él dentro. Ariel sonrió.

—Gracias —le dijo.

El guardaespaldas asintió.

—Pero fue tu colega —respondió—. Ese loco fue quien te sacó de allí.

Ariel volvió a sonreír.

—Gracias —repitió.

Marcus volvió a asentir.

—Gracias a ti por traer a la niña. Espero que te saquen pronto de aquí.

—Más ganas tengo yo, créeme.

Se despidió de Marcus. Un minuto después alguien tocaba en la puerta. Carol abrió. Ariel escuchó una voz, de hombre. Una voz conocida.

—Ariel —dijo su hermana volviendo a su lado—. Un tal Ezra, de la embajada israelí.

Él asintió.

—Dile que pase. Nos dejas un rato a solas, ¿vale, Carol?

Su hermana dejó pasar a Ezra. Llevaba un sobre marrón en la mano. Una información que Ariel estaba deseando leer. Había piezas en su rompecabezas que parecían haber encajado, pero no en la posición correcta. Quizás sus sospechas estaban a punto de confirmarse.

# CAPÍTULO 77

—Me he enterado de que estabas ingresado —dijo Ezra—. Tenía este sobre desde hace días en mi despacho.

Dejó el sobre marrón sobre la mesita, junto a la cama.

—¿Cómo te has enterado…? —Ariel entrecerró los ojos—. ¿La embajada tiene mano en este hospital?

Ezra sonrió y ladeó la cabeza hacia un lado.

—Y en todos los de Madrid. Digamos que, cuando un israelí ingresa en cualquiera de ellos, recibo un mensaje. —Arqueó una ceja —. El que te describía a ti era demasiado… fuera de lo común, digamos.

—Vaya con la protección de datos…

Ezra soltó una carcajada.

—¿Protección de datos? —Hizo un gesto con su mano—. Eso está sobrevalorado. No es tan difícil encontrar un administrativo, un celador o un enfermero con la disposición de informar a cambio de… bueno, nuestra embajada es generosa.

—El Mossad es… poderoso —contestó Ariel—. Y la información es poder.

—No seré yo quien tenga que explicarte precisamente a ti el discurso de por qué nuestro país quiere controlar hasta el más mínimo detalle. Dentro y fuera de sus fronteras.

Ariel no respondió. Trató de cambiar de postura. El dolor del costado derecho había ido en aumento. Miró las bolsas de goteo intravenoso. Una estaba vacía. Tocaba avisar a una enfermera. Desvió su mirada hacia la mesita. A Ezra no le pasó desapercibido el gesto.

—Hay mucha mierda en ese sobre. Abrirlo… ¿no te traerá más problemas?

Ariel permaneció unos momentos en silencio, mirando a su amigo trajeado, a ese diplomático israelí que años atrás había compartido operaciones con él.

—Gracias, Ezra. Te debo una.

—Me debes… otra —dijo, haciendo énfasis en la última palabra—. Mira Ariel, nos conocemos desde hace años. Hiciste cosas por mí que… bueno, qué decir. Y sé que tu situación no es la mejor, con todo lo que… —Una pausa precisa, preparada—, pasó allí.

Ariel sabía que la palabra «allí» significaba muchas cosas: Mossad, insubordinación, castigo y, seguramente, otras tantas que quizás su cerebro era reacio a admitir. Ezra continuó hablando.

—No te lo tomes personal, pero no me gustaría que volviésemos a contactar en una temporada. Larga, a poder ser. —Se rascó la barbilla—. Últimamente tu nombre en mi despacho es sinónimo de problemas.

Él no dijo nada.

—Te dejo. Te deseo una pronta recuperación y… tómate un descanso largo, Ariel. Trata de no buscar problemas. —Hizo un gesto hacia el sobre—. Te aconsejaría no abrirlo. Pero, por desgracia, te conozco demasiado bien.

—Gracias, Ezra —dijo, y tras intercambiar gestos de despedida, lo vio salir por la puerta.

Ariel giró su cabeza y, entre gestos de dolor, consiguió alargar el brazo para coger el sobre.

Esa tarde pasó el médico. La evolución era positiva, pero no iba a poder salir de allí en una semana. Ariel se quejó, trató de negociar, pero el médico le habló de perforación intestinal, de extirpación de bazo, de daño renal y de algo sobre los niveles de hematíes y de hierro en sangre. Utilizó la expresión «chapuza interna» para referirse al interior del abdomen y para que le quedara claro que, por mucho que el dolor fuese remitiendo en dos o tres días, antes de una semana no le iban a dejar salir. Le habían empezado a dar comida casi sólida. Ariel miró lo que se suponía era su cena, una especie puré de verduras en un bol de plástico. Olía más a hospital que el propio hospital. Casi dando gracias, apartó la bandeja a un lado cuando vio a Zack entrar por la puerta.

—Bueno, bueno —comenzó diciendo el de Montana—, qué alegría para mis ojos ver que sigues quitando oxígeno al ambiente, que en

tu pecho entra y sale aire —señaló la bandeja de comida—, y que tus células requieren combustible, aunque sea esa porquería.

Ariel sonrió al ver a su amigo.

—Puedes llevártelo. Me han dicho que a un par de calles hay un italiano que prepara todo tipo de platos de pasta para llevar.

—¿Y los médicos? —dijo Zack arqueando una ceja.

—Los matas.

Zack estalló en una carcajada. Se acercó al borde de la cama y agarró la muñeca de Ariel.

—Lo hiciste, cabrón. Saliste de allí, de la puta boca del lobo.

—Cuando empezaron a caer —contestó Ariel—, me dije: quizás la niña tenga una oportunidad. —Carraspeó, tosió un par de veces entre gestos de dolor, y continuó—: Lo estabas escuchando todo por el *talkie*. El del tal Filipo, el que nunca pisó la explanada…

Zack asintió.

—Me cargué a ese cabrón como quien se quita de encima una ardilla. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Un matón de tres al cuarto. Pero, reconozco que no fue fácil evitar todas las trampas. Escuché al espagueti hablar por el *talkie*, diciendo que tú habías caído y que había trampas de esas por todos los lados. Tuve que ir con mil ojos, por eso tardé algo más de la cuenta.

—Justo a tiempo —dijo Ariel.

—Cuando te vi por la mirilla del rifle y vi que estabas medio desnudo, arrodillado, desarmado y con ese asesino apuntándote con un arma… —Se mordió el labio, negando con la cabeza—, no las tenía todas conmigo. Y en ningún momento tuve una línea limpia de tiro con él. La niña, sus hombres, y luego tú, agarrándolo y rodando ambos por el suelo.

Ariel asintió. Zack continuó hablando, emocionado.

—Pero acabaste con ese hijo de perra. Sin opciones reales, y acabaste con él.

—Técnicamente fue la niña la que acabó con él. Yo ya estaba medio muerto.

Zack se retiró un paso hacia atrás y se llevó una mano a la frente.

—¡La niña! Buah, colega, lo de la niña todavía me tiene descolocado. Tenías que haberlo visto, cómo lanzó un cabezazo hacia atrás, de esos que revientan bocas, y luego se lanzó hacia adelante, dejándome la cabeza del tipo en el punto de mira. —Hizo un gesto abriendo sus manos—. Como un puto cartel de neón para mi bala.

—Sí, lo de los cabezazos no lo hace nada mal —dijo Ariel sin poder evitar sonreír.

Zack frunció el ceño, sin entender muy bien el comentario, y continuó rememorando la escena.

—Vi volar los sesos del tipo y desplacé el punto de mira para intentar liquidar a nuestro amigo, pero el malnacido estaba encima de ti, bien pegado a tu cuerpo. —Enseñó los dientes en un gesto de rabia—. Ahí no podía arriesgarme. Esperé, y ya estaba a punto de salir a esa explanada corriendo, rezando para que aguantases cuando, de repente, te veo agarrarlo del cuello y… ¡Boom! ¡Boom! —puso las manos en la cabeza y las separó hacia el aire, con un gesto brusco—. La cabeza de ese cabrón salta por los aires. Y no había sido yo. Joder, colega, desplazo el visor hacia la izquierda y la veo ahí, en perfecta posición de disparo, con una pistola en sus manos. Jo-der, jo-der.

—Sí, eso al parecer también lo hace bien —dijo Ariel imaginándose a María y a Briski en un descampado.

—Y cuando me decido a salir corriendo a socorrerte, la veo apuntarme en la distancia —hizo el gesto de apuntar con una pistola con sus manos, hacia delante, hacia algún punto imaginario de la habitación—. Estaba a unos cien metros, pero me paré, colega. Me dije: «Zack, si a esta niña le da por disparar ahora, visto lo visto, lo mismo te mete una bala entre ceja y ceja».

—Sí, lo vi. Le tuve que decir que eras amigo.

—Todo esto me lo cuenta otro y me río en su cara, colega.

—Sí, muchas sorpresas, muchas emociones. Pero al final todo salió bien.

Zack se acercó al borde de la cama. Apoyó sus manos en el colchón y lo miró a los ojos.

—Estuviste a puntito.

—Lo sé.

—Muchísimos cortes, heridas muy feas, y luego el puñal clavado casi hasta el mango. —Cerró los ojos—. Taponé todo lo que pude, pero si no es por el pájaro… —Hizo una pausa—. Doce minutos y medio tardaron. Cada minuto era una puta eternidad. Te ibas quedando pálido por momentos.

—Ahí ya no te puedo ayudar —dijo Ariel sonriendo—. Esa parte no la llegué a presenciar.

—Te empezaron a reanimar allí mismo, en la misma hierba. Traían de todo, bolsas de sangre, aparatos de todo tipo… Ese cacharro era un jodido hospital con un rotor arriba.

Ariel asintió.

—¿Los cuerpos? —preguntó.

—Cuando te llevaron me dediqué a reunirlos. Los metí en la casa y prendí fuego a todo. Como decía mi padre: «los demonios, a su infierno». Allí no ha quedado ni una viga en pie.

Ambos permanecieron en silencio unos instantes. Ariel miró a Zack.

—Zack.

—Dime, colega.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho por mí.

Zack hizo un gesto con la mano, como restando importancia.

—Vamos, hombre. Quizás de otro no lo podría decir, pero sé que si hubiera sido al revés, si yo hubiera necesitado de tu ayuda, habrías recorrido medio mundo para presentarte y echarme un cable. —Levantó un dedo—. Además, te recuerdo que ese cabrón era un cabo suelto que quedó de aquella operación conjunta en Nápoles. Si lo piensas, en cierto modo, también era asunto mío.

Ariel puso los ojos en blanco y miró a su amigo con una sonrisa en sus labios.

—En cuanto me recupere te haré una visita. Dos o tres días de pesca en ese lago no me vendrán mal.

—¿Tú, pescando? ¿Cuándo has cogido tú una caña? ¿O vendrás con tu fusil?

—Vete al carajo.

Se abrazaron para despedirse justo en el momento en que la hermana de Ariel entraba por la puerta. Saludó a Zack, que ya se iba, y se acercó a la cama, con las llaves de la furgoneta de Ariel en una mano y un papel en la otra.

—¿Es esto lo que querías? —le dijo agitando un pedazo de papel roto y sucio con unas líneas escritas en tinta azul.

—Estaba en la guantera, ¿verdad? —dijo Ariel extendiendo su brazo para cogerlo mientras hacía una mueca de dolor.

—No fuerces, Ari, yo te lo acerco. A ver si vas a perder un riñón en el esfuerzo.

—Muy graciosa. Trae, anda.

Era el papel que alguien, cuya identidad Ariel ya supo en su momento, le había dejado en el limpiaparabrisas de la furgoneta uno de los días que recogió a María en el colegio. Volvió a leerlo.

*No fui yo, karateca. No soy quien está detrás de todas esas muertes. Alguien quiere hacer creer eso, quieren que cargue con el muerto. Alguien de dentro. No confíes en nadie.*

Al final del mensaje había un número de teléfono. Era el momento de llamar.

—Carol, ¿me puedes dejar tu teléfono para hacer una llamada?

Su hermana metió la mano en el bolso y sacó el móvil. Se lo entregó. En su momento no había llamado, pero ahora, y tras conocer la información que contenía el sobre que le había entregado Ezra, era el momento. Seguramente lo cogería otra persona, quizás algún amigo que le estaba ayudando a ocultarse, porque sabía que él no se arriesgaría a dejar el número de un móvil que la policía podría rastrear. Pero Ariel también sabía que el dueño de ese móvil le pondría en contacto con Briski.

# CAPÍTULO 78

Llevaba más de tres horas en el apartamento. Trató de acomodarse, apoyándose contra el respaldo del sillón. No era tan cómodo como le había parecido al entrar, pero estaba bien situado, en la esquina del salón, casi a oscuras, viendo la calle a través de la ventana. Habían pasado doce días desde que salió del hospital. Todavía tenía el brazo derecho en cabestrillo y llevaba una faja abdominal que le restaba parte de la movilidad del tronco. Le dolía el abdomen al toser y estaría un par de meses con la cojera en la pierna derecha, pero, por lo demás, no podía quejarse. Ariel volvió a mirar por la ventana. El resplandor anaranjado de una farola se reflejaba en los charcos que había dejado la lluvia. Escuchaba el rumor del escaso tráfico a esas horas y el pitido intermitente de un camión de la basura vaciando un contenedor. Y después, el sonido que estaba esperando. Las llaves en la cerradura. La puerta se abrió y, un par de segundos después, se cerró. Escuchó cómo abría el cajetín de la alarma. También esperaba varios segundos de silencio seguidos por una frase con elemento de sorpresa.

—Pero ¡qué cojones! —dijo la voz de alguien que Ariel conocía bien. En esos momentos, incluso podía decir que lo conocía muy bien.

Unos pasos por el pasillo y después la figura entró en el salón. Encendió una pequeña lámpara sobre la mesa y allí, junto a ella, vio el sobre y la nota que él le había dejado. Todavía no se había percatado de la presencia de Ariel al fondo del salón, sentado en el sillón de cuero negro. Lo vio mirar el sobre con recelo y después coger con la mano el pedazo de papel escrito con tinta azul.

—Puedes leerlo. Me lo dejó un conocido común en la luna delantera de mi furgoneta —le dijo. Lo vio girarse rápidamente, sorprendido—. En su momento no supe exactamente qué pensar, pero me puso en alerta. Y, por cierto —Ariel señaló hacia el pasillo—, la alarma estaba activada cuando saliste, pero mandé desactivarla a uno de tus hombres. Ya sabes, Sergio, el que se ocupa de la

seguridad de tu casa, y que también está al tanto de otros asuntos que te incumben. He tenido que negociar con él, pero, por su propio bien, al final ha accedido a colaborar.

—¡Tú! ¡Pero quién coño te crees para…!

—Tranquilo, Roberto, he venido aquí para dialogar. O, ¿quizás debería llamarte… José Roberto Mata Silva? Eso es lo que dice el informe dentro de ese sobre. En la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil te llamaban José Mata, ¿verdad?

Lo vio entrecerrar los ojos, mirar el sobre; pero no lo cogió. Ariel continuó.

—Agosto de 2007. ¿Qué pasó con Manuel Blázquez, Roberto? Blaki, Roberto, le llamaban Blaki. Erais como uña y carne, pero se os fue la mano con aquella operación de tráfico de blancas, ¿eh? Siete menores violadas y asesinadas en aquel barracón. Restos de droga y alcohol. Asesinadas a puñaladas, Roberto. —Hizo una pausa. Roberto lo miraba desafiante—. Porque tu amigo Blaki tenía ese problema, ¿verdad? Porque psicópatas asesinos hay en todos los lados. Los hay panaderos, abogados, y también los hay guardias civiles.

Ariel vio cómo la respiración de Roberto se iba acelerando.

—Quizás tú solo querías violarlas, quizás tú no diste las puñaladas, pero la cosa se fue de madre, ¿verdad? Localizasteis el barracón. Las menores estaban dentro. Acabasteis a tiros con los dos bielorrusos que las custodiaban y… ¿qué pasó después, Roberto? —Ariel esperaba una reacción violenta, pero Roberto se estaba controlando—. Erais jóvenes y…claro, las chicas, el alcohol y la cocaína que tenían los bielorrusos… vaya cóctel, ¿eh? Pero otro compañero de grupo sospechaba algo, no se creyó vuestro relato de que habían sido los bielorrusos, de que ellas estaban así cuando llegasteis, de que ellos trataron de dispararos y tuvisteis que abatirlos.

Lo vio darse la vuelta y abrir el primer cajón de la cómoda. Continuó hablando.

—Os echaron del cuerpo y fuisteis condenados. Veinte años para tu colega, presuntamente autor de todos los asesinatos, mientras

que tú saliste del juicio silbando, como quien dice, con solo cuatro años y medio. De los cuales cumpliste tres.

Roberto estaba enroscando algo. Ariel sabía lo que era.

—Salir de prisión, alterar el orden de nombre y apellidos en el Registro eliminando los términos que te conectaban a tu pasado y, unos meses después, con José Mata enterrado entre papeles y archivos, Roberto Silva monta su empresa de seguridad. —Chasqueó la lengua—. ¡Zas! Nombre nuevo, trabajo nuevo… vida nueva.

Vio girarse a Roberto. Empuñaba una pistola. Con silenciador. Ariel se quedó callado.

—Continúa, Sherlock. Vamos a ver hasta dónde sabes —le dijo apuntándolo con el arma.

—Conseguiste el trabajo con Jessie Carter y enseguida viste una oportunidad. La doble vida de su cuñado. Una vida de vicio, de juego. —Hizo una pausa—. De deudas con gente peligrosa. Pero tú también llevabas una doble vida, ¿verdad? Porque fue tu amante, la hermana de Jessie, la que te lo contó todo.

Ariel ladeó la cabeza.

—Sí, Roberto, hay muchas fotos en ese sobre en las que Mariela y tú aparecéis… digamos en actitud demasiado cariñosa.

Roberto seguía apuntando con el arma. Se acercó un par de pasos hacia Ariel, con una sonrisa fría dibujada en su rostro.

—Ella te contó lo de las deudas de Gabi. Hablaste con el futbolista y te ofreciste a ayudarlo. Saldar sus deudas. —Lo señaló—. Mariela y tú ideasteis un plan. Utilizar la primera carta de extorsión para falsificar una segunda, amenazante, pidiendo dinero. Jessie decidió no pagar esa segunda carta y la única opción fue secuestrar a la niña. —Roberto no replicaba, simplemente escuchaba, atento—. Un secuestro controlado, claro. El dinero por la niña, y todos contentos. Me he estado preguntado por qué recurriste al engaño del asesino de los conciertos, por qué asesinar a inocentes, por qué no haber simulado el secuestro y listo. —Se movió en el sillón, tratando de estirar su pierna derecha para mitigar el dolor en forma de calambre que subía y bajaba por su muslo—. Creo que tenías varios motivos. El fan loco y peligroso exigía aumentar la seguridad de Jessie, por eso recomendaste pasar de tener dos hombres a

tener diez. No solo ibas a ganar más dinero con ello, sino que eso también te sirvió para tener más control sobre el secuestro. Más hombres en el terreno a tus órdenes.

—Alzó un dedo, para remarcar las siguientes palabras—. Ese plan también te ayudaba a quitarte de en medio a uno de los guardaespaldas personales de Jessie, a uno de sus perros guardianes. Y Briski era el candidato perfecto para encajar en el perfil de un psicópata asesino. Necesitabas a un fan de Jessie Carter que estuviera loco y que disfrutara matando. —Vio cómo Roberto sonreía—. Por eso recurriste a Blaki. Todavía mantenías contacto con él desde que salió de la cárcel. Y este era un trabajo ideal para él. Mucho dinero y la posibilidad de saciar con sangre su mente enferma. La niña me ha contado que vio una peluca rubia en el pabellón donde la tenían retenida. Blaki la había utilizado para los asesinatos en los conciertos. —Se llevó una mano a la cabeza—. Llevaba una peluca que imitaba el pelo de Briski y también una ropa similar a la que él llevaba cada día de concierto. Porque tú tenías toda la información, y tú estabas en contacto con Blaki.

Roberto asentía ligeramente, sin pestañear, apuntando con la pistola.

—Blaki tuvo vía libre en todo lo que hizo, porque el jefe de seguridad de Jessie Carter le indicaba lo que tenía que hacer en cada momento. Él iba un paso por delante de todos. Tuvo acceso libre a la finca para asesinar a Manuela. —Ariel hizo una pausa. Le pareció ver alguna gota de sudor en la frente de Roberto—. Y, claro, tu amante se las ingenió para robar previamente el cuchillo de Briski, quizás dejándolo en un punto concreto del jardín, para Blaki. Después fue a recogerlo al mismo punto, seguramente con guantes y ya siendo el arma homicida, para dejarlo nuevamente en su habitación. —Hizo un gesto con sus manos—. Cuando Briski lo cogió, ya teníais sus huellas en el arma. ¿Qué pudo hacer él ante semejante evidencia? Huir.

Roberto dio otro paso hacia adelante. No decía nada. Ariel calculó que el cañón del arma le apuntaba a la cabeza.

—Pero claro, faltaba lo más importante del plan, la parte del secuestro. Ideasteis el rapto de la niña, y para hacerlo más real,

contratasteis sicarios colombianos. —Miró hacia el techo y nuevamente a Roberto—. Recuerdo que aquel día Mariela quería ir sola con la niña de compras. Hubiera sido más fácil para vosotros hacerlo con Mariela y la niña, ellas solas, asaltadas por colombianos. Mariela hace el teatro, sufre alguna herida leve, queda inconsciente, y los sicarios raptan a la niña. —Roberto seguía mirándolo, sin bajar el arma. El sudor en su frente era más evidente—. Pero yo aquel día insistí en acompañarlas. Y tuvisteis que seguir adelante con el plan, pero quitándome de en medio. —Su tono de voz cambió—. Roberto, diste orden a esos sicarios de dispararme a matar.

Roberto entrecerró los ojos. Una sonrisa. Seguía apuntándolo con el arma. ¿Era un ligero temblor en su pulso lo que percibía Ariel?

—Tenía que quitarme a la mosca cojonera de una vez por todas —dijo Roberto—. Y el momento ideal era ese.

Ariel asintió.

—Ya me quisiste quitar de en medio antes, con aquel simulacro con tus hombres armados, en la tienda de ropa. Para hacerle ver a Jessie que se había equivocado al contratar a alguien como yo. Para que me despidiera. Pero aquello salió mal.

—Reconozco que te subestimé en ese momento.

—Ya. Y cuando dije que viajaba a Colombia, para asegurarme de que el líder del ELN no jugaba sucio en el intercambio, te opusiste. No querías que yo destapara lo de la segunda carta falsificada. —Ariel gruñó al mover el brazo derecho. Colocó el cabestrillo en una posición más cómoda y continuó—: Pero, a fin de cuentas, tenías el intercambio bajo control, controlabas lo que pasaba en ambos bandos, por lo que el dinero iba a caer en tus manos y la niña volvería a casa. —Alzó ligeramente sus manos—. ¿Qué importaría entonces lo de la segunda carta? Podría ser cualquier grupo de delincuentes haciéndose pasar por el ELN. ¿Quién iba a investigar entonces? Con la niña ya en casa y Briski en busca y captura, Jessie querría mantener el nivel de seguridad. —Ariel sonrió—. Tu tarifa permanecería alta, igual que tu reputación. Roberto Silva, el mediador que soluciona el intercambio y trae a la niña. Y lo mejor de todo, la guinda del pastel: tocaría repartir el botín de los veinte millones. —Hizo una pausa—. Lo pactado para el futbolista, otra

parte para Blaki y los sicarios, y tú y Mariela os quedaríais con el mayor trozo del pastel. Pero la cosa salió mal, ¿verdad, Roberto? Apareció el siciliano. Se llevó a la niña. Y el dinero.

Roberto utilizó su mano izquierda para desabrocharse un par de botones de la camisa. Ariel percibía el brillo del sudor en el cuello del exguardia civil.

—Sí, apareció ese maldito siciliano y, cómo no, tenía que estar relacionado con mi mosca cojonera.

—Ordenaste a tus hombres que fueran al pabellón. Vieron a Blaki y a los colombianos asesinados. Y te encargaste de que se deshicieran de los cuerpos para evitar una posible investigación de la policía.

En ese momento, el temblor en el pulso de Roberto sí era más evidente. Ariel continuó.

—Al parecer, Gabi debía mucho dinero al jefe de ese siciliano. Actualmente era guardaespaldas y asesino a sueldo de don Stefano Di Santino, hermano de otro mafioso, otro Di Santino afincado en Nápoles y que hicimos desaparecer del mapa hace años. Ese siciliano y yo ya nos habíamos cruzado en aquel momento.

—Vaya, qué momento de nostalgia tan emocionante —dijo Roberto sin dejar de apuntarlo, mientras secaba el sudor del rostro con la manga de la camisa.

—Cuando vi al futbolista atado a aquel árbol, torturado, y con una foto en la que yo aparecía junto a él y a la niña —dijo, e hizo una pausa, como recordando—, una foto que él mismo nos sacó en el jardín de la finca de Jessie, otra pieza del rompecabezas encajó. El siciliano tuvo que hablar con Gabi en alguna reunión con Di Santino, y vio la foto, mi rostro. Y a partir de ahí, Gabi estaba sentenciado y su plan descubierto y replanteado por el siciliano. Capturar a la niña para llevarme a mí a su guarida.

Roberto suspiró. El temblor en el brazo del arma iba en aumento. Ariel lo vio pasarse la lengua por los labios. Varias veces.

—Bueno, esta cháchara se me está haciendo larga. ¿Tienes algo más que decir?

—No te opusiste a que yo fuera a Sicilia. Recomendaste a Jessie que no acudiera a la policía. No por las amenazas del siciliano en su

nota, sino porque sabías que era una misión suicida, y que tanto la niña como yo no volveríamos. —Otra pausa. Ariel se encogió de hombros—. A fin de cuentas, ese resultado final no era culpa tuya. La culpa recaía en la relación de ese asesino conmigo. —Ariel negó con la cabeza—. No, no te opusiste. Incluso no te importó darnos el material que necesitábamos. Así quedabas como el profesional que pone todos los medios a su alcance. Pero esto tampoco salió bien, ¿eh, Roberto?

Roberto lo miraba con ojos vidriosos. Forzó una sonrisa que hizo que una gota de sudor se desprendiera de la punta de su nariz.

—Déjame decirte un par de cosas, Ariel. La primera es… bueno, en realidad, es felicitarte por desenmarañar todo este asunto. Ha salido mal, es verdad, pero mi vida continuará y la tuya… —alzó las cejas—; mejor dicho, tu cuerpo acabará sepultado en un vertedero, a kilómetros de aquí.

—Comprendo, y… ¿la segunda?

—La segunda es que no pienses que me voy a creer tu teatro del pobrecito incapacitado con las vendas y el cabestrillo. Supongo que llevas un chaleco antibalas bajo esa camisa. Y por eso el tiro va a ir a la cabeza. —Suspiró, sonriendo—. Me dedico a esto, joder, ¿por quién me tomas? ¿Pretendías que me acercara a tu alcance?

Ariel miró por la ventana unos segundos. Después miró a Roberto.

—No lo pretendía, la verdad. Y hablando de armas y disparos a la cabeza, yo también tengo un par de cosas que decirte.

Roberto negó con la cabeza categóricamente, varias veces. Tensó la mandíbula.

—No me apetece escuchar más sermones —dijo—. Y también sabes que no puedo dejarte salir de aquí con vida.

Y apretó el gatillo.

# CAPÍTULO 79

*Clic, clic, clic.*

—No insistas, Roberto. Si el cargador está vacío no importa las veces que aprietes el gatillo —dijo Ariel con voz tranquila. Observó la cara de sorpresa del exguardia civil—. Muy bien, ahora sí, déjame explicarte algo sobre pistolas y disparos. Siempre llegas a tu apartamento desarmado, porque tu pistola de trabajo la dejas cada noche en una caja de seguridad del puesto de control. —Sacó tres dedos de una mano—. Pero tienes tres armas aquí, en el apartamento. He tenido tiempo para buscar. La que tienes en una caja vacía de galletas en un armario de la cocina, la del doble fondo en el segundo cajón del armario de tu ropero y la que empuñas, que imaginé que, por cercanía, sería la primera que cogerías para hablar conmigo al entrar. Todas, por cierto, ahora mismo tienen su cargador vacío, obviamente.

Ariel vio a Roberto bajar el arma y sujetarse con la otra mano al respaldo de una silla que estaba a su izquierda. Le temblaba una pierna.

—Y ahora, ya para acabar, déjame decirte un par de cosas más, Roberto. La primera es que se nota que te dedicas a gestionar tu empresa, como lo hace un administrativo. —Ariel hizo un gesto con su cabeza, como señalando la pistola con su barbilla—. Hace tiempo que no disparas. Ya no distingues la diferencia de peso entre una pistola cargada y una con el cargador vacío. Y la segunda, es que tampoco te has fijado en la sustancia que impregnaba la empuñadura y que tu piel lleva varios minutos absorbiendo. —Ariel asintió cuando vio cómo Roberto se miraba la mano—. Sí. Se llama carfentanilo. No ha sido fácil conseguirlo. Lo utilizan en algunos zoológicos como sedante para elefantes. —Vio cómo Roberto soltaba el arma. El temblor de su pierna iba el aumento—. Es un opioide sintético, diez mil veces más potente que la morfina. Quien lo manipula debe tener sumo cuidado y, por supuesto, hacerlo siempre con guantes.

Roberto trató de mantener el equilibrio, pero cayó de rodillas al suelo. Tenía la mirada perdida.

—Sudores, visión borrosa, sequedad de boca, mareos, debilidad… pronto caerás inconsciente, pero antes de que te desmayes, hay alguien que quiere saludarte.

Se escucharon unos pasos, primero por el pasillo, después entrando al salón. Ariel vio cómo Roberto giraba la cabeza, trataba de enfocar la vista y, finalmente, reconocía a quien tenía delante. Briski empuñaba un cuchillo en una mano. En la otra llevaba bolsas y plásticos enrollados.

—Joder, karateca. No conocía esa faceta tuya a la hora de dar discursos. Si también sabes robar, en este país valdrías para político. Por cierto, hola Roberto, ¿no te alegras de verme?

Ariel se puso en pie sin poder evitar un gesto de dolor. Los malditos pinchazos en el abdomen cada vez que se levantaba. Miró a Roberto haciendo un gesto hacia Briski.

—Se ha propuesto para encargarse de esta parte. Ya sabes, arreglar algunas rencillas y hacerte desaparecer —le dijo. Después miró a Briski—. Me ha prometido que lo hará de forma limpia. —Vio cómo Briski sonreía y agitaba los plásticos—. Enterrarte en algún sitio privado y todo eso. Teóricamente, para la policía te habrás dado a la fuga. —Ariel hizo una pausa—. Lo de tu querida lo dejo en manos de su hermana. Será su decisión. No quiero meterme en asuntos familiares.

Roberto trató de decir algo, pero de su boca solo salió una especie de gemido. Había miedo en sus ojos. Ariel pasó de largo, sin mirarlo. Caminó cojeando hacia la puerta. Antes de salir del salón se giró, y su mirada se cruzó con la del psicópata con pintas de teleñeco. Briski alzó la mano del cuchillo a modo de saludo, sonrió y puso morritos para lanzarle un besito de despedida.

# CAPÍTULO 80

Estaban en la sala de espera. Había elegido esa clínica veterinaria de Madrid para la intervención porque, según Jessie, era de lo mejor de España. Desde la clínica de Bilbao habían enviado todas las pruebas e informes de Santa. La intervención había sido un éxito y las sesiones de radioterapia habían ido según lo previsto. No quedaban restos cancerosos en el cuerpo de la gata. María estaba acariciando a un perrito negro mientras bromeaba con la dueña, una mujer de unos setenta años, sonriente y dicharachera.

—Todavía me parece un milagro verla aquí, conmigo, como si todo hubiese sido una pesadilla —dijo Jessie sin dejar de mirar a su hija.

Ariel asintió. «Una pesadilla demasiado real», pensó.

—¿Crees que he actuado bien con mi hermana? —susurró, y se giró para mirarlo—. Pueden ser varios años de cárcel.

—Ha confesado todo el entramado para reducir condena —dijo él, y se encogió de hombros—. Puso en riesgo la vida de tu hija, Jessie. Para robarte tu dinero.

Ella apretó los labios. Negó ligeramente con la cabeza, como luchando contra un conflicto interior. Como quien no está totalmente convencido de su decisión.

—Se dejó manipular por ese…

—Nadie la obligó, Jessie. Fue su decisión. —La miró a los ojos—. Tu hermana sabía de las deudas de su marido. También eran sus deudas, por el ritmo de vida que llevaban. Se dejó querer por Roberto y juntos lo planificaron todo. —Suspiró—. Mariela ha sido cómplice de alguien que ha asesinado en tus conciertos, de alguien que también asesinó a Manuela. De sicarios que intentaron matarme. —Ariel observó a María. La niña reía por los lametazos del perrito—. Cómplice de los hombres que secuestraron a tu hija, que intentaron hacer cargar con los asesinatos a Briski. Quiso robarte veinte millones de euros. A ti, a su propia hermana. ¿Crees que merece que aceptes su perdón?

La vio asentir en silencio. Ella apoyó los codos en los muslos y se llevó las manos a la cabeza.

—Mariela, ¿cómo pudiste? Dios mío, ¿cómo pudiste?… —susurró para ella misma.

Ariel sabía que la traición, especialmente entre personas tan cercanas, es como un cáncer que te va comiendo por dentro. Empieza en el corazón, pero rápidamente hace metástasis a la cabeza. Envenenando recuerdos, distorsionando pensamientos.

—¿El dinero? —dijo Ariel, de repente—. ¿Estaba todo?

Ella se irguió. Apoyó su espalda en el respaldo de plástico.

—Sí. La guardia civil hizo un registro completo en la mansión de Marbella. Catorce millones en un doble fondo del ropero de la habitación del siciliano, junto con un arsenal de armas considerable. Y otros seis millones, en dos maletines, de los que ese mafioso no pudo justificar su procedencia. Todo requisado. El teniente Barroso también me comentó que ese Stefano Di Santino seguramente no pisará la cárcel. «Abogados con minutas de infarto que se encargarán de que todo quede en sanciones económicas», me dijo.

Ariel asintió. El teniente Barroso se había hecho cargo del caso tras las declaraciones de Mariela, que también inculpaban al teniente Sánchez como agente de la ley corrupto, pagado por Roberto para dirigir las investigaciones a conveniencia del jefe de seguridad de Jessie Carter. Fue acusado de mala praxis en la investigación, centrándose exclusivamente en encontrar a Briski bajo petición de Roberto. Había resultado que el tal teniente Sánchez fue uno de los pocos compañeros que testificaron a favor de Roberto en el juicio por el asunto de las violaciones y asesinatos en aquella operación contra la trata de blancas. Dos amigos del pasado que volvían a ayudarse mutuamente. Una investigación policial adulterada a cambio de dinero. *Quid pro quo*. Pero ambos habían caído. Uno había perdido su trabajo y estaba a la espera de un juicio. El otro había perdido bastante más, había orden de busca y captura contra él. Bueno, realmente contra sus restos, que Ariel esperaba estuvieran bien escondidos, sepultados bajo tierra.

Las palabras de Jessie interrumpieron sus pensamientos.

—Necesitamos un tiempo juntas —dijo mirando a María—. Quiero hacer un paréntesis este año, estar con ella, disfrutar de ella. Necesito parar.

Ariel frunció el ceño.

—¿Salir de la jaula de oro? ¿De esa rueda que te obliga a correr para que nunca pare? ¿Esa que llena tantos bolsillos? Tuve una vez una conversación con una cantante famosa que me dijo que esa rueda, en su mundo, era importante, que no podía parar de girar.

Jessie lo miró arqueando una ceja. Ella había recuperado el brillo en la mirada, sus facciones angulosas volvían a estar revitalizadas de esa belleza colombiana. Sacó una sonrisa. Pícara, natural, contagiosa.

—Que le den a la puta rueda. Al menos, durante un tiempo.

Ariel rio con ganas.

—Eso es. Os merecéis ese tiempo para vosotras.

Una veterinaria vestida de uniforme verde llamó a la señora del perrito negro. María se despidió de la mujer y se acercó a ellos. En ese momento, el veterinario que se había encargado de la cirugía y radioterapia de Santa salió por una puerta, con un transportín en sus brazos.

—Aquí tenéis —les dijo—. Ahora mismo está medio dormida, calculo que en media hora ya estará dando guerra. Todo ha ido fenomenal, así que —levantó las cejas mientras sonreía—, esperamos no tener que ver a Santa por aquí en mucho tiempo.

Ariel hizo un gesto a María para que cogiera ella el transportín con la gata. Se acercaron al mostrador de la entrada.

—Me pasa el importe total, por favor —dijo Jessie a la administrativa con gafas que estaba frente al ordenador.

—Perfecto —contestó la joven, y acercó un datáfono por el que la cantante pasó su tarjeta. El aparato emitió un sonido electrónico y expulsó un ticket de papel que la recepcionista rasgó y entregó a la cantante—. Eso es todo, muchas gracias.

Salieron de la clínica y caminaron hasta el aparcamiento. Ariel abrió la puerta lateral de la Volkswagen California y María metió el transportín dentro.

—¿En serio que puedes conducir? —dijo Jessie haciendo un gesto hacia su brazo—. Te quitaron el cabestrillo ayer. ¿No es un poco precipitado?

Ariel lo movió haciendo círculos, sin poder evitar algún gesto de dolor que no pasó desapercibido para ellas. Él sonrió.

—Bueno, cuando conduzco no voy haciendo eso —dijo enseñando los dientes.

—¿Y la pierna? —preguntó Jessie.

—Estoy bien, de verdad, chicas.

Ariel miró a María. Tenía los ojos llorosos. Él se agachó para ponerse a su altura.

—Oye, esto ya lo hemos hablado —le dijo—. No es una despedida. Ya sabes que mi madre y mi hermana están aquí, en Madrid.

María asintió, mirando hacia el suelo. Empezó a llorar.

—Eh, pequeña —dijo Ariel, y le cogió la muñeca. La juntó con la suya—. ¿Ves las pulseras? Tú me lo explicaste, la amistad eterna. —La vio asentir—. Sabes que cada vez que venga a Madrid de visita, te llamaré.

María lo miró a los ojos. Tenía cara de estar enfadada con el mundo.

—Prométemelo.

Ariel sonrió. Se llevó la mano de la niña a su corazón.

—Prometido.

En ese momento, escucharon un maullido. Santa exigía salir de esa jaula para poder demandar las caricias a las que tenía derecho una gata de su categoría.

—Creo que te llama —le dijo Ariel a María.

La niña se metió en la furgoneta y sacó a la gata del transportín. Se sentó, la puso en su regazo y comenzó a acariciarla.

Él se giró hacia Jessie. Ella lo estaba observando. Se mantuvieron las miradas durante un buen rato. Ella fue la primera en sonreír y Ariel repitió el gesto.

—Lo cumpliste —soltó ella—. Aquel día, en el camerino, nuestro pacto. Lo dijiste y lo cumpliste.

Ariel alzó una ceja.

—Dijiste que protegerías a mi hija —dijo Jessie—. Yo te contesté que la protegerías… con tu vida si fuese necesario. Y lo hiciste.

Él ladeó la cabeza y levantó su mano derecha en un gesto teatral, enseñando la pulsera.

—Bueno, parte del mérito la tiene la pulsera-corazón con súper poderes. —Hizo una mueca—. Ya sabes, algo así como el traje de Iron Man.

—Ya, Iron Man —dijo Jessie, dejando escapar una risita.

Se quedó mirándolo un rato más, sin decir nada, simplemente sonriendo. Se acercó a él y lo abrazó.

—Le has dado tu palabra a María —le susurró al oído—. No la defraudes, Ariel.

—Vendré, vendré —dijo él sin soltar el abrazo. Notó que ella lo abrazaba un poco más fuerte.

—Prométemelo —respondió ella con la voz un poco quebrada.

Él se separó un poco, lo justo para mirarla a los ojos.

—Prometido —dijo—. Os lo prometo a las dos.

Unos minutos después, Ariel las veía montarse en el coche en el que esperaban Marcus y Briski. Saludó al guardaespaldas gigantón desde la furgoneta, alzando el brazo. Marcus devolvió el saludo con un movimiento de su cabeza. Miró a Briski. Sonreía, con aquellos ojos azules, saltones, irradiando locura. Le recordó la mirada y la sonrisa de aquel muñeco famoso, de aquella película de terror. Briski se llevó una mano a los labios e hizo el gesto de lanzarle un besito. Ariel negó con la cabeza levemente.

Vio cómo el coche negro salía del aparcamiento. Se metió en la furgoneta, se puso al volante y miró hacia atrás. Santa había vuelto a quedarse dormida. Ariel sonrió. Esperaba tener a Santa por muchos años más. Al meter la marcha atrás, sintió un pinchazo en el brazo y, al acelerar, un calambre en el muslo. Apretó los dientes.

—Tendremos que cambiar de aires, Santa —le dijo a la gata dormida a través del espejo interior—. Creo que el clima de Madrid no me sienta bien.

# CAPÍTULO 81

Aparcó el viejo coche justo al lado de la puerta. El coche no era suyo, el local tampoco. Pero, en su mundo, en el que él sabía desenvolverse muy bien, conseguir un coche que no llamara la atención y alquilar un local vacío, de obra, medio destartalado, no era complicado si uno sabía mover un par de hilos y tenía billetes en los bolsillos.

Bajó del vehículo y tardó un rato en encontrar la llave de la puerta. La farola más cercana tenía la bombilla fundida, o rota, y a esas horas de la madrugada la oscuridad era total, cosa que en realidad agradecía. La linterna de su móvil le ayudó a localizar la llave para poder abrir la oxidada puerta del local. Retrocedió de nuevo y abrió el maletero del coche. Se echó al hombro el pesado bulto y entró al local. Cerró con llave. Dentro tampoco había instalación eléctrica. La linterna del móvil, qué gran invento. Caminó con cuidado los treinta pasos que llevaban hasta la escalera que descendía a la planta subterránea. Mientras escuchaba el eco de sus pasos, trató de evitar los cascotes de ladrillos y cemento que había por el suelo, y algún que otro charco de agua por las goteras de las últimas lluvias.

Llegó a la escalera y descendió los nueve escalones. Ya casi estaba sudando. El bulto pesaba. Lo dejó en el suelo y abrió el candado de la puerta. Entró arrastrando el bulto por el suelo, ayudándose de la linterna del móvil. La luz blanca y difusa penetraba a través de la negrura más absoluta. Ahí abajo, en esos momentos solo se escuchaba el roce de la enorme bolsa de lona siendo arrastrada. Se paró y apuntó con la linterna hacia el tabique del fondo. Vio movimiento. Vale, estaba allí. De todas formas, estando encadenado a las argollas de la pared, tampoco podía ir muy lejos. Había ido allí todas las noches durante varias semanas. Le había llevado un táper con algo de comida cada noche. Poca cosa, la verdad, pero también sabía que el cuerpo humano no necesita tanto para sobrevivir. Esa noche no le llevaba comida. Ya no hacía falta.

Solo el bulto que arrastraba. Al acercarse, notó el familiar hedor a heces y orina. Enfocó a su inquilino con la linterna. Desnudo, sucio y amordazado. Todo en orden.

—Buenas noches, querido —le dijo—. ¿Qué tal día has tenido hoy? —Se quedó en silencio, observándolo. Luego sonrió—. Sí, lo sé, no hace falta que contestes. Sé que el entorno es un poco monótono y aburrido, pero hoy vamos a hacer algo diferente. ¿Te parece? —Seguía observándolo, sonriendo—. Bueno, tomaré ese silencio por un «sí».

Arrastró el bulto y lo colocó junto a una columna. Abrió la cremallera de la enorme bolsa de lona. Le costó sacarlo. Estaba envuelto en plásticos y en una sábana blanca. Comenzó a quitar los plásticos, pero se echó hacia atrás y se llevó el dorso de la mano a la cara.

—Me vas a perdonar, pero necesitaré mi mascarilla —dijo metiendo la mano a un bolsillo y poniéndose una mascarilla quirúrgica azul—. Pensé que podría aguantar, pero… ya ves, nuestro amigo lleva tiempo sin ducharse.

El hedor era insoportable. Penetraba por sus fosas nasales incluso a través de la mascarilla de tela. Escuchó unos gemidos ahogados a su espalda y se giró.

—Tranquilo, tranquilo —le dijo al encadenado—. Es un momento, no voy a tardar.

Quitó los plásticos. Después retiró la sucia sábana, viendo cómo caía tierra por todos los lados.

—Mira, querido, tenemos visita —le dijo. Más gemidos ahogados —. No os presentaré, porque creo que vosotros dos ya os conocéis. Uy, qué rígido te has quedado, hermanito —dijo mirando a un cadáver que estaba en avanzado estado de descomposición.

—Bueno, te colocaré así, para que podáis veros cara a cara.

Movió el cuerpo y lo puso de costado, como si estuviese mirando al hombre desnudo encadenado.

—Así, perfecto. Bueno, Blaki, ¿tienes algo que decirle a Roberto?

Briski vio a Roberto echarse hacia atrás, contra el tabique. Trataba de chillar, pero la mordaza estaba demasiado prieta como para emitir sonidos en forma de gritos.

—Roberto, esta es una de las grandes casualidades de la vida, ¿verdad? —le dijo Briski—. ¿No te contó nunca Blaki que tenía un hermano menor? —Se giró hacia el cadáver, apuntándolo con la linterna. Se distinguía un agujero de bala en la frente, entre una carne sucia y putrefacta—. ¿En serio, hermanito? ¿Tan mal acabamos tú y yo?

Briski apuntó de nuevo con su linterna a Roberto. Observó cómo abría los ojos, cómo gemía, cómo el pánico se iba apoderando de él.

—Tranquilo, hermanito, yo se lo contaré —dijo mirando el cadáver, y luego nuevamente a Roberto—. Resulta que Blaki y Briski eran dos hermanos que se criaron en los barrios bajos de Vallecas. Nuestra infancia no fue fácil, pero tampoco nos quejábamos. —Giró su cabeza hacia el cadáver—. ¿Verdad, Blaki? —Volvió a mirar a Roberto—. Bueno, el caso es que a mi hermanito mayor le empezó a llamar el mundo de las drogas, ya sabes, y eso requiere de mucha guita —dijo frotando el pulgar y el índice—, y en nuestra casa, digamos que no abundaba. Pero mi hermanito se fue metiendo cada vez más en esa mierda y a los viejos se lo fue poniendo cada vez más difícil.

Briski se acercó y se acuclilló junto al cadáver.

—Hubo amenazas, palizas… eh, ¿hermanito? Hasta que un día los viejos aparecieron muertos a cuchilladas. Y todo para robarles… —Apuntó con la linterna del móvil a la cara del cadáver—, ¿cuánto, Blaki? ¿Cinco mil, diez mil pesetas?

Briski se puso en pie, y volvió a alumbrar con el móvil hacia el lugar donde Roberto, entre sollozos, trataba de respirar sin ahogarse.

—Mi hermanito mayor me convenció, no sin alguna que otra amenaza, para que yo, siendo menor, cargara con el muerto, o mejor dicho —puso una sonrisa—, con los muertos. Él evitaba la cárcel, y yo simplemente estaría una temporada en centros de menores, divirtiéndome con actividades deportivas y, lo mejor de todo, con comida de sobra. —Hizo una pausa, asintiendo—. Pero la descripción que me hizo mi hermanito de esas instituciones no coincidía con la realidad. Fueron varios años conviviendo con delincuentes, entre peleas y palizas, aprendiendo la ley del más

fuerte. —Suspiró, y se encogió de hombros—. Para después acabar de cumplir la condena en una cárcel, con hombres de verdad, creciditos, faltos de tocar carne y muy entusiasmados con un jovencito como yo.

Caminó unos pasos hacia la izquierda, y luego hacia la derecha. Miraba al techo, como recordando.

—¿Sabes cuántas veces vino a visitarme mi querido hermanito, Roberto? —Se giró para mirarlo. Seguía sollozando—. Exacto, lo has adivinado: ninguna. Pero la vida sigue su curso, y años después me enteré de que mi hermanito estaba en la cárcel. Resulta que, al parecer, y solo Dios sabe cómo, había conseguido entrar en la Guardia Civil, pero había tenido algún problemita de cuchillos y jóvenes bielorrusas en un caso en el que trabajaba. —Se paró junto al cadáver y ladeó la cabeza—. ¿Te acuerdas del día que fui a visitarte, Blaki? Vaya cara se te quedó al verme, ¿eh? Sí, yo me acuerdo. Te dejé un mensaje, ¿lo recuerdas? —Arqueó las cejas mientras lo apuntaba con la linterna—. Vaya, pones cara de no recordarlo. Sí, te dije: «Si no te matan aquí dentro, yo mismo te mataré cuando salgas».

Briski volvió a caminar hacia la izquierda, mirando hacia el suelo, asintiendo. Solo se escuchaba la respiración acelerada de Roberto entre gemidos y alguna gotera en algún lugar de la negrura, hacia la derecha.

—El caso es que pagué bien a un clan gitano para que dos de sus perlas, que estaban dentro, finiquitasen a mi hermanito. Lo sé, lo sé. Llámame rencoroso, pero el cuidado de Blaki con su familia tampoco había sido ejemplar. —Suspiró, algo contrariado—. Lo de los gitanos no salió bien. Uno degollado con su propio cuchillo, y el otro tuerto, con un pincho atravesándole un ojo. —Se giró hacia el cadáver—. Los Blázquez somos duros de pelar, ¿eh, Blaki? Años después me enteré de que habías salido de la cárcel —dijo arrodillándose y alumbrando el rostro putrefacto de su hermano—, y te busqué, vaya si te busqué, pero ni rastro de mi querido hermanito. —Se levantó y se giró hacia Roberto, alumbrándolo con el móvil—. Y mira por dónde, tantos años después, sin saber nada el uno del otro, y gracias a ti, Roberto, nos volvemos a encontrar. —Ladeó su cabeza,

todavía mirando a Roberto, y torció el gesto—. Oye, no veas lo que me ha costado dar con el lugar donde lo enterraron tus hombres. —Señaló el cadáver—. A él y a los sudacas. He tenido que… digamos, presionar un poco a uno de los que participó en ese sepelio improvisado. —Se giró hacia Roberto—. Y luego desenterrarlo, vaya. Los gitanos de ese poblado de chabolas me observaban como quien mira a un loco, ¿sabes? —Chasqueó la lengua y puso cara de disgusto. Puso sus ojos en el cadáver—. El caso es que ya no puedo matarlo, eso está claro. Pero quiero hacer algo por vosotros, por dos buenos amigos. Me gustaría que descansarais juntos para toda la eternidad. *Friends for ever*. Aprovecharé ese mismo nicho que elegisteis para Blaki. No está mal, apartado y discreto. —Sacó una sonrisa—. Lo he dejado abierto, de momento, sin tapar, con la pala preparada.

Briski se metió la mano en la chaqueta y sacó un cuchillo.

—A Blaki siempre le gustaron los cuchillos —dijo apuntando con el móvil hacia la hoja metálica—. Y ya ves, ha resultado ser una afición mía también. Supongo que será algo de familia, de genes y todo eso.

Briski comenzó a caminar hacia Roberto. Este abrió los ojos con pánico en la mirada, gimió con más fuerza y se acurrucó contra el tabique.

—Tranquilo —le dijo—, mi hermano siempre decía que, cuando apuñalas a alguien, prácticamente no sufre, no siente el dolor. No sé qué rollos de hormonas que bloquean el cerebro. —Se giró hacia el cadáver, sonriendo—. ¿Verdad, Blaki? Eso me dijiste con los viejos, que no habían sufrido, ¿recuerdas? —Se volvió a girar hacia Roberto y caminó los últimos pasos hasta él—. Y, por cierto, ¿sabes lo que le encantaba decir a Blaki, Roberto? —Agarró con más fuerza el mango del cuchillo—: «Asesinar a una persona es sorprendentemente fácil».

# IMPORTANTE

Esto que quiero contarte ahora es importante, para ti y para mí.

Para ti porque ya conoces a Ariel y a su gata y, si has disfrutado de esta historia, me gustaría que esto no quedara aquí.

Quiero ofrecerte UN REGALO por haberme leído.

Algo muy especial que no se puede conseguir ni en librerías ni en Amazon ni en ninguna otra plataforma.

Solo por haberme leído y dejado tu reseña.

Un regalo que es puro thriller, tensión, acción trepidante y donde verás a Ariel Shemesh inmerso en una trama tan adictiva como espeluznante.

Una novela inédita, otra aventura de Ariel y Santa.

Nadie te regala una novela completa por haber leído otra, ¿no?

Cuando estés dentro recibirás acceso exclusivo a ella, y también adelantos de mis próximas novelas, algunas sorpresas, y contenido inédito de todo lo que vaya publicando.

Para ti será como viajar en la Volkswagen California, con Ariel Shemesh al volante y disfrutar de aventura en aventura. Quizás con Santa en tu regazo, acariciándola.

**DESCÁRGALO GRATIS AHORA**

www.egoitzmartinez.com

Y, como te he dicho, esto para mí también es importante.

Elegiste mi novela (entre millones para elegir) y llegaste hasta el final.

Como a todo escritor, a mi también me encanta que me leas y, si además lo has disfrutado, mi satisfacción no puede ser mayor.

Pero lo que ya me haría literariamente feliz es que compartas tu experiencia para que otros lectores y lectoras puedan disfrutarla también.

Eso a ti te lleva unos segundos, simplemente escribir qué te ha parecido con tu valoración de estrellas en Amazon.

Aunque solo sea una frase, sería lo más. No solo llenar el depósito de mi energía para escribir y ofrecerte historias que te apasionen, sino también dar de comer a la gata (estás sonriendo, y eso es bueno).

Me encantará que me cuentes qué te ha parecido la novela inédita y exclusiva que te he regalado.

Nos vemos en el email.

Un abrazo enorme.

Egoitz.

# AGRADECIMIENTOS

A mi mujer y a mi hijo, por la paciencia y el apoyo. Sois el pilar más importante y sin vosotros nada de esto tendría sentido.

A mis lectores y lectoras cero que escudriñan cada escena, cada párrafo del manuscrito y me dan un feedback que siempre es tremendamente valioso. Mención especial para Natalia Díaz por sus consejos que me hicieron replantear varias escenas del estado emocional de la niña y también para mi amigo y colega escritor Sergio Pérez, el lector cero más implacable que conozco.

A Vanesa Paredes (@vanesa_paredes_escritora) por la corrección del manuscrito, a Sandra (@correccionessandrag) por la maquetación y a Sara (@thebluecat.design) por el diseño de la portada. Son excelentes profesionales.

A ti, lectora y lector, que has apostado por leer mi novela, que has dedicado unas cuantas horas de tu tiempo. Espero que hayas disfrutado de la historia. Deseo que Ariel y Santa hayan dejado una pequeña muesca en tu sección de «lecturas a tener en cuenta», porque las aventuras de este tándem tan peculiar continuarán.

¡Gracias por quedarte hasta aquí!

Ya formas parte de la serie Ariel Shemesh y para mí eres una pieza clave. Sin lectores no hay historias que merezcan la pena ser contadas.

Si después de esta novela sientes que te gustaría contarme personalmente qué te ha parecido, estaré encantado de leerte y contestarte.

Suscríbete a mi lista de correo y hablamos.



https://egoitzmartinez.com

# EGOITZ MARTÍNEZ



## EMPECÉ A ESCRIBIR CON DIEZ AÑOS.

Y gané un concurso.

Es verdad, no era un Planeta. Era un concurso de relatos infantiles, en el pueblo de mis abuelos. Lo organizaban unos curas.

El premio: elegir entre un puñado de libros de una pequeña biblioteca.

Yo elegí «Chacal» de Frederick Forsyth.

El cura que organizaba aquello negó con la cabeza.

Me ofreció algo mejor para mí: «Fray Perico y su borrico».

Solo con la mirada que le lancé al cura ya tengo mi plaza fija en el infierno.

Tuve que salir de aquella biblioteca con el fraile gordo y el burro.

Pero el misterio, el thriller y la novela policiaca hervían en mis venas.

Años leyendo a Chandler, Conan Doyle, Agatha Christie, Henning Mankell, Patricia Highsmith, Lee Child y muchos más.

Una noche de invierno, sobresaltado por una pesadilla, me puse a escribir mi thriller.

El que siempre quise leer.

Un tipo de thriller peligroso.

De los que no puedes parar de leer.

De los que te mantienen en vela hasta altas horas de la madrugada.

Así nació mi personaje. Y su gata.

Ahí empezó la historia de Ariel Shemesh.

Quizá hayas oído hablar de él.

Egoitz Martinez

Lee mi propia historia, aquí:

https://egoitzmartinez.com/egoitz

# OTROS LIBROS DEL AUTOR




- La caza del judío
- Protegerás a mi hija

YA A LA VENTA